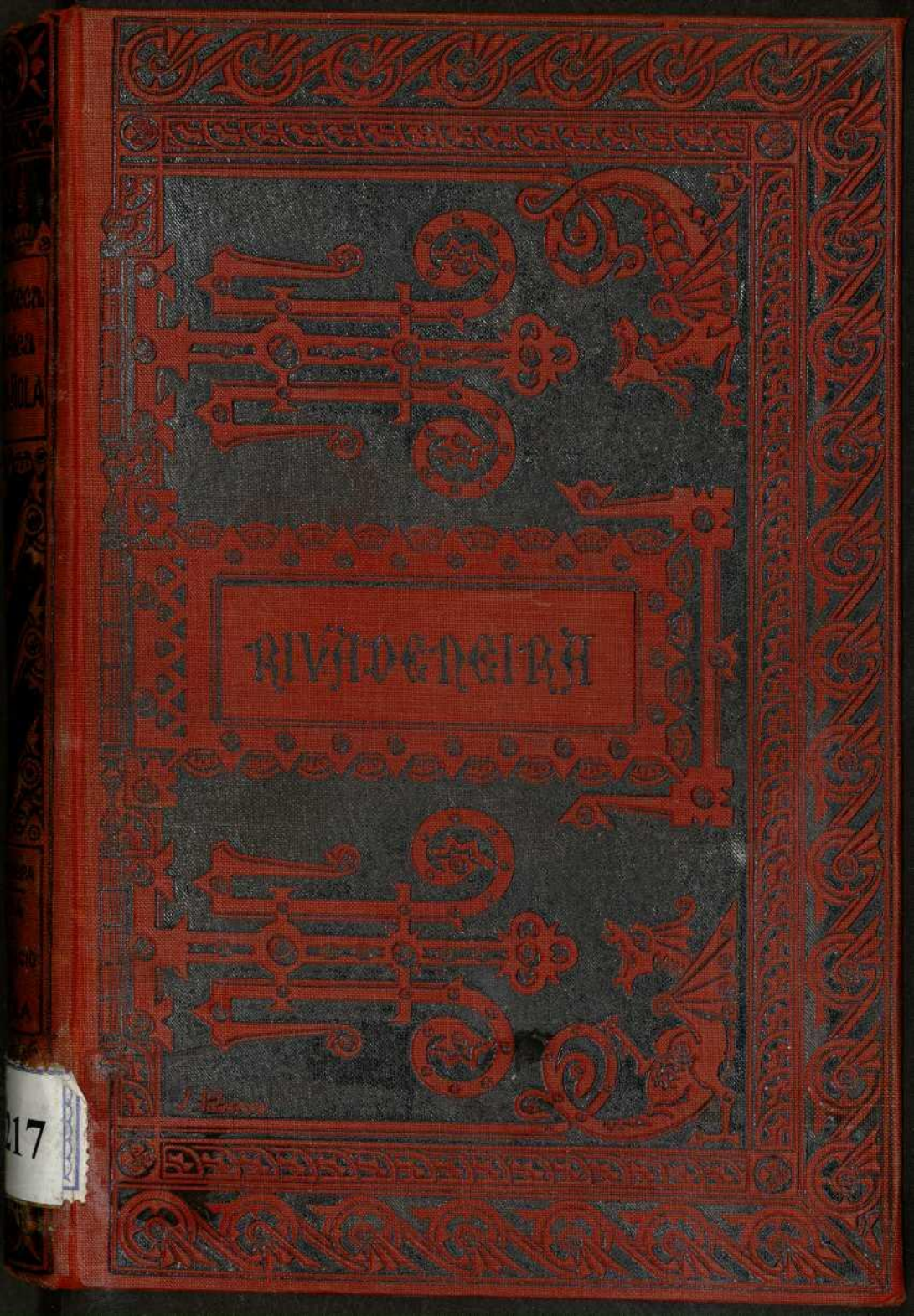
RIVADENEIRA

144217

2-9
4143

VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

VIDA

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO y C.ª-Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1888

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR D. GASPAR DE QUIROGA,

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA, ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, CHANCILLER MAYOR DE CASTILLA, INQUISIDOR APOSTÓLICO GENERAL CONTRA LA HERÉTICA PRAVEDAD Y APOSTASÍA DE LOS REINOS DE SU MAJESTAD, Y DE SU CONSEJO DE ESTADO.

ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SENOR:

Es tan grande y tan antigua la obligación, y conforme á ella, el deseo que toda esta nuestra mínima Compañía de Jesús tiene de servir á vuestra señoría ilustrísima, que tengo yo por muy grande merced de Dios, nuestro Señor, ofrecérseme tan buena ocasión de mostrar este nuestro reconocimiento y deseo con dirigir á vuestra señoría ilustrísima el libro de la *Vida de nuestro padre Ignacio,* padre y fundador de esta nuestra religión, y con publicarle debajo de su nombre y amparo; á lo cual también me ha movido el parecerme que habiendo vuestra señoría ilustrísima favorecido siempre esta nueva planta y obra de Dios, desde que ella casi comenzó, no le será cosa nueva ni dificultosa llevarlo adelante (como lo hace, obligándonos cada día más con nuevas mercedes y fundaciones de colegios), ni dar con su autoridad fuerza á la verdad, que en esta historia se escribe; pues fué tan grande amigo de nuestro padre Ignacio, y tan familiar-

mente le comunicó y trató; y por lo que vió y conoció en él, sacará cuán fundado en verdad debe ser todo lo que de él aquí se dice; y por saber yo esto, he querido dirigir á vuestra señoría ilustrísima este libro, para que ninguno que le leyere pueda poner duda en la verdad de lo que se escribe, ni calumniar lo que ve confirmado con testigo de tanta autoridad, y defendido y amparado con la sombra y escudo de vuestra señoría ilustrísima. Aunque no creo yo que habrá ningún hombre cristiano y prudente que tal haga; porque, aunque nuestra religión no fué en sus principios tan conocida de algunos, les parecía encubierta, como á las veces lo suele estar el sol cuando sale por la mañana; pero ya, con el favor de nuestro Señor, resplandece con tanta claridad, que por ninguna manera aparece que se puede con razón negar ser esta obra de su poderosa diestra, ni haber sido el fundador de ella tal cual convenía que fuese el que Dios escogió para plantar y fundar en su Iglesia obra tan grande. Asimismo he querido renovar con este mi pequeño servicio la memoria de aquel santo varón, que tanto quiso á vuestra señoría ilustrísima, y á quien vuestra señoría ilustrísima tanto estimó y amó; porque, aunque tenga siempre muy fresca y presente esta memoria, y hable de él á menudo con grandes muestras de ternura y amor, todavía pienso que se holgará vuestra señoría ilustrísima que por su medio se publiquen las heroicas y esclarecidas virtudes de este siervo del Señor, para que, siendo más sabidas, sean también más estimadas é imitadas de muchos. Y toca á mí hacer esto más que á nadie, así porque, de haberme criado desde niño á los pechos de nuestro padre, soy testigo de la amistad estrecha que entre vuestra señoría ilustrísima y él hubo, como por la merced tan conocida que vuestra señoría ilustrísima siempre me hace, como á hijo (aunque indigno) de tal padre. Y cierto que considerando yo lo que nuestro padre Ignacio hizo en Roma con vuestra señoría ilustrísima, y cómo, sin ser buscado, le buscó, halló y ayudó, y la cuenta que después tuvo en conservar su amistad, y en que los hijos que tenía en España le sirviesen; y que cuando el cardenal don Juan Siliceo con buen celo (que así se ha de creer) nos desfavorecía, me dijo á mí que vendría otro arzobispo de Toledo que favoreciese y abrazase tanto á la Compañía, cuanto el arzobispo Siliceo la desfavorecía, no puedo creer sino que entendió nuestro padre cuán

grande príncipe y prelado había de ser vuestra señoría ilustrísima en la Iglesia de Dios, y que como á tal, tanto antes le miraba y reverenciaba. Suplico humilmente á vuestra señoría ilustrísima perdone este mi atrevimiento, pues se justifica por tantos y tan honestos títulos, y que reciba con esta historia mi voluntad, y las voluntades y los corazones de todos estos sus siervos, que por desear ser en todo hijos de nuestro padre Ignacio, y servir y acatar á vuestra señoría ilustrísima con el amor que él le trató, le ofrecen los vivos ejemplos y gloriosas hazañas de su vida, para testificar con esto lo que estiman y precian esta deuda, y la afición de servir á vuestra señoría ilustrísima, que de su padre heredaron. Guarde nuestro Señor la persona de vuestra señoría ilustrísima muchos años, como nosotros se lo suplicamos y la santa Iglesia católica lo há menester.—De vuestra señoría ilustrísima y reverendísima obediente y perpetuo siervo en Cristo, PEDRO DE RIVADENEIRA.

AL CRISTIANO LECTOR

Este libro de la *Vida de nuestro padre Ignacio*, algunos años há que le escribí yo y le publiqué en latín. Escribíle en aquella lengua, que es común, porque le dirigí á toda nuestra Compañía, que está extendida y derramada casi por todas las naciones del mundo. Ahora le he traducido y añadido en nuestra lengua castellana, y para que nuestros hermanos legos de España, otras personas devotas y deseosas de saber los principios de nuestra religión, que no saben la lengua latina, puedan gozar y aprovecharse de él en la suya; en lo cual no he usado de oficio de intérprete, que va atado á las palabras y sentencias ajenas, sino de autor que dice las suyas. Y así, teniendo la verdad que escribo delante, y no apartándome de ella, no he mirado tanto las cláusulas y sentencias con que ella se dice en latín, aunque también he tenido cuenta en procurar que el libro sea el mismo en la una lengua y en la otra, de manera que guardando en la una y en otra la propiedad de cada una de ellas, en entrambas saque

el cuerdo lector, de la llaneza y brevedad con que se dicen, la verdad y peso de las mismas cosas que se escriben. Algunas cosas he añadido en este libro de romance, y declarado que no están en el primero, ó no tan explicadas como para el romance era menester. De las añadidas hay algunas que yo no supe cuando le compuse; y otras que, aunque habían venido á mi noticia, no las tenía yo tan averiguadas, que quisiese escribirlas hasta ahora, que las he sabido de raíz. También, con el deseo de no ser prolijo, dejé de industria algunas que me parecieron semejantes á otras que contaba, de las cuales se podían sacar las demás; pero después me ha parecido añadir algunas otras, y especialmente aquellas que, aunque son del mismo jaez con las que antes se contaban, tienen alguna enseñanza particular para nuestro ejemplo y doctrina. Y como tuve tanta cuenta con la verdad, algunas veces en el libro de latín se apuntan más las cosas que se explican. Y éstas también he querido yo ahora explicar más, para cumplir con el deseo de muchos, y para que escribiéndose por menudo, mejor se entiendan, y sean de mayor fruto y provecho á los hermanos de la Compañía, para los cuales especialmente esto se escribe. Y allende de esto, porque algunas cosas se pueden decir en latín con más brevedad que en romance, así porque la lengua latina lo lleva mejor, como porque los que leen aquella lengua, comunmente son más ejercitados y perciben mejor en pocas palabras lo que se dice. Esto he querido aquí decir para que nadie se maraville si hallare más ó menos, cotejando el libro de romance con el de latín, ó viere que contamos algunas cosas propias nuestras y menudas, pues las escribimos para nuestros hermanos.

Á los hermanos en Cristo carísimos de la Compañía de Jesús.

Comienzo, hermanos en Cristo carísimos, con el favor divino, á escribir la *Vida de Ignacio de Loyola*, nuestro padre, de gloriosa memoria, y fundador de esta mínima Compañía de Jesús. Bien veo cuán dificultosa empresa es la que tomo, y cuánto habrá que hacer para no oscurecer con mis palabras

el resplandor de sus heroicas y esclarecidas virtudes, y para igualar con mi bajo estilo la grandeza de las cosas que se han de escribir. Mas, para llevar con mis flacos hombros esta tan pesada carga, tengo grandes alivios y consuelos. Lo primero, el haberla yo tomado, no por mi voluntad, sino por voluntad de quien me puede mandar, y á quien tengo obligación de obedecer y respetar en todas las cosas. Éste es el muy reverendo padre Francisco de Borja, nuestro prepósito general, que me ha mandado escribiese lo que aquí pienso escribir; cuya voz es para mí voz de Dios, y sus mandamientos, mandamientos de Dios, en cuyo lugar le tengo, y como á tal le debo mirar, y con religioso acatamiento reverenciar y obedecer. Demás de esto, porque confío en la misericordia de aquel Señor, que es maravilloso en sus santos, y fuente y autor de toda santidad, que le será acepto y agradable este mi pequeño servicio, y que de él se le seguirá alguna alabanza y gloria; porque verdaderamente él es fundador y establecedor de todas las santas religiones que se han fundado en su iglesia. Él es el que nos enseñó ser el camino de la bienaventuranza estrecho, y la puerta angosta. Y para que no desmayásemos, espantados del trabajo del camino y de las dificultades que en él se nos ofrecen, él mismo, que es la puerta y el camino por do habemos nosotros de caminar y entrar, quiso ser también nuestra guía, y allanarnos con su vida y ejemplo, y facilitarnos este camino, que á los flacos ojos de nuestra carne parece tan áspero y tan dificultoso; de suerte que mirando á él y siguiendo sus pisadas, ni pudiésemos errar, ni tuviésemos en qué tropezar ni qué temer, sino que todo el camino fuese derecho, llano y seguro, y lleno de infinitas recreaciones y consolaciones divinas. Este Señor es el que con maravillosa y paternal providencia, casi en todos los siglos y edades, ha enviado al mundo varones perfectísimos, como unas lumbreras y hachas celestiales, para que, abrasados de su amor y deseosos de imitarle y de alcanzar la perfección de la vida cristiana que en el Evangelio se nos representa, atizasen y despertasen el fuego que el mismo Señor vino á emprender en los corazones de los hombres, y con sus vivos ejemplos y palabras encendidas le entretuviesen, y no le dejasen extinguir y acabar. Así que todo lo que diremos de Ignacio, manó como río de la fuente caudalosa de Dios; y pues él es el principio de este tan soberano

bien, también debe ser el fin de él, y se le debe sacrificio de alabanza por lo que él obró en este su siervo y en los demás; porque es tan grande su bondad y tan sobrada su misericordia para con los hombres, que sus mismos dones y beneficios que él les hace, los recibe por servicios y quiere que sean merecimientos de los mismos hombres; lo cual los santos reconocen y confiesan, y en señal de este reconocimiento, quitan de sus cabezas las coronas, que son el galardón y premio de sus merecimientos, y con profundísimo sentimiento de su bajeza, y con humilde y reverencial agradecimiento postrados y derribados por el suelo, los echan delante del trono de su acatamiento y soberana majestad. Hay también otra razón, que hace más ligero este mi trabajo, y es el deseo grande que entiendo tienen muchos de los de fuera, y todos vosotros, hermanos míos muy amados, tenéis más crecido, de oir, leer y saber estas cosas; el cual, siendo, como es, tan justo y piadoso, querría yo por mi parte, si fuese posible, cumplirle, y apagar ó templar la sed de los que la tienen tan encendida, pues para ello hay tanta razón; porque, ¿qué hombre cristiano y cuerdo hay, que viendo en estos miserables tiempos una obra tan señalada como ésta de la mano de Dios, y una religión nueva plantada en su Iglesia en nuestros días, y extendida en tan breve tiempo y derramada casi por todas las provincias y tierras que calienta el sol, no desee siquiera saber cómo se hizo esto; quién la fundó, qué principios tuvo, su discurso, acrecentamiento y extensión, y el fruto que de ella se ha seguido? Mas esta razón, hermanos míos, no toca á nosotros solos, pero también á los demás. Otra hay, que es más doméstica y propia nuestra, que es de seguir é imitar á aquel que tenemos por capitán; porque, así como los que vienen de ilustre linaje y de generosa y esclarecida sangre procuran de saber las hazañas y gloriosos ejemplos de sus antepasados, y de los que fundaron y ennoblecieron sus familias y casas, para tenerlos por dechado, y hacer lo que ellos hicieron; así también nosotros, habiendo recibido de la mano de Dios, nuestro Señor, á nuestro padre Ignacio por guía y maestro, y por caudillo y capitán de esta milicia sagrada, debemos tomarle por espejo de nuestra vida y procurar con todas nuestras fuerzas de seguirle, de suerte que si por nuestra imperfección no pudiéremos sacar tan al vivo y tan al propio el retrato de sus muchas y excelentes virtudes,

á lo menos imitemos la sombra y rastro de ellas. Y por ventura para esto os será mi trabajo provechoso, y también gustoso y provechoso; pues el deseo de imitar hace que dé contento el oir contar lo que imitar se desea, y que sea tan gustoso el saberlo, como es el obrarlo provechoso. Pero ¿qué diré de otra razón, que, aunque la pongo á la postre, para mí no es la postrera? Esta es un piadoso y debido agradecimiento, y una sabrosa memoria y dulce recordación de aquel bienaventurado varón y padre mío, que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó, por cuyas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones confieso yo ser eso poco que soy. Procuraré, pues, renovar la memoria de su vida tan ejemplar, que ya parece que se va olvidando, y de escribirla, sino como ella merece, á lo menos de tal manera, que ni el olvido la sepulte, ni el descuido la oscurezca, ni se pierda por falta de escritor. Y con esto, aunque yo no pueda pagar lo mucho que á tan esclarecido varón debo, á lo menos pagaré lo poco que puedo. Así que será este mi trabajo acepto á Dios, nuestro Señor (como en su misericordia confío); á nuestro padre Ignacio, debido; á vosotros, hermanos míos, provechoso; á los de fuera, si no me engaño, no molesto; á lo menos á mí, aunque por mi poca salud me será grave, pero, por ser parte de agradecimiento, espero en el Señor que me le hará ligero, y por ser, como es, por todos estos títulos obra de virtud; y porque la primera regla de la buena historia es, que se guarde verdad en ella, ante todas cosas protesto que no diré aquí cosas inciertas y dudosas, sino muy sabidas y averiguadas. Contaré lo que yo mismo oí, ví y toqué con las manos en Ignacio, á cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad, pues el Padre de las misericordias fué servido de traerme, el año de mil quinientos cuarenta (antes que yo tuviese catorce años cumplidos, ni la Compañía fuese confirmada del Papa), al conocimiento y conversación de este santo varón; la cual fué de manera, que dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole y sirviéndole en todo lo que se ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos, con aprovechamiento de mi ánima y particular admiración; la cual crecía cada día tanto más, cuanto él iba descubriendo más de lo mucho que en su pecho tenía encerrado, y yo con la edad iba abriendo los ojos, para ver lo que antes por falta de ella no veía. Por

esta tan íntima conversación y familiaridad que yo tuve con nuestro padre, pude ver y notar, no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas á los ojos de muchos, pero también algunas de las secretas que á poco se descubrían. También diré lo que el mismo padre contó de sí, á ruegos de toda la Compañía; porque habiéndole pedido y rogado muchas veces en diversos tiempos y ocasiones, con grande y extraordinaria instancia, que para nuestro ejemplo y aprovechamiento nos diese parte de lo que había pasado por él en sus principios, y de sus trabajos y persecuciones, que fueron muchas, y de los regalos y favores que había recibido de la mano de Dios, nunca lo pudimos acabar con él, hasta el año antes que muriese; en el cual, después de haber hecho mucha oración sobre ello, se determinó de hacerlo, y así lo hacía acabada su oración y consideración, contando al padre Luís González de Cámara, con mucho peso y con un semblante del cielo, lo que se le ofrecía; y el dicho padre, en acabándolo de oir, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído; y todo esto tengo yo como entonces se escribió. Escribiré asimismo lo que yo supe de palabra y por escrito, de nuestro padre maestro Laínez, el cual fué casi el primero de los compañeros que Ignacio tuvo, y el hijo más querido; y por esto, y por haber sido en los principios el que más le acompañó, vino á tener más comunicación y á saber más cosas de él; las cuales, como padre mío tan entrañable, muchas veces me contó, antes que sucediese en el cargo á Ignacio, y después que fué prepósito general. Y ordenábalo así nuestro Señor, como yo creo, para que sabiéndolas yo, las pudiese aquí escribir. De estos originales se ordenó y sacó casi toda esta historia; porque no he querido poner otras cosas que se podrían decir con poco fundamento y sin autor grave y de peso, por parecerme que, aunque cualquiera mentira es fea é indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos. Como si Dios tuviese necesidad de ella, ó no fuese cosa ajena de la piedad cristiana, querer honrar y glorificar al Señor, que es suma y eterna verdad, con cuentos y milagros fingidos; y aun esta verdad es la que me hace entrar en este piélago con mayor esperanza de buen suceso y próspera navegación; porque no habemos de tratar de la vida y santidad de un hombre que há muchos siglos que pasó, en cuya historia, por su antigüe-

dad, podríamos añadir y quitar y fingir lo que nos pareciese. Mas escribimos de un hombre que fué en nuestros días, y que conocieron y trataron muy particularmente muchos de los que hoy viven, para que los que no le vieron ni conocieron entiendan que lo que aquí se dijere estará comprobado con el testimonio de los que hoy son vivos y presentes, y familiarmente le comunicaron y trataron. Diré ahora lo que pretendo hacer en esta historia. Yo al principio propuse escribir precisamente la *Vida del padre Ignacio*, y desenvolver y descubrir al mundo las excelentes virtudes que él tuvo encogidas y encubiertas con el velo de su humildad. Después me pareció ensanchar este mi propósito y abrazar algunas cosas más, porque entendí que había muchas personas virtuosas y devotas de nuestra Compañía, que tenían gran deseo de saber su origen, progreso y discurso, y por darles contento quise yo tocarlo aquí, y declarar con brevedad cómo sembró esa semilla este labrador y obrero fiel del Señor por todo el mundo, y cómo de un granillo de mostaza creció un árbol tan grande, que sus ramas se extienden de Oriente á Poniente, y de Septentrión al Mediodía, y otros acaecimientos que sucedieron mientras que él vivió, dignos de memoria; entre los cuales habrá muchas de las empresas señaladas que, siendo Ignacio capitán, se han acometido y acabado, y algunos de los encuentros y persecuciones que con su prudencia y valor se han evitado ó resistido, y otras cosas que siendo él prepósito general, se ordenaron y establecieron; y por estos respetos parecen que están tan trabadas y encadenadas con su vida, que apenas se pueden apartar de ella; pero no por esto me tengo por obligado de contarlo todo, sin dejar nada que de contar sea; que no es ésta mi intención, sino de coger algunas cosas y entresacarlas, que me parezcan más notables ó más á mi propósito; que es dar á entender el discurso de la Compañía; las cuales, si ahora, que está fresca su memoria, no se escribiesen, por ventura se olvidarían con el tiempo. Hablaré en particular de algunos de los padres que fueron hijos de Ignacio y sus primeros compañeros, y murieron viviendo él, y también de algunos otros que merecieron del Señor derramar la sangre por su santa fe. De los primeros, porque fueron nuestros padres y nos engendraron en Cristo; de los segundos, porque fueron tan dichosos, que la muerte que debían á la naturaleza, la ofrecieron á su Señor y la dieron

por confirmación de su verdad. De los vivos diremos poco, de los muertos algo más, conforme á lo que el Sabio nos amonesta, que no alabemos á nadie antes de su muerte, dando á entender (como dice san Ambrosio) que le alabemos después de sus días y le ensalcemos después de su acabamiento. Resta, hermanos míos, que supliquemos humil é intensamente á nuestro Señor que favorezca este buen deseo, pues es suyo, y que acepte estos cinco libros, que, como cinco cornadillos, yo ofrezco á su Majestad, y con su acostumbrada clemencia los reciba, y saque de ellos alabanza y gloria para sí, y provecho y edificación para su santa Iglesia. Demás de esto afectuosamente os ruego, hermanos carísimos, por aquel amor tan entrañable que Dios ha plantado en nuestros corazones, con que nos amamos unos á otros, que con vuestras fervorosas oraciones me alcancéis espíritu del Señor, para imitar de veras la vida y santidad de Ignacio, cuya constancia en abatirse, la aspereza en castigarse, la fortaleza en los peligros, la quietud y seguridad en medio de todas las olas y torbellinos del mundo, la templanza y modestia en las prosperidades, en todas las cosas alegres y tristes, la paz y gozo que tenía su ánima en el Espíritu Santo, debemos tener nosotros siempre delante, y poner los ojos en aquel lucido escuadrón de heroicas y singulares virtudes que le acompañaban y hermoseaban, para que su vida nos sea dechado, y como un verdadero y perfectísimo dibujo de nuestro instituto y vocación, á la cual nos llamó el Señor, por su infinita bondad, por medio de este glorioso capitán y padre nuestro; que siguiéndole nosotros por estos pasos, como verdaderos hijos suyos, no podremos ir descaminados, ni dejar de alcanzar lo que él para sí y para sus verdaderos hijos alcanzó.

LIBRO PRIMERO

VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPÍTULO PRIMERO

Del nacimiento y vida de Ignacio antes que Dios le llamase á su conocimiento

Íñigo de Loyola, fundador y padre de la Compañía de Jesús, nació de noble linaje, en aquella parte de España que se llama la provincia de Guipúzcoa, el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y uno, presidiendo en la silla de San Pedro Inocencio, papa octavo de este nombre, y siendo emperador Federico III, y reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa y esclarecida memoria. Fué su padre Beltrán de Loyola, señor de la casa de Loyola y cabeza de su ilustre y antigua familia. Su madre se llamó doña María Sonnez, matrona igual en sangre y virtud á su marido. Tuvieron estos caballeros cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fué nuestro Íñigo, que con dichoso y bienaventurado parto salió al mundo para bien de muchos, á quien llamaremos de aquí adelante Ignacio, por ser este nombre más común á las otras naciones, y en él más conocido y usa-

do. Pasados, pues, los primeros años de su niñez, fué enviado de sus padres Ignacio á la corte de los Reyes Católicos. Y comenzando ya á ser mozo y á hervirle la sangre, movido del ejemplo de sus hermanos, que eran varones esforzados, y él, que de suyo era brioso y de grande ánimo, dióse mucho á todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso y honra y gloria militar. El año, pues, de mil y quinientos y ventiuno, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada día más, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbara, el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje para resistir hasta la muerte al francés. Mas, como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y continuamente con cañones reforzados batiesen el castillo, sucedió que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha de manera, que se la dejarretó y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demás que con su valor se esforzaban, luego desmayaron, y desconfiados de poderse defender, se dieron á los franceses, los cuales llevaron á Ignacio á sus reales, y sabiendo quién era, y viéndole tan mal parado, movidos de compasión, le hicieron curar con mucho cuidado. Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesía y liberalidad á su casa, donde fué llevado en hombros de hombres en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, á empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos, los cuales fueron de parecer que la pierna se había otra vez de desencasar, porque los huesos (ó por descuido de los primeros cirujanos, ó por el movimiento y agitación del camino áspero) estaban fuera de su juntura y lugar, y era necesario volvérselo á él, y concertarlos para que se soldasen. Hízose así con grandísimos tormentos y dolores del enfermo, el cual pasó esta carnicería que en él se hizo, y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración; porque ni

mudó de color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza. Crecía, con todo esto, el mal más cada día, y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida, y avisáronle de su peligro. Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano, armóse de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesucristo, nuestro Redentor, nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin, y como los médicos le diesen por muerto si hasta la media noche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fué Dios, nuestro Señor, servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor, porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como á tal le había reverenciado y servido, y así le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía á favorecer y le traía la salud. Librado ya de este peligroso trance, comenzáronse á soldar los huesos y á fortificarse; mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrahecha, de suerte que no podía andar ni tenerse sobre sus pies. Era entonces Ignacio mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas y de traerse bien, y tenía propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero á los cirujanos si se podía cortar, sin peligro de la vida, aquel hueso que sobresalía con tanta deformidad; y como le dijesen que sí, pero que sería muy á su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura; no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito. Y (como yo le oí decir) por poder traer una bota muy justa y muy pulida, como en aquel tiempo se usaba, ni fué posible sacarle de ello, ni persuadirle otra cosa. Quisiéronle atar para hacer este sacrificio, y no lo consintió, pare-

ciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón. Cortado el hueso, se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas é instrumentos con que cada día le atormentaban, estirando y extendiendo poco á poco la pierna, y volviéndola á su lugar. Pero, por mucho que la desencogieron y retiraron, nunca pudo ser tanto, que llegase á ser igual al justo con la otra.

CAPÍTULO II

Cómo le llamó Dios, de la vanidad del siglo, al conocimiento de sí

Estábase todavía nuestro Ignacio tendido en una cama, herido de Dios, que por esta vía le quería sanar, y cojo, como otro Jacob, que quiere decir otro batallador, para que le mudase el nombre, y se llamase Israel, y viniese á decir: «Ví á Dios cara á cara, y mi ánima ha sido salva.» Pero veamos por qué camino le llevó el Señor, y cómo antes que viese á Dios, fué menester que luchase y batallase. Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías, y para pasar el tiempo, que, con la cama y enfermedad, se le hacía largo y enfadoso, pidió que le trajesen algún libro de esta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales, que le ofrecieron; los cuales él aceptó, mas por entretenerse en ellos que no por gusto y devoción. Trajéronle dos libros, uno de la vida de Cristo, nuestro Señor, y otro de vidas de santos, que comunmente llaman *Flos Sanctorum*. Comenzó á leer en ellos, al principio (como dije) por su pasatiempo, después poco á poco por afición y gusto. Porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan, más sabrosas son. Y no solamente comenzó á gustar, mas también á trocársele el corazón, y á querer imitar y obrar lo que leía. Pero, aunque iba nuestro Señor sembrando estos buenos deseos en su ánima, era tanta la fuerza de la envejecida costumbre de su vida pasada, tantas

las zarzas y espinas de que estaba llena esta tierra yerma y por labrar, que le ahogaba luego la semilla de las inspiraciones divinas con otros contrarios pensamientos y cuidados. Mas la divina misericordia, que ya había escogido á Ignacio por su soldado, no lo desamparaba, antes le despertaba de cuando en cuando, y avivaba aquella centella de su luz, y con la fresca lición refrescaba y esforzaba sus buenos propósitos, y contra los pensamientos vanos y engañosos del mundo, le proveía y armaba con otros pensamientos cuerdos, verdaderos y macizos. Y esto de manera, que poco á poco iba prevaleciendo en su ánima la verdad contra la mentira, y el espíritu contra la sensualidad, y el nuevo rayo y luz del cielo contra las tinieblas palpables de Egipto. Y juntamente iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesús, nuestro capitán y Señor, y á los otros santos, que por haberle imitado merecen ser imitados de nosotros. Hasta este punto había ya llegado Ignacio, sin que ninguna dificultad de las muchas que se le ponían delante fuese parte para espantarle y apartarle de su buen propósito; pero sí para hacerle estar perplejo y confuso, por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que por una parte el demonio le combatía, queriendo continuar la posesión que tenía de su antiguo soldado, y con que por otra el Señor de la vida le llamaba y convidaba á ella, para hacerle caudillo de su sagrada milicia. Mas entre los unos pensamientos y los otros había gran diferencia; porque los pensamientos del mundo tenían dulces entradas y amargadas salidas, de suerte que á los principios parecían blandos y halagüeños, y regaladores del apetito sensual; mas sus fines y dejos eran, dejar atravesadas y heridas las entrañas, y el ánima triste, desabrida y descontenta de sí misma. La cual sucedía muy al revés en los otros pensamientos de Dios; porque cuando pensaba Ignacio lo que había de hacer en su servicio, cómo había de ir á Jerusalén, y visitar aquellos santos lugares, las penitencias con que había de vengarse de sí, y seguir la hermosura y excelencia de la virtud y perfección cristiana, y otras cosas semejantes, estaba su ánima llena de deleites, y no cabía de placer mientras que duraban estos pensamientos y tratos en ella. Y cuando se iban, no la dejaban del todo vacía y seca, sino con rastros de su luz y suavidad. Pasaron muchos días sin que echase de ver esta

diferencia y contrariedad de pensamientos, hasta que un día, alumbrado con la lumbre del cielo, comenzó á parar mientes y mirar en ello, y vino á entender cuán diferentes eran los unos pensamientos de los otros en sus efectos y en sus causas. Y de aquí nació el cotejarlos entre sí, y los espíritus buenos y malos, y el recibir lumbre para distinguirlos y diferenciarlos. Y este fué el primer conocimiento que nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas; del cual, acrecentado con el continuo uso y con nuevos resplandores y visitaciones del cielo, salieron después, como de su frente y de su luz, todos los rayos de avisos y reglas que el buen padre en sus ejercicios nos enseñó, para conocer y entender la diversidad que hay entre el espíritu verdadero de Dios y el engañoso del mundo; porque primeramente entendió que había dos espíritus, no solamente diversos, sino en todo y por todo tan contrarios entre sí, como son las causas de donde ellos proceden, que son luz y tinieblas, verdad y falsedad, Cristo y Belial. Después de esto, comenzó á notar las propiedades de entrambos espíritus, y de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana, que nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia de estos espíritus, y una fuerza y vigor sobrenatural en su voluntad, para aborrecer todo lo que el mundo le representaba, y para apetecer y desear y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecía y proponía; de los cuales principios y avisos se sirvió después por toda la vida. De esta manera, pues, se deshicieron aquellas tinieblas, que el príncipe dellas le ponía delante. Y alumbrados ya sus ojos, y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con este favor de Dios, dióse priesa y pasó adelante, ayudándose por una parte de la lección y por otra de la consideración de las cosas divinas, y apercibiéndose para las asechanzas y celadas del enemigo. Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que había tejido, y desmarañar los embustes y enredos de su vanidad, con particular aborrecimiento de sus pecados y deseo de satisfacer por ellos, y tomar venganza de sí, que es comunmente el primer escalón que han de subir los que por temor de Dios se vuelven á él. Y aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecían trabajos y dificultades, no por eso se desmayaba

ni se entibiaba punto su fervor; antes, armado de la confianza en Dios, como con un arnés tranzado de pies á cabeza, decía: «En Dios todo lo pondré; pues me da el deseo, también me dará la obra. El comenzar y acabar, todo es suyo.» Pero con todo esto, no se determinó de seguir particular manera de vida, sino de ir á Jerusalén después de bien convalecido, y antes de ir, de mortificarse y perseguirse con ayunos y disciplinas y todo género de penitencias y asperezas corporales, y con un enojo santo y generoso, crucificarse y mortificarse y hacer anatomía de sí. Y así, con estos deseos tan fervorosos que nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos pensamientos del mundo, y con la luz del Sol de justicia, que ya resplandecía en su ánima, se deshacían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecerse y despedirse la obscuridad de la noche con la presencia del sol. Estando en ese estado, quiso el Rey del cielo y Señor, que le llamaba, abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarle y animarle más con una nueva luz y visitación celestial. Y fué así, que estando él velando una noche, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los ángeles, que traía en brazos á su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión, la cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecía que quitaban y raían de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vió que no fué sueño, sino verdadera y provechosa esta visitación divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia y le trocó de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la limpieza y castidad de su ánima sin mancilla, con grande entereza y puridad. Pues estando ya con estos propósitos y deseos, y andando como con dolores de su gozoso parto, su hermano mayor y la gente de su casa fácilmente vinieron á entender que estaba tocado de Dios y que no era el que solía ser; porque, aunque él no descubría á nadie el secreto de su corazón, ni hablaba con la lengua, pero hablaba con su rostro, y con el semblante demudado y muy ajeno del que solía. Especialmente viéndole en continua oración y lección, y en diferentes ejercicios que los pasados; porque ni gustaba ya de gracias ni donaires,

sino que sus palabras eran graves y medidas, y de cosas espirituales y de mucho peso, y se ocupaba buenos ratos en escribir. Y para esto había hecho encuadernar muy pulidamente un libro, en el cual para su memoria, de muy escogida letra (que era muy buen escribano), escribía los dichos y hechos que le parecían más notables de Jesucristo, nuestro Salvador, y los de su gloriosa Madre, nuestra Señora, la virgen María, y de los otros santos. Y tenía ya tanta devoción, que escribía con letras de oro los de Cristo, nuestro Señor, y los de su santísima Madre con letras azules, y los de los demás santos con otros colores, según los varios afectos de su devoción. Sacaba nuevo contento y nuevos gozos de todas estas ocupaciones, pero de ninguna más que de estar mirando atentamente la hermosura del cielo y de las estrellas; lo cual hacía muy á menudo y muy de espacio; porque este aspecto de fuera, y la consideración de lo que hay dentro de los cielos y sobre de ellos, le era grande estímulo á incentivo al menosprecio de todas las cosas transitorias y mudables, que están debajo de ellos, y le inflamaba más en el amor de Dios. Y fué tanta la costumbre que hizo en esto, que aún le duró después por toda la vida; porque muchos años después, siendo ya viejo, *le ví yo* estando en alguna azotea ó en lugar eminente y alto, de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él. Y á cabo de rato que había estado como hombre arrobado y suspenso, y que volvía en sí, se enternecía. Y saltándosele las lágrimas de los ojos, por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: «¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo! Estiércol y basura es.» Trató también lo que había de hacer á la vuelta de Jerusalén; pero no se determinó en cosa ninguna, sino que, como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor. Y así, de día y de noche se desvelaba en buscar un estado y manera de vida en el cual, puestas debajo de sus pies todas las cosas mundanas y la rueda de la vanidad, pudiese él castigarse y macerarse con extremado rigor y aspereza, y agradar más á su Señor.

CAPÍTULO III

Del camino que hizo de su tierra á Nuestra Señora de Montserrat

Había ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atrás allegada y dependiente de la del duque de Nájera, y el mismo Duque le había enviado á visitar en su enfermedad algunas veces, con achaque de visitar al Duque y cumplir con la obligación en que le había puesto, pero verdaderamente por salir, como otro Abraham, de su casa y de entre sus deudos y conocidos, púsose á punto para ir camino. Olió el negocio Martín García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando aparte á Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, á pedirle y rogarle muy ahincadamente que mirase bien lo que hacía, y no se echase á perder á sí y á los suyos; mas que considerase que bien entablado tenía su negocio, y cuánto camino tenía andado para alcanzar honra y provecho, y que sobre tales principios y tales cimientos podría edificar cualquiera grande obra; que las esperanzas ciertas de su valor é industria á todos prometían todas las cosas. Dice: «En vos, hermano mío, son grandes el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza, y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia; vuestra edad, que está ahora en la flor de su juventud, y una expectación increíble, fundada en estas cosas que he dicho que todos tienen de vos. Pues ¿y cómo queréis vos, por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos burlados á todos, despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras victorias, y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se le han de seguir? Yo en una sola cosa os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos, y soy vuestro hermano mayor; pero en todo lo demás yo reconozco que vais adelante. Mirad (yo os ruego, hermano mío más querido que mi vida) lo que hacéis, y no os arrojéis á cosa que no sólo nos quite lo que de vos esperamos, sino también amancille nuestro linaje con perpetua infamia y des-

honra.» Oyó su razonamiento Ignacio, y como había otro que le hablaba con más fuerza y eficacia al corazón, respondió á su hermano con pocas palabras, diciendo que él miraría por sí y se acordaría que había nacido de buenos, y que le prometía de no hacer cosa que fuese en deshonra de su casa. Y con estas pocas palabras, aunque no satisfizo al hermano, apartóle y sacudióle de sí, y púsose en camino, acompañado de dos criados, los cuales poco después despidió, dándoles de lo que llevaba. Desde el día que salió de su casa tomó por costumbre de disciplinarse ásperamente cada noche, lo cual guardó por todo el camino que hizo á Nuestra Señora de Montserrat, á donde iba á parar. Y para que entendamos por qué pasos y por qué como escalones llevaba Dios á este su siervo, y le hacía subir á la perfección, es de saber que en este tiempo ni él sabía, ni tenía cuidado de saber, qué sea caridad, qué humildad, qué paciencia, qué quiere decir desprecio de sí, cuál sea la propiedad y naturaleza de cada una de las virtudes, qué partes y oficios y límites tiene la templanza, qué pide la razón y prudencia espiritual y divina. Á ninguna de estas cosas paraba mientes, sino que abrasado y aferrado con lo que entonces le parecía mejor y más á propósito de su estado presente, ponía todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas para afligir su cuerpo con asperezas y castigos. Y esto no por otra razón, sino porque los santos que él había tomado por su dechado y ejemplo habían echado por este camino; porque ya desde entonces comenzaba nuestro Señor á plantar en el corazón de Ignacio un vivo y ardentísimo deseo de buscar y procurar en todas sus cosas lo que fuese á los ojos de su Majestad más agradable; que éste fué como su blasón siempre, y como el ánima y vida de todas sus obras: *Á mayor gloria divina.*

Pero ya en estas penitencias que hacía, había subido un escalón más, porque en ellas no miraba, como antes, tanto á sus pecados, cuanto al deseo que tenía de agradar á Dios. Porque, aunque era verdad que tenía grande aborrecimiento de sus pecados pasados, pero en las penitencias que hacía para satisfacer por ellos, estaba ya su corazón tan inflamado y abrasado de un vehementísimo deseo de agradar á Dios, que no tenía cuenta tanto con los mismos pecados, ni se acordaba de ellos, como de la gloria y honra de Dios, cuya injuria quería vengar haciendo penitencia de ellos. Iba, pues,

Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrat, y topó acaso con un moro de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón. Comenzaron á andar juntos y á trabar plática, y de una en otra vinieron á tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen nuestra Señora. Concedía el moro que esta bienaventurada Señora había sido virgen antes del parto y en el parto, porque así convenía á la grandeza y majestad de su Hijo. Pero decía que no había sido así después del parto, y traía razones falsas y aparentes para probarlo, las cuales deshacía Ignacio, procurando con todas sus fuerzas de desengañar al moro y traerle al conocimiento de esta verdad; pero no lo pudo acabar con él, antes se fué adelante el moro, dejando solo á Ignacio, muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer. Porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaban á darse priesa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla. Y no es maravilla que un hombre acostumbrado á las armas y á mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera, es falsa, y como tal, engaña á muchos, tuviese por afrenta suya, y caso de menos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese á hablar en su presencia en deshonra de nuestra soberana Señora. Este pensamiento, al parecer piadoso, puso en grande aprieto á nuestro nuevo soldado, y después de haber buen rato pensado en ello, al fin se determinó á seguir su camino hasta una encrucijada de donde se partía el camino para el pueblo adonde iba el moro, y allí soltar la rienda á la cabalgadura en que iba, para que si ella echase por el camino por donde el moro iba, le buscase y le matase á puñaladas; pero si fuese por el otro camino, le dejase y no hiciese más caso de él. Quiso la bondad divina, que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas para bien de los que le desean agradar y servir, que la cabalgadura, dejando el camino ancho y llano, por do había ido el moro, se fuese por el que era más á propósito para Ignacio. Y de aquí podemos sacar por qué caminos llevó nuestro Señor á este su siervo, y de qué principios y medios vino á subir á la cumbre de tan alta perfección. Porque, como dice el bienaventurado san Agustín, las almas capaces de la virtud, como tierras fértiles y lozanas, suelen

muchas veces brotar de sí vicios, y son como unas malas yerbas, que dan muestra de las virtudes y frutos que podrían llevar si fuesen labradas y cultivadas. Como Moisés cuando mató al egipcio, como tierra inculta y por labrar, daba señales, aunque viciosas, de su mucha fertilidad y de la fortaleza natural que tenía para cosas grandes. Estando pues ya cerca de Montserrat, llegó á un pueblo, donde compró el vestido y traje que pensaba llevar en la romería de Jerusalén, que fué una túnica hasta los pies, á modo de un saco, de cáñamo áspero y grosero. Ciñóse con un pedazo de cuerda, los zapatos fueron unas alpargatas de esparto, un bordón de los que suelen traer los peregrinos, una calabacica para beber un poco de agua cuando tuviese sed. Y porque temía mucho la flaqueza de su carne, aunque con aquel favor celestial que tuvo (de que arriba dijimos), y con los vivos deseos de agradar á Dios, que el mismo Señor le daba, se hallaba ya mucho más alentado y animado para resistir y batallar, poniéndose todo debajo del amparo y protección de la serenísima Reina de los ángeles, virgen y madre de la puridad, hizo voto de castidad en este camino, y ofreció á Cristo nuestro Señor y á su Santísima Madre la limpieza de su cuerpo y ánima, con grande devoción y deseo fervoroso de alcanzarla; y alcanzóla tan entera y cumplida como queda escrito en el segundo capítulo. Tan poderosa es la mano de Dios para socorrer á los que con fervor de espíritu se le encomiendan, tomando por abogada y medianera á su benditísima Madre.

CAPÍTULO IV

De cómo mudó sus vestidos en Montserrat

Es Montserrat un monasterio de los religiosos de San Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado á la Madre de Dios, y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen á él á pedir favores á la Santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. Á este santo lugar llegó Ignacio, y lo primero que hizo fué buscar un escogido confesor, como en-

fermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días. Este confesor era un religioso principal de aquella santa casa, el cual fué el primero á quien, como á padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos é intentos. Dejó al monasterio su cabalgadura. La espada y daga de que antes se había preciado, y con que había servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora. Corría el año de mil y quinientos y veintidós, y la víspera de aquel alegre y gloriosísimo día que fué principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su Santísima Madre. Ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fué á un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistióse de aquel su deseado saco que traía comprado, y púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen. Y porque suele nuestro Señor traer los hombres á su conocimiento por las cosas que son semejantes á sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan á entender y gustar las que antes no entendían, quiso también que fuese así en Ignacio, el cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para adelante. Y por no ser conocido, antes que amaneciese, desviándose del camino real que va á Barcelona, se fué con toda priesa á un pueblo que está hacia la montaña, llamado Manresa, tres leguas de Montserrat, cubiertas sus carnes con sólo aquel saco vil y grosero, con su soga ceñido y el bordón en la mano, la cabeza descubierta y el un pie descalzo, que el otro, por haberle aún quedado flaco y tierno de la herida, é hinchársele cada noche la pierna (que por esta causa traia fajada), le pareció necesario llevarle calzado. Apenas había andado una legua de Montserrat, yendo tan gozoso con

su nueva librea, que no cabía en sí de placer, cuando á deshora se siente llamar de un hombre que á más andar le seguía. Este le preguntó si era verdad que él hubiese dado sus vestidos ricos á un pobre que así lo juraba, y la justicia, pensando que los había hurtado, le había echado en la cárcel; lo cual como Ignacio oyese, demudándose todo y perdiendo la voz, no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre sí: «¡Ay de ti, pecador, que aún no sabes ni puedes hacer bien á tu prójimo sin hacerle daño y afrenta!» Mas por librar de este peligro al que sin culpa y sin merecerlo estaba en él, en fin confesó que le había dado aquellos vestidos. Y aunque le preguntaron quién era, de dónde venía y cómo se llamaba, á nada de esto respondió, pareciéndole que no hacía al caso para librar al inocente.

CAPÍTULO V

De la vida que hizo en Manresa

Llegado á Manresa, se fué derecho al hospital, para vivir allí entre los pobres que mendigaban, ensayándose para combatir animosamente contra el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procuraba era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada, para que, encubierto y desconocido á los ojos del mundo, pudiese más libre y seguramente conversar delante de Dios. La vida que hacía era ésta: cubría sus carnes con la desnudez y desprecio que arriba contamos. Mas, porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona había sido en el siglo muy curioso, para que el desprecio de esto igualase á la demasía que en preciarse de ello había tenido, de día y de noche trajo siempre la cabeza descubierta, y el cabello (que, como entonces se usaba, por tenerle rubio y muy hermoso le había dejado crecer) traíale desgreñado y por peinar. Y con el menosprecio de sí dejó crecer las uñas y barba. Así suele nuestro Señor trocar los corazones á los que trae á su servicio, y con la nueva luz que les da les hace ver las cosas como son, y no como primero les parecían; aborreciendo lo que antes les daba gusto, y gustando de lo que antes aborrecían. Disciplinábase reciamente cada día tres veces.

Y tenía siete horas puesto de rodillas en oración, y esto con grande fervor é intensa devoción. Y oía misa cada día, y vísperas y completas, y con esto sentía mucho consuelo interior y grande contento; porque, como ya su corazón estaba mudado, y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiesen las cosas divinas, las voces y alabanzas del Señor que entraban por sus oídos penetraban hasta lo interior de sus entrañas. Y con el calor de la devoción derretíase en ellas, contemplando su verdad. Pedía limosna cada día; pero ni comía carne ni bebía vino. Solamente se sustentaba con pan y agua, y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibía el Santísimo Sacramento del altar. Tenía tanta cuenta con irse á la mano, y tomaba tan á pechos el sojuzgar su carne y traerla á la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que á su cuerpo pudiese dar algún deleite ó regalo. Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, á pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia. Vino con esto á traer á sí los ojos de las gentes, y tras ellos llevaba los corazones. De manera que muchos que se le allegaban y deseaban tratar familiarmente con él, cuando le oían, quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque, aunque él era principiante en las cosas espirituales y poco ejercitado en las virtudes, pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no podían dejar de salir fuera sus llamas y resplandores. Y de aquí es que sus palabras, tan encendidas, acompañadas con la fuerza y espíritu que tenía en persuadir á la verdadera virtud, y con el ejemplo de aquella vida que todos veían, ayudándole la gracia del Señor para todo, eran parte para ganar las almas á Dios y para enamorar los corazones de los que le trataban, y aficionarlos á sí y traerlos suspensos con grande admiración. Para lo cual no ayudaba poco lo mucho que se había divulgado por la tierra de su nobleza y valor, que fué, como suele, creciendo de lengua en lengua, y publicando aún mucho más de lo que en él había en hecho de verdad. Tuvo origen esta fama de lo que él con tanto secreto había hecho en Montserrat, que con toda su diligencia y cuidado no lo

pudo encubrir; porque cuanto él más procuraba esconder la hacha encendida y ponerla debajo del medio celemín, tanto más Dios nuestro Señor la ponía sobre el candelero para que á todos comunicase su luz.

CAPITULO VI

Cómo nuestro Señor le probó, y permitió que fuese afligido con escrúpulos

Entrando pues en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida, sin entender los engaños y ardides que suele usar el enemigo con quien lidiaba. Aún no había descubierto Satanás sus entradas y salidas, sus acometimientos y fingidas huídas, sus asechanzas y celadas; aún no le había mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le había puesto los miedos y espantos que suele á los que de veras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo después de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación; ni había experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, levantado y abatido, caído y que está en pie, porque no había su corazón pasado por las mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar. Cuando un día, estando en el hospital, rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: «¿Y qué haces tú aquí en esta hediondez y bajeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil, y andando como uno de ellos, oscureces y apocas la nobleza de tu linaje?» Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó á tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El cual de esta manera fué vencido. Otro día, estando muy fatigado y cansado, fué acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decía: «¿Y cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como ésta, y tan miserable, y peor que de salvajes, setenta años que aún te quedan

de vida?» Á lo cual respondió: «¿Y por ventura tú, que eso dices, puédesme asegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia, ¿qué son comparados á la eternidad?» Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto, para volver atrás del camino comenzado. Y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros, y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre. Mas de ahí adelante hubo una gran mudanza en su ánima, y comenzó á sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos en ella. Porque estando en oración y continuando sus devociones, secábasele súbitamente algunas veces el corazón, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose, por verse sin ningún gusto espiritual. Mas tras esto, venía luego con tanta fuerza una como corriente del divino consuelo, tan impetuosa, que le arrebataba y llevaba en pos de sí. Y así con esta luz desaparecían los nublados de la tristeza pasada, sin dejar rastro de sí. La cual diferencia y mudanza como él echase de ver, movido con la novedad y admirado, decía: «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es éste por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es ésta que acometemos? ¿Qué manera de guerra es ésta en que andamos?» Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fué comenzarle á acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados. De manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto. Porque, aunque era verdad que con toda diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarbase el gusano, y dudase si confesé bien aquello? ¿Si declaré bien esto? ¿Si dije como se habían de decir todas las circunstancias? ¿Si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda verdad? ¿Ó si por añadir lo que no hice mentí en la confesión?» Con los estímulos de estos pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigilias alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. Antes derribado con el ímpetu de la tristeza, y

desmayado y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra áncora ni otro refugio, sino allegarse, como solía, á recibir el Santísimo Sacramento del altar. Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza y poderosamente, como que le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas copiosas que le venían. Daba voces á Dios y decia: «Señor, gran fuerza padezco; responded vos por mi, que yo no puedo más.» Y otras veces, con el Apóstol, decía: «Triste de mí y desventurado, ¿quién me librará de este cuerpo, y de la pesadumbre de esta más muerte que vida que con él traigo?» Ofreciasele á él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse de estos escrúpulos, que era si su confesor, á quien él tenía por padre, y á quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase, y en nombre de Jesucristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas porque por haber salido de él este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor. Habiendo pues pasado este trabajo tan cruel, algunos días fué tan grande y recia la tormenta, que un día pasó, con estos escrúpulos, que como perdido el gobernalle, y destituído y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó á dar voces y á decir en grito: «¡Socorredme, Señor! ¡Socorredme, Dios mío! Dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío. En ti solo espero; que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí, y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya á vos. Sed vos, Señor, el que me le deis para que me guíe; que aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro, para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, ya desde ahora le acepto por mi preceptor y mi guía.» Habíase pasado en este tiempo del hospital á un monasterio de Santo Domingo que hay en Manresa, adonde aquellos padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una

celda cuando pasaba esta grande tormenta, la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas; antes se acrecentó por un torbellino nuevo, que le apretó muy fuertemente con un desesperado pensamiento, que le decía que se echase de una ventana abajo de su celda y se despeñase. Mas él respondía: «No haré tal, no tentaré á mi Dios.» Y con esto se volvía á Dios y decía: «¿Qué es esto, Señor? ¿Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? ¿Pues cómo, Señor, me queréis echar de vos? ¿Por qué permitís que ande tan triste, y así me aflija mi enemigo, que me da grita, preguntándome cada hora: ¿Dónde se te ha ido tu Dios?» Dando pues á Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo, que para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. Á cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello á peligro de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del mundo, no dejando por eso de tener sus siete horas de oración, hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada día, ni los otros ejercicios ni devociones que tenía de costumbre. Y viéndose después de este tiempo aún con fuerzas para pasar adelante y no nada debilitado, quería proseguir su ayuno, que había durado de domingo á domingo. En el cual yendo al confesor, y confesándose, y dándole cuenta de lo que había pasado por su alma aquella semana, como solía, y lo que adelante quería hacer, su confesor se lo estorbó, y le mandó que comiese, diciéndole que si no lo hiciese, y si piadosamente no confiase en la misericordia del Señor, que le había perdonado sus pecados, no le daría la absolución. Obedeció pues llanamente á lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que quería tentar á Dios. Y aquel día y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero día tornó á ser de ellos combatido como de antes; mas al fin, el remate de esta dura pelea, que le había puesto en tan peligroso trance, fué, que desvaneciéndose como humo las tinieblas que á cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que antes no veía. Y con grande desengaño y resolución determinó de sepultar la memoria de los pecados pasa-

dos, y no tocar más á sus llagas viejas, ni tratar de ellas en la confesión. Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima, y tan grande discreción de espíritu, y conocimiento de sus movimientos interiores, y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrupulosas, que por maravilla venía á él persona ninguna, tocada de esta enfermedad de escrúpulos, que no quedase libre con su consejo. Porque no probaba Dios á Ignacio para sí solamente, mas también para nuestro provecho se hacía aquella tan costosa prueba. Que aunque el Señor quiere á todos sus soldados muy expertos y probados, pero mucho más á aquellos que han de ser como guías y caudillos de los otros; á los cuales, después de muy humillados y abatidos, suele levantar y consolar, mortificándolos primero, y después vivificándolos, para que puedan, por lo que en sí experimentaron y aprendieron, consolar á los que se hallaren en cualquier género de aprieto y tribulación.

CAPÍTULO VII

Cómo, pasadas las tentaciones, le consoló Dios nuestro Señor

Habiendo pues salido, por la misericordia divina, de las angustias y apretura de las tentaciones pasadas y viéndose ya en más anchura y libertad de corazón, no por eso aflojó punto del cuidado que tenía de sacar un vivo retrato de todas las virtudes en su alma. Y el buen Jesús, que es fiel y verdadero en sus palabras y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningún servicio, por pequeño que sea, sin galardón, quiso regalar á éste su siervo con halagos y consolaciones divinas, alumbrando con ellas su entendimiento, inflamando su voluntad, y esforzándole y alentándole para todo lo bueno. De tal suerte, que á la medida de la muchedumbre de los dolores pasados que había sufrido en su corazón, alegrasen y regocijasen su ánimo (como dice el Profeta) las consolaciones del Señor. Y así, aunque desde el principio trataba Dios á Ignacio (según él solía decir) á la manera que suele un discreto y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno para le enseñar, que va poco á poco, y no le carga de co-

sas, ni le da nueva lección hasta que sepa y repita bien la pasada.

Pero después que con las tentaciones pasó adelante y subió ya á la escuela de mayores, comenzóle Dios á enseñar doctrina más alta y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde, como él fuese devotísimo de la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas divinas tuviese devoción de rezar cada día su cierta y particular oración, un día, estando en las gradas de la iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devoción las horas de nuestra Señora, comenzóse á levantar en espíritu su entendimiento, y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la Santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. Fué esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo, que ni entonces ni después, andando en una procesión que se hacía, era en su mano reprimir los sollozos y lágrimas que su corazón y ojos despedían, las cuales duraron hasta la hora del comer. Y aun después de comer no podía pensar ni hablar de otra cosa sino del misterio de la Santísima Trinidad. El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma é impreso, que en el mismo tiempo comenzó á hacer un libro de esta profunda materia, que tenía ochenta hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo. Porque siempre que hacía oración á la Santísima Trinidad, la cual solía hacer á menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Después otras con el Hijo, y finalmente con el Espíritu Santo, encomendándose y ofreciéndose á cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes. En otro tiempo también, con grande alegría de espíritu, se le representó la manera que tuvo Dios en hacer el mundo. El cual mucho después, cuando contaba estas co-

sas él mismo, decía que no podía con palabras explicarlas.

En el templo del mismo monasterio, estando un día con grandísima reverencia y devoto acatamiento oyendo misa, al tiempo que se alzaba la hostia y se mostraba al pueblo, con los ojos del alma claramente vió cómo en aquel divino misterio y debajo de aquel velo y especies de pan, verdaderamente estaba encubierto nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre. Muchas veces, estando en oración, y por largo espacio de tiempo, con estos mismos ojos interiores vido la sagrada humanidad de nuestro Redentor Jesucristo, y alguna vez también á la gloriosísima Virgen, su Madre; y esto no sólo en Manresa; donde entonces estaba, sino después también en Jerusalén, y otra vez en Italia, cerca de Padua, y otras muchas en otras partes. Con estas visitaciones y regalos divinos quedaba su ánima tan esclarecida de celestial lumbre y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando después estas cosas muchas veces consigo mismo, le parecía, y de veras se persuadía, que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escritos en las letras sagradas, ó si, lo que no puede ser, la Escritura divina se hubiera perdido, con todo eso, serían para él tan ciertos y los tendría tan fijados y escritos en las entrañas, que solamente por lo que había visto, no dudaría, ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos.

Saliendo un día á una iglesia que estaba fuera de Manresa como un tercio de legua, y yendo transportado en la contemplación de las cosas divinas, se sentó cabe el camino que pasa á la ribera de un río y puso los ojos en las aguas; allí le fueron abiertos los del alma, y esclarecidos con una nueva y desacostumbrada luz. No de manera que viese alguna especie ó imagen sensible, sino de una más alta manera inteligible, por lo cual entendió muy perfectamente muchas cosas, así de las que pertenecen á los misterios de la fe, como de las que tocan al conocimiento de las ciencias. Y esto con una lumbre tan grande y tan soberana, que después que la recibió, las mismas cosas que antes había visto, le parecían otras. Y habiendo estado buen rato en este arrebatamiento y suspensión divina, cuando volvió en sí echóse de rodillas delante de una cruz que allí estaba, para dar gracias á nuestro Señor por tan alto y tan inmenso beneficio. Mas antes que fuese visitado

del Señor con estos regalos y favores divinos, estando aún en el hospital y otras muchas veces, se le había puesto delante una hermosa y resplandeciente figura, la cual no podía discernir, como quisiera, ni qué cosa fuese, ni de qué materia compuesta, sino que le parecía tener forma como de culebra, que con muchos á manera de ojos resplandecía. La cual cuando estaba presente le causaba mucho contento y consuelo, y por el contrario, mucho descontento y pena cuando desaparecía. Esta visión se le representó aquí estando postrado delante de la cruz. Pero, como ya tenía más abundancia de la divina luz, y en virtud de la santa cruz, ante la cual estaba ahinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda ni tan resplandeciente como antes se le ofrecía, y manifiestamente conoció que era el demonio, que le quería engañar. Y de ahí adelante por mucho tiempo le apareció muchas veces, no sólo en Manresa y en los caminos, sino en París también y en Roma; pero su semblante y aspecto no daba ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haciendo caso de él, con el báculo que traía en la mano fácilmente le echaba de sí.

Estando todavía en Manresa ejercitándose con mucho fervor en las ocupaciones que arriba dijimos, aconteció que un día de un sábado, á la hora de completas, quedó tan enajenado de todos sus sentidos, que hallándose así, algunos hombres devotos y mujeres le tuvieron por muerto. Y sin duda le metieran como difunto en la sepultura, si uno de ellos no cayera en mirarle el pulso y tocarle el corazón, que todavía, aunque muy flacamente, le batía. Duró en este arrebatamiento ó éxtasis hasta el sábado de la otra semana, en el cual día, á la misma hora de completas, estando muchos que tenían cuenta con él, presentes, como quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz suave y amorosa: «¡Ay Jesús!» De esto tenemos por autores á los mismos que fueron de ello testigos, porque el mismo Ignacio, que yo sepa, nunca lo dijo á ninguno; antes con humilde y grave silencio siempre tuvo encubierta esta tan señalada visitación del Señor.

Parecerá por ventura á algunos que éstos que habemos contado, son extraordinarios favores de Dios y que son increíbles. Y más en un soldado que quitado del ruido de las armas y destetado de los deleites y dulcedumbre ponzoñosa del

mundo, comenzaba á abrir los ojos y á gustar de la amargura saludable de la mirra y cruz de Cristo. Mas los que dicen que son imposibles, si hay algunos que lo digan, serán comunmente hombres que no saben, ni entienden, ni han oído decir qué cosa sea espíritu, ni gozo y fruto espiritual, ni visitación de Dios, ni lumbre del cielo, ni regalo de ánimas santas y escogidas, ni piensan que hay otros pasatiempos y gustos, ni recreaciones, sino las que ellos de noche y de día, por mar y por tierra, con tanto cuidado y solicitud y artificio buscan, para cumplir con sus apetitos y dar contento á su sensualidad. Y así, no hay que hacer caso de ellos. Pues nos enseña el Apóstol que el hombre animal (esto es, carnal y entregado á la porción inferior y parte sensual de su ánima) no percibe ni entiende las cosas de Dios. Y así, pues es ciego, no es justo que se haga juez de lo que no ve. Pero otros habrá también cristianos y cuerdos y leídos en historias y vidas de santos, que sepan que algunas veces suele nuestro Señor hacer estas mercedes y favores á los que toma especialmente por suyos, y darles privilegios extraordinarios, fuera de la regla y orden con que trata á la gente común. Los cuales entenderán que aunque en estas cosas de revelaciones y raptos es menester mucho tiento, porque puede haber engaño, y muchas veces le hay, tomando por visitaciones del cielo las ilusiones de Satanás, que se transfigura (como dice el Apóstol) en ángel de la luz, y siguiendo, por revelación de Dios, la propia y falsa imaginación, causada ó de la liviandad y soberbia secreta de nuestro corazón, ó del humor melancólico y enfermedad que hace parecer á las veces que se ve y oye lo que ni se oye ni se ve. Pero no por eso deja de haber en la Iglesia de Dios verdaderas y divinas revelaciones, con las cuales algunas veces regala él á sus singulares amigos y privados, y se les comunica con más particular y estrecha comunicación. Y que no es maravilla que haya usado de esta misericordia con nuestro Ignacio, y con tan larga mano repartido con él de sus tesoros y riquezas infinitas; porque, aunque soldado y nuevo en esta escuela, había en poco tiempo andado mucho camino y pasado muy adelante en su aprovechamiento y en las letras de la verdadera sabiduría. Y habíale nuestro Señor escogido para capitán y caudillo de uno de los escuadrones de su Iglesia (que es como las haces bien ordenadas de los reales, y puestas á punto de guerra) y para patriarca y padre

de muchos, que sin duda es mayor merced y favor de Dios, y á menos concedido, que tener arrobamientos y revelaciones. Y cierto, mirando bien lo que Ignacio era y lo que hizo, no podemos dejar de confesar que fué menester particularísimo y singular socorro del cielo para acometer una empresa tan grande, y salir con ella, pues fuerzas naturales ni industria humana no bastaban. Porque, ¿cómo un hombre sin letras, soldado y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religión, y extenderla en tan breve tiempo por todo el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia, y defenderla de tantos encuentros con tanto valor y con tanto fruto de la santa Iglesia y gloria de Dios, si el mismo Dios no le hubiera trocado y dádole el espíritu, prudencia y esfuerzo que para ello era menester? ¿Qué dechado tuvo delante para sacar el traslado de esta religión? ¿En qué libro leyó sus reglas y constituciones y avisos? ¿Quién le dió la traza y el modelo de esta Compañía, *tan una en lo substancial con todas las demás religiones, y tan diferente en cosas particulares*, tan proporcionadas y convenientes al estado presente de la Iglesia? Diósela el que sólo se la podía dar, y sólo llamarle para lo que le llamó. Diósela el que es tan poderoso, que de las piedras puede nacer hijos de Abraham, y llama á las cosas que no son como á las que son, y toma por instrumentos y predicadores de la luz de su Evangelio y de su verdad á los pescadores, para confundir al mundo, y mostrar que él es el Señor y el que obra las maravillas, y que tanto vale la cosa cuanto él quiere que valga, y no más; y que no es como los príncipes y reyes de este siglo, que pueden dar el oficio como dicen, mas no la discreción ni los talentos que son necesarios para hacerle bien. Porque él escoge los ministros del Nuevo Testamento, y escogiéndolos, los hace idóneos y bastantes para todo lo que él manda y es servido. Y pues vemos los efectos tan grandes en Ignacio (que éstos no se pueden ya negar, si no queremos decir que es noche la luz del mediodía), y necesariamente habemos de conceder lo que es más, concedamos también lo que es menos. Y entendamos que todos los rayos y resplandores que vemos en las obras que hizo, salieron de estas luces y visitaciones divinas que habemos contado, y de otras que tuvo su ánima. Algunas de las cuales en esta historia, con el favor divino, se contarán.

CAPÍTULO VIII

Del libro de los «Ejercicios espirituales,» que en este tiempo escribió

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenía Ignacio (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó, y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso de estos sagrados ejercicios á la república cristiana, con todo eso, tocaré algunas cosas de las muchas que se podrían decir de su provecho y utilidad. Primeramente al uso de los ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía; pues por ellos fué nuestro Señor servido que casi todos los padres que fueron los primeros compañeros de Ignacio, y los que le ayudaron á fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. Pues los que después, siguiendo su ejemplo, entraron en la Compañía, ya aprobada y confirmada por la Sede Apostólica (que han sido personas señaladas en habilidad y letras, ó en sangre y otros dones naturales), por la mayor parte por estas santas meditaciones fueron guiados y movidos de la mano de Dios para escoger y seguir esta manera de vida. Y porque no piense nadie que para sola nuestra religión ha enviado nuestro Señor este beneficio y despertador al mundo, también las otras religiones se han aprovechado de él. Pues podemos decir con verdad que muchos de sus monasterios han sido poblados, por este medio, de mucha y muy escogida gente; muchos religiosos que titubeaban en la perseverancia de su vocación, han sido en ella confirmados. Otros que, vencidos de la flaqueza humana, habían ya renunciado los hábitos, reco-

nociendo y llorando su desventura, volvieron al puerto de donde el ímpetu de la tentación los había arrebatado. Y no pára el fruto de estos ejercicios en ayudar solamente á las religiones, pues abraza á todas suertes de gentes, á todos los estados, oficios, edades y modos de vivir. Porque la experiencia ha mostrado que muchos príncipes, así eclesiásticos como seglares, hombres principales y de baja suerte, sabios é ignorantes, casados y continentes, consagrados á Dios y solteros, mozos y viejos, entrando á hacer los ejercicios, se han aprovechado, ó para enmendar la mala vida, ó para mejorar la buena que tenían. Y lo que más hace maravillar es, que muchos varones de singular erudición, tenidos por oráculos de sabiduría y por los mayores letrados de su tiempo, después de haber gastado toda la vida en las universidades, enseñando y disputando y haciendo callar á otros, se humillaron y sujetaron á ser discípulos de Ignacio, aprendiendo de él en los ejercicios lo que no habían sacado de los libros ni de sus estudios tan aventajados. Porque lo que en esta escuela (donde se trata del propio conocimiento) se aprende, no pára en solo el entendimiento, mas desciende y se comunica á la voluntad; y así, no es tanto conocimiento especulativo como práctico; no pára en saber, sino en obrar; no es su fin hacer agudos escolásticos, sino virtuosos obreros, y con esto despierta é inclina la voluntad para todo lo bueno, y hace que busque y vaya tras aquella celestial sabiduría que edifica, inflama y enamora, no haciendo tanto caso de la ciencia, que muchas veces desvanece é hincha, y saca al hombre fuera de sí. Mas aunque el fruto de estos espirituales ejercicios se extienda universalmente á todos, pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de tomar estado y desean acertar á escogerle, conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman á todos ni son á propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno, y otro para otro; y cuál sea el más conveniente para cada uno, y más acertado y seguro, sólo el Señor lo sabe perfectamente, que nos crió á todos y que, sin nosotros merecerlo, nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicación de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así, el escoger estado y tomar manera de vida habíase de hacer con mucha oración y consideración y deseo de agradar á Dios, y de acertar cada

uno á tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas hácese muy al revés y sin tener ojo á lo que más importa, porque muchos, ó cebados con su deleite, ó ciegos del interés, ó convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, ó atraídos con otros motivos, en tierna y flaca edad, cuando el juicio aún no tiene su vigor y fuerza, con poca consideración y miramiento de lo que hacen, se arrojan á tomar estado con tanta temeridad, que tienen después que llorar para todos los días de su vida. Y con razón, pues queriendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, sólo el de sí mismos, que es el que más les importa y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo acaso el camino que han de seguir, y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida, como habemos dicho. Lo cual no les sucedería si tomasen por ley de su elección la voluntad de nuestro Señor, y por la regla de toda su vida, el fin para que Dios los crió, teniendo por fin al verdadero fin, y usando de los medios como medios, y no al contrario, pervirtiendo las cosas, y usando del fin para los medios, y de los medios haciendo fin. Y para esto aprovecha el recogimiento y la consideración y oración con que el hombre en estos ejercicios se apercibe, y despega de su corazón cualquier desordenado afecto, y le dispone para recibir las influencias de Dios y la lumbre de su gracia, con la cual se acierta en esto y en todo, y sin ella, ni en esto, ni en cosa que buena sea, no hay entero acierto ni seguridad. Pero, con ser así todo lo que aquí habemos dicho, y tan universal y notorio el provecho de los ejercicios, no ha faltado quien ha querido oscurecer esta verdad y poner sospecha en cosa tan puesta en razón y con la continua experiencia tan confirmada. Mas todos sus golpes dieron en vacío, y fueron flacas sus fuerzas y vanos sus acometimientos. Ca rompiéndose y deshaciéndose las olas de su contradicción, se quedó en pie y en su fuerza, como una peña firme, la verdad de esta santa doctrina. Porque la Sede Apostólica tomó este negocio por suyo, y después de mucha información y gravísimo examen, interpuso su autoridad y aprobó el libro de los *Ejercicios*, loándolos, exhortando y persuadiendo á los hombres que los leyesen, tuviesen é hiciesen. Como claramente consta por las bulas de nuestro muy santo padre Paulo III, vicario

de Cristo nuestro Señor; las cuales se publicaron el año de mil quinientos cuarenta y ocho, y andan impresas con el mismo libro de los *Ejercicios espirituales*, cuyo autor es el apostólico varón de quien tratamos, Ignacio.

CAPÍTULO IX

Cómo cayó malo de una grave enfermedad

Volviendo pues á la vida de Ignacio, que era la que habemos contado, acontecíale muchas veces que queriendo las noches dar un poco de reposo á su fatigado cuerpo, le sobrevenían á deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embebecido y transportado en ellas, se le pasaban las más noches de claro en claro, sin sueño, y le robaban el poco tiempo que él tenía señalado para dormir. Mas después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una parte y por otra, todas las razones que de esto se le ofrecían, al fin acordó que sería mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario para su sustento. Pero ya estaba tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y continuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la cual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveían de todo lo necesario con mucha caridad, y con esta misma le servían muchas personas honradas y devotas. Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose á Dios de corazón, el demonio, que no dormía, le representó un molestísimo pensamiento, dándole á entender que no tenía de qué temer, siendo, como era, hombre tan justo y santo. Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusión de los pecados pasados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero, como no pudiese desecharla, fué gravísimo el tormento que sintió, y fué mucho mayor la fatiga que daba á su alma la lucha de esta

espiritual batalla, que el dolor y trabajo que daba al cuerpo la enfermedad que en tanto estrecho le ponía de la vida. Como se sintió algo mejor, y pudo hablar, comenzó á dar voces, y rogar y conjurar á los que allí estaban presentes, que cuando otra vez le viesen en semejante peligro y como agonizando con la muerte, á grandes gritos le dijesen: «¡Oh miserable pecador, oh hombre desventurado, acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra ti!» En convaleciendo un poco, luego se tornó á sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinación de ánimo infatigable y perseverante trabajaba de vencerse en todo y por todo, y tomaba carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podían llevar. Pero al fin la experiencia vista, y un grave dolor de estómago que á menudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese á los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hicieron tomar dos ropillas cortas de un paño grosero y pardillo, para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeza.

CAPÍTULO X

De la peregrinación que hizo á Jerusalén

Un año, ó poco menos, estuvo en Manresa con la penitencia y apretura de vida que habemos contado. El cual acabado, llegábase ya el tiempo en que tenía determinado de ir á Jerusalén, y comenzándolo á poner por obra, salióse de Manresa y fuése para Barcelona, sin tomar otra compañía consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar á sus solas y gozar de su interior comunicación, sin ruido ni estorbos de compañeros.

Así, aunque muchos se le ofreciesen de hacerle compañía, y otros le aconsejasen y le rogasen ahincadamente que no emprendiese tan largo y peligroso camino sin llevar alguno

que supiese la lengua italiana ó latina, para que le sirviese de guía y de intérprete, nunca lo quiso hacer, por gozar más libremente de su soledad y también porque, como andaba ya tan descarnado de sí y tan deshecho de todas las cosas del mundo, y con tan abrasados deseos se había resignado y puesto en las manos de Dios nuestro Señor, quería estribar en sólo él y estar colgado de su providencia paternal, de suerte que no se le derramase ni divirtiese en las criaturas esta su confianza, ni se le disminuyese ó entibiase con la esperanza que podía tener en el ayuda y refugio del compañero. Y no solamente echó de sí el ayuda de los compañeros en este camino, sino también toda la solicitud y congojoso cuidado que del viático se podía tener, porque no hubiese cosa que le apartase desta su singular confianza que tenía puesta en sólo Dios, ni le hiciese aflojar de aquel apresurado paso con que caminaba tan alentado y sediento á la fuente caudalosa de las aguas vivas, que es Dios. Halló en Barcelona un bergantín armado que pasaba á Italia, y una nave que estaba á la colla para hacer el mismo viaje. Trató de ir con el bergantín, pero estorbáronselo, y fué nuestro Señor servido que diese al través y se perdiese en aquella navegación. El patrón de la nave dijo que le llevaría de balde en ella, con que metiese su matalotaje de tanta cantidad de bizcocho cuanta había menester para el sustento de su persona, porque sin esta provisión no le quería recibir. Comenzó pues á tratar de la provisión del bizcocho que le pedían, y juntamente á congojarse y afligirse, pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfectísima pobreza que Dios nuestro Señor le había dado, y contra aquella confianza tan segura y filial, con que quería estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios. Y con amargura de su corazón, hablando consigo mismo, decía: «¿Dónde está aquella tan cierta y segura confianza en Dios, que no te faltaría cosa ninguna de su mano? ¿Por ventura él no podrá darte pan, y poner la mesa en el desierto á su peregrino?» Y como no se supiese desenvolver por sí mismo, ni desmarañar destos enredos y pensamientos tan dudosos, determinóse, como solía hacer en las demás cosas, de proponer sus dudas y congojas al confesor, y decirle las razones que se le ofrecían por la una parte y por la otra, y el deseo tan encendido que nuestro Señor le daba de abrazarle con la perfección de la pobreza por su amor, y

de hacer en todo lo que fuese más agradable á los ojos de su divina Majestad, y ponerlo todo en sus manos y hacer lo que él le dijese. Y en fin, por parecer del confesor, metió bizcocho en la nave, y como al tiempo de embarcar le sobrasen algunas cinco ó seis blancas de las que le habían dado de limosna, que había pedido de puerta en puerta, por no llevar para viático más de lo que no podía precisamente excusar, dejólas allí sobre un banco en la marina. En este tiempo era muy atormentado de la tentación de la vanagloria. De suerte que no osaba decir quién era, ni de dónde era, ni descubrir adónde iba, ni cómo vivía, ni qué pretendía, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputación en que por ventura otros le tendrían. Pero volviendo á su navegación, ella fué muy trabajosa, aunque breve, porque pasó una muy recia tormenta, y con los vientos recios y deshechos llegó en cinco días de Barcelona á Gaeta, que es una ciudad en Italia, entre Nápoles y Roma. Este año, que fué el mil y quinientos y veinte y tres, fué muy enfermo, y en él fué Italia muy afligida y trabajada de pestilencia. Por lo cual todos los pueblos y lugares tenían sus guardas y centinelas, que no dejaban entrar á los forasteros, y á esta causa padeció en el camino de Gaeta para Roma extraordinarios trabajos; porque muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos, y algunas era tanta la hambre y flaqueza que padecía, que sin poder dar un paso más adelante, le era forzado quedarse donde le tomaba, hasta que de lo alto le viniese el remedio. Pero en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó á Roma el Domingo de Ramos, y allí visitó con gran devoción y reverencia las sagradas estaciones y santuarios de aquella grande ciudad, y tomó la bendición del Papa, que era Adriano VI. Estando en Roma, muchos procuraron de desviarle del propósito que tenía de ir á Jerusalén, dificultándole é imposibilitándole el camino, por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y lleno de tantas dificultades, que no se podrían vencer sin mucho dinero. Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado é invencible de Ignacio. Sólo le movieron á tomar siete ú ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida (que fué ocho días después de Pascua), para pagar con ellos el flete de su embarcación; los cuales tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le contaron. Pero salido de Roma, examinando lo que había hecho, pare-

cióle que había nacido de temor humano y falta de confianza, y remordíale la conciencia y carcomíase entre sí. No porque le pareciese que era pecado tomar ó llevar dinero, sino porque no venía bien con la perfección de su deseo, y desdecía en alguna manera del santo propósito que había hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas. Y así, reprendiendo su flaqueza, quiso arrojar el dinero, mas después le pareció mejor darlo á los pobres que encontrase, por amor de Dios, y así lo hizo. En el camino de Roma á Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades. Porque, como todavía duraba la pestilencia, desechado, por el miedo de ella, de los pueblos, le era necesario dormir las noches en el campo al sereno, ó cuando mucho, debajo de algún portal; y los caminantes que le topaban, como le veían descolorido y trashijado, unos huían de él á par de muerte, cuyo retrato parecía; otros que se le llegaban por el camino, como no pudiese él atener con ellos y andar á su paso, por su gran flaqueza, acercándose la noche, le dejaban solo, y apresuraban su camino por no trasnochar en el campo. Mas el Señor, que dijo: «No te desampararé ni dejaré», visitó al desamparado y acogió siempre al desechado de todos, Ignacio. Porque una noche, después de haberle dejado todos solo, yendo de Choza á Padua, en una campaña rasa le apareció Jesucristo nuestro Redentor, y maravillosamente le consoló con su dulce y soberana presencia, y le esforzó para padecer otras cosas más ásperas por su amor. Y de tal manera favoreció su camino, que ni á la entrada ni á la salida de la ciudad de Padua no le dieron las guardas ningún estorbo ni le detuvieron. Y la misma facilidad halló en la entrada de Venecia. Porque, no obstante que las guardas y soldados á todos los demás examinaban y escudriñaban, á solo Ignacio no hubo hombre que le tocase ni impidiese. Lo cual no aconteció así á los que en el camino le habían dejado solo y desamparado; antes al revés, porque se vieron todos en mucho trabajo para poder entrar en la ciudad de Venecia. En la cual nunca quiso ir á hablar al embajador que en aquella república tenía el emperador don Carlos, rey de España, porque no buscaba favor humano, ni tenía cuidado del dinero que era necesario para pagar el flete, antes tenía certísima esperanza que Dios le haría fácil y próspera su navegación, y que había de llegar á aquella santa ciudad y consolarse y regalarse en aquellos

lugares, consagrados con la vida y muerte de Jesucristo nuestro Señor. También aquí en Venecia tuvo otro contraste y nuevas dificultades, que se le ponían delante para desmayarle y apartarle de esta jornada. Porque, como el año antes, de mil y quinientos y veinte y dos, el gran turco Solimán hubiese puesto cerco sobre la isla de Rodas (que en aquella sazón era de cristianos), después de habérsela defendido muchos meses los caballeros de la orden de San Juan, y con maravilloso valor y con hazañas notables, á la postre fué entrada y ganada la ciudad é isla, con lastimosa pérdida de toda la cristiandad. Y puso tan gran pavor y espanto este triste acaecimiento en los mismos peregrinos que habían ya llegado á Venecia para pasar á Jerusalén, que dejando su propósito, se tornaban á sus casas por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban á Ignacio que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazón. Pero él tenía tan asentado en su corazón que aunque una sola barca pasara aquel año á Jerusalén, nuestro Señor le había de llevar en ella, que no se debilitó ni se enflaqueció un punto de su segura y cierta y firme esperanza. El tiempo que estuvo en Venecia, como solía en otras partes, mendigaba de puerta en puerta su pobre comida, y las noches dormía en la plaza pública de San Marcos, que es la más principal de aquella ciudad. Mas uno de aquellos señores del Senado le recogió en su casa con esta ocasión: estaba este caballero una noche durmiendo en su cama á buen reposo, con mucho regalo (que le suele tener la gente principal de aquella ciudad), y al mismo tiempo estábase Ignacio pobre y desnudo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese: «¿Qué haces ahí?» Estando pues el caballero en su regalo, oyó unas voces como que le despertaban y le decían: «¿Cómo que tú andes delicada y ricamente vestido y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada, y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el Senador, despavorido y espantado con esta novedad; sálese con gran priesa de su casa sin saber á quién buscaba ni adónde le había de buscar. Y vase por las calles, y llegado á la plaza de San Marcos, halló echado á Ignacio en la tierra; y entendiendo que era él el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche á su casa y trátale con mucho

regalo y honra. De la cual queriendo huir Ignacio, se fué después á casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia, en aquella sazón, Andrea Griti, varón muy estimado en aquella república; fué nuestro peregrino á hablarle, y contóle en su romance castellano la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcación. Hízolo todo muy cumplidamente el Duque, dando orden que le llevasen de gracia hasta Chipre en la nao capitana en que iba el nuevo gobernador que enviaba la república á aquel reino. Estando pues ya en esta esperanza, aguardando sólo el buen tiempo para hacerse á la vela, he aquí otro nuevo trabajo y estorbo que nuestro Señor le envió para mayor probación de su confianza. Había ya salido del puerto la nave de los peregrinos, y estando para hacer lo mismo la capitana, dale una recia calentura á Ignacio, que le apretó mucho, y tomada una purga, se hizo la capitana á la vela; y diciéndole el médico que si se embarcaba aquel día ponía en manifiesto peligro su vida, el peregrino, que era guíado y regido interiormente por otro divino Médico, ese mismo día, con la purga en el cuerpo, se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó tanto y vomitó con la agitación del mar, que comenzó luego á mejorar, y la navegación poco á poco le fué causa de entera salud. Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades, las cuales Ignacio, tocado de Dios é inflamado con el fuego de su celo y espíritu, no pudo sufrir. Y así, comenzó á reprenderlas con libertad cristiana y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir con decirle que le podía venir mal si de aquella mara hablaba, vino la cosa á términos, que tomando su acuerdo los marineros, le quisieron dejar en una isla despoblada y desierta, donde habían de llegar. Mas al mismo tiempo de llegar á ella, con un súbito y arrebatado viento fué desviado el navío y apartado de la isla. De manera que no pudieron poner por obra su mal intento. Antes fué causa este viento de llegar más en breve á Chipre, donde alcanzaron la nave de los peregrinos, á la cual se pasó Ignacio, sin meter en ella otra provisión que la que había metido primero en la otra nave de Venecia, que era una firmísima esperanza en su Dios. El cual muchas veces, en todo el tiempo de su navegación, se le apareció y con increíbles consolaciones y gozos espirituales le regaló y sustentó, y

finalmente le llegó al puerto tan deseado de aquella tierra santa.

CAPÍTULO XI

Cómo visitó los santos lugares de Jerusalén

Hallo en un papel, escrito de mano de Ignacio, que á los catorce del mes de Julio del año de mil y quinientos y veintitrés se hizo á la vela y salió de Venecia, y el resto del mes de Julio y todo el mes de Agosto gastó en su navegación. De manera que el postrer día del mes de Agosto llegó á Jafa. Y á los cuatro de Septiembre, antes del mediodía, le cumplió nuestro Señor su deseo y llegó á Jerusalén. Que de la particularidad con que el mismo padre escribió todo esto de su mano, se puede aún sacar su devoción, y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacía. No se puede explicar el gozo y alegría que nuestro Señor comunicó á su ánima con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpetua y continua consolación todo el tiempo que estuvo en ella, visitando muy particularmente y regalándose en todos aquellos sagrados lugares en que hay memoria haber estado Cristo nuestro Redentor. Tenía ya determinado de quedarse en Jerusalén, y emplear el resto de su vida en visitar y reverenciar aquellos lugares sagrados, que por haber sido pisados de aquella santísima humanidad de Jesucristo nuestro Señor, parece que echan de sí fragancia y olor de devoción y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró en lo que en ellos por nosotros padeció y obró. Tenía también Ignacio deseo de emplearse, en todo lo que sus fuerzas pudiesen, en ayudar y servir á sus prójimos. Y para hacerlo mejor, fuése al guardián de San Francisco y dióle las cartas que le traía en su recomendación, diciéndole el deseo que tenía de quedarse en Jerusalén (que la otra parte de ayudar á las almas, ni á él ni á otro se la descubría), y que bien sabía que el convento era pobre, y que él no quería serles pesado ni cargoso. Que la limosna y caridad que le pedía, era solamente que tomase cargo de su

conciencia para regirla y para oir sus pecados y confesarle; que en lo demás él tenía cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre. Dióle el padre guardián buenas esperanzas, pero remitióle á la venida del padre ministro Provincial, que estaba en Belén. El cual venido desde á poco tiempo, aconsejó á Ignacio que se volviese á Italia, alabando por un cabo su deseo, lleno de celo y devoción, y por otra dándole á entender que por ser indiscreto y poco recatado, por ventura se vería en peligros de perder la vida y su libertad, como otros muchos, que habían sido presos ó muertos por dejarse llevar de semejante espíritu de devoción y fervor inconsiderado. Pero, como Ignacio estuviese ya acostumbrado á no hacer caso de semejantes espantos y peligros, dijo al ministro Provincial que no podía dejar de quedarse si no hubiese de por medio cosa que le obligase en conciencia á no quedar, por entender que el no quedarse sería para mayor servicio de nuestro Señor. Entonces el Provincial le declaró que tenía facultad de la Sede Apostólica para enviar de allí los que le pareciese, y para descomulgar á los que en esto no le obedeciesen; y así, que le rogaba que tuviese por bien de se volver, y que sin escrúpulo ninguno se persuadiese ser esta la voluntad de Dios, pues él como amigo y hermano, y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba, y que lo hiciese así, si no quería que contra su voluntad usase de la facultad que tenía. Y queriendo mostrarle las bulas apostólicas en que se le concedía esta facultad, no lo consintió Ignacio; mas dijo que no había para qué mostrarlas, pues él creía lo que le decía, sin otra prueba, como era razón. Y siguiendo la voluntad de Dios, que para mayores cosas le llamaba, dijo: «Padre, yo os obedeceré, y lo haré así como me lo ordenáis.» Mas estando ya con propósito de volverse, le vino un encendido deseo de tornar á visitar el monte Oliveto, donde en una piedra se ven hoy día las señales que dejó impresas de sus divinos pies el Señor al tiempo de su subida á los cielos. Y con este deseo, se hurtó secretamente de los otros peregrinos, y solo, sin guía y sin compañía, y lo que es de mayor peligro, sin llevar consigo turco de guarda, con toda priesa subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar porque le dejasen entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanías que llevaba. Y lleno de incomparable regocijo, fuése con gran presteza á Bethfage. Mas luego dió la vuelta para el

monte Oliveto, para más atentamente mirar á cuál parte caía la señal del pie derecho, y á cuál la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados; y porque otra vez le dejasen entrar dió á la guarda las tijeras que le habían quedado de las escribanías. Como los padres de San Francisco le echaron menos, entendiendo el peligro que corría de su vida, enviaron á buscarle á un cristiano (de los que llaman de la Cintura), práctico de la tierra, que servía en el monasterio. Este le halló que ya volvía, lleno de gozo y consuelo, y arremetió á él con un palo en la mano, y con rostro severo y con un semblante enojado y espantoso le asió del brazo, riñéndole ásperamente y amenazándole porque se había metido en tan manifiesto peligro, y tiró de él, como que lo quisiese llevar medio arrastrando; pero Ignacio no resistió, antes siguió con mucho amor y voluntad al que le llevaba; porque fué particular el regalo que su ánima en este trance sintió. Ca vió sobre sí á Cristo nuestro Salvador como que caminaba é iba delante de él desde que el otro le trabó del brazo hasta que llegaron á las puertas del convento, y con este favor celestial, pasó Ignacio con más alegría su trabajo.

CAPÍTULO XII

Cómo volvió á España

Después que entendió ser la voluntad de Dios que no quedase en Jerusalén, aparejóse para la vuelta, en la cual le acontecieron algunas cosas notables. El tiempo era, como suele en el corazón del invierno, de grandes nieves y heladas, y nuestro peregrino para defenderse del frío y abrigarse no tenía más ropa que unos zaragüelles de lienzo grosero hasta las rodillas, y las piernas desnudas, y los pies calzados, y un juboncillo de lienzo negro acuchillado todo por las espaldas, y una ropilla corta y raída de ruin paño. Llegó á Chipre con los demás peregrinos, donde halló tres navíos aprestados y á punto para Italia. El primero era de turcos. El segundo era una poderosa nao veneciana, tan fuerte y tan bien armada, que parecía poder contrastar y resistir al ímpetu de todos los

vientos y á toda la furia del mar. El tercero era un navío pequeño y viejo y casi comido de broma. Rogaron muchos al capitán de la nave veneciana que quisiese recibir en ella á Ignacio por amor de Dios, alabándole de santo y encumbrándosele mucho, y poniéndole delante, con buenas palabras, la obra tan buena que en ello hacía. Mas como él entendió que era pobre y que no tenía dineros para pagarle, dijo que no quería; que pues era tan santo como ellos decían, no tenía necesidad de navío para pasar; que se fuese por su pie sobre las aguas, que no se hundiría. Y así desechado del capitán de la nave mayor, rogaron al de la menor que le admitiese, é hízolo liberalmente. Hiciéronse á la vela, el mismo día y á la misma hora, con próspero viento todas tres naves, y habiendo caminado un rato, viniendo la tarde, les sobrevino una brava y recia tormenta, con la cual la nave turquesca con toda su gente se hundió; la de aquel caballero veneciano dió al través junto á la misma isla de Chipre y perdióse, salvándose los que iban en ella; pero la navecilla en que iba Ignacio, vieja y carcomida y que parece que se la había de tragar la mar, fué nuestro Señor servido que aunque corrió fortuna, no pereciese; antes, después de mucho trabajo, vino á tomar puerto en la Pulla, provincia de Italia, en el reino de Nápoles, y de allí llegó en salvamento á Venecia, mediado Enero del año de mil y quinientos y veinticuatro; habiendo, desde que partió de Chipre hasta que llegó, estado en la mar los meses de Noviembre y Diciembre y parte de Enero. En Venecia se reparó unos pocos de días, y topándose en ella con un buen hombre que le había antes recogido en su casa, rogado é importunado de él, se fué á ella. Y queriéndose ya partir para seguir su camino de España, le dió quince ó diez y seis reales y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces para abrigar su estómago, que con el rigor del frío le sentía muy enflaquecido y gastado. Con esta provisión se puso en camino para España, y llegado á la ciudad de Ferrara, que está á dos jornadas de Venecia, fuése á hacer oración á una iglesia, y estando en ella puesto con Dios, llegóse á él un pobre (como suelen) á pedirle limosna, y él echó mano y dióle una moneda como un cuarto; llegó otro, y el peregrino dióle otra moneda de más valor, como sería un cuartillo. Avisaron estos pobres á los demás que estaban á la puerta de la iglesia pidiendo limosna, de lo bien que con el peregrino

les había sucedido; y ellos, uno en pos de otro, se fueron á él pidiendo por Dios, y él comenzó liberalmente á repartir con ellos de lo que tenía, dándoles primero las monedas menores, y después las mayores, hasta darles todos los reales, de suerte que no le quedó ninguno. Y acabada su oración, saliendo de la iglesia, todos los pobres comenzaron á dar voces de alabanza, diciendo: «¡El santo, el santo!» Y él, que no tenía un pedazo de pan que comer aquel día, fuélo á buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre. De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardía (la cual ardía toda de cruelísima guerra que entonces había entre los españoles y franceses), y él enderezaba su camino de manera, que había de pasar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. Á esta causa le aconsejaron que se desviase de aquel peligro, y echase por otro camino más desembarazado y seguro. Pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando á nuestro Señor por su escudo y su guía. Pasando pues adelante, vino á dar en un pueblo cercado, donde había infantería española, que estaba allí con mucha guarda y recato. Y como algunos soldados y centinelas le vieron en aquel traje y figura, creyendo que fuese espía de los enemigos, echaron mano de él, y llevároule á una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas quisieron sacar de él quién era. Después, como no hallaron lo que querían, comenzáronle á escudriñar y á tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle y quitarle los zapatos y ropilla que traía, por ver si hallarían alguna carta ó rastro de lo que sospechaban; pero en fin quedaron burlados, y amenazándole, le dijeron que fuése delante del capitán, que á puros tormentos le harían confesar la verdad; y así desnudo, con sólo el jubón y zaragüelles, le llevaron por tres grandes calles delante del capitán, con mucha alegría y regocijo de su ánima. Y como quiera que hasta entonces, porque le tuviesen por rústico y hombre simple y que sabía poco de cortesías, solía tratar groseramente á todos, y no conforme al estilo común de la gente pulida y cortesana, y llamar aun á los señores y principales de vos; viéndose en aquella hora llevar delante del capitán, cayóle un nuevo miedo, que le hizo dudar si sería bien dejar por entonces aquella su costumbre, y tratar al capitán más cortésmente que solía á los otros.

La causa de esta duda era, porque por ventura, si así no lo hiciese, daría ocasión al capitán para pensar que no hacía caso de él, y para que, enojado por verse menospreciado, le maltratase é hiciese morir á puros tormentos; pero, conociendo que este pensamiento nacía de flaqueza y temor humano, le rechazó tan constantemente, que determinó, por sola esta causa, de no usar de ningún género de cumplimiento con el capitán, y cumpliólo bien á la letra. Porque preguntando el capitán de dónde era natural, calló como si fuera mudo, y preguntándole más adelante de dónde venía, no respondió palabra. Finalmente, á todas las otras preguntas que le hizo estuvo como una estatua, teniendo siempre los ojos del cuerpo enclavados en el suelo, y los de su ánima en el cielo. Á sola esta pregunta: «¿Eres espía?» respondió: «No soy espía.» Y esto por parecerle que si no respondía á esta demanda, por ventura les daría justa causa de enojarse con él y atormentarle. Enojóse el capitán con los soldados ásperamente, riñéndolos y diciéndoles que harto locos eran ellos, pues le habían traído allí un loco; y con tanto, manda que se lo quiten de delante y lo echen de allí. Irritados los soldados con el mal tratamiento de su capitán, quiebran en el pobre peregrino su enojo, y diciéndole mil baldones y ultrajes, cárganle de puñadas y coces. Contaba él después que con la memoria y representación que allí tuvo de la afrenta y escarnio que el Señor recibió de Herodes y de sus soldados, había el mismo Señor regalado su ánima con un admirable y extraordinario consuelo. Mas pasada esta befa y gritería, no faltó Dios á su soldado; porque no habiendo todo aquel día desayunádose con otro manjar que de afrentas é injurias, y estando bien fatigado y quebrantado su cuerpo, un español, de pura lástima, le llevó consigo y le albergó y reparó, dándole de comer. De allí se partió el día siguiente, y prosiguiendo su camino, fué otra vez preso de ciertos franceses, que siendo centinelas, le vieron pasar desde una torre, y le llevarón al capitán francés; el cual, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, le acogió y trató y despidió cortésmente, y le mandó dar de cenar y hacer buen tratamiento. Llegado á Génova, topó con Rodrigo Portundo, vizcaíno, que era entonces general de las galeras de España, y había sido su conocido en la corte de los Reyes Católicos. Éste le amparó, y dió orden para que se embarcase en una nave que pasaba á España, adonde aportó,

llegando á Barcelona, y con hartos peligros de corsarios y enemigos, viniendo á acabar su navegación en el mismo lugar donde la había comenzado.

CAPÍTULO XIII

Cómo comenzó á estudiar desde las primeras letras

Volvió, como dijimos, á España, y la vuelta fué con determinación de estudiar muy de propósito; porque, como se vió apartado de aquellos santos lugares de Jerusalén, donde él pensaba pasar su vida, y que no le habían salido sus primeros intentos, comenzó á pensar con gran cuidado qué era lo que Dios quería de él, qué cosa sería bien hacer, que fuese más acepta y agradable en los ojos de su divino acatamiento. Y después que lo miró y tanteó todo, al fin se resumió que para poder emplearse mejor y más á provecho de sus prójimos, como él deseaba, era necesario tener caudal de letras, y acompañar la doctrina y el conocimiento de las cosas divinas (que por el estudio y ejercicio de las letras se alcanza) con la unción y favor de espíritu que nuestro Señor le comunicaba, y por esto se determinó de estudiar. Y parecióle que Barcelona le sería á propósito para hacerlo. Y así, llegado á ella, comunicó esta su determinación con dos personas devotas suyas. La primera fué una señora honrada y principal, de la cual ya antes había recibido mucha caridad y limosna. La otra fué un maestro de gramática, llamado Ardebalo, hombre de mucha virtud y aplicado á toda devoción; y aprobaron ambos su determinación. Y la señora le ofreció de sustentarle en el estudio los años que estuviese allí, y el maestro de enseñarle con diligencia. De esta manera pues, el año de mil quinientos veinticuatro, siendo ya de edad de treinta y tres años, comenzó á aprender los primeros principios de gramática y aquellas menudencias de declinar y conjugar, que aunque no eran para sus años, las llevó bien el espíritu y fervor tan encendido con que deseaba vencerse y agradar á Dios. No le espantaba el trabajo desabrido de aquellas prolijidades y espinosas ni-

ñerías, ni la muchedumbre y variedad de tantas reglas y preceptos, ni el tomar de coro y repetir y dar la lección, ni los otros ejercicios pueriles le daban tanta pena como las muchas y grandes consolaciones é ilustraciones que le venían cuando con más atención se ponía á estudiar. Apenas tomaba el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, cuando embestían con él inteligencias de cosas altísimas, y le atropellaban y turbaban la memoria. De suerte que en lo que estudiaba no podía coger cosa de nuevo, y todo lo que antes había cogido y allegado se le desaparecía y derramaba con la fuerza de la imaginación. Y aunque con todas sus fuerzas é industria trabajaba para cerrar la puerta á estos sentimientos cuando venían, y por despedirlos y echarlos de sí cuando habían entrado, no era señor de sí, ni lo podía hacer, ni estaba más en su mano, por mucha fuerza que se hiciese y por mucho que fuese el daño que para sus estudios viese que recibía de esta sutil y engañosa tentación. Hasta que un día, asombrado de esta novedad tan grande, comenzó á examinarla, y á pensar y á decir entre sí: «¡Válame Dios! ¿qué es esto? Cuando rezo, cuando me confieso y comulgo, cuando me disciplino, cuando velo, cuando con ayunos y otras penitencias corporales aflijo mi carne y lloro mis pecados, cuando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánima tanta lumbre y recreación, ni tan grandes ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y cuando nos venimos á hacer niños y tratar niñerías, y queremos dejar á Dios por Dios, ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo; éstos son tus ardides y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son oscuridad y tinieblas. Pues espera; yo te dejaré burlado.» Para resistir pues á esta tan porfiada astucia del enemigo, vase á su maestro y ruégale (como el mismo padre me contó) que se venga con él á la iglesia de Nuestra Señora de la Mar, que estaba cerca de su casa, y que allí le oiga lo que le quiere decir. Y así, le dió cuenta muy por entero de todo lo que pasaba en esta parte por su ánima, y de la tela que le iba urdiendo el demonio, y que para destejerla y deshacerla de toda punto, le empeñaba su palabra y le prometía de no faltar ningún día á lección en espacio de los dos primeros años siguientes, con que no le faltase pan y agua para pasar aquel día. Y con esto échase

á los pies del maestro, y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente lo tome á su cargo y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamentè como á tal, cada y cuando que le viese flojo y descuidado, ó menos atento y diligente en lo que tanto le importaba para el servicio divino y para la victoria de sí mismo y de su enemigo capital. Con este acto tan vehemente y tan fervoroso se deshizo luego, como con la claridad del sol, toda aquella niebla y oscuridad que venía con apariencia de claridad, y le dió nuestro Señor mucha paz y sosiego en el estudio. Prosiguiendo pues en los ejercicios de sus letras, aconsejáronle algunos hombres letrados y píos que para aprender bien la lengua latina, y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro *De Milite christiano* (que quiere decir de un caballero cristiano), que compuso en latín Erasmo Roterodamo, el cual en aquel tiempo tenía grande fama de hombre docto y elegante en el decir. Y entre los otros que fueron de este parecer, también lo fué el confesor de Ignacio. Y así, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad á leer en él con mucho cuidado, y á notar sus frases y modo de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es, que en tomando este libro (que digo) de Erasmo en las manos y comenzando á leer en él, juntamente se le comenzaba á entibiar su fervor y á enfriársele la devoción. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la lección, le parecía que se le había acabado y helado todo el ardor que antes tenía, y apagado su espíritu y trocado su corazón, y que no era el mismo después de la lección que antes de ella. Y como echase de ver esto algunas veces, á la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demás obras de este autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que después jamás no quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen sino con mucho delecto y mucha cautela. El libro espiritual que más traía en las manos, y cuya lección siempre aconsejaba, era el *Contemptus mundi*, que se intitula *De Imitatione Christi*, que compuso Tomás de Kempis, cuyo espíritu se le embebió y pegó á las entrañas. De manera que la vida de Ignacio (como me decía un siervo de Dios) no era sino un perfectísimo dibujo de todo lo que aquel librico contiene. Como

se sintió en Barcelona más aliviado del dolor del estómago de lo que solía, acordó de tornar al gran rigor de sus acostumbradas penitencias, en las cuales había aflojado algo, parte por el mal del estómago, y parte por los trabajos y dificultades del largo camino. Y así, comenzó á agujerear las suelas de los zapatos, yéndolas poco á poco rasgando; de tal manera, que á la entrada del invierno, ya andaba los pies desnudos por tierra, y cubiertos por encima con el cuero del zapato, por huir la ostentación. Y en la misma manera iba añadiendo en las demás penitencias. Dos años estuvo en Barcelona, oyendo del maestro Ardebalo con tanta diligencia y aprovechamiento, que le pareció á su maestro que podía pasar á otras ciencias más altas. Y de este parecer fueron también otros hombres doctos, que le aconsejaban que estudiase el curso de la filosofía. Pero, como él desease estar bien fundado en la latinidad antes de pasar á otras ciencias, no se satisfizo del parecer de estos hasta que se hizo examinar de un famoso doctor en teología, el cual aprobó el parecer de los demás, y le aconsejó que para aprovechar más en los estudios de filosofía se fuése á la universidad de Alcalá, y así lo hizo el año de mil quinientos veintiséis.

CAPÍTULO XIV

Cómo le prendieron en Alcalá, y le dieron por libre

Á la entrada de Alcalá, el primero con quien topó fué un estudiantico de Victoria, llamado Martín de Olabe, de quien recibió la primera limosna; y pagósela muy bien nuestro Señor por las oraciones de Ignacio, porque siendo ya Olabe doctor en teología por la universidad de París, y hombre señalado en letras y de grande autoridad, vino á entrar en la Compañía, estando en el concilio de Trento, el año de mil quinientos cincuenta y dos, con un llamamiento extraordinario y señalada vocación que tuvo de Dios. Fuése Ignacio en Alcalá derecho al hospital, y de allí salía á pedir de puerta en puerta la limosna que había menester para sustentarse.

Y aconteció que pidiendo limosna una vez cierto sacerdote hizo burla de él, y otros hombres baldíos y holgazanes que estaban en corrillos también le decían baldones y mofaban de él. Tuvo mucha pena de ver esto el priostre del hospital de Antezana, que era nuevamente fundado, y llamando aparte al pobre Ignacio, le llevó á su hospital y dióle en él caritativamente aposento por sí.

Hallándose aquí con más comodidad para su intento, se ocupaba en los estudios de lógica y filosofía, y aun oía al *Maestro de las sentencias;* pero no por eso dejaba las obras de devoción ni de misericordia, ni de procurar la salud espiritual de sus prójimos, porque andaba con grande ansia allegando limosnas, con que sustentaba á los pobres que padecían mayor necesidad, y encaminaba muchos á la virtud por la oración y meditación, dándoles los ejercicios espirituales, y juntamente enseñaba la doctrina cristiana á los niños y á la gente ignorante; y respondía á estos trabajos tal fruto, que parecía aquella villa haberse trocado después que Ignacio había entrado en ella. No pudo ya más disimular su rabiosa saña de ver estas cosas el enemigo del linaje humano, y así vino á reventar el odio que contra Ignacio había concebido, lo cual fué de esta manera. Tenía en este tiempo Ignacio tres compañeros, que movidos de su ejemplo se le habían allegado, como imitadores de su vida, y otro mozo francés también los seguía, y todos andaban vestidos de la misma manera que él andaba, y con el mismo hábito, que era una túnica de sayal, y así los llamaban en Alcalá, como por burla, los del sayal. Eran muy diferentes y aun contrarios los pareceres de las gentes, que tomaban materia de hablar, así por ver estos hombres en compañía, como por el concurso grande de gente que se les llegaba á oir á Ignacio, y no menos viendo el fruto claro que se cogía del ejemplo de su vida y de su doctrina; y así, se hablaba de este negocio en el pueblo (como se suele) según que cada uno sentía, quién defendiendo, quién acusando, y en lo uno y en lo otro había exceso, así de los que decían bien, como de los que decían mal. Llegó la fama de esto á los inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes, temiendo de esta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, remediar el mal, si alguno hubiese, con otra ocasión, ó sin ella, vinieron á Alcalá, é hicieron diligentísima pesquisa de la doctrina,

vida y ocupaciones de Ignacio, y formaron el proceso. Y hallando que ni en dicho ni en hecho no había cosa en él que discrepase de la verdadera y sana doctrina de la santa Iglesia romana, nuestra madre, se volvieron á Toledo sin llamarle ni decirle palabra; pero dejándole el proceso que habían hecho, remitieron el negocio al licenciado Juan de Figueroa, que era vicario general del arzobispado de Toledo, encargándole que estuviese sobre aviso y mirase á las manos á aquella gente. El cual, pasados algunos días, envió á llamar á Ignacio y á sus compañeros, y les dijo que se había tomado muy particular información de sus vidas, costumbres y doctrina; pero que por gracia de nuestro Señor no se había hallado en ellos, ni vicio en la vida, ni falsedad ó error en la doctrina, y que así podrían á su placer entender en sus ejercicios y ocuparse á su voluntad, ayudando (como lo hacían) á los prójimos; que una sola cosa no le contentaba, y era, que no siendo ellos religiosos, anduviesen todos vestidos con un mismo hábito y traje; que sería mejor, y que así se lo requería y mandaba, que los dos, Ignacio y otro, tiñesen sus vestiduras de negro, y los otros dos de leonado, y el mozo francés se quedase con su hábito. Ignacio respondió que harían lo que se les mandaba, y así lo hicieron.

Dende á pocos días el Vicario mandó á Ignacio que no anduviese los pies descalzos; y así, como en todo era obedientísimo á quien le podía mandar, lo fué en esto, y púsose luego zapatos. De allí á cuatro meses el Vicario tornó á hacer nueva pesquisa sobre ellos, y después de largas informaciones y largas preguntas y respuestas que á otros se hicieron, no le dijeron á él palabra ni le tocaron en un hilo de la ropa. Pero aun esto no bastó para que le dejasen vivir en paz, porque luego se levantó otra borrasca, que nació de lo que aquí diré. Entre las personas que oían á Ignacio y se aprovechaban de sus consejos, hubo dos mujeres, madre é hija, nobles y viudas honradas, y la hija moza y de muy buen parecer; éstas entraron en devoción y fervor indiscreto, y para padecer mucho por nuestro Señor se determinaron de mudar de hábito y como pobres y mendigas irse á pie en una romería larga, y pidieron parecer á Ignacio sobre ello, y díjoles que no le parecía bien, pues podían hallar en su casa más fácilmente y con menos peligro lo que buscaban fuera de ella. Y como viesen que no les salía á lo que ellas querían y á lo que

estaban determinadas, sin decirle más palabra, se fueron entrambas en peregrinación á la Verónica de Jaén, lo cual fué causa que todos (aunque sin razón) se volviesen contra Ignacio, pensando que de su consejo había salido aquel hecho. Y así, estando un día bien descuidado fuera del hospital (que ya no moraba en él), llegó á él el alguacil del Vicario, y díjole que se fuése con él, é Ignacio le siguió con mucha mansedumbre y alegría á la cárcel, donde le dejó el alguacil preso. Era tiempo de estío y tenía una manera de carcelería algo libre, y así pudieron acudir á él muchos para oirle, á los cuales él enseñaba la doctrina cristiana y cosas de nuestro Señor, y les daba los ejercicios espirituales de la misma manera y con el mismo fervor que cuando estaba del todo libre. Supieron su prisión algunas personas principales, y entendiendo su inocencia, le enviaron á ofrecer su favor y á decirle que si quisiese le harían sacar de la cárcel. Entre éstas fueron dos más señaladas. La una fué doña Teresa Enríquez, madre del Duque de Maqueda, señora devotísima, bien conocida en España. La otra fué doña Leonor Mascareñas, dama que entonces era de la Emperatriz, y después fué aya del príncipe de Castilla el rey don Felipe nuestro señor; la cual hoy vive en recogimiento religioso y ha sido siempre una de las más devotas y bienhechoras de nuestra Compañía. Mas Ignacio, confiado de su verdad y deseoso de padecer mucho por Cristo, no consintió que estas personas ni otras hablasen por él, ni quiso tomar procurador ni abogado, ni hombre que alegase por su justicia, pareciéndole no ser necesaria la defensa donde no había culpa. Y también quería, si en algo torciese, ser enderezado de los superiores eclesiásticos, á los cuales toda su vida se mostró serles hijo de obediencia. Estaba en este tiempo en Segovia, y aún no bien convalecido de una gran enfermedad pasada, uno de sus compañeros, que se llamaba Calixto, el cual, luego que supo que Ignacio estaba preso, se vino á Alcalá y se entró en la misma cárcel con él; mas por orden de Ignacio se presentó al Vicario, el cual le mandó tornar á la cárcel, pero poco después fué puesto en libertad, procurándolo Ignacio, que tenía más cuidado de la flaca salud de su compañero que de su propia causa. Ya habían pasado diez y ocho días que Ignacio estaba en la prisión, y en todo este tiempo, ni él sabía ni podía imaginar por qué causa le hubiesen encarcelado. Á esta sazón vino el vica-

rio Figueroa á visitarle, y comienza á examinarle y á preguntarle muchas cosas, y entre ellas, si acaso tenía noticia de aquellas mujeres viudas que arriba dije, madre é hija; dijo Ignacio que sí; y el Vicario: «¿Aconsejásteslas vos que fuesen en romería, ó supistes cuándo habían de ir?—No ciertamente, dice Ignacio; antes os afirmo con toda verdad que les he desaconsejado semejantes pasos y romerías; porque la hija, siendo de aquella edad y parecer que es, no corriese algún peligro su honra, y porque más al seguro y más libremente podrían hacer sus devociones dentro de su casa, y ejercitarse en obras de caridad en Alcalá, que no andando por montes y despoblados.» Entonces el juez, riendo, le dijo: «Pues esa es toda la causa por que estáis preso, y no hay otra alguna.» Pasados cuarenta y dos días de cómo le prendieron, y venidas las mujeres de su peregrinación, tomáronles su dicho, por el cual se supo enteramente la verdad, y se halló que Ignacio no se lo había aconsejado, y así cesó toda aquella sospecha. Y viniendo el notario de la causa á la cárcel, leyó al preso la sentencia, que contenía tres cosas: la primera, que daba por libre á Ignacio y á sus compañeros, y que de lo que se les oponía fueron hallados del todo inocentes y sin culpa. La segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demás estudiantes, con manteo y bonete, y que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos. La tercera, que pues no habían estudiado teología (lo cual siempre Ignacio claramente confesaba), en los cuatro años siguientes no tratasen de enseñar al pueblo los misterios de nuestra santa fe católica, hasta que con el estudio tuviesen más conocimiento y noticia de ellos. Oída la sentencia, respondió Ignacio al juez en lo que tocaba al vestido: «Cuando se nos mandó que mudásemos el color de las ropas, sin pesadumbre obedecimos, porque era fácil cosa el teñirlas; mas ahora, que se nos manda traer hábito nuevo y costoso, no podemos obedecer, siendo, como somos, pobres, ni esto está en nuestra mano.» Y así, el Vicario luego les mandó comprar bonetes y manteos y lo demás que á estudiantes pertenecía. Mas después Ignacio, viendo que con la tercera parte de esta sentencia se le cerraba la puerta para tratar del aprovechamiento del prójimo, no dejó de poner duda en la ejecución de ella, y así determinó de irse al arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, que á la sazón estaba en Valladolid, y pasar por lo que él le mandase

hacer. Partieron él y sus compañeros para Valladolid, vestidos de estudiantes (como habemos dicho); acogióle el Arzobispo humanísimamente, y viéndole inclinado á ir á la universidad de Salamanca, le dió dineros para el camino, y le ofreció todo favor y amparo siempre que de él ó de los suyos en Salamanca se quisiese valer.

CAPÍTULO XV

Cómo también en Salamanca fué preso y dado por libre

Ocupábase en Salamanca, como solía, en despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Íbase á confesar á menudo con un padre religioso de Santo Domingo, de aquel insigne monasterio de San Esteban. Y á pocos días díjole una vez su confesor que le hacía saber que los frailes de aquella casa tenían gran deseo de oirle y hablarle; al cual Ignacio respondió que iría de buena gana cada y cuando que se lo mandase. « Pues venid, dice el confesor, el domingo á comer con nosotros; mas venid apercibido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos y os harán hartas preguntas. Fué Ignacio el día señalado con un compañero, y después de haber comido los llevaron á una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el Vicario, que gobernaba el monasterio en ausencia del Prior. El cual, mirando con rostro alegre á Ignacio, le dice con palabras blandas y graves: « Mucho consuelo me da cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os preciáis de ser bueno para vos, sino también procuráis que lo sean los demás, y que á imitación de los apóstoles, andáis por todas partes enseñando á los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que de esto me gozo; que también les cabe parte de esta alegría á nuestros frailes; mas para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oir de vos mismo algunas de estas cosas que se dicen. Y lo primero, que nos digáis qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habéis criado, y qué

género de letras son las que habéis profesado.» Como Ignacio con simplicidad y llaneza dijese la verdad de sus pocos estudios. « Pues ¿por qué, dijo él, con tan poco estudio, y con solas las primeras letras de gramática, os ponéis á predicar? —Mis compañeros y yo, dijo Ignacio, no predicamos, padre; sino cuando se ofrece alguna buena ocasión, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios.—¿Y qué cosas de Dios son esas que decís? Que eso es lo que sumamente deseamos saber.» Entonces dijo Ignacio: « Nosotros algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, procurando traer á los que nos oyen á lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo.—Vosotros, dijo el Vicario, sois unos simples idiotas y hombres sin letras (como vos mismo confesáis); pues ¿cómo podéis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad sino es con teología y doctrina, ó alcanzada por estudio ó revelada por Dios. De manera que, pues no la habéis alcanzado por estudio, señal es que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digáis qué revelaciones son éstas del Espíritu Santo.» Detúvose aquí un poco Ignacio, mirando en aquella sutil, y para él nueva, manera de argumentar. Y después de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: « Basta, padre; no es menester pasar más adelante.» Y aunque el Vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y le apretase con vehemencia á que le diese respuesta, no le dió otra sino ésta: « Yo, padre, no diré más si no fuere por mandado de superior, á quien tenga obligación de obedecer.—Buenos estamos, dice el padre; tenemos el mundo lleno de errores, y brotan cada día nuevas herejías y doctrinas ponzoñosas, ¿y vos no queréis declararnos lo que andáis enseñando? Pues aguardadme aquí un poco; que presto os haremos decir la verdad.» Quédase Ignacio y su compañero en la capilla, y vanse los frailes y mandan cerrar las puertas del monasterio, y de ahí á un poco pasáronlos á una celda. Tres días estuvo en aquel sagrado convento Ignacio con grandísimo consuelo de su ánima. Comía en refitorio con los frailes, y muchos de ellos venían á visitarle y á oirle á su celda, que casi estaba llena de frailes, á los cuales Ignacio hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas

divinas, como era su costumbre, y muchos de ellos aprobaban y defendían su manera de vivir y enseñar. Y así, el monasterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina. En este espacio de tiempo aquellos padres religiosos, con buen celo, movidos de la libertad con que Ignacio hablaba y del concurso de la gente que le oía y del rumor que de sus cosas, ya tan sonadas, había en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad), y viendo los tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que so capa de santidad no se escondiese algún mal que después no se pudiese tan fácilmente atajar, dieron parte de lo que pasaba al provisor del Obispo. El cual al cabo de los tres días envió al monasterio su alguacil, y él llevó á Ignacio á la cárcel con su compañero; mas no los pusieron abajo, adonde estaban los otros presos por comunes delitos, sino en lo más alto de un aposento apartado, viejo, medio caído, muy sucio y de mal olor. Allí ataron á una gruesa cadena, larga de doce ó trece palmos, á los dos presos, metiéndoles un pie á cada uno en ella tan estrechamente, que no podía apartarse el uno del otro para ninguna cosa. Y de esta suerte pasaron toda aquella noche velando y haciendo oración. Mas el día siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos (de los muchos que á Ignacio solían oir) que los proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias. Y allí donde estaba preso no dejaba Ignacio sus ejercicios acostumbrados ni de hablar con libertad, ensalzando la virtud y reprehendiendo los vicios, y despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo. Vínoles á visitar á la cárcel el bachiller Frías, que así se llamaba el Provisor, y á cada uno por su parte le tomó su confesión. Dióle Ignacio el libro de los *Ejercicios espirituales* para que los examinase, y díjole que fuera del que allí estaba, tenía otros dos compañeros, y declaróle la casa donde los hallaría. Mandólos el Provisor prender y poner abajo en la cárcel común para que estando así apartados los unos de los otros, no se pudiesen comunicar. No quiso tampoco Ignacio en esta persecución tomar de los hombres procurador ó abogado que defendiese su inocencia. Pasáronse algunos días de esta manera en la cárcel, y al cabo de ellos le llevaron delante de cuatro jueces, hombres todos graves y de muchas letras; los tres, llamados

Isidoro, Paraviñas, Frías, eran doctores. El cuarto era el provisor dicho, que se llamaba bachiller Frías. Todos éstos habían leído el libro de los *Ejercicios* y le habían examinado con toda curiosidad. Llegado á su presencia Ignacio, preguntáronle muchas cosas, no sólo de las que en el libro se contenían, sino de otras cuestiones de teología muy recónditas y exquisitas, como de la Santísima Trinidad, del misterio de la Encarnación y del Santísimo Sacramento del altar. Á lo cual todo, Ignacio (protestando primero con modestia que era hombre sin letras) respondía tan sabia y gravemente, que más les daba materia de admiración que ocasión de reprehensión alguna. Púsole después el Provisor una cuestión del derecho canónico que declarase; y él, diciendo que no sabía lo que los doctores en aquel caso determinaban, con todo eso, respondió de manera, que dió derechamente en el blanco de la verdad. Mandáronle al fin que les declarase allí el primer mandamiento del decálogo de la manera que lo solía declarar al pueblo; hízolo así, y dijo acerca de esto tantas cosas y tan extraordinarias y tan bien dichas, que les quitó la gana de preguntarle más. Una cosa sola parece que no tenían por segura los jueces, que es un documento que se da al principio de los *Ejercicios*, en que se declara la diferencia que hay entre el pensamiento que es pecado mortal ó venial. Lo cual no lo reprehendían en Ignacio porque enseñase cosa falsa, sino porque no habiendo estudiado, se ponía á determinar lo que sin mucha doctrina no se podía bien discernir ni averiguar. Á lo cual Ignacio les respondió: «Si es verdad ó no lo que yo acerca de esto enseño, vuestro es mirarlo, que para eso os hacen jueces; yo no quiero ser el juez; sólo pido que si es verdad, que se apruebe, y si no, que se repruebe y condene lo que digo.» Mas los jueces, no hallando por qué, no lo osaron reprobar. Venían muchos (como antes dije) allí á la cárcel, á visitar á Ignacio y á oirle, entre los cuales era uno don Francisco de Mendoza, que después murió cardenal y obispo de Burgos. El cual un día, doliéndose de su trabajo, le preguntó si le daba mucha pena el verse preso y en cadenas. Al cual Ignacio respondió: «¿Tan gran mal os parece á vos estar así preso un hombre y aherrojado? Pues yo os digo de verdad que no hay tantos grillos en Salamanca ni tantas cadenas, que no sean más en las que yo deseo verme por amor de mi Señor Jesucristo.» Acaeció en este tiempo que estaban

presos, que una noche todos los demás presos se salieron de la cárcel pública y escaparon huyendo, dejándola abierta y tan sola, que solos los compañeros de Ignacio quedaron como guarda de la casa. Y así, otro día por la mañana fueron hallados ellos solos en la cárcel, las puertas abiertas de par en par. De lo cual no menos quedaron maravillados que edificados así el juez como toda la ciudad; por lo cual los sacaron de allí, y llevaron á una buena posada. Á cabo de veintidós días de su prisión, fueron llamados ante los jueces para oir la sentencia que se les daba; y en suma fué, que los daban por hombres de vida y doctrina limpia y entera, sin que en ella se hallase mácula ni sospecha, y que pudiesen (como antes lo hacían) enseñar al pueblo y hablarle de las cosas divinas. Mas que de una sola cosa se guardasen, que era meterse en muchas honduras y declarar la diferencia que hay entre el pecado venial ó mortal, hasta que hubiesen estudiado cuatro años de teología. Leída la sentencia, dijo Ignacio que él la obedecía por el tiempo que estuviese en su jurisdicción ó distrito. Porque no era justo que no hallándose culpa en su vida ni error en su doctrina, le quisiesen cerrar el camino para ayudar las almas, quitándole la facultad de hablar libremente de las cosas de Dios; y que pues él era libre y señor de sí para ir donde quisiese, él miraría lo que le cumplía.

CAPÍTULO XVI

Cómo fué á estudiar á la universidad de París

Desde el primer día que Ignacio se determinó de seguir los estudios, anduvo siempre con gran solicitud, suspenso y deliberando si acabados los estudios, sería bien tomar el hábito de alguna sagrada religión, ó si quedándose libre, se emplearía todo en aprovechar á las almas, buscando compañeros que en esta santa ocupación le quisiesen ayudar. Esta duda le tuvo en gran manera perplejo y dudoso. Bien se determinaba en que habiendo de hacerse religioso, entraría en alguna religión que estuviese más apartada de sus fervorosos principios y olvidada de la observancia de sus re-

glas. Porque por una parte le parecía que quizá sería nuestro Señor servido que aquella religión se reformase con su trabajo y ejemplo, y por otra, que tendría en ella más ocasión de padecer y de sufrir las muchas contradicciones y persecuciones que le vendrían de los que, contentos con sólo el nombre y hábito de religiosos, habían de recusar la reformación de la disciplina regular y de su vida religiosa; mas mucho más se inclinaba su corazón á buscar y allegar compañeros para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los prójimos; y ésta al fin fué su resolución, como cosa y vocación á la cual el Señor le llamaba; y de este propósito estuvo, aun cuando estaba en la cadena de Salamanca. De la cual luego que se vido suelto, y consideró los estorbos que allí se le ponían para la ejecución de su deseo, juzgó que le convenía mudar su asiento de aquella universidad. Y así, se salió de ella, con harta contradicción de muchos hombres principales, á los cuales dolía en el alma esta partida. Salió con determinación de irse á la universidad de París, adonde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció. Tratada pues y acordada la jornada con sus compañeros, se parte Ignacio solo, camino de Barcelona, á pie, llevando un asnillo delante, cargado de libros. Llegado á Barcelona, y tratando su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenía allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frío muy áspero que hacía, por ser en medio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que había entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por esta causa estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habían ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas á detener el camino de Ignacio, que se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y que hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y así, se dió á caminar por medio de Francia á pie. Y con el favor de Dios, que le guiaba, llegó á París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de Febrero de mil y quinientos y veintiocho.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Del trabajo que puso en los estudios, y fruto que sacó de ellos

Llegado Ignacio á la universidad de París, comenzó á pensar con gran cuidado qué manera hallaría para que, descuidado y libre de la necesidad que tenía de la sustentación corporal, se pudiese del todo emplear en el estudio de las artes liberales. Mas sucedióle muy al revés, porque fué grande la necesidad y molestia que pasó en la prosecución de sus estudios. Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, dióla á guardar á un su compañero español, con quien posaba, y él se la gastó toda (como le pareció), y gastada, no tuvo de qué pagarle. Y así, Ignacio quedó tan pobre y desproveído, que se hubo de ir al hospital de Santiago á vivir, donde le fué necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que había de comer. Lo cual, aunque no le era nuevo (y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo), todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan lejos de las escuelas como vivía. Porque comenzándose las lecciones en invierno (como es uso en París) antes del día, y durando las de la tarde hasta ya noche, él, por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, había de salir á la mañana con sol, y volver á la tarde con sol, y con esto venía á perder buena parte de las lecciones. Viendo pues que no aprovechaba en sus estudios como quisiera, y que para tanto tra-

bajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse á servir á algún amo, que fuese hombre docto y que enseñase filosofía, que era lo que él quería oir, para emplear en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio, porque así le parecía que tenía menos estorbo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada día. Y habíase determinado, si hallaba tal amo, de tenerlo en su corazón en lugar de Cristo nuestro Señor, y á sus discípulos de mirarlos como á los apóstoles. De manera que procuraría de representarse siempre la preferencia de aquel santísimo colegio de Cristo y sus apóstoles, para vivir como quien andaba siempre puesto delante de tales ojos y ejemplo. Y así, dejó nuestro buen padre bien encargado en las reglas que nos dió, que mirásemos siempre á nuestro superior, cualquiera que fuese, como á persona que nos representa á Cristo nuestro Señor, y á los padres y hermanos como á sus santos discípulos. Porque esta consideración en la comunidad y vida religiosa es de gran fuerza para conservar la reverencia que se debe á los superiores, y para mantener la unión y paz que entre sí deben tener unos con otros. Deseaba cumplir lo que el Apóstol manda á los siervos y criados, diciendo: «Los que servís, obedeced á vuestros amos con temor y sencillez de corazón, como al mismo Cristo.» Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia y por medio de muchas personas le buscó. Y así, por consejo de un amigo suyo religioso, después de haberlo encomendado á nuestro Señor, tomó otro camino, que le sucedió mejor. Íbase cada año de París á Flandes, donde entre los mercaderes ricos españoles que trataban en las ciudades de Brujas y Amberes recogía tanta limosna, con que podía pasar pobremente un año la vida. Y con esta provisión se volvía á París, habiendo, con pérdida y trabajo de pocos días, redimido el tiempo que después le quedaba para estudiar. Por esta vía vino á tener los dos primeros años lo que había menester para su pobre sustento. Y al tercero pasó también á Inglaterra, para buscar en Londres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flandes, conocida ya su virtud y devoción, ellos mismos le enviaban cada año su limosna á París, de manera que no tenía necesidad para esto de ir y venir tantas veces. También de España le enviaban sus devotos algún socorro y limosna, con la cual, y con la que le envia-

ban de Flandes, podía pasar más holgadamente, y aun hacer la costa á otro compañero. Con estos trabajosos principios pasó sus estudios Ignacio. Mas no era sola la pobreza y corporal necesidad la que le estorbaba ir en ellos adelante; porque el demonio, que ya comenzaba á temer á Ignacio, procuraba con todas sus fuerzas apartarle del camino que con tanto fervor llevaba en sus estudios. Luego, comenzando el curso de la filosofía, le quiso engañar con las mismas ilusiones que en Barcelona le había traído al principio de la gramática, de muchos conceptos y gustos espirituales que se le ofrecían. Mas como ya escarmentado, fácilmente echó de sí aquellas engañosas representaciones, y quebrantó el ímpetu del astuto enemigo de la misma manera que lo había hecho en Barcelona. Fué también muy fatigado de enfermedades, yendo ya al fin de sus estudios, aunque al principio de ellos se halló mejor de sus dolores de estómago. Mas después el castigo tan áspero y tan continuo de su cuerpo, las penitencias que hacía (las cuales, por hallarse ya mejor de salud, había acrecentado), el trabajo del estudio con tan poco refrigerio, la grande y perpetua cuenta que traía consigo para irse en todas las cosas á la mano, y el aire de París, que le era muy contrario y malsano, vinieron á apretarle tanto, que tuvo necesidad, para no perder la vida, de interrumpir el hilo de sus estudios. Mas con todos estos trabajos vino á salir con tanto caudal de doctrina, que dió todo lo que padecía por bien empleado, y no se le hizo mucho á trueque de tanto provecho. En España, por persuasión de algunos que se lo aconsejaron, y por ganar tiempo para más presto ayudar á las ánimas, había confundido el orden de sus estudios, oyendo lógica, filosofía y teología todo en un mismo tiempo; y así, queriendo abarcar mucho, apretó poco, y el querer atajar le fué causa de mucho rodeo y tardanza. Escarmentando, pues, con esta experiencia, se fué poco á poco en París, y ordenó muy bien sus estudios, porque antes de pasar adelante se reformó bien en la lengua latina, oyendo en el colegio que allí dicen de Monte Agudo, de buenos maestros las letras humanas casi dos años; es á saber, desde el principio de Febrero del año de mil quinientos veintiocho hasta la renovación de los estudios del año mil quinientos veintinueve, que en París se hace el primer día de Octubre, que es la fiesta de San Remigio. En la cual comenzó el curso de artes, y le acabó con mucha loa, y

tan bien aprovechado, que recibió el grado de maestro en artes, pasando por el examen que allí llaman de la piedra, que es de los más rigurosos que en aquella universidad se hace. Púsole en esto su maestro, y él, aunque huía mucho de toda vana ostentación, pasó por ello, por tener de los hombres (para con ellos), con el grado, algún testimonio de su doctrina; acordándose que en Alcalá y en Salamanca sólo este impedimento habia hallado para poder libremente ayudar á sus prójimos. Acabado el curso de la filosofía, lo demás del tiempo, hasta el año de mil quinientos treinta y cinco, empleó en el estudio de la sagrada teología, favoreciéndole notablemente la misericordia del Señor en la doctrina y erudición que en aquel tiempo alcanzó. No dejaré, pues viene á propósito, de decir que de las muchas dificultades y trabajos que experimentó en sí mismo al tiempo de los estudios nuestro buen padre, vino á proveer tan sabiamente lo que nosotros para ellos habíamos menester. Del estorbo que tuvo en sus estudios por la pobreza y necesidad temporal, le nació el desear y procurar que mientras los de la Compañía estudian tengan la provisión necesaria para la vida humana. De manera que no les impida de los estudios la solicitud de buscar su mantenimiento. Porque afirmaba que donde hay suma pobreza no es fácil atender al estudio de las ciencias, y que con el cuidado de mantener el cuerpo, se pierde mucho tiempo, que se había de poner en cultivar el entendimiento. Y así, dejó en las constituciones ordenado que los colegios donde los nuestros estudian puedan tener renta en común. Lo cual no deroga nada á la santa pobreza, y ayuda mucho á alcanzar la doctrina que para mayor gloria de nuestro Señor se pretende; y porque también él había sido impedido en sus estudios de las devociones y gustos de cosas celestiales, que sin tiempo se le venían al pensamiento y le ocupaban el entendimiento, proveyó que en el tiempo de los estudios los hermanos de la Compañía no se dejen llevar del fervor del espíritu de manera que les desvíe de sus ejercicios de letras. Sino que así sus meditaciones y oración como las ocupaciones con los prójimos sean tasadas y medidas con la discreción que aquel tiempo de estudios requiere. Las enfermedades muchas que tuvo le debilitaron y menoscabaron su salud. Por esto tuvo especial cuidado, todo el tiempo de su vida, de la salud de todos sus hijos, y dejó á los superiores

muy encomendado en las *Constituciones* que mirasen por ella, y que procurasen que los trabajos de nuestros estudiantes, con la intermisión, pudiesen durar. Vió asimismo que él al principio había abrazado en un mismo tiempo el estudio de muchas facultades juntas, y que esto le había sido muy costoso; y porque no errásemos también nosotros, dejó bien ordenados los tiempos y ocupaciones de los estudios. De manera que ni queden faltos, ni se estudie primero lo que ha de ser postrero, ni se sigan compendios ni atajos, que suelen ser causa de llegar más tarde que cuando se va por el camino real. De suerte que él de lo que padeció y en lo que fué tentado, aprendió por experiencia cómo había de enderezar y ayudar á otros cuando lo son.

Y á este propósito solía él mismo decir la mucha pobreza y trabajos que tuvo en sus estudios, y el gran cuidado con que estudió, y decíalo con mucha razón. Porque primeramente él pasó siempre con gran pobreza, como habemos dicho; y ésta voluntaria, y no tomada por obediencia (como lo hacen algunos religiosos), sino de su propia y espontánea voluntad. Lo segundo, acosado y afligido de tantas enfermedades, y tan recias y continuas como se ha visto. Demás de esto, no teniendo por blanco ni por fin de sus estudios, ni la riqueza, ni la honra, ni otra ninguna de las cosas temporales, que suelen ser estímulo á los hombres para sus estudios y alentarlos y animarlos en sus trabajos. Tampoco le era alivio lo que á otros le suele dar, que es el gusto que reciben de lo que van aprendiendo; el cual suele ser tan sabroso, que muchas veces por no perderle se pierde la salud y la vida, sin poder los hombres apartarse de sus libros. Mas Ignacio, así por su natural condición, como por su crecida edad en que comenzó los estudios, y también porque había ya gustado de la suavidad de los licores divinos y de la conversación celestial, no tenía gusto en los estudios ni otro entretenimiento humano que á ellos le convidase.

También en todo el tiempo de sus estudios tuvo muchas ocupaciones, persecuciones gravísimas, infinitos cuidados y perplejidades, que le cortaban el hilo de ellos, ó á lo menos se le embarazaban é impedían. Y con todas estas dificultades estudió casi doce años continuos con mucho cuidado y solicitud, abnegando á sí mismo y sujetándose á la voluntad del Señor, al cual en todo y por todo deseaba agradar. Y para

hacerlo mejor y alcanzar lo que deseaba, procuraba con todas sus fuerzas de cercenar y apartar de sí todo lo que de su parte para ello le podía estorbar. Y así, cuando estudiaba el curso de artes, se concertó con el maestro Fabro que á la hora de estudiar no hablasen cosas de Dios, porque si acaso entraba en alguna plática ó coloquio espiritual, luego se arrebataba y se engolfaba tan adentro de la mar, que con el soplo del cielo que le daba, iba navegando de manera, que se le pasaban muchas horas sin poder volver atrás, y con esto se perdía el provecho que había de sacar de sus estudios. Y por la misma causa, en este tiempo del curso de la filosofía no quiso ocuparse en dar los ejercicios espirituales, ni en otros negocios que le pudiesen embarazar. Y como en este tiempo tuviese mucha paz, y ninguno le persiguiese, díjole un amigo suyo: «¿No veis, Ignacio, lo que pasa? ¿Qué mudanza es ésta? ¿Después de tan gran tormenta tanta bonanza? Los que poco há os querían tragar vivo y os escupían en la cara, ahora os alaban y os tienen por bueno; ¿qué novedad es esta?» Al cual respondió Ignacio: «No os maravilléis de eso, dejadme acabar el curso, y lo veréis todo al revés; ahora callan porque yo callo, y porque yo estoy quedo están quedos; en queriendo hablar ó hacer algo, luego se levantará la mar hasta el cielo y bajará hasta los abismos, y parecerá que nos ha de hundir y tragar.» Y así fué como él lo dijo, porque acabado el curso de la filosofía, comenzó á tratar con más calor del aprovechamiento de las ánimas, y luego se levantó una tormenta grandísima, como en el capítulo siguiente se contará.

CAPÍTULO II

Cómo por ejercitarse en obras de caridad fué perseguido

En el tiempo de sus estudios, no solamente se ocupaba Ignacio en estudiar, sino también en mover (como habemos dicho) con su vida, consejos y doctrina á los otros estudiantes, y atraerlos á la imitación de Jesucristo nuestro Señor. Y así, antes que comenzase el curso de la filosofía movió tanto

á algunos mozos nobles, ingeniosos y bien enseñados, que desde luego se desapropiaron de todo cuanto en el mundo tenían, siguiendo el consejo del Evangelio. Y aunque en el mismo curso de las artes no se daba tanto á esta ocupación, por los respetos que en el capítulo precedente contamos, pero acabado el curso, en tanta manera inflamó los ánimos de muchos estudiantes, de los mejores que en aquel tiempo había en la universidad de París, á seguir la perfección evangélica, que cuando Ignacio partió de París, casi todos sus conocidos y devotos, dando de mano al mundo y á todo cuanto de él podían esperar, se acogieron al puerto seguro de la sagrada religión. Porque estaba tan encendido y abrasado con el fuego del amor divino su ánimo de Ignacio, que do quiera que llegaba, fácilmente se emprendía en los corazones de los otros el mismo fuego que en el suyo ardía. Pero, como la envidia suele ir siempre ladrando tras la virtud, tras las llamas de este fuego se seguía el humo de la contradición. Y así, se levantaron en París grandes borrascas contra él. Y la causa particular fué ésta. Había en aquella universidad algunos mancebos españoles nobles, los cuales, por la comunicación de Ignacio y movidos con su ejemplo, vinieron á hacer tan gran mudanza en su vida, que habiendo dado todo cuanto tenían á los pobres, andaban mendigando de puerta en puerta; y dejando las compañías que primero tenían y las casas en que moraban, se habían pasado, para vivir como pobres, al hospital de Santiago. Comenzóse á divulgar la fama de este negocio y á esparcirse poco á poco por toda la universidad. De manera que ya no se hablaba de otra cosa, interpretándolo cada uno conforme á su gusto. Los que más se alborotaron y más sentimiento hicieron de este negocio fueron ciertos caballeros españoles, amigos y deudos de aquellos mancebos discípulos de Ignacio. Estos vinieron al hospital de Santiago á buscar á sus amigos, y comenzaron con muy buenas palabras á persuadirles que dejasen aquella vida, tomada por antojo y persuasión de un hombre vano, y que se volviesen á sus casas. Y como no lo pudiesen acabar con ellos, usaron de ruegos, halagos, promesas y amenazas, valiéndose de las armas que les daba el afecto y de todo el artificio que sabían. Pero, como todo él no bastase, dejando las palabras, vinieron á las manos, y con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde

estaban, y los llevaron á aquella parte de la ciudad donde está la universidad. Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios primero, y que después podrían poner por obra sus santos deseos. Y como de estos consejos y nuevo modo de vida se supiese que Ignacio era el autor, no podía dejar de desagradar á los que semejantes obras no agradaban. Entre los otros fué uno el doctor Pedro Ortiz, el cual ya en aquel tiempo florecía en aquella universidad con nombre de insigne letrado. El cual movido con la novedad de la cosa, quiso que se examinase muy de propósito la doctrina y vida de Ignacio, de que tanto por una parte y por otra se decía. Denunciáronle delante del Inquisidor en este tiempo, el cual era un docto y grave teólogo, llamado el maestro Ori, fraile de la orden de Santo Domingo. Á éste se fué Ignacio en sabiendo lo que pasaba, sin ser llamado, y sin esperar más, se presentó ante él y díjole que él había oído decir que en aquel tribunal había cierta deposición contra sí, y que ahora fuese verdad, ahora no lo que le habían dicho, quería que supiese su paternidad que él estaba aparejado para dar razón de sí. Aseguróle el Inquisidor, contándole cómo era verdad que á él habían venido á acusarle, mas que no había de qué tener recelo ninguno ni pena. Otra vez, acabados ya sus estudios, queriendo hacer una jornada que no podía excusar para España, le avisaron que había sido acusado criminalmente ante el Inquisidor, y en sabiéndolo, tampoco aguardó á que le llamasen, sino luego se fué á hablar al juez, y ruégale mucho que tenga por bien de examinar su causa y averiguar la verdad, y pronunciar la sentencia conforme á ella. «Cuando yo, dice, era solo, no me curaba de estas calumnias y murmuraciones; mas ahora que tengo compañeros, estimo en mucho su fama y buen nombre, por lo que toca á la honra de Dios. ¿Cómo puedo yo partirme para España, dejando aquí esparcida tal fama, aunque vana y falsa, contra nuestra doctrina?» Dícele el Inquisidor que no hay contra él acusación ninguna criminal, mas que algunas niñerías y vanidades le han venido á decir, que nacían ó de ignorancia ó de malicia de los acusadores, y que como él supiese que eran relaciones falsas y chismerías, nunca había querido ni aun hacerle llamar; mas que ya que estaba allí, que le rogaba que le mostrase su libro de los *Ejercicios espirituales*. Diósele Ignacio, y leyóle el buen Inquisidor, y agra-

dóle tanto, que pidió licencia á Ignacio de poderle trasladar para sí, y así lo hizo. Pero, como Ignacio viese que el juez andaba ó disimulando, ó dilatando el publicar la sentencia sobre la causa de que era acusado, porque la verdad no se oscureciese con la mentira, lleva un escribano público y testigos ante el Inquisidor, y pídele que si no quiere dar sentencia, á lo menos le dé fe y testimonio de su inocencia y limpieza, si halla que la puede dar con justicia. El juez se la dió luego como se la pedía, y de esto dió fe el escribano; de lo cual tomó Ignacio un traslado auténtico, para usar de él, si en algún tiempo fuese menester, contra la infamia del falso testimonio que se le había levantado.

CAPÍTULO III

Cómo le quisieron azotar públicamente en el colegio de Santa Bárbara en París, y de la manera que nuestro Señor le libró

Había persuadido Ignacio á muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites que en virtuosos ejercicios, y que se ocupasen los días de fiesta en santas obras, confesando y comulgando devotamente. De donde venía que ellos en tales días, por acudir á estos devotos ejercicios que les aconsejaba Ignacio, faltaban algunas veces á los de las letras, que en París en los días de fiesta aun no se dejan del todo. Viendo el maestro de Ignacio que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente, y avisó á Ignacio que mirase por sí y no se entremetiese en vidas ajenas, y que no le desasosegase á los estudiantes si no quería tenerle por enemigo. Tres veces fué de esto Ignacio amonestado, mas no por eso dejó de llevar adelante su empresa y de convidar á sus condiscípulos á la frecuencia devota de los Santos Sacramentos. Trató esto el maestro con Diego de Gobea, un doctor teólogo, que era el que gobernaba el colegio de Santa Bárbara, donde Ignacio estudiaba, y era como rector, que allí llaman el principal del colegio; el cual de su

parte hizo que el maestro amenazase á Ignacio y que le dijese que le daría una *sala* si no cesaba de desviar á los estudiantes de sus estudios, y traerlos, como los traía, embaucados. Llaman *sala* en París dar un cruel y ejemplar castigo de azotes públicamente, por mano de todos los preceptores que hay en el colegio, convocando á este espectáculo todos los estudiantes que en él hay, en una sala. El cual afrentoso y riguroso castigo no se suele dar sino á personas inquietas y de perniciosas costumbres. No bastó tampoco esta amenaza para que Ignacio aflojase en lo comenzado. Quejóse con mucho sentimiento el maestro al doctor Diego de Gobea, afirmándole que Ignacio solo le perturbaba todo su general, y que en són de santidad les quebrantaba los buenos estatutos y costumbres de aquel colegio. Y que habiéndole uno y muchos días avisado, rogándoselo unas veces, y otras amenazándole en su nombre, había estado siempre tan duro, que nunca había podido acabar con él que se enmendase. Estaba antes de esto el doctor Gobea enojado contra Ignacio por un estudiante español llamado Amador, que por su consejo había dejado el colegio y los estudios y el mundo por seguir desnudo á Cristo desnudo. Irritado pues Gobea con estas palabras del maestro, y lleno de ira y enojo, determina de hacer en aquél público castigo, como en un alborotador y revolvedor de la paz y sosiego común; y así, manda que en viniendo Ignacio al colegio se cierren las puertas de él, y á campana tañida se junten todos y le echen mano, y se aparejen las varas con que le han de azotar. No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase á oídos de algunos amigos de Ignacio, los cuales le avisaron que se guardase. Mas él, lleno de regocijo, no quiso perder tan buena ocasión de padecer, y venciéndose, triunfar de sí mismo. Y así, luego, sin perder punto, vase al colegio, donde le estaba aparejada la ignominia y la cruz. Sintió bien Ignacio que rehusaba su carne la carrera y que perdía el color y temblaba; mas él, hablando consigo mismo, decíale así: «¿Cómo, y contra el aguijón tiráis coces? Pues yo os digo, don Asno, que esta vez habéis de salir letrado; yo os haré que sepáis bailar.» Y diciendo estas palabras, da consigo en el colegio. Ciérranse las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, acuden todos los condiscípulos, vienen los maestros con sus manojos de varas (con que en París suelen azotar), allégase toda la gente

y júntase en el general en que se había de ejecutar esta rigurosa justicia. Fué en aquella hora combatido el ánimo de Ignacio de dos espíritus, que aunque parecían contrarios, ambos se enderezaban á un mismo fin; el amor de Dios, junto con un encendido deseo de padecer por Jesucristo y de sufrir por su nombre dolores y afrentas, le llevaba para que se ofreciese alegremente á la infamia y á los azotes que á punto estaban.

Mas por otra parte el amor del mismo Dios, con el amor de la salud de sus prójimos y el celo de sus ánimas, le retiraba y apartaba de aquel propósito. «Bueno es para mí, decía, el padecer; mas ¿qué será de los que agora comienzan á entrar por la estrecha senda de la virtud? ¿Cuántos, con esta ocasión, tornarán atrás del camino del cielo? ¿Cuántas plantas tiernas quedarán secas, sin jugo de devoción, ó del todo arrancadas, con este torbellino? Pues ¿cómo, y sufriré yo, con tan clara pérdida de tantos, buscar un poco de ganancia mía espiritual? Y allende de esto, ¿qué cosa más fea y más ajena de la gloria de Cristo puede ser que ver azotar y deshonrar públicamente un hombre cristiano en una universidad de cristianos, no por otro delito sino porque sigue á Cristo y allega los hombres á Cristo? No, no; no ha de ser así, sino que el amor de Dios, necesario á mis prójimos, ha de sobrepujar y vencer al amor de Dios, no necesario en mí mismo, para que este amor, vencido del primero, sea vencedor y crezca y triunfe con victoria mayor. Dé pues agora la ventaja mi aprovechamiento al de mis hermanos; sirvamos agora á Dios con la voluntad y con el deseo de padecer; que cuando sin detrimento y sin daño de tercero se pueda hacer, le serviremos poniendo por obra el mismo padecer.» Con esta resolución se va al doctor Gobea, que aún no había salido de su aposento, y declárale todo su ánimo y determinación, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le podía venir á él más dulce y sabrosa que ser azotado y afrentado por Cristo, como ya lo había experimentado en las cárceles y cadenas donde le habían puesto por la misma causa; mas que temía la flaqueza de los principiantes, que aún eran en la virtud pequeñuelos y tiernos, y que lo mirase bien, porque le hacía saber que él de sí ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado. Sin dejarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Gobea, llévale á la pieza donde los

maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí, con admiración y espanto de todos los presentes, se arroja á los pies de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas, le pide perdón, confesando de sí que había ligeramente dado oídos á quien no debía, y diciendo á voces que aquel hombre era un santo, pues no tenía cuenta con su dolor y afrenta, sino con el provecho de los prójimos y con la honra de Dios. Quedaron con esto los buenos animados y los malos confundidos. Y vióse la fuerza que Dios nuestro Señor dió á las palabras de Ignacio, y cómo libra á los que esperan en él, y el bien que de esto sucedió, tomando Dios nuestro Señor por instrumento á este doctor Gobea para la conversión de la India Oriental. Contarémoslo á los diez y seis capítulos de este libro, porque aquel será su propio lugar.

CAPÍTULO IV

De los compañeros que se le allegaron en París

Desde el principio que Ignacio se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinación de juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él de ayudar á la salvación de las ánimas. Y así, aun cuando en España anduvo tan perseguido y acosado, tenía los compañeros que dijimos que se le habían allegado. Mas como aún no había echado raíces aquella compañía, con la partida de Ignacio para París, luego se secó, deshaciéndose y acabándose fácilmente lo que fácilmente y sin fundamento se había comenzado. Porque escribiéndoles él de París (cuando aun apenas se podía sustentar mendigando) cuán trabajosamente las cosas le sucedían, y cuán flacas esperanzas tenía de poderlos él allí mantener, y encomendándolos á doña Leonor Mascarenas, que (por respeto de Ignacio) mucho los favoreció, se desparcieron, yéndose cada uno por su parte. Al tiempo pues que entró en el estudio de la filosofía Ignacio, vivían á la sazón en el colegio de Santa Bárbara Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, nava-

rro, que eran no sólo amigos y condiscípulos, mas aun compañeros en un mismo aposento. Los cuales, aunque ya casi iban al cabo de su curso, recibieron á Ignacio en su compañía, y por aquí comenzó á ganar aquellos mozos en ingenio y doctrina tan excelentes. Especialmente con Fabro tomó estrechísima amistad, y repetía con él las lecciones que había oído; de manera que teniéndole á él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino á tener por discípulo en la espiritual y divina. Y en poco tiempo le ganó tanto con la admiración de su vida y ejemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida con los estudios y propósito de Ignacio. El cual no extendió luego al principio todas las velas ni usó de todas sus fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco á poco y despacio fué procediendo con él. Porque lo primero le enseñó á examinar cada día su conciencia. Luego le hizo hacer una confesión general de toda su vida, y después le puso en el uso de recibir cada ocho días el Santísimo Sacramento del altar, y al cabo de cuatro años que pasó viviendo de esta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demás, y con muy encendidos deseos de servir perfectamente á Dios, le dió, para acabarle de perfeccionar, los ejercicios espirituales, de los cuales salió Fabro tan aprovechado, que desde entonces le pareció haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud, y entrado en el puerto de la paz y descanso, el cual el mismo Fabro escribe en un libro de sus *Meditaciones* (que yo he visto) que antes de los ejercicios nunca su ánima había podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de seguir de veras á Ignacio. Francisco Javier, aunque era también su compañero de cámara, se mostró al principio menos aficionado á seguirle, mas al fin no pudo resistir á la fuerza del espíritu que hablaba en Ignacio. Y así, vino á entregarse á él y ponerse del todo en sus manos, aunque la ejecución fué más tarde; porque cuando él tomó esta resolución, habían pasado días y estaba ya ocupado en leer el curso de filosofía. Había también venido de Alcalá á París, acabado su curso de artes y graduado en ellas, el maestro Diego Laínez, que era natural de Almazán. Trájole el deseo de estudiar la teología en París y de buscar y ver á Ignacio, al cual en Alcalá había oído alabar por hombre de grande santidad y penitencia. Y quiso Dios que fué Ignacio el primero con quien, entrando en Pa-

rís, encontró Laínez, y en breve tiempo se le dió á conocer, y trabaron familiar conversación y amistad. Vino también con Laínez, de Alcalá, Alonso de Salmerón, toledano, que era más mozo, pero ambos eran mancebos de singular habilidad y grandes esperanzas. Á los cuales dió Ignacio los ejercicios espirituales en el mismo tiempo que los hizo Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de seguirle. Y de esta manera se le fueron después allegando Simón Rodríguez, portugués, y Nicolás de Bovadilla, que es de cerca de Palencia. Los cuales, todos siete, acabado su curso de filosofía, y habiendo recibido el grado de maestros, y estudiando ya teología, el año de mil y quinientos y treinta y cuatro, día de la Asunción de nuestra Señora, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir el Monte de los Mártires, que está una legua de París. Y allí, después de haberse confesado y recibido el Santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar para un día que señalaron todo cuanto tenían, sin reservarse más que el viático necesario para el camino hasta Venecia. Y también hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos y de ir en peregrinación á Jerusalén, con tal condición que llegados á Venecia, un año entero esperasen la navegación, y hallando en este año pasaje, fuesen á Jerusalén, é idos, procurasen de quedarse y vivir siempre en aquellos santos lugares. Mas si no pudiesen en un año pasar, ó habiendo visitado los santos lugares, no pudiesen quedarse en Jerusalén, que en tal caso se viniesen á Roma, y postrados á los pies del Sumo Pontífice, vicario de Cristo nuestro Señor, se le ofreciesen para que su Santidad dispusiese de ellos libremente donde quisiese para bien y salud de las almas. Y de aquí tuvo origen el cuarto voto de las misiones que nosotros ofrecemos al Sumo Pontífice cuando hacemos profesión en la Compañía. Y estos mismos votos tornaron á confirmar otros dos años siguientes, en el mismo día de la Asunción de nuestra Señora y en la misma iglesia y con las mismas ceremonias. De donde también tuvo origen el renovar de los votos que usa la Compañía antes de la profesión. En el espacio de tiempo de estos dos años se le juntaron otros tres compañeros teólogos, llamados Claudio Yayo, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, también francés, de la provincia de Picardía; y así llegaron á

ser diez todos, aunque de tan diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad. Y porque la ocupación de los estudios de tal manera se continuase, que no entibiase la devoción y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oración y meditación cotidiana de las cosas divinas y juntamente con la frecuente confesión y comunión. Mas no por esto cesaba la disputa y conferencia ordinaria de los estudios, que como eran por una parte de letras sagradas y teología, y por otra tomados por puro amor de Dios, ayudaban á la devoción y espíritu. Íbanse criando con esto en sus corazones unos ardientes é inflamados deseos de dedicarse todos á Dios, y el voto que tenían hecho, el cual renovaban cada año, de perpetua pobreza. El verse y conversarse cada día familiarmente, el conservarse en una suavísima paz, concordia y amor y comunicación de todas sus cosas y corazones, los entretenía y animaba para ir delante en sus buenos propósitos. Y aun acostumbraban, á imitación de los santos padres antiguos, convidarse según su pobreza los unos á los otros, y tomar esto por ocasión para tratar entre sí de cosas espirituales, exhortándose al desprecio del siglo y al deseo de las cosas celestiales. Las cuales ocupaciones fueron tan eficaces, que en todo aquel tiempo que para concluir sus estudios se detuvieron en París, no solamente no se entibió ni disminuyó aquel su fervoroso deseo de la perfección, antes con señalado aumento iba creciendo de día en día.

CAPITULO V

Cómo se partió de París para España, y de España para Italia

Andaba en este tiempo Ignacio tan fatigado de cruelísimos dolores de estómago, y con la salud tan quebrantada y tan sin esperanza de remedio humano, que fué forzado, por consejo de los médicos y ruego de sus compañeros, partirse para España, á probar si la mudanza de los aires naturales (que sin duda son más sanos que los de París) bastarían á sanarle, ó á lo menos darle alguna mejoría y alivio. Y para que Ignacio, que tenía en poco su salud, viniese bien en querer hacer

esta jornada, juntó nuestro Señor otra causa, que fué el tener algunos de sus compañeros negocios tales en España, que para su sosiego y quietud convenía que Ignacio se los desenvolviese y acabase. Dieron pues en sus cosas esta traza, el año de mil y quinientos y treinta y cinco: que Ignacio se partiese á España, y habiendo en su tierra cobrado fuerzas, se fuése á concluir los negocios de los compañeros que dejaba en París, y que de España se vaya á Venecia, y allí los aguarde, y que ellos se entretengan en sus estudios en París hasta el día de la Conversión de san Pablo, que es á veinticinco de Enero, del año de mil y quinientos y treinta y siete. Y aquel día se pongan en camino para Venecia, para que allí se junten con Ignacio, á dar orden en la pasada para Jerusalén.

Partióse Ignacio, conforme á lo que había concertado, camino de España, en una cabalgadura que le compraron los compañeros; porque su gran flaqueza no le daba lugar de ir á pie. Llegó á su tierra más recio de lo que salió de París. Antes que llegase tuvieron nueva de su venida, y saliéronle á recibir todos los clérigos del pueblo; mas nunca se pudo acabar con él que fuese á posar á casa de su hermano, ni quiso otra morada que la de los pobres, que es el hospital. Comenzó á pedir limosna de puerta en puerta para sustentarse, contra toda voluntad de su hermano mayor, que en esto le iba á la mano cuanto podía. Y queriendo enseñar la doctrina cristiana á los niños, por desviarle también de esta voluntad, le decía su hermano que venían pocos oyentes á oirle; al cual respondió Ignacio: «Si solo un niño viene á oir la doctrina, lo terné yo por un excelente auditorio para mí.» Y así, no haciendo caso de la contradicción que con humana prudencia su hermano le hacía, comenzó á enseñar la doctrina cristiana, á la cual, pasados pocos días, ya su mismo hermano venía con grande muchedumbre de oyentes. Mas á los sermones que predicaba todos los domingos y algunos días de fiesta entre semana con notable fruto, era tanto el concurso de la gente que de muchos pueblos de toda aquella provincia acudía á oirle, movida de la fama de sus cosas, que le era forzado, por no caber en los templos, irse á predicar á los campos, y los que concurrían, para poderle ver y oir se subían en los árboles. Sacó Dios tanto fruto de su ida, al tiempo que estuvo en su tierra, juntándose á la doctrina el ejemplo de vida y prudencia del predicador, que se corrigie-

ron muchos errores y se desarraigaron muchos vicios que hasta en los eclesiásticos se habían entrado, y con la mala y envejecida costumbre se habían apoderado de manera, que no reparaban ya los hombres en ellos, porque tenían nombre de virtud. Dejóles puestas muchas órdenes que para la paz y buen gobierno de la vida política y para el buen sér y aumento de la religión cristiana parecían necesarias. Entre otras cosas, procuró que los gobernadores y jueces hiciesen rigurosas leyes contra el juego y contra la disolución y deshonestidad de los sacerdotes. Porque, siendo uso antiguo de la provincia que las doncellas anden en cabello y sin ningún tocado, había algunas que con mal ejemplo y grande escándalo, viviendo deshonestamente con algunos clérigos, se tocaban sus cabezas, ni más ni menos que si fueran legítimas mujeres de aquellos con quien vivían en pecado, y guardábanles la fe y lealtad como á los propios maridos se debe guardar. Este sacrílego abuso, procuró Ignacio con todas sus fuerzas que se extirpase de aquella tierra, y negoció cómo se proveyese á los pobres del mantenimiento necesario, y que se tocase la campana á hacer oración tres veces al día: á la mañana, al mediodía y á la tarde, y que se hiciese particular oración por los que están en pecado mortal; y habiendo en estas y en otras semejantes cosas dado la orden y asiento que convenía, y cobrado las fuerzas necesarias para ponerse en camino (porque también en su tierra le apretó una enfermedad), se partió para concluir los negocios de sus compañeros; mas, como quisiese ir á pie y sin viatico ninguno, de aquí le nació otra contienda con su hermano; porque, como antes el hermano había tenido por grande afrenta que su hermano, no haciendo caso de él, se hubiese ido á vivir despreciado y abyecto entre los pobres, y en sus ojos hubiese andado á pedir limosna en su tierra; para remediar este desmán y menoscabo de su reputación (que así suele llamar la prudencia de la carne á las cosas de Dios), importunóle muy ahincadamente que quisiese ir á caballo y proveído de dineros y acompañado. Y por aplacar á su hermano y dejarle gustoso, y librarse presto de él y de los otros sus parientes, aceptó Ignacio lo que su hermano le ofrecía; pero en saliendo de Guipúzcoa, luego hurtó el cuerpo á los que le acompañaban y dejó el caballo, y á pie y solo y sin dineros, pidiendo limosna, se fué á Pamplona. De allí pasó á Almazán y Sigüen-

za y Toledo, porque en todos estos lugares había de dar orden en las cosas que de sus compañeros traía encargadas. Y habiéndolas bien despachado, y no habiendo querido recibir dinero ni otra ninguna cosa de las muchas que le ofrecían los padres de sus compañeros, se partió á Valencia, y allí se embarcó en una nave, aunque contra la voluntad y consejo de sus amigos, que le decían el gran peligro que había en pasar en aquella sazón el mar Mediterráneo, por tener Barbarroja, famoso cosario, y capitán del Gran Turco, tomados los pasos de aquella navegación; y aunque le guardó la divina Providencia de los cosarios, no le faltaron los peligros del mismo mar; porque se levantó una tan brava tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento, y perdidas muchas jarcias y obras muertas de la nave, pareciéndoles ser su hora llegada, se aparejaban todos á morir. En este trance y tan peligroso punto examinaba su conciencia Ignacio, y escudriñaba los rincones de su alma, y cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, él no podía hallar en sí temor ninguno. Sólo le daba pena parecerle que no había enteramente hasta entonces respondido á los toques y dones de Dios; acusábase en su conciencia que de tantos beneficios, y con tan larga mano ofrecidos de nuestro Señor, no se hubiese sabido aprovechar con aquel agradecimiento y cuidado la constancia que debía, para bien de su alma y de las de sus prójimos. Pasado este peligro, llegó á Génova, y de ahí, con otro grandísimo y gravísimo de la vida, á Boloña, porque caminando solo por la halda de los Alpes, perdió el camino, y de paso en paso se vino á embreñar en un altísimo y muy estrecho despeñadero, que venía á dar en la raudal corriente de un río que de un monte se despeñaba. Hallóse en tan grande apretura y conflicto, que yo le oí decir que había sido aquél el mayor que había pasado en su vida; porque, sin poder pasar delante ni saber volver atrás, do quiera que volvía los ojos no veía sino espantosas alturas y despeñaderos horribles, y debajo la hondura y profundidad de un río muy arrebatado; mas al fin, por la misericordia de Dios, salió de este peligro yendo un gran rato el pecho por tierra, caminando á gatas, mas sobre las manos que sobre los pies. A la entrada de la ciudad de Boloña cayó de una portezuela (que había de madera) abajo en la cava, de donde salió todo sucio y enlodado, y no sin risa y escarnio de los que le veían. En-

trando de esta manera en la ciudad, y rodeándola toda pidiendo limosna, no halló quien le diese una blanca ni un bocado de pan; lo cual es cosa de maravillar en una tan rica y tan grande y caritativa ciudad; pero suele Dios á las veces probar de esta manera á los suyos. Allí cayó enfermo de los trabajos pasados; mas sanó presto, y prosiguiendo su camino, llegó á Venecia, donde aguardó á sus compañeros, como lo habían en París concertado.

CAPÍTULO VI

Como fué acusado en Venecia, y se declaró su inocencia

No estuvo ocioso Ignacio en Venecia el tiempo que aguardaba á sus compañeros; antes se ocupaba con todo cuidado, como era su costumbre, en el aprovechamiento de sus prójimos; y así, movió algunos á seguir los consejos de nuestro Señor en el camino de la perfección. Entre los cuales fueron dos hermanos navarros, hombres honrados y ya entrados en edad, los cuales, volviendo de Jerusalén (donde habían ido en peregrinación), toparon en Venecia con Ignacio, á quien antes habían ya conocido y tratado familiarmente en Alcalá. Estos se llamaban Esteban y Diego de Eguía, que después entraron y murieron santamente en Roma, en la Compañía. También fué uno de los que aquí se movieron, un español llamado el bachiller Hoces, hombre de letras y de buena vida, el cual, aunque se aficionó mucho á la virtud y doctrina que en Ignacio se veía, pero no osaba del todo fiarse de él y ponerse en sus manos, porque había oído decir muchas cosas de Ignacio, ó maliciosamente fingidas de los maldicientes, ó imprudentemente creídas de los ignorantes. Mas en fin pudo tanto Ignacio, que le inclinó á hacer los ejercicios espirituales, en los cuales, aunque entró al principio dudoso y aun temeroso, después los abrazó con entera voluntad y confianza; porque luego que se recogió á darse á la meditación y oración, encerró consigo muchos libros de teología, temiendo no se le entrase sin sentir algún error, para que ayudándose

de ellos, pudiese más fácilmente descubrirle, si se le quisiese Ignacio enseñar. Mas salió tan desengañado y provechado de ellos, que trocado el recelo en amor entrañable, vino á serle muy verdadero y fiel compañero, y puesto en la cuenta de los diez primeros que tuvo Ignacio. También tuvo en Venecia comunicación con don Juan Pedro Garrafa, que después fué papa Paulo IV. El cual, dejando el arzobispado de Chete, se acompañó con don Gaetano, de Vincencia, y don Bonifacio, piamontés, y don Paulo, romano, hombres nobles y de buena vida, que dieron principio á la religión que vulgarmente se llama de los Teatinos; porque el Arzobispo de Chete (que en la lengua latina llaman Teatino) fué, como habemos dicho, uno de sus fundadores, y en sangre, letras, dignidad y autoridad el más principal de todos. Y de esta ocasión, por error del vulgo, se vino á llamar nuestra religión de los *Teatinos*, que este nombre nos dan algunos por engaño. En el cual no es maravilla que haya caído la gente común; porque, como nuestra religión y aquella entrambas sean de clérigos reglares, y fundadas casi en un mismo tiempo, y en el hábito no muy desemejantes, el vulgo ignorante puso á los nuestros el nombre que no era nuestro, no sólo en Roma (donde comenzó este engaño), mas también en otras tierras y provincias apartadas. Dió también Ignacio los ejercicios espirituales en Venecia á algunos caballeros de aquel clarísimo senado, ayudándolos con su consejo á seguir el camino de la virtud cristiana. Mas no faltaron otros que por envidia ó por estar mal informados, publicaron por la ciudad que era un hombre fugitivo, y que en España había estado muchas veces preso, y que habiéndole quemado su estatua, se vino huyendo, y que ni aun en París había podido estar seguro, sino que se hubo de salir huyendo para escapar la vida. Vino la cosa á términos, que se averiguó este negocio por tela de juicio, y así se hizo diligente pesquisa de su vida y costumbres. Mas, como esto se fundaba en falsedad, luego se cayó todo; porque, como ya Ignacio miraba por la fama de sus compañeros mas que había mirado por la suya, no paró hasta que el nuncio apostólico que entonces estaba en Venecia, llamado Jerónimo Veralo, declaró la verdad por su sentencia, en la cual de la entereza de vida y doctrina de Ignacio da claro y muy ilustre testimonio, como se ve en la misma sentencia original, que hoy día tenemos en Roma.

CAPÍTULO VII

Como los compañeros de Ignacio le vinieron á buscar de París á Italia

Mientras que Ignacio esperaba en Venecia la venida de sus compañeros, se encendió nueva guerra en Francia, entrando en ella con poderoso ejército, por la parte de la Provenza, el católico emperador don Carlos, por lo cual los compañeros de Ignacio, que habían quedado de acuerdo de partir de París en su demanda el día de la Conversión de San Pablo del año de mil quinientos treinta y siete, fueron forzados de anticipar su salida, huyendo la turbación y peligro de la guerra; y así, partieron de París á quince de Noviembre de mil quinientos treinta y seis, y su camino era de esta manera: iban todos á pie, vestidos pobremente, cada uno cargado de los cartapacios y escritos de sus estudios.

Los tres que sólo eran sacerdotes, conviene á saber, Pedro Fabro, Claudio Yayo y Pascasio Broet, decían cada día misa, y los otros seis recibían el Santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro Señor, armándose con el pan de la vida contra los grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada. Por la mañana al salir de la posada, y por la tarde al entrar en ella, era su primero y principal cuidado hacer alguna breve oración, y ésta acabada, por el camino se seguía la meditación, y tras ella, razonaban de cosas divinas y espirituales. El comer era siempre muy medido y como de pobres. Cuando consultaban si sería bien hacer alguna cosa ó no, seguían con mucha paz y concordia todos lo que parecía á la mayor parte. Llovióles cada día por Francia, y atravesaron la alta Alemania en la mayor fuerza del invierno, que en aquella región septentrional era muy áspero y extremado de frío; pero vencía todas estas dificultades, tan nuevas para ellos y desusadas, el espiritual contentamiento y regocijo que tenían sus ánimas de ver por quién y para qué las pasaban. Y de ellas, y de los peligros que en semejantes caminos (mayormente á los pobres y extranjeros) suelen suceder, los libró

con su misericordia la Providencia divina. No dejaré de decir cómo el mismo día que salieron de París, maravillados algunos de ver el nuevo traje, el número, y el modo de caminar de estos nuestros primeros padres, preguntaron á un labrador, que de hito en hito los estaba mirando, si sabía qué gente era aquella, y el rústico, movido no sé con qué espíritu, respondió en francés: *Mosiurs les reformateurs, ils van reformer qualque pais.* Que es como decir: Son los señores reformadores, que van á reformar algún país. Llegaron, en fin, á Venecia, á ocho de Enero del año de mil quinientos treinta y siete, y allí hallaron á Ignacio, que los aguardaba, juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le había llegado, y con singular alegría se recibieron los unos á los otros. Mas porque aún no era buena sazón de ir á Roma á pedir la bendición del Papa para ir á Jerusalén, dando de mano á todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los cinco de ellos se fueron al hospital de San Juan y San Pablo, y los otros cinco al hospital de los incurables. Aquí comenzaron á ejercitarse con singular caridad y diligencia en los más bajos y viles oficios que había, y á consolar y ayudar á los pobres en todo lo que tocaba á la salud de sus almas y de sus cuerpos, con tanto ejemplo de humildad y menosprecio del mundo, que daba á todos los que los veían grande admiración. Señalábase entre todos Francisco Javier en la caridad y misericordia con los pobres y en la entera y perfecta victoria de sí mismo, porque no contento de hacer todos los oficios asquerosos que se podían imaginar, por vencer perfectamente el horror y asco que tenía, lamía y chupaba algunas veces las llagas llenas de materia á los pobres. Tales fueron los principios de este varón de Dios, y conforme á ellos fué su progreso y su fin, como adelante se dirá. Echaban entonces nuestros padres los cimientos de las probaciones que había de hacer después la Compañía. Así estuvieron hasta mediada cuaresma, que partieron para Roma, quedando Ignacio solo en Venecia, por parecer que así convenía al divino servicio. El modo de caminar era éste: íbanse de tres en tres, dos legos y un sacerdote, y siempre mezclados españoles con franceses ó saboyanos. Decían cada día misa los sacerdotes, y los que no lo eran recibían el Santísimo Cuerpo de nuestro Señor. Iban á pie, y ayunaban todos los días, porque era cuaresma, y no comían otra cosa sino lo que halla-

ban por amor de Dios; y era la limosna tan flaca, que muchas veces pasaban sus ayunos y el trabajo del camino comiendo sólo pan y bebiendo sola agua; y así fué necesario que padeciesen nuestros padres en esta peregrinación extraordinarios trabajos; y un domingo les aconteció que habiendo tomado no más que sendos bocados de pan por la mañana, descalzos los pies, caminaron veintiocho millas de aquella tierra, que vienen á ser más de nueve leguas de las nuestras, lloviéndoles todo el día reciamente, y hallando los caminos hechos lagunas de agua en tanto grado, que á ratos les daba el agua á los pechos, y con esto sentían en sí un contento y gozo admirable; y considerando que pasaban aquellas fatigas por amor de Dios, le daban infinitas gracias, cantando á versos los salmos de David; y aun el maestro Juan Coduri, que llevaba las piernas cubiertas de sarna, con el trabajo de este día quedó sano. Así que, si los trabajos de nuestros padres en este camino fueron grandes, no fueron menores los regalos que recibieron de la divina y liberal mano del Señor, por quien los padecían. Hallóse en Roma, cuando allí llegaron, el doctor Pedro Ortiz, que por mandado del emperador don Carlos trataba delante del Papa la causa matrimonial de la reina de Inglaterra, doña Catalina, tía del Emperador, la cual Enrique VIII, su marido, había dejado por casarse con Ana Bolenna, de cuya hermosura torpemente se había aficionado. Era este doctor Ortiz el que en París había mostrado á Ignacio tan poca voluntad como ya vimos. Mas como llegaron á Roma los compañeros, movido con espíritu de Dios (cuando ellos menos este oficio esperaban) los acogió con grandes muestras de amor y los llevó al Sumo Pontífice, encomendándole su virtud, letras é intención de servir á Dios en cosas grandes. Recibió, luego como los vió Paulo III, una extraña alegría, y mandó que aquel mismo día disputasen delante de él una cuestión de teología que se les propuso. Dióles benignamente licencia para ir á Jerusalén, y su bendición y una limosna de sesenta ducados, y á los que aún no eran ordenados de misa les dió facultad para ordenarse, á título de pobreza voluntaria y de aprobada doctrina. Ayudaron también otras personas con sus limosnas, especialmente los españoles que estaban en Roma, cada uno como podía, y llegaron hasta doscientos diez ducados; y no faltaron mercaderes que pasaron á Venecia esta suma de dineros, sin que les costase el cambio á los

padres; pero ellos no quisieron aprovecharse de esta limosna, ni tomarla en sus manos hasta el tiempo de embarcarse; y así, con la misma pobreza y desnudez con que habían venido á Roma se tornaron, pidiendo por amor de Dios, á Venecia, adonde llegaron; se repartieron por sus hospitales, como antes habían estado, y poco después todos juntos hicieron voto de castidad y pobreza delante de Jerónimo Veralo, legado del Papa en Venecia, que entonces era arzobispo de Rosano y después fué cardenal de la santa Iglesia romana; y ordenáronse de misa Ignacio y los otros compañeros, el día de San Juan Bautista, dándoles este alto sacramento el obispo Arbense, con maravillosa consolación y gusto espiritual, así de los que recibían aquella sacra dignidad, como del prelado que á ella les promovía, el cual decía que en los días de su vida no había recibido tan grande y tan extraordinaria alegría en órdenes que hubiese dado, como aquel día, atribuyéndolo todo al particular concurso y gracia de Dios, con que favorecía á nuestros padres.

CAPÍTULO VIII

Como se repartieron por las tierras del dominio veneciano á trabajar y á ejercitar su ministerio

Estándose aparejando los padres y aguardando la sazón de embarcarse para Jerusalén, vinieron á perder totalmente la esperanza del pasaje. Fué de esto la causa, que en el mismo tiempo la señoría de Venecia rompió guerra contra el gran turco Solimán, é hizo liga con el Sumo Pontífice y con el emperador don Carlos; y estando la mar cubierta de las poderosas armadas de ambas partes, y ocupados todos en la guerra, cesó la navegación de los peregrinos, que pedía más paz y quietud. Y es cosa de notar que ni muchos años antes ni después acá, hasta el año de mil quinientos setenta, nunca dejaron de ir cada año las naves de los peregrinos á Jerusalén, sino aquel año. Y era que la divina Providencia, que con infinita sabiduría rige y gobierna todas las cosas criadas, iba

enderezando los pasos de sus peregrinos para servirse de ellos en cosas más altas de lo que ellos entendían ni pensaban; y así, con admirable consejo, les cortó el hilo y les atajó el camino, que ya tenían por hecho, de Jerusalén, y los divirtió á otras ocupaciones; porque, como los padres vieron que se les iba cerrando cada día más la esperanza de pasar á la Tierra Santa, acordaron de esperar un año entero, para cumplir con el voto que habían hecho en París; y para aparejarse mejor y llegar con mayor reverencia al sacrosanto sacrificio de la misa, que aún no la habían comenzado á decir los nuevos sacerdotes, determinaron de apartarse y recogerse todos, é hiciéronlo de esta manera: Ignacio, Fabro y Laínez se van á Vincencia: Francisco Javier y Salmerón á Monte Celso; Juan Coduri y Hoces á Treviso; Claudio Yayo y Simón Rodríguez á Basán; Pascasio y Bovadilla á Verona. Son todas estas tierras de la señoría de Venecia, porque no se quisieron salir de aquel estado, por hallarse cerca si acaso se les abriese alguna puerta para su embarcación. Ignacio pues y sus dos compañeros, á los cuales había cabido ir á Vincencia, se entraron en una casilla ó ermita pequeña, desamparada y medio derribada, sin puertas y sin ventanas, que por todas partes le entraba el viento y el agua. Estaba esta ermita en el campo, fuera de la ciudad, y había quedado así yerma y mal parada del tiempo de la guerra que no muchos años antes se había hecho en aquella tierra. Aquí se recogieron, y para no perecer del frío y humedad, metieron un poco de paja, y sobre ésta dormían en el suelo. Salían dos veces al día á pedir limosna á la ciudad; pero era tan poco el socorro que hallaban, que apenas tornaban á su pobre ermita con tanto pan que les bastase á sustentar la vida, y cuando hallaban un poquito de aceite ó de manteca (que era muy raras veces), lo tenían por muy gran regalo. Quedábase el uno de los compañeros en la ermitilla para mojar los mendrugos de pan duros y mohosos que le traían, y para cocerlos en un poco de agua, de manera que se pudiesen comer, y era Ignacio el que de ordinario se quedaba á hacer este oficio, porque de la abundancia de lágrimas que de continuo derramaba tenía casi perdida la vista de los ojos, y no podía sin detrimento de ellos salir al sol y al aire. Todo el tiempo que de buscar esta pobre limosna les quedaba, se daban á la oración y contemplación de las cosas divinas, porque para este fin habían dejado todas las demás

ocupaciones. Habiendo perseverado cuarenta días en esta vida, vino á Vincencia Juan Coduri, y acuerdan todos cuatro de salir á predicar en aquella ciudad. Y así, en un mismo día y á la misma hora, en cuatro diversas plazas, comienzan á grandes voces á llamar las gentes y á hacerles señas con los bonetes que se lleguen á oir la palabra de Dios; y habiéndose congregado gran muchedumbre de gente, les predican de la fealdad de los vicios, de la hermosura de las virtudes, del aborrecimiento del pecado, del menosprecio del mundo, de la inmensa grandeza de aquel amor inestimable con que Dios nos ama, y de las demás cosas que se les ofrecían, á fin de sacar los hombres del cautiverio de Satanás y despertar sus corazones y atraerlos á procurar con todas sus fuerzas aquella bienaventuranza para que Dios los crió. Y sin duda, quien entonces mirara el lenguaje de aquellos padres no hallara en él sino toscas y groseras palabras, que como todos eran extranjeros y tan recién llegados á Italia, y se daban tan poco al estudio de las palabras, era necesario que ellas fuesen una como mezcla de diversas lenguas. Mas estas mismas palabras eran muy llenas de doctrina y espíritu de Dios, y para los corazones empedernidos y obstinados, como un martillo ó almadena de hierro, que quebranta las duras piedras. Y así se hizo mucho fruto con la divina gracia.

CAPITULO IX

De cómo Ignacio, estando enfermo, sanó con su visita al padre maestro Simón

Entendiendo en estas obras Ignacio, y empleándose con todas sus fuerzas en buscar la gloria de Dios y el desprecio de sí mismo, quebrantado del trabajo, cayó malo de calenturas en Vincencia, y también el padre Laínez, por la misma causa, fué tocado de una mala disposición. En este mismo tiempo tuvo nueva Ignacio cómo Simón Rodríguez estaba muy más gravemente enfermo y en gran peligro de la vida en Basán, que está como una jornada de Vincencia, y á la hora, estando él á la sazón con calenturas, dejando al padre Laínez

en el hospital y en la cama, toma el camino para Basán, y vase á pie con el padre Fabro, con tanto fervor de espíritu y con tanta ligereza, que Fabro no podía tener á su paso ni alcanzarle, llevándole siempre delante de sí muy gran trecho; y como Ignacio fuese tan adelante, tuvo tiempo para apartarse un poco del camino, y por un rato estuvo puesto en oración, rogando á nuestro Señor por la salud del maestro Simón, y en la oración fué certificado que Dios se la daría. Levantándose de la oración, dijo al padre Fabro con mucha confianza y alegría: «No hay por qué nos congojemos, hermano Fabro, del mal de Simón, que no morirá de esta dolencia que tanto le fatiga.» Como llegó adonde el padre Simón estaba en la cama, hallóle, con la fuerza del mal, muy consumido y flaco, y echándole los brazos, «No hay de qué temáis (dijo), hermano Simón; que sin duda sanaréis de ésta.» Y así, se levantó y estuvo bueno. Esto contó el padre Fabro al padre Laínez cuando tornaron á Vincencia, y el padre Laínez me lo contó á mí de la manera que aquí he dicho; y el mismo padre maestro Simón conoció y agradeció y publicó este beneficio que de Dios nuestro Señor, por medio de su siervo Ignacio, recibió.

Aquí, en Basán, vivía entonces un hombre, de nación italiano, por nombre Antonio, el cual hacía una vida admirable y solitaria en una ermita que se llama San Vito, la cual está fuera del lugar, en un cerro alto y muy ameno, de donde se descubre un valle muy apacible, que es regado con las aguas del río llamado en latín *Meduaco*, que en italiano llaman Brenta. Era este hombre anciano, lego é idiota y muy sencillo, mas severo y grave, y de los hombres tenido por santo, el cual en sus costumbres y aspecto parecía un retrato de san Antonio el Abad, ó de san Hilarión, ó de otro cualquiera de aquellos santos padres del yermo. Algunos años después conocí yo á este padre y le traté familiarmente, el cual, tratando á Ignacio, le tuvo en poco y juzgóle en su corazón por imperfecto, hasta que un día, puesto en larga y fervorosa oración, se le representó Dios como á hombre santo y enviado del cielo al mundo para provecho de muchos. Entonces comenzó á avergonzarse y á tenerse en poco, y á estimar lo que antes había desestimado, como él mismo después, corrido de sí mismo, lo confesó. Movido pues de la vida de fray Antonio uno de los primeros compañeros de Ignacio que estaba

en Basán, comenzó á titubear en su vocación y á dudar si sería más servicio de nuestro Señor seguir el camino comenzado, ó vivir en compañía de aquel santo, en contemplación, apartado de los peligros y del desasosiego é inquietud que la conversación de los hombres trae consigo. Y hallándose perplejo y confuso con las razones que de una parte y de otra se le ofrecían, determinó de irse al mismo fray Antonio y comunicar con él sus dudas y hacer lo que él le dijese. Estaba en este tiempo Ignacio en Basán. Fuése pues aquel padre á buscar al fraile, y yendo, vió un hombre armado, que con horrible aspecto y fiero semblante, con la espada sacada y levantada, se le puso delante en el camino. Turbóse al principio y paró el padre, mas volviendo en sí, parecióle que no había por qué detenerse, y siguió su camino. Entonces el hombre con gran ceño y enojo arremete al padre, y con la espada desenvainada como estaba da tras él. El padre, temblando y más muerto que vivo, echó á huir, y él á huir, y el otro á seguirle; pero de manera, que los que presentes estaban veían al que huía y no veían al que le seguía. Al fin de buen rato, el padre, desmayado con el miedo y asombrado de esta novedad, y quebrantado con lo que había corrido, dió consigo desalentado y sin huelgo en la posada donde estaba Ignacio, el cual, en viéndole, con rostro apacible se volvió á él, y nombrándole por su nombre, díjole: «Fulano, ¿así dudáis? *Modicæ fidei, quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿por qué habéis dudado?» Con esta representación, que fué como una declaración de la divina voluntad, se confirmó mucho este padre en su vocación, como él mismo, que lo vió y lo pasó, lo ha contado.

CAPÍTULO X

Cómo se repartieron por las universidades de Italia

Después de haber hecho nuestros padres aquellas como correrías espirituales que habemos contado, todos se vinieron á juntar con Ignacio en la ciudad de Vincencia, la cual

estaba grandemente movida con la vida y doctrina de los tres compañeros; por lo cual, donde al principio apenas hallaban pan y agua para poder vivir los tres, y algunas veces tenían necesidad de salir á las aldeas á pedir limosna para sustentarse, después once juntos tuvieron todo lo necesario con abundancia. Todos los nuevos sacerdotes habían dicho ya la primera misa, sino solo Ignacio, que la tenía por decir. En esta junta que aquí hicieron, acordaron que pues la esperanza de ir á Jerusalén se les iba cada día acabando más, se repartiesen por las universidades más insignes de Italia, donde estaba la flor de los buenos ingenios y letras, para ver si Dios nuestro Señor sería servido de despertar algunos mancebos hábiles, de los muchos que en las universidades se suelen criar, y traerlos al mismo instituto de vida que ellos seguían en beneficio de sus prójimos; y con este fin, á la entrada del invierno, repartieron entre sí las universidades de Italia de esta manera: que los padres Ignacio, Fabro y Laínez vayan á Roma; Salmerón y Pascasio á Sena; Francisco Javier y Bovadilla á Boloña; Claudio Yayo y Simón Rodríguez á Ferrara; Juan Coduri y el nuevo compañero á Padua. En esta empresa, allende del principal cuidado que cada uno tenía de su propia conciencia y de perfeccionarse en las virtudes, trabajaban cuanto podían de encaminar los prójimos al camino de su salvación, y de encender en ellos el amor y santo deseo de las cosas espirituales y divinas. La manera de su gobierno era ésta: á semanas tenían cargo el uno del otro, de manera que el que esta semana obedecía, mandaba la siguiente. Pedían por amor de Dios de puerta en puerta; predicaban en las plazas públicas; antes del sermón, el compañero súbdito traía de alguna tienda prestado un escaño, que servía de púlpito, y llamaba al pueblo á voces y con el bonete, meneándole, para que viniese á oir la palabra de Dios; no pedían en el sermón limosna, ni después de haber predicado la querían recibir de los oyentes, aunque de suyo se la ofreciesen; si hallaban alguno deseoso de su aprovechamiento y sediento de las aguas vivas, que matan la sed del alma, á este tal se comunicaban más y le daban mayor parte de lo que nuestro Señor á ellos les comunicaba; oían las confesiones de muchos que lo pedían; enseñaban á los niños y á los ignorantes y rudos la doctrina cristiana; cuando podían y tenían tiempo acudían á los hospitales y servían á los pobres, consolando á

los enfermos y afligidos que estaban en la cama; finalmente, no dejaban ninguna cosa de las que entendían que podían servir para mayor gloria de Dios y de sus prójimos. Con estas obras iban derramando un olor de Cristo y de su doctrina tan suave y bueno, que muchos sacaron singular fruto de sus pláticas y conversación, y de aquel tan pequeño y débil principio vino á ser conocida nuestra Compañía y creció la fama de su nombre, y el fruto que hacía se extendió por toda Italia. No dejaré de decir que en Padua los nuestros fueron por el vicario del Obispo echados en la cárcel y en cadenas aprisionados, y de esta manera pasaron una noche tan regocijada y alegre, que Hoces, el uno de ellos, de pura alegría, no se podía valer de risa. Otro día, mirándolo mejor, el mismo juez los soltó, y de allí adelante siempre los tuvo en lugar de hijos; y esto es lo que sus compañeros de Ignacio hicieron, lo cual tocamos brevemente, porque no escribimos su historia de ellos, sino la de Ignacio; y así, es bien que veamos lo que á él le aconteció en su camino y en la ida de Roma que le cupo.

CAPÍTULO XI

Cómo Cristo nuestro Señor apareció á Ignacio, y de donde tomó este nombre la Compañía de Jesús

Viéndose Ignacio puesto en el oficio y dignidad sacerdotal, como quien conocía bien lo que era y la pureza de vida que pedía, tomó un año entero de tiempo para recogerse más y aparejarse á recibir en sus manos el Sacratísimo Cuerpo de Cristo nuestro Señor, que es sacrificio verdadero y hostia viva por nuestros pecados; que antes de este tiempo no fiaba de sí que estaría tan bien dispuesto como era menester para decir su primera misa, la cual dijo después, aún más tarde de lo que había pensado, que fué la noche de Navidad del año del mil y quinientos y treinta y ocho, y díjola en Roma, en la capilla del pesebre donde Jesucristo nuestro Señor fué puesto cuando nació, que está en Santa María la Mayor, y

así estuvo año y medio sin decirla después que le ordenaron. En este tiempo, con todas las fuerzas de su ánima y de todo corazón se empleaba en la contemplación de las cosas divinas de día y de noche, suplicando humildemente á la gloriosa Virgen y Madre de Dios que ella le pusiese con su Hijo, y que pues era puerta del cielo y singular medianera entre los hombres y Dios, que ella le abriese la puerta y le diese entrada para su preciosísimo Hijo, de manera que él fuese conocido del Hijo, y juntamente él pudiese conocer al Hijo, hallarle y amarle y reverenciarle con afectuoso acatamiento y devoción. Y con esto, todo el tiempo que así estuvo sin decir misa, fueron maravillosas las ilustraciones y visitas que tuvo de Dios, en Venecia, en Vincencia y en otras ciudades y por todo este camino, tanto, que le parecía ser restituído á aquel primer estado que tuvo en Manresa, donde había sido visitado sobremanera y consolado de Dios, como en su lugar lo contamos; porque en París, en el tiempo de los estudios, no sentía ni tan señalados gustos, ni tantas inteligencias de las cosas divinas. Mas ahora, en este camino de Roma, yendo con Fabro y Laínez, era de Dios con soberanos resplandores y gustos espirituales ilustrado y esforzado; recibía cada día el Cuerpo Sacratísimo de Cristo nuestro Redentor, de mano de sus compañeros, y con él suavísimas y celestiales consolaciones. Aconteció en este camino que acercándose ya á la ciudad de Roma, entró Ignacio á hacer oración en un templo desierto y solo, que estaba algunas millas lejos de la ciudad, y estando en el mayor ardor de su fervorosa oración allí, fué como trocado su corazón, y los ojos de su alma fueron con una resplandeciente luz tan esclarecidos, que claramente vió cómo Dios Padre, volviéndose á su unigénito Hijo, que traía la cruz á cuestas, con grandísimo y entrañable amor le encomendaba á Ignacio y á sus compañeros, y los entregaba en su poderosa diestra, para que en ella tuviese todo su patrocinio y amparo; y habiéndolos el benignísimo Jesús acogido, se volvió á Ignacio, así como estaba con la cruz, y con un blando y amoroso semblante le dice:

Ego vobis Romæ propitius ero.

«Yo os seré en Roma propicio y favorable.» Maravillosa fué la consolación y el esfuerzo con que Ignacio quedó animado

de esta singular y divina revelación; y acabada su oración, dice á Fabro y á Laínez: «Hermanos míos, qué cosa disponga Dios de nosotros, yo no lo sé: si quiere que muramos en cruz ó descoyuntados en una rueda, ó de otra manera; mas de una cosa estoy cierto: que de cualquiera manera que ello sea, tendremos á Jesucristo propicio.» Y con esto, les cuenta lo que había visto, para más animarlos y apercibirlos para los trabajos que habían de padecer. Y de aquí es que habiendo después Ignacio y sus compañeros determinado de instituir y fundar religión, y tratando entre sí del nombre que se le había de poner, para representarla á su Santidad y suplicarle que la confirmase, Ignacio pidió á sus compañeros que le dejasen á él poner el nombre á su voluntad, y habiéndoselo concedido todos con grande alegría, dijo él que se había de llamar la *Compañía de Jesús*, y esto porque con aquella maravillosa visión, y con otras muchas y excelentes ilustraciones, había nuestro Señor impreso en su corazón este sacratísimo nombre y arraigádole de tal manera, que no se podía divertir de él ni buscar otro. Y lo que hizo teniéndolo todo por bien, lo hiciera aunque fuera contra el parecer de todos (como él dijo), por la claridad grande con que su ánima aprehendía ser ésta la voluntad de Dios; para que los que por vocación divina entraren en esta religión, entiendan que no son llamados á la orden de Ignacio, sino á la compañía y sueldo del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor; y asentando debajo de este gran caudillo, sigan su estandarte y lleven con alegría su cruz, y pongan los ojos en Jesús, único autor y consumador de su fe, el cual, pudiendo echar mano del gozo, se abrazó (como dice el apóstol san Pablo) de la ignominia de la cruz, no haciendo caso de la confusión y abatimiento que en ella había. Y para que no se cansen ni desmayen en esta sagrada y gloriosa milicia, tengan por cierto y averiguado que su capitán está con ellos, y que no solamente á Ignacio y á sus primeros compañeros ha sido propicio y favorable (como lo ha mostrado la experiencia), mas que también lo será á todos los demás, que como verdaderos hijos de la Compañía, serán imitadores de tales padres. Todo lo que aquí digo de esta inefable visión y amorosa y regalada promesa que Cristo nuestro Redentor hizo á Ignacio, de serle favorable, contó (como lo digo) el padre maestro Laínez, siendo prepósito general, en una plática que hizo á todos los de la Compañía que estába-

mos en Roma, *siendo yo uno de ellos;* y el mismo padre Ignacio, antes de esto, preguntándole algunas particularidades y circunstancias acerca de esta visitación celestial, se remitió al padre maestro Laínez, á quien dijo que se lo había contado al tiempo que le aconteció, de la misma manera que ello había pasado; y en un cuaderno escrito de su mano, en el cual, al tiempo que hacía las *Constituciones*, escribía Ignacio día por día los gustos y afectos espirituales que sentía su ánima en la oración y misa, dice en uno de ellos que había sentido tal afecto como cuando el Padre eterno le puso con su Hijo. He querido particularizar los originales que tengo de esta visitación divina, por ser tan señalada y de tan grande confianza para los hijos de Ignacio, y lo mismo podría hacer en las demás que en esta historia se cuentan; pero déjolo, por evitar prolijidad.

CAPÍTULO XII

Cómo Ignacio entró en Roma, y estando en el Monte Casino, vió subir al cielo el ánima de uno de sus compañeros

Entrado en Roma, comenzó Ignacio á volver los ojos por todas partes y considerar atentamente la grandeza del negocio que quería emprender, y apercibirse con oración y confianza en Dios, contra todos los encuentros y asechanzas del cruel enemigo; porque conoció y pronosticó que alguna grande tempestad de trabajos venía á descargar sobre ellos; y así, llamando á sus compañeros una vez, les dice: «No sé qué es esto, que todas las puertas veo cerradas; alguna grande borrasca de tiempos muy peligrosos se nos apareja, mas toda nuestra esperanza estriba en Jesús; él nos favorecerá, como lo ha prometido.» Poco después de llegados, siendo el Papa bien informado de la doctrina de los padres que allí estaban, mandó que públicamente leyesen teología; y así, Fabro comenzó á declarar la Sagrada Escritura en la Sapiencia (que así llaman en Roma las escuelas públicas de la universidad); Laínez leía la teología escolástica y resolvía las cuestiones

que en ella se tratan, y hacían su oficio el uno y el otro erudita y gravemente; á Ignacio quedaba el cargo principal de mover los corazones de los hombres á la virtud, y encender en ellos el fuego del amor divino; y así, procuró aficionar y ganar para Dios al doctor Ortiz. El cual habiéndole sido otro tiempo en Paris (como ya lo vimos) contrario, y después en Roma, como está dicho, dado algún favor á los padres sus compañeros, con la familiaridad y trato que con Ignacio ahora tuvo, quedó tan obligado y tan rendido, que siendo un hombre ya de edad, grandes letras y mucha autoridad, y ocupado en negocios públicos de tanta importancia, como queda dicho, deseó ser enseñado de Ignacio y tomar de su mano los ejercicios espirituales. Y para estar más libre y más desembarazado, determinó de salir por unos días de Roma, dejando los negocios y cuidados y amigos que tenía; escogió para esto el monasterio de Monte Casino, lugar tres jornadas de Roma, que por la memoria del glorioso san Benito, que allí hizo su vida, y por su sepultura y reliquias, que allí son reverenciadas, y por la soledad del lugar y por la mucha religión de los padres de aquel monasterio, le pareció ser muy á propósito para la oración y contemplación que iba á buscar. Allí estuvo, y fué por cuarenta días enseñado de Ignacio, con tanto fruto de su ánima, que decia este excelente teólogo que había aprendido allí una nueva teología, y cual nunca hasta entonces había venido á su noticia; la cual sin comparación estimaba más que las letras que en tantos años y con tantas fatigas había alcanzado en las universidades; porque decía él que hay muy gran diferencia entre el estudiar el hombre para enseñar á otros, y el estudiar para obrar él; porque con el primer estudio recibe luz el entendimiento, mas con el segundo se abrasa en amor de Dios la voluntad. Quedó desde este tiempo tan obligado y tan agradecido el doctor Ortiz á Ignacio por esta merced de Dios, que por su mano había recibido, que toda su vida fué íntimo amigo y defensor de la Compañía. En este tiempo que Ignacio estaba en el Monte Casino, pasó de esta vida mortal á la eterna el bachiller Hoces (que, como habemos dicho) le había cabido la suerte de ir á Padua con Juan Coduri, y *consummatus in brevi, explevit tempora multa*. Acabó en breve tiempo sus trabajos; pero fuéronle de tanto fruto como si fueran de largos años. Era en vida este buen padre un poco moreno y feo de rostro; mas después

que espiró fué tanta la hermosura y resplandor con que quedó, que Juan Coduri, su compañero, no se hartaba de mirarle ni podía apartar los ojos de él, y de pura consolación y alegría espiritual, se le salían hilo á hilo las lágrimas de los ojos. Profetizó mucho antes su muerte Ignacio, y allí en Monte Casino (donde san Benito vió el ánima de san Germano, obispo de Capua, ser llevada por los ángeles en una esfera de fuego al cielo, como lo cuenta san Gregorio) Ignacio vió una ánima, rodeada y vestida de una resplandeciente luz, entrar en el cielo, y conoció que era el ánima de Hoces, su compañero; y después, estando en misa, al tiempo de decir la confesión general que se dice al principio de la misa, llegando á aquellas palabras: *Et omnibus sanctis*, y á todos los santos, vió puesto delante de sus ojos un grande número de santos con resplandor de gloria, entre los cuales estaba Hoces, más resplandeciente y esclarecido de gloria que los otros. No porque él fuese más santo que los demás, sino porque (como Ignacio después decía) por aquella señal se le quiso Dios dar á conocer, distinguiéndole con esta ventaja de todos los otros. Y de esta manera quedó el ánima de Ignacio llena de tanto gozo celestial, que por espacio de muchos días no pudo reprimir las lágrimas que de suavísimo consuelo sus ojos despedían.

CAPÍTULO XIII

Cómo en Roma todos los padres juntos determinaron de fundar la Compañía

Después de haber movido los pueblos por donde habían andado, y despertado las gentes á la devoción y piedad, mediada cuaresma del año de mil y quinientos y treinta y ocho, todos los padres se vinieron á Roma, donde Ignacio estaba, y juntáronse en una casa y viña de un hombre honrado y devoto, llamado Quirino Garzonio, cerca del monasterio de los mínimos, que se llama en Roma de la Santísima Trinidad. Allí pasaron harta pobreza y necesidad, viviendo de lo que para cada día allegaban de limosna, mas presto comenzaron

á dar noticia de sí, predicando por diversas iglesias: Ignacio, en su lengua española, en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat; Fabro en San Lorenzo in Damaso, Laínez en San Salvador del Lauro, Salmerón en Santa Lucía, Claudio en San Luís, Simón en San Ángel de la Pesquería, Bovadilla en San Celso. Fué grande el fruto que se cogió de estos sermones, porque por ellos se movió la gente á recibir con devoción los santos sacramentos de la confesión y comunión algunas veces entre año; y desde entonces vino á refrescar y á renovar aquella tan saludable costumbre de los antiguos tiempos de la Iglesia primitiva, de hacerlo más á menudo; la cual tantos años atrás estaba puesta en olvido, con menoscabo de la religión cristiana y grave detrimento de las ánimas; y como vieron que ya no había más esperanza de ir á Jerusalén, tornaron al doctor Ortiz (por cuya mano los habían recibido) los doscientos y diez ducados que se les había dado de limosna para aquel santo viaje, y porque el Papa quería enviar algunos de ellos á diversas partes, antes de apartarse unos de otros, trataron de instituir entre sí una religiosa Compañía, y de dar orden en su modo de vivir para adelante. Y para más acertar en cosa tan grave, determinaron, de parecer y consentimiento de todos, de darse por unos días con mayor fervor á la oración y meditación, y ofrecer el santísimo sacrificio de la misa á Dios nuestro Señor (que á nadie niega su santo favor y espíritu bueno si se le pide como conviene, antes se le da á todos copiosamente, sin excepción de personas), y suplicarle tuviese por bien de comunicarles su divina gracia para ordenar y establecer lo que fuese más santo y más agradable ante el acatamiento de su soberana Majestad. Los días gastaban en la ayuda espiritual de los prójimos, las noches en orar y consultar las cosas entre sí. La primera noche pues se puso en consulta si después que se apartasen y repartiesen en varias provincias, por mandado del sumo Pontífice, quedarían de tal manera unidos entre sí y tan juntos, que hiciesen un cuerpo, y de suerte que ninguna ausencia corporal, ni distancia de tierras, ni intervalo de tiempo fuese parte para entibiar el amor tan entrañable y suave con que ahora se amaban en Dios, ni el cuidado con que unos miraban por otros.

Á esto respondieron todos, con un corazón y con una voz, que debían reconocer este tan señalado beneficio y merced

de Dios, de haber juntado hombres de tan diversas provincias y de naciones tan diferentes en costumbres, naturales y condiciones, y hécholos un cuerpo y dádolos una voluntad y un ánimo tan conforme para las cosas de su servicio; y que nunca Dios quisiese que ellos rompiesen ni desatasen un vínculo de tanta unión, hecho milagrosamente de sola su omnipotente. Especialmente que la unión y conformidad es muy poderosa para que se conserve la congregación, y para acometer en ella cosas arduas y salir con ellas, y también para resistir ó llevar con paciencia las adversas; la segunda consulta fué, si sería bien que á los dos votos de perpetua castidad y pobreza, que en manos del Legado Apostólico todos habían hecho en Venecia, añadiesen ahora el tercero voto de perpetua obediencia, y para esto eligiesen uno de ellos por cabeza y por padre de toda la Compañía. En esta consulta tuvieron bien que dar y tomar muchos días. Y finalmente, para mejor resolver esta tan importante dificultad, se concertaron en estos puntos. El primero, que en ninguna manera aflojasen en el cuidado que se tenía aquellos días de acudir á Dios en la oración, sino antes se acrecentase, y que todas sus oraciones y sacrificios se enderezasen á pedir intensamente á nuestro Señor que les diese en la virtud de la obediencia, gozo y paz, que es dón del Espíritu Santo, y que cuanto era de su parte, cada uno desease más el obedecer que el mandar. El segundo, que de esta materia no hablasen unos con otros, porque ninguno se inclinase por humana persuasión más á una parte que á otra. El tercero, que cada uno hiciese cuenta que no era él de esta congregación, ni le tocaba nada este negocio, sino que se imaginase que había de dar su parecer á otros extraños; para que de esta manera, puestos aparte todos los propios afectos (que suelen turbar el buen juicio), se determinasen en lo que convenía, con menos sospecha de engaño. Y finalmente, todos con grandísima conformidad concluyeron que hubiese obediencia en la Compañía, y que se eligiese uno que la gobernase como superior, al cual todos los otros perfectamente sujetasen sus juicios y voluntades. Esta resolución tomaron, persuadidos de muchas y muy eficaces razones, que sería largo el contarlas todas aquí; mas principalmente los movía el deseo vivo que tenían de imitar (cuanto sus flacas fuerzas bastasen) á su cabeza Cristo Jesús Señor nuestro, el cual por no perder la obediencia dió la vida, obe-

deciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Deseaban también que no faltase en su congregación la mayor virtud y más excelente de cuantas hay en el estado de la religión, que es la obediencia. Y disponíanse á seguir en todo la vocación del Espíritu Santo, que los llamaba á la mayor perfección y más alta abnegación de sí mismos, la cual, sin la obediencia religiosa, rara y dificultosamente se alcanza. Ordenaron los padres con maduro consejo y maravillosa conformidad, en espacio de tres meses, otras muchas cosas, entre las cuales eran estas que diré: que todos los que hicieren profesión en la Compañía, hagan particular y expreso voto de obediencia, en el cual se ofrezcan de estar aparejados para ir á cualquiera provincia, de fieles ó infieles, que el Vicario de Cristo les enviare; mas que no traten ellos de su misión con el Pontífice, ni por sí ni por otra persona alguna; enseñen á los niños la doctrina cristiana. Los que en la Compañía hubieren de entrar sean primero probados en los ejercicios espirituales, en peregrinaciones y hospitales. El prepósito general de la Compañía sea perpetuo mientras viviere. En las consultas y deliberaciones se siga la mayor parte de los votos. De estas y de otras cosas que allí se determinaron, se sacó después el sumario y fórmula de nuestra regla é instituto, que siéndole presentada, la aprobó el sumo Pontífice, como adelante se dirá.

CAPITULO XIV

De una grave persecución que se levantó en Roma contra Ignacio y sus compañeros, y del fin que tuvo

Entendiendo en estas obras Ignacio y sus compañeros, se levantó contra ellos aquella pesada y terrible tempestad que Ignacio mucho antes había visto y pronosticado, y fué de ella la ocasión que aquí diremos. Predicaba en Roma un fray Agustín Piamontes, religioso de la orden de San Agustín, el cual en sus sermones sembraba los errores de la secta luterana, inficionando disimuladamente el pueblo con su ponzo-

ñosa doctrina. Conocieron nuestros padres el daño, y públicamente predicaron contra ella, probando ser falsa y perniciosa. Ciertos españoles (que no hay para qué nombrarlos), amigos del fraile, confiados en sus muchas riquezas y autoridad, tomaron á defender la causa del agustino, y para poderlo mejor hacer, volviéronse contra Ignacio y sus compañeros, tomando por instrumento para esto á un español, llamado Miguel, á quien Ignacio en París había hecho muchas y muy buenas obras. Infaman pues malamente á los nuestros, y principalmente á Ignacio, publicando que en España y en París, y al fin en Venecia, había sido condenado por hereje. Dicen que es un hombre perdido y facineroso, que no sabe sino pervertir todas las leyes divinas y humanas, y juntamente calumnian los ejercicios espirituales, y ponen mácula en los compañeros de Ignacio, infamándolos de muchas cosas criminosas. Resistió á estas olas y torbellinos Ignacio, y pasó en tela de juicio el negocio, procurando con todas sus fuerzas que se averiguase y declarase la verdad. Porque, como vió que se trataba en este negocio no menos que de todo el sér de nuestra Compañía, y conoció el ardid de Satanás, que procuraba de ahogar nuestra religión en su mismo parto, aun antes de ser nacida, ó á lo menos amancillarla y afearla con alguna nota é infamia, puso todo su caudal y esfuerzo para resistir á este golpe y salir al encuentro al enemigo. Y favorecióle Dios y su verdad de tal manera, que aquel Miguel, urdidor de aquella trama y atizador con sus mentiras de aquel fuego, fué por pública sentencia condenado del Gobernador de Roma y desterrado de ella. Y los demás acusadores, que eran los principales en el negocio y con cuya autoridad se hacía, primeramente aflojaron mucho de la fuerza con que se puso la acusación, y después comenzaron á temblar de miedo, y al fin convirtieron la acusación en loores de Ignacio y de sus compañeros, confesando que habían sido engañados, y esto delante del Cardenal de Nápoles, legado que entonces era del Papa, y en presencia del Gobernador de Roma. Los cuales, pareciéndoles que la verdad quedaba satisfecha con la confesión pública de los acusadores, quisieron poner silencio en el negocio y que se acabase el pleito sin llegar á sentencia. Y aunque los demás compañeros y los amigos de Ignacio se contentaban de esto, sólo Ignacio no lo tuvo por bueno; porque quedando la verdad oprimida é indecisa, no recibiese la

Compañía en algún tiempo algún daño, pues era cosa fácil que con el tiempo se olvidase la memoria de lo que allí había pasado. Y constando por autos y escrituras de la acusación, y no habiendo testimonio de la absolución, podrían los hombres sospechar que por negociación y favor que había tenido Ignacio se había solapado la verdad y encubierto, y estorbádose la prosecución de la causa, echándose tierra encima. Esta fue la causa porque Ignacio jamás se dejó persuadir ni ablandar de sus compañeros, ni de los importunos ruegos de sus amigos, ni de la autoridad y potencia de nadie, ni quiso apartarse un punto de su parecer. Antes insistió y porfió que la causa que había venido á juicio de tribunal tan alto se declarase por sentencia en el mismo juicio y tribunal. Hombre verdaderamente despreciador de su honra propia, mas todo puesto y de veras celoso de la honra de Jesucristo y de sus compañeros por Cristo. Porque siempre que se trató de su estima y honra, viéndose en cárceles y en cadenas, nunca de los hombres quiso tomar abogado ni procurador que por él respondiese, ni consintió que nadie por él hablase. Mas cuando vió que se trataba de la honra de Dios y de la salvación de las ánimas, ponía todo su conato y todas sus fuerzas para que conocida y derribada la mentira, quedase vencedora y en pie la verdad. Y para este efecto, viendo que los jueces mostraban poca gana de dar la sentencia, se fué al mismo Papa, que estaba aquellos días en Frascata, como cuatro leguas de Roma, y hablándole en latín, le dió larga cuenta del negocio, diciéndole llanamente cuantas veces, y dónde, y por qué había sido encarcelado y encadenado. Dale á entender cuánto daño recibía el crédito de la virtud y de las cosas divinas en la opinión de los hombres, si por no hacerse caso de este negocio, se quedase así enterrado, y qué causas le movían á desear que se diese la sentencia. Las cuales como pareciesen bien á su Santidad, manda al juez que concluya brevemente aquel negocio, y que pronuncie la sentencia en favor de la verdad y la justicia, y el juez lo cumplió enteramente. Mostróse en esta causa muy particularmente la providencia y asistencia con que Dios miraba por la Compañía, pues ordenó que se hallasen en Roma en aquella sazón los que en España, en París y en Venecia habían sido jueces de Ignacio. Todos estos, en un mismo tiempo, de tan diversos lugares, unos por una causa y otros por otra, mas todos por divina providencia,

se vinieron á hallar juntos en Roma, y presentados por testigos por Ignacio, dieron todos buen testimonio de su virtud é inocencia. De España había venido don Juan de Figueroa, el que siendo vicario general del Arzobispo de Toledo en Alcalá, había echado en la cárcel á Ignacio y dádole por libre. Este era aquel Figueroa que vino después á ser presidente del Consejo Real en España, y murió en este oficio el año de mil y quinientos y sesenta y cinco. Hallóse de Francia el maestro fray Mateo Ori, de la orden de Santo Domingo, ante quien, siendo inquisidor de la fe, fué en París acusado Ignacio. Hallóse de Venecia el doctor Gaspar de Doctis, que había dado la sentencia en favor de Ignacio, y defendídole de las falsas acusaciones de sus calumniadores, siendo él allí juez ordinario de Jerónimo Veralo, legado apostólico. Estos fueron, entre otros, los testigos de la virtud y vida y doctrina de Ignacio, y como tales fueron examinados, y ellos dieron tal testimonio, cual lo mostró la sentencia del Gobernador de Roma. La cual me pareció poner aquí á la letra, porque esta sentencia comprende en suma todas las otras que en favor de Ignacio antes se habían dado, y hace de ellas mención.

Bernardino Cursivo, *electo obispo bitroveriense, vicecamerario de la ciudad de Roma y gobernador general de su distrito.*

«Á todos y á cada uno de los que estas nuestras letras vie»ren, salud en el Señor. Como sea de mucha importancia »para la república cristiana que sean conocidos los que con »ejemplo de vida y sana doctrina, trabajando en la viña del »Señor, aprovechan á muchos y edifican, y también los que, al »contrario, tienen por oficio sembrar zizaña, y como se hayan »esparcido algunos rumores y hecho algunas denunciaciones »de la doctrina y vida, y señaladamente de los ejercicios es»pirituales que dan á otros los venerables señores Ignacio de »Loyola y sus compañeros, que son Pedro Fabro, Claudio »Yayo, Pascual Broet, Diego Laínez, Francisco Javier, Alon»so Salmerón, Simón Rodríguez, Juan Coduri y Nicolás de »Bovadilla, maestros por París y presbíteros seculares de las »diócesis de Pamplona, de Génova, de Sigüenza, de Toledo, »de Viseo, de Ebredun y de Palencia. Los cuales ejercicios y »doctrina, algunos decían ser erróneos y supersticiosos y

»apartados de la doctrina católica. Nosotros, por lo que á »nuestro oficio debemos y por lo que su Santidad nos ha »mandado, mirando esto con diligencia, hicimos información »para más plenariamente conocer esta causa y ver si por ven»tura era así lo que de ellos se decía. Por lo cual, examina»dos primero algunos que contra ellos murmuraban, y vistos »por otra parte los públicos instrumentos y sentencias de Es»paña, de París, de Venecia, de Vincencia, de Boloña, de Fe»rrara y de Sena, que en favor de los dichos venerables seño»res Ignacio y sus compañeros contra sus acusadores fueron »mostrados, y allende de esto, examinados en juicio algunos »testigos en vida, doctrina y dignidad, *omni ex parte majo»res;* finalmente, toda la murmuración y acusaciones y rumo»res contra ellos esparcidos hallamos ser falsos; por lo cual »juzgamos ser propio de nuestro oficio pronunciar y declarar, »como pronunciamos y declaramos, el dicho Ignacio y sus »compañeros, de las dichas acusaciones y rumores, no sólo »no haber incurrido infamia alguna de hecho ó de derecho, »mas antes haber de esto sacado mayor aprobación y testi»monio de su buena vida y sana doctrina; viendo, como »hemos visto, ser vanas y de toda verdad ajenas las cosas que »sus contrarios les oponían; y al contrario, ser hombres de »mucha virtud y muy buenos los que por ellos testificaron. »Y por ésta hemos querido dar esta nuestra sentencia, para »que sea un público testimonio contra todos los adversarios »de la verdad, y para serenar los ánimos de todos aquellos »que por causa de estos acusadores y detractores han conce»bido de ellos alguna siniestra opinión ó sospecha; pidiendo »y encargando y rogando á todos los fieles en el Señor que á »los dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros los »tengan y estimen por tales cuales nosotros los habemos ha»llado y probado, y por católicos, sin ningún género de sos»pecha, mientras que perseveraren en el mismo tenor de vida »y doctrina, como con el ayuda de Dios esperamos que per»severarán. Dada en Roma, en nuestra casa, á diez y ocho »días de Noviembre de mil quinientos treinta y ocho años.— »B., *gobernador el de arriba.*—RUTILIO FURIO, *secretario.*»

Es bien que se sepa cómo el fraile que dijimos que se llamaba Agustín Piamontes, el cual fué la primera causa y origen de esta persecución, quitada la máscara de la disimula-

ción con que primero andaba encubierto, se hizo públicamente luterano, y el paradero de los acusadores fué éste: que callando los nuestros y rogando á Dios por ellos, en fin se descubrió cuál era su vida y doctrina; la cual fué tan detestable y mala, que al uno le quemaron en Roma la estatua, escapándose él del fuego con huir, y el otro, también por hereje, fué condenado á cárcel perpetua, y tornando á la carrera de la verdad, se convirtió poco antes de su muerte, y llorando su vida pasada y sus errores, acabó en Roma, ayudándole á bien morir uno de los nuestros, el año de mil quinientos cincuenta y nueve.

CAPÍTULO XV

Cómo Ignacio y sus compañeros se ocupaban, en Roma y fuera de ella, en servicio de la Iglesia

Pasada la tempestad de esta persecución, se siguió luego gran bonanza, y las máquinas que había armado Satanás para combatir la verdad le vinieron á servir para su defensa, como suele acontecer á los que tienen buena causa y estriban en el amparo divino. De donde vino que muchas personas grandes suplicaron al Papa les concediese algunos de nuestros padres, unos para una parte y otros para otra, y el Papa se los concedió de esta manera: fué enviado el maestro Pascasio á Sena para reformar un monasterio de monjas, lo cual hizo, despertando en muchas ánimas vivos deseos de servir á Dios con la entereza de vida y mansedumbre de condición que tenía, porque este padre era dotado de una columbina y prudente simplicidad; el maestro Claudio Yayo fué enviado á Bresa, el cual ganó las voluntades de toda aquella ciudad con la suavidad de su condición y santidad de sus costumbres, y despertó las gentes á buscar de veras el camino del cielo. Partieron para Parma y Plasencia de Lombardía, en compañía del Cardenal de San Ángel, legado apostólico, los padres maestros Pedro Fabro y Diego Laínez, los cuales cogieron maravillosos frutos de sus trabajos en aquellas ciudades, y ganaron para la Compañía un buen número de personas de diversas edades, mas todos bien aptos para el efecto de su

vocación. Á Calabria fué el maestro Nicolás de Bovadilla, donde empleó bien su trabajo, enseñando y cultivando aquellos pueblos, por su ignorancia muy necesitados de doctrina. Y no estaban ociosos los padres que quedaron en Roma, porque habiendo en aquella ciudad gran falta de mantenimientos, y siendo el año tan apretado, que muchos, ó perecían de hambre, ó se hallaban casi consumidos y para morir tendidos en las plazas, los padres, para remediar cuanto les fuese posible tan gran necesidad, ponían gran diligencia en buscar dineros, allegaban pan y guisaban algunas ollas de yerbas, y buscando los pobres por las calles y plazas, los traían á casa, y después de haberles lavado los pies, les daban de comer, y curaban los llagados y enseñábanles la doctrina cristiana; y finalmente, no dejaban de hacer oficio ninguno, ni obra de misericordia que pudiesen, así espiritual como corporal; y algunas veces estaba la casa tan llena de los pobres que traían de las calles y plazas, que no cabían más, porque llegaban á trescientos y á cuatrocientos los que estaban en casa tendidos sobre el heno que para esto habían echado los padres en el suelo. Maravilló esta obra extrañamente con la novedad y provecho al pueblo romano, y fué motivo para que otros se empleasen en semejantes obras de caridad; porque muchos hombres principales, y entre ellos algunos cardenales, movidos con tal ejemplo, procuraron muy de veras que los pobres no padeciesen tanta necesidad; y fué creciendo tanto esta obra, que se sustentaban en Roma en diversos lugares tres mil pobres, los cuales murieran de hambre si no fueran socorridos. También se allegaron en este tiempo á los nuestros algunas personas señaladas, así mancebos como hombres de mayor edad, para seguir su instituto y manera de vivir.

CAPÍTULO XVI

Cómo los padres maestro Francisco Javier y maestro Simón partieron de Roma para la India Oriental

Contamos en el capítulo tercero de este segundo libro cómo en París estaba un doctor teólogo, llamado Diego de Govea,

el cual, siendo rector y el principal del colegio de Santa Bárbara, por un injusto enojo quiso azotar pública y afrentosamente á Ignacio, y después, volviendo sobre sí y conociendo mejor su inocencia y la verdad, se trocó de manera, que convirtió el castigo que le tenía aparejado, en honrarle y reverenciarle. Era Govea portugués y hombre pío y de autoridad, y que desde aquel día de su desengaño quedó aficionadísimo y devotísimo de Ignacio, porque entendió los deseos que Dios le había dado de emplearse en las cosas de su servicio y de la salvación de sus prójimos, y con cuántas veras acudía á este llamamiento de Dios, y sabía que él y sus compañeros estaban ocupados en Italia, con grande edificación y provecho de las ánimas, en todas las obras de caridad. Encendido pues del mismo deseo, escribió Govea á Ignacio que en la India Oriental había Dios abierto una grande puerta para trabajar con fruto, y que en aquellas remotísimas regiones les darían las manos llenas á sus compañeros si quisiesen ir á ellas, siendo, como son, tan desamparadas y tan apartadas de la luz y conocimiento de Dios nuestro Señor, y que deseaba saber si se inclinaban á ello. A esto le respondió Ignacio que él y los otros padres, sus compañeros, estaban totalmente puestos en la mano del sumo Pontífice y aparejados para ir á cualquiera parte del mundo donde el Vicario de Cristo los enviase. Recibida esta respuesta de Ignacio, avisó luego el doctor Govea al rey de Portugal, don Juan el Tercero, su señor, y escribióle largamente las calidades de Ignacio y de sus compañeros, y cuán á propósito eran para la conversión de la gentilidad. El Rey, que era religiosísimo, y más deseoso de dilatar la gloria de Cristo nuestro Señor y de ayudar á la salvación de los indios que no de ensanchar sus reinos ni extender el imperio de sus estados, manda luego á don Pedro Mazcarenas, su embajador en Roma, que trate de este negocio con Ignacio y que procure alcanzar del Papa á lo menos seis padres, cuando más no pudiere, para sus Indias, y que se valga de todas las cosas que le pudieren ayudar para la buena conclusión del negocio, sin tener cuenta con gasto ni trabajo; y con esto envíale el rey las cartas de Ignacio para Govea, y de Govea para el Rey. El embajador don Pedro Mazcarenas se confesaba en esta sazón con Ignacio, que se le había dado á conocer doña Leonor Mazcarenas (de quien arriba se ha hecho mención), con quien don Pedro tenía muy estrecho

deudo y amistad; y por esto, y por hacer lo que su rey le mandaba, habló con Ignacio con las cartas del Rey en la mano, é hizo grande instancia para que se cumpliese en todo la voluntad de su rey. Respondióle el padre lo mismo que había escrito á Govea, que ni él ni sus compañeros eran libres para disponer de sí; que al Papa tocaba el mandar, y á ellos el obedecer; mas que si él hubiese de dar parecer en ello, el suyo sería que se enviasen un par de padres á la India, porque enviar más que dos no podía dejar de ser muy dificultoso; y como el Embajador apretase y procurase con instancia que de los diez, á lo menos se le diesen los seis al Rey para la India, con rostro sereno y amoroso le tornó á responder Ignacio estas palabras: «¡Jesús, señor Embajador! Si de diez van seis para la India, ¿para el resto del mundo qué quedará?» En conclusión, el Papa, habiendo oído lo que se le suplicaba, manda que vayan dos de los padres, los que á Ignacio le pareciesen, el cual nombró para esta misión á los padres Simón Rodríguez y Nicolás de Bovadilla. El maestro Simón estaba entonces cuartanario, y con todo esto, se embarcó luego para Portugal, y escribióse á Bovadilla que viniese de Calabria á Roma. Vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una pierna cuando llegó á Roma, que estando al mismo tiempo el embajador don Pedro Mazcarenas á punto para volverse á Portugal, fué necesario (por no poder aguardar que sanase Bovadilla, ni quererse partir sin el otro padre que había de ir á la India) que en lugar del maestro Bovadilla, con felicísima suerte, fuese sustituído el padre maestro Francisco Javier, de esta manera que aquí diré. Estaba enfermo en la cama el padre Ignacio, y llamando á Francisco Javier, le dice: «Bien sabéis, hermano maestro Francisco, que dos de nosotros han de pasar á la India por orden de su Santidad, y que Bovadilla, que para esta empresa estaba señalado, no puede partir por su enfermedad, ni tampoco el Embajador, por la priesa que á él le dan, le puede esperar. Dios se quiere servir en esto de vos; ésta es vuestra empresa, á vos toca esta misión.» Como esto oyó Javier, con grande alegría dice: «Heme aquí, padre; aparejado estoy.» Y así, se partió con el Embajador luego otro día, sin tomar más tiempo de pocas horas que para despedirse de los amigos y abrazar á sus hermanos y aderezar su pobre ropa fueron menester. Partióse con tan buen

ánimo y con tan alegre rostro, que ya desde entonces se veía uno como pronóstico de que la divina Providencia (que sapientísima y suavísimamente dispone todas las cosas) llamaba á este su siervo para tan gloriosos trabajos como fueron los que en esta misión padeció. Y para que mejor se entienda la virtud de la obediencia y el fuego de la caridad de que estaba su ánima abrasada, se ha de considerar que en aquel tiempo, no siendo aún fundada la Compañía, aunque á Ignacio le tenían todos sus compañeros por padre (pues á todos los había engendrado en Cristo), mas no era superior ni prepósito general á quien hubiesen dado la obediencia, para que pudiese mandar con autoridad y en nombre de Cristo una cosa tan ardua como ésta. Quiero también decir una cosa que oí algunas veces contar al padre maestro Laínez, y es, que mucho antes de esto, peregrinando por Italia en compañía Laínez y Javier, acaecía muchas veces que Javier, despertando de noche como despavorido del sueño, despertaba también á Laínez y le decía: «¡Oh, qué cansado estoy! ¡Válgame Dios! ¿Sabéis, hermano maestro Laínez, qué se me antojaba durmiendo? Soñaba que traía á cuestas un indio ó negro de Etiopía buen rato, mas era tan pesado, que con su peso no me dejaba alzar la cabeza; y así, ahora, despierto como estoy, me siento tan cansado y molido como si hubiese luchado con él.» Porque, aunque es verdad que comunmente hay mucha vanidad en hacer caso y dar crédito á sueños, pero algunas veces suele nuestro Señor, particularmente á sus siervos, revelar en ellos ó significar su voluntad, como se ve en las sagradas letras: y harto semejante es á esto lo que oí al padre maestro Jerónimo Domenech, el cual, antes que entrase en la Compañía, tuvo grande amistad con el padre Francisco Javier en Boloña. Decía este padre que desde entonces Javier hablaba mucho y con mucho gusto de las cosas de la India y de la conversión de aquella gran gentilidad á nuestra santa fe, como que le daba el alma que había él de hacer esta jornada, y que tenía encendido deseo de emplear en ella su vida, como lo hizo y adelante se contará.

CAPÍTULO XVII

Cómo el papa Paulo III confirmó la Compañía

Porque Ignacio tenía entendido que todos los trabajos que él y sus compañeros tomaban para salud de las almas, entonces serían más agradables á Dios nuestro Señor, y más provechosos á los hombres, cuando el sumo Pontífice, vicario de Jesucristo, con su autoridad apostólica los aprobase, confirmando la Compañía y haciéndola religión, dió parte de este su deseo y santo propósito al papa Paulo III, que entonces era cabeza de la Iglesia, por medio del cardenal Gaspar Contareno, diciéndole que él y los otros padres sus compañeros se habían ofrecido á la obediencia de su Santidad y de sus sucesores por voto especial que para esto habían hecho, y habían dedicado todos sus trabajos y sus vidas para beneficio de sus prójimos, y que deseaba que estos buenos propósitos que de emplearse en cultivar su viña el Señor les había dado, no se acabasen con sus días, sino que pasasen de ellos en otros que les sucediesen, siendo el mismo Señor servido de despertar algunos que en esto los quisiesen imitar; que esto se hiciese fundándose una religión que fuese de clérigos regulares, y que el instituto de ella fuese estar siempre puestos y aparejados para ser mandados de la Sede Apostólica, y conformarse en su modo de vivir con la regla que mucho antes tenían pensada y establecida, si pareciese bien á su Santidad. Oyó esto alegremente el sumo Pontífice, estando en Tíbuli, á tres de Septiembre de mil quinientos treinta y nueve, y leyó los capítulos y túvolos por buenos; mas después, suplicándole Ignacio que le diese por escrito la confirmación de este instituto, el Papa lo cometió á tres cardenales, los cuales contradecían reciamente y procuraban que no tuviese efecto esta confirmación. Principalmente el cardenal Bartolomé Guidición, hombre pío y muy docto, era de este parecer, porque no estaba bien con tanta muchedumbre de religiones como hay en la Iglesia de Dios, moviéndole por

ventura á esto ver en algunas menos observancia de su regla y más flojedad y tibieza de la que sería menester, por haber caído del primer fervor y espíritu con que comenzaron; y por esto decía este cardenal que más necesidad tenía la Iglesia de Dios de reformar las religiones ya fundadas y restituirlas á su primer estado, que de fundar otras de nuevo; y aun, según se decía, había él mismo escrito un libro para esto de esta materia, por lo cual resistió fuertemente á los nuestros, y contradijo más que otro ninguno á la confirmación de la Compañía, y allegáronsele otros cardenales que eran del mismo parecer. Mas todo esto era para que cuanto más contradicción tuviese este negocio y más de espacio y con más madureza se examinase y aprobase la Compañía, tanto más claramente se manifestase la voluntad de Dios, que la confirmaba por su vicario; porque al fin las continuas lágrimas y oraciones de Ignacio vencieron todas las dificultades y contradicciones. Y para mejor alcanzar esta victoria de mano del Señor, le ofreció de hacer decir algunos millares de misas por el feliz suceso de tan arduo negocio; el cual acabado, y confirmada ya la Compañía, en algunos años se dijeron todas, repartiéndose por los padres de ella, que estaban ya en tan diversas partes del mundo derramados, por lo cual fué el corazón, así de los otros cardenales, como principalmente del cardenal Guidición, tan trocado y tan otro, que de contrario que era y adverso, vino como súbitamente á ser favorecedor y protector de esta obra; y el que poco antes reprendía la institución de nuevas religiones, entendido el fin de la Compañía, nunca acababa de alabar su instituto; y estaba tan mudado y tan de otro parecer, que se le oían decir estas palabras: «A mí no me parecen bien religiones nuevas; mas esta no oso dejar de aprobarla, porque interiormente me siento tan aficionado á ella, y en mi corazón veo unos movimientos tan extraordinarios y divinos, que adonde no me inclina la razón humana, veo que me llama la voluntad divina, y aunque no quiero, me veo abrazar con el afecto lo que antes por la fuerza de los argumentos y razones humanas aborrecía.» Así que el mismo cardenal Guidición alabó después al Papa el instituto de la Compañía con grande eficacia, y el Papa le leyó, y quedó tan admirado, que con espíritu de pontífice sumo dijo en leyéndole: *Digitus Dei est hìc;* que quiere decir: «Este es el dedo de Dios;» y afirmó que de tan

pequeños y flacos principios no esperaba él pequeño fruto ni poco provecho para la Iglesia de Dios. De esta manera quedó confirmada la Compañía, el año de mil quinientos cuarenta, á los veintisiete de Septiembre; mas fué por entonces con cierta limitación y tasa, porque no se dió facultad que pudiese crecer el número *de los profesos* más de hasta sesenta, lo cual ordenó así Dios nuestro Señor para que con maravillosa consonancia se fuesen respondiendo los principios á los medios, y los medios á los fines; porque esta Compañía fué antes que naciese probada y tentada en España en su fundador Ignacio, y recién nacida, fué en Francia y en Italia combatida antes que el sumo Pontífice la aprobase, y ahora, habiendo ya salido á luz, el mismo Papa, con grandísima prudencia, la quiso probar é irse poco á poco y con tiento en su confirmación, por lo cual puso tasa en el recibir *á la profesión*, y duró esta manera de probación hasta el año mil quinientos cuarenta y tres, en el cual el mismo Papa, viendo los efectos de la divina gracia que confirmaba la doctrina de los padres con su omnipotente virtud, quitó aquella limitación del número y abrió la puerta para todos cuantos quisiesen recibir, y desde allí fué creciendo y se hizo valiente y robusta; y fué de Julio III, el año mil quinientos cincuenta, otra vez confirmada, y de todos los otros pontífices que después le han sucedido ha sido establecida y acrecentada de muchas y grandes gracias y privilegios, como en su propio lugar se dirá.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo fué elegido por prepósito general

DESPUÉS de confirmada la Compañía por el papa Paulo III, la primera cosa en que pusieron los ojos todos los primeros padres de ella fué en hacer elección entre sí de un superior que con espíritu y prudencia la gobernase; cuyo estado entonces era éste: los padres maestro Francisco Javier y maestro Simón estaban en Portugal; el maestro Pedro Fabro en Alemania, adonde había ido á la dieta imperial de Vormes, en compañía del doctor Ortiz; el padre Laínez estaba en Parma, Claudio Yayo en Bresa, Pascasio en Sena, y Nicolás de Bovadilla en Calabria. Ignacio se había quedado solo con Salmerón y Juan Coduri en Roma. También estaban estudiando en la universidad de París algunos pocos mancebos que ya desde entonces se habían aplicado á la Compañía; los cuales habían sido enviados del padre Ignacio para este efecto desde Roma. En la misma ciudad de Roma estábamos obra de una docena, que nos habíamos allegado á los primeros padres, para seguir su manera de vida é instituto; morábamos con grande pobreza y estrechura en una casa alquilada, vieja y caediza, enfrente del templo viejo de la Compañía, y que para el nuevo que ahora tenemos se ha derribado. Y como yo era uno de los que en este tiempo estaban en Roma, podré hablar como testigo de vista en lo que

de aquí adelante se contará. Estando pues las cosas en este estado, fueron llamados á Roma todos los padres que de los diez primeros andaban por Italia, trabajando en la viña del Señor, y vinieron todos cerca de cuaresma del año mil y quinientos y cuarenta y uno; sólo faltó el padre Bovadilla, que por mandado de su Santidad se quedó en Bisiñano, ciudad de Calabria. Y porque el Sumo Pontífice quería luego enviar algunos de los otros padres á varias provincias, no se pudo aguardar más á Bovadilla ni dilatar más la elección del General; así que, mediada cuaresma, Ignacio, Laínez, Salmerón, Claudio, Pascasio y Coduri se juntaron en Roma. Y después de haber ventilado las cosas que para acertar en la buena elección se ofrecían, determinan de estar tres días en oración y que entre sí guarden silencio y no traten de ella, y que después cada uno traiga su voto, escrito de su mano, en el cual declare á quién da su voz. Pasados los tres días, tórnanse á congregar, y juntan los votos que cada uno traía con los de los otros padres ausentes; los cuales ellos, ó habían dejado escritos antes que partiesen de Roma, ó los habían enviado después. Y para mayor confirmación y establecimiento de la elección, determinaron de estar otros tres días en oración, sin leer los votos, los cuales abrieron al cuarto día, y por voto de todos los presentes y ausentes, fué declarado Ignacio por prepósito general; de manera que no le faltó otro voto sino el suyo. Mas él, como quien de corazón y de verdad estaba más aparejado para obedecer que para mandar, díceles así: «Yo, hermanos, no soy digno de este oficio ni lo sabré hacer, porque quien no sabe bien regirse á sí, ¿cómo regirá bien á los otros? Y porque con toda verdad y sinceridad, delante de Dios nuestro Señor, yo así lo entiendo, y porque miro los vicios y malos hábitos de mi vida pasada, y los pecados y muchas miserias de la presente, no puedo acabar conmigo de recibir la carga que me echáis á cuestas. Por tanto ruégoos por amor del Señor que no lo tengáis á mal, y que de nuevo, por espacio de otros tres ó cuatro días, con más ahínco y fervor encomendéis este negocio á su divina Majestad, para que alumbrados con la luz de su espíritu y favorecidos de su gracia, elijamos por padre y superior al que mejor que todos ha de regir la Compañía.» Quisieron al principio irle á la mano los padres, mas al fin fueron forzados á consolarle y á condescender con él; y tomando tiempo para de nuevo deli-

berar, júntanse después de cuatro días otra vez, y con el mismo consentimiento y unión de voluntades tornan á elegir á Ignacio por superior y general. Él entonces, temiendo por una parte de contradecir á todos, y por otra de encargarse de peso que juzgaba ser sobre sus fuerzas, díjoles así: «Yo pondré todo este negocio en manos de mi confesor, y yo le daré cuenta de los pecados de toda mi vida, y le declararé las malas inclinaciones de mi alma y las malas disposiciones de mi cuerpo. Y si él, con todo eso, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor me mandare ó aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, yo le obedeceré.» Aquí comenzaron todos á reclamar, diciendo que harto entendida estaba la voluntad de Dios, y apretaban á Ignacio para que no los entretuviese más con sus humildades ni dilatase este negocio, porque ya esto parecía querer repugnar á Dios; mas como no le pudiesen apartar de su parecer, finalmente, que quisieron que no, hubieron de condescender con lo que él pedía. Hizo su confesión general Ignacio, y estuvo tres días, que fueron jueves y viernes y sábado santo, apartado de sus compañeros, en San Pedro Montorio, monasterio de frailes franciscos, donde fué crucificado san Pedro, ocupado en solo este negocio. Dió parte á su confesor de toda su vida pasada, y el día de Pascua de Resurrección preguntóle qué le parecía. Responde el confesor que le parecía que en resistir á su elección resistía al Espíritu Santo. Entonces Ignacio le torna muy de propósito á rogar que lo mire de nuevo con más atención y lo encomiende de veras á Dios, y que lo que después de esto le pareciere, lo escriba en una cédula de su mano, y sellada la envíe á sus compañeros. Hízolo así el confesor, y escribió la cédula, en que decía que su parecer era que Ignacio en todo caso se encargase del gobierno de la Compañía. Ya entonces, con grandísimo regocijo y aplauso de todos, dijo que lo haría; y señalaron el viernes siguiente después de Pascua de Resurrección, que era á veintidós de Abril, para visitar las siete iglesias, que son las estaciones principales de Roma; y en la iglesia de San Pablo, que es una de ellas, apartada del ruido de la gente, y de gran devoción, hacer todos su profesión, la cual se hizo de esta manera: como llegaron aquel día á San Pablo, se reconciliaron todos, confesándose brevemente unos con otros; Ignacio dijo la misa en la capilla de Nuestra Señora, donde entonces esta-

ba el Santísimo Sacramento. Llegando el tiempo de recibir el Cuerpo del Señor, teniéndole en la patena con la una mano, y con la otra su profesión escrita, se volvió hacia los padres y en voz alta dijo de esta manera: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo á Dios todopoderoso y al sumo Pontífice, su vicario en la tierra, delante de la Santísima Virgen y Madre María y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesús Señor nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declararen. Y también prometo especial obediencia al sumo Pontífice cuanto á las misiones en las mismas bulas contenidas. Item prometo de procurar que los niños sean enseñados en la doctrina cristiana, conforme á la misma bula y constituciones.» Tras esto recibió el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor. Luego los otros padres, sin guardar orden ninguno de antigüedad, hicieron su profesión en esta forma: «Yo, Fulano, prometo á Dios todopoderoso, delante de la Sacratísima Virgen, su Madre, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y á vos, reverendo padre, que tenéis el lugar de Dios, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir contenida en la bula de la Compañía de Jesús y en las constituciones, así declaradas, como las que se han de declarar adelante. Y más, prometo especial obediencia al sumo Pontífice para las misiones contenidas en la dicha bula. Y también prometo de obedecer en lo que toca á la enseñanza de los niños, según la misma bula.» Y así, después de haber leído cada uno su profesión, comulgó de mano de Ignacio. Acabada la misa y visitados los santos lugares de aquel templo con mucha devoción, vanse los padres al altar mayor, en el cual están sepultados los huesos sagrados de los gloriosos príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo. Allí se abrazaron con grande amor y abundancia de lágrimas, que todos derramaban de puro gozo espiritual y devoción fervorosa, dando infinitas gracias á la suma y eterna Majestad de Dios porque había tenido por bien llegar al cabo y perfeccionar lo que él mismo había comenzado, y porque les había dejado ver aquel día tan deseado, en que los había recibido en holocausto de suave olor, y dádoles gracia que unos hombres de tan diversas naciones fuesen de un mismo

corazón y espíritu, é hiciesen un cuerpo con tan concorde unión y liga para más le agradar y servir. No quiero dejar de decir la extraordinaria y excesiva devoción que el maestro Juan Coduri sintió aquel día con tan vehemente y divina consolación, que en ninguna manera la podía reprimir dentro de sí, sino que á borbollones salía fuera. Yo anduve con los padres aquel día, y ví lo que pasó: iba delante de nosotros Juan Coduri, en compañía de Laínez, por aquellos campos; oíamosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces á Dios, que nos parecía que desfallecía y que había de reventar por la grande fuerza del afecto que padecía, como quien daba muestras que presto había de ser libertado de esta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, en Roma, el que fué el primero que hizo la profesión después de Ignacio, fué también el primero de los diez que pasó de esta vida, á los veintinueve de Agosto, día de San Juan degollado. Nació en Proenza, en un pueblo llamado Sein, y nació día del glorioso San Juan Bautista. Fué ordenado de misa el día mismo de su nacimiento. Murió el día de la muerte de este bienaventurado precursor, y murió de su misma edad. Fué en oir confesiones (para los pocos años que fué sacerdote) muy ejercitado y eficaz, y diestro en tratar y mover los prójimos á la virtud, y hombre de rara prudencia; por lo cual había venido á ser muy bienquisto y á tener grande autoridad con personas principales para las cosas de Dios. Vió entrar en el cielo el ánima de este padre, rodeada de una clarísima luz, entre los coros de los ángeles, una persona devotísima que á aquella hora estaba en oración; que así lo escribió Ignacio al maestro Pedro Fabro. Y yendo el mismo Ignacio á decir misa por él á San Pedro Montorio, que está de la otra parte del río Tíber, llegando á la puente que llaman de Sixto, porque la edificó ó reparó el papa Sixto IV, al punto que acabó de espirar Juan Coduri, se paró Ignacio, como salteado de un súbito horror que de repente le dió; y volviéndose á su compañero, que era el padre Juan Bautista Viola (que hoy día vive y me lo contó á mí), le dijo: «Pasado es ya de esta vida Juan Coduri.»

CAPÍTULO II

Cómo Ignacio comenzó á gobernar la Compañía

En recibiendo el cargo de prepósito general, luego comenzó Ignacio á tratar con mucho peso, así las cosas que pertenecían á la Compañía universal, como las que tocaban al buen gobierno de aquella casa de Roma. Y por humillarse él y abajarse tanto más cuanto en más alto estado Dios le había puesto, y para provocar á todos con su ejemplo al deseo de la verdadera humildad, luego se entró en la cocina, y en ella por muchos días sirvió de cocinero, é hizo otros oficios bajos de casa, y esto con tantas veras y tan de propósito como si fuera un novicio que lo hacía por sólo su aprovechamiento y mortificación. Y porque por las ocupaciones que cada día se le ofrecían, muchas y muy grandes, no podía libremente del todo darse á estos oficios de humildad, de tal manera repartía el tiempo, que ni faltaba á los negocios más graves, ni dejaba los que tocaban á la cocina. Después de esto comienza á enseñar la doctrina cristiana á los niños, lo cual hizo cuarenta y seis días arreo en nuestra iglesia; pero no eran tantos los niños, cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras, que á ella venían. Y aunque él enseñaba cosas más devotas que curiosas, y usaba de palabras no pulidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes, no á darles aplauso y con vanas alabanzas admirarse de ellas, sino á llorar provechosamente y compungirse de sus pecados. De manera que cuando él acababa su plática, muchos se iban gimiendo, y echándose á los pies del confesor, no podían decir sus pecados, porque estaban sus corazones tan atravesados de dolor y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apenas podían hablar. Lo cual muchas veces me contó el padre maestro Laínez, que en aquel tiempo confesaba en nuestra iglesia. Aunque,

acordándome yo de lo que entonces ví, no tengo por qué tener esto por cosa nueva ni extraña. Porque me acuerdo de oir predicar á Ignacio entonces con tanta fuerza y con tanto fervor de espíritu, que parecía que de tal manera estaba abrasado del fuego de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes, tanto, que aun callando él, parecía que su semblante inflamaba á los presentes y que los ablandaba, y derretía con el divino amor la inflamación de todo su rostro. Y para que mejor se entienda la fuerza de Dios nuestro Señor, que hablaba en éste su siervo, y la cuenta que él tenía con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que yo en este tiempo repetía cada día al pueblo lo que Ignacio había enseñado el día antes. Y temiendo que las cosas provechosas que él decía no serían de tanto fruto ni tan bien recibidas por decirse en muy mal lenguaje italiano, díjeselo á nuestro padre, y que era menester que pusiese algún cuidado en el hablar bien; y él con su humildad y blandura me respondió estas formales palabras: « Cierto que decís bien; pues tened cuidado (yo os ruego) de notar mis faltas y avisarme de ellas, para que me enmiende.» Hícelo así un día con papel y tinta, y ví que era menester enmendar casi todas las palabras que decía; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé á nuestro padre de lo que había pasado, y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dijo: « Pues Pedro, ¿qué haremos á Dios? » Queriendo decir que nuestro Señor no le había dado más, y que le quería servir con lo que él le había dado. Así que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostraban fuerza y espíritu de Dios, como dice el apóstol san Pablo de sí. Que en fin, el reino de Dios, como dice el mismo apóstol en otro lugar, no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios con que las palabras se dicen, envolviéndose en ellas el mismo Dios, y dándoles espíritu y vida para mover á quien las oyere.

CAPÍTULO III

Cómo Francisco Javier pasó á la India, y Simón Rodríguez quedó en Portugal

En este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y uno, á siete de Abril, se embarcó en Lisboa el padre Francisco Javier, en la nao capitana que llevaba el virrey don Martín Alonso de Sosa, y se hizo á la vela, dando principio á aquella dichosa jornada de la India Oriental. El padre maestro Simón se quedó en Portugal por la causa que ahora diré. Mientras estos dos padres estaban en Portugal, aguardando el tiempo en que la armada había de partir á la India; por no estar entretanto ociosos, comenzaron, como en otras partes lo solían hacer, á despertar la gente y traerla al servicio de Dios. Y especialmente aficionaron á muchos de los más principales del reino de Portugal, no menos con el ejemplo de su vida que con sus pláticas y conversación familiar. Por lo cual algunos señores de su corte advirtieron al Rey que siendo aquellos padres de tanta virtud y prudencia, sería bien que su alteza considerase si por ventura serían de más provecho en su reino de Portugal que no en la India. Entreoyeron esto los padres, y dieron luego aviso por sus letras á Ignacio de lo que pasaba, y que temían no les mandase quedar el Rey en Portugal, contra el orden que de su Santidad tenían de ir á la India. Ignacio luego dió cuenta de todo lo que sus compañeros le escribían á su Santidad, el cual habiéndolo entendido, se remitió en todo á la voluntad del Rey. Y así Ignacio les escribe que habiendo el Pontífice puesto en las manos del Rey todo el negocio, ellos podían y debían obedecer á su alteza sin escrúpulo del primer mandato de su Santidad. Mas que si por ventura el Rey quisiese saber su parecer en esto, sería que el maestro Francisco Javier partiese á la India, y el maestro Simón quedase en Portugal. Este parecer tuvo el Rey por bueno, y así se hizo. De este pequeño granito de trigo que allí se sembró, han nacido los manojos y fruto que por manos de la Compañía Dios nuestro Señor ha sido servi-

do de coger en Portugal y en aquellas remotísimas y anchurosas provincias de la India Oriental.

CAPÍTULO IV

Cómo los padres maestro Salmerón y maestro Pascasio fueron enviados por nuncios de su Santidad á Irlanda

Envió también el Papa, este mismo año de cuarenta y uno, á la isla de Ivernia ó Irlanda, por sus nuncios apostólicos, á los padres maestros Alonso Salmerón y Pascasio Broet. Dióles muy amplia potestad, de la cual ellos usaron moderada y discretamente, no faltando á ninguna de las cosas que requerían diligencia, para bien ejercitar su oficio. Trabajaron mucho por sustentar en la antigua y verdadera religión católica aquellos pueblos ignorantes é incultos, que con la potencia y vecindad de Enrique VIII, rey de Inglaterra, se iban ya perdiendo y faltando de ella. Declararon á las gentes las verdades católicas, enseñándoles la falsedad contraria, de que se habían de guardar. Nunca pidieron dinero á nadie, ni lo recibieron aunque se lo ofreciesen voluntariamente. Las penas en que los reos caían, sin que llegasen á sus manos, todo lo mandaban repartir á los pobres. Y habiéndose detenido en aquella provincia algún tiempo, usando de esta templanza y moderación en su oficio, se volvieron á Francia, porque vieron cerradas las puertas á la verdad, y porque supieron que ciertos hombres perdidos trataban de entregarlos á mercaderes ingleses, y venderlos por dinero, que los querían para entregarlos al rey Enrique de Inglaterra, de cuyas manos milagrosamente habían escapado navegando á Irlanda. Avisado del peligro en que estaban el sumo Pontífice, había mandado que se pasasen al reino de Escocia con la misma facultad y poder de nuncios apostólicos. Mas después, considerando su Santidad que ya aquella provincia estaba inficionada y mal afecta contra la Sede Apostólica, y que ya mucha gente noble, pervertida y engañada, le había perdido la obediencia y reverencia tan debida, pareciéndole que no era buena sazón

de enviarlos, los mandó volver para sí á Roma. Salieron de París los nuncios apostólicos, camino de Roma, á pie y pobremente vestidos, y con harto flaca provisión de viático. Y llegados de esta manera á León de Francia, los prendieron por espías y los echaron en la cárcel pública; á lo cual dió ocasión el haber entonces rompido guerra Francia con España, viniendo el delfín Enrique con ejército poderoso á Perpiñán; y el ver dos clérigos, el uno francés y otro español, en aquel hábito en tiempo tan sospechoso. Tuvieron noticia de esta prisión los cardenales de Tornón y Gadi, que á la sazón se hallaron en León, y mandáronlos sacar de ella, y dándoles liberalmente en qué ir, y lo necesario para su camino, los enviaron muy honradamente á Roma. Entre tanto que esto pasaba, en el mismo año de cuarenta y uno, fué de Alemania, con el doctor Ortiz, á España el padre Fabro, y en su lugar partió para Alemania, por orden de su Santidad, el padre Bovadilla, después de haber hecho en Roma su profesión. De manera que como de lo dicho en este capítulo se colige, dentro de un año entero después que la Sede Apostólica confirmó la Compañía, ya estaba esparcida por las provincias de Italia, Francia, España, Alemania, Irlanda, Portugal y la India.

CAPÍTULO V

Cómo se fundaron los colegios de Coímbra, Goa y la casa de Roma

Estando las cosas de la Compañía en el estado que dicho es, el rey de Portugal, don Juan el Tercero, después de haber enviado á Francisco Javier á la India, con el gran cuidado que tenía de la salvación de aquellas almas, trató de buscar manera como cada año pudiese enviar á allá algunos de los nuestros; y así, se determinó de hacer un colegio de nuestra Compañía, que fuese el seminario donde se criase gente y nunca faltase para enviar á la India; y para esto añadió este colegio á la insigne universidad de Coímbra, que poco antes el mismo Rey había fundado. Fué este colegio de Coímbra

origen y principio de todos los demás que en aquel reino se han fundado. Para la fundación de este colegio envió Ignacio al maestro Simón, algunos de los más aprovechados varones y mozos que habían entrado en la Compañía, y estaban en Roma y en París; y fué esto el año de mil y quinientos y cuarenta y uno. Y pues viene á propósito, no quiero (aunque de paso) dejar de decir la manera cómo en aquel tiempo Ignacio enviaba nuestros hermanos á tierras y provincias tan apartadas. Iban peregrinando á pie, y aunque no todos de un hábito, todos pobremente vestidos. Iban pidiendo limosna, y de ella vivían. Recogíanse á los hospitales donde los había; cuando no hallaban de limosna qué comer ó dónde dormir, socorríanse con algún dinerillo que para este fin y para semejante necesidad llevaban guardado. Predicaban en las plazas, según la oportunidad y tiempo que hallaban. Animaban á todos los que topaban á la penitencia de sus pecados, á la confesión y oración y á todo género de virtud. Saliendo de la posada, se armaban con la oración, y en entrando, también se recogían á ella. Confesaban y comulgaban los domingos, ó más á menudo, los que no eran sacerdotes. Había entre ellos suma paz y suma concordia, y tenían el ánimo siempre regocijado. Era tan grande el deseo que tenían de trabajar por Cristo, y tan encendido de padecer por su amor, que no se acordaban ni de los trabajos ni de los peligros de tan prolijos caminos. Mandábales el padre que el más flaco y que menos podía andar fuese delante de todos, para que la regla y medida de su camino en el andar y en el parar fuese lo que aquel podía, y los más fuertes siguiesen á los más flacos. Y porque no había entonces colegios de la Compañía en que albergarse, y porque, por no ser aún ella conocida, no tenían devotos ni personas que los acogiesen en tiempo de alguna necesidad, ordenaba Ignacio (y así se guardaba) que si alguno enfermase en el camino de manera que no pudiese pasar adelante, se detuviesen todos con él y le aguardasen algunos pocos de días. Y si la enfermedad pareciese larga, quedase uno de los compañeros con el enfermo, y que éste fuese el que era más á propósito para servirle y regalarle, señalándole para ello el que iba por superior. De esta manera pues iban los nuestros en aquellos principios, enviados de Ignacio, desde Roma á París y á España. De esta manera vinieron á Portugal los que dieron principio al colegio de Coímbra, los cuales fueron del

Rey muy bien recibidos. Y mientras en Coímbra se aparejaban las cosas para el colegio, se detuvieron algunos días en Lisboa y dieron también principio á la casa de San Antonio de aquella ciudad. Pero también en la India comenzó la Compañía á fructificar luego que la virtud y prudencia del padre Francisco Javier fué tratada y conocida, como lo contaremos en su lugar; porque el año de mil y quinientos y cuarenta y dos se dió á la Compañía en Goa (que es la cabeza y la más principal ciudad que tiene el Rey de Portugal en la India) un colegio, que estaba ya fundado, para criar y enseñar á los hijos de los gentiles que se convirtiesen á nuestra santa fe. Fué dado á los nuestros para que tuviesen el cuidado de instruir á aquellos niños en la vida y doctrina cristiana, y para que pudiesen acoger á sus hermanos que de nuevo les enviasen de Portugal, y también para que los que de aquella tierra quisiesen entrar en la Compañía, tuviesen allí su casa de probación. Finalmente, para que fuese aquel colegio como un castillo roquero para defensa de nuestra fe contra los enemigos de ella. De tan pequeños y bajos principios fué mucho lo que crecieron estos dos colegios de Coímbra y de Goa; porque llega el de Coímbra á tener más de doscientas personas, y el de Goa á ciento y veinte. Y en el uno y en el otro se enseñan públicamente todas las disciplinas y artes liberales que á un teólogo suelen ser necesarias. Así que podemos decir con verdad que á estos dos colegios se debe casi todo el fruto que, con la divina gracia, ha cogido la Compañía en Japón, en la *China*, en la Persia, en la Etiopía y en otras muchas naciones ciegas, por estar sin el conocimiento verdadero de Dios. Y de lo dicho también se saca que de todos los colegios que en la Compañía hasta ahora se han fundado, tiene el primer lugar el de Coímbra, comenzado entonces, y después acabado con la liberalidad y grandeza del serenísimo rey de Portugal, don Juan el Tercero. De los colegios, digo que éste es el primero, porque la casa de Roma es la madre de toda la Compañía, de la cual, como de primer principio y cabeza, por la industria y buen gobierno de Ignacio, nacieron todos los otros, que como colonias se fueron multiplicando y extendiendo por tan diversas naciones y tierras.

La cual casa de Roma podemos decir que nació juntamente con la misma Compañía y en un mismo tiempo, pues al cabo del año del año de mil y quinientos y cuarenta nos fué

dada por la buena diligencia y caridad del padre Pedro Codacio el templo que llaman de Nuestra Señora de la Estrada, que era parroquia; el cual cuando se nos dió era muy pequeño y angosto, y después, no pudiendo caber en él la mucha gente que concurría á oir la palabra de Dios, se fué ensanchando con varias trazas y añadiduras, hasta que el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, Alejandro Farnesio, cardenal y vicecanciller de la santa Iglesia romana, príncipe de grande autoridad y prudencia, nos comenzó á hacer un templo suntuosísimo, de una traza y obra maravillosa, para su enterramiento, pareciéndole que pues desde el principio de la Compañía él había sido singular patrón y protector de ella, que era bien llevarlo con esta obra tan señalada adelante. Y demás de adornar con ella su ciudad, y hacer este común beneficio, así á los ciudadanos como á los extranjeros, quiso que quedase perpetuada la memoria de la merced que en su primera confirmación la Compañía y toda la cristiandad en ella había recibido de Dios nuestro Señor, por mano del sumo pontífice Paulo III, cabeza de su casa y familia. Y cierto que era justo que pues la casa Farnesia fué la primera que fundó y estableció la Compañía, que este ilustrísimo cardenal, que es ornamento y honra de su casa, tenga su asiento y primer lugar en aquella casa é iglesia de la misma Compañía, que es madre y cabeza de todas las demás. También el año de mil y quinientos y cuarenta y tres nos añadieron á la iglesia de Santa María de la Estrada otra junto á ella, que se llamaba San Andrés, que por su vecindad nos venía muy á propósito, y esto por mandado de su Santidad, procurándolo y negociándolo Filipo Archinto, obispo de Seleucia y vicario del Papa en la ciudad de Roma; lo cual pasó desta manera. Visitaba el vicario Archinto todas las iglesias de Roma por orden de su Santidad, y viniendo á la iglesia de San Andrés, que era también parroquia, hallóla desamparada de su cura y encomendada á una mujer. Supo esto el Pontífice, y enojándose de tan grande desorden, como era razón, determinó, por aviso del Vicario, de dar esta iglesia á los nuestros, que en la iglesia de Santa María de Estrada, allí junto, confesaban y predicaban, con notable concurso y fruto de las ánimas. Hízose así; aunque después no faltó quien lo contradijese, todavía pasó adelante la voluntad y determinación del Pontífice, y se dió la posesión de ella á la Compañía, y comenzóse el

mismo año á labrar en ella la casa en que ahora vivimos en Roma. Y porque la cura de las almas no nos fuese estorbo, como cosa ajena de nuestro instituto, se traspasó la de una iglesia y de la otra, con todas sus rentas y provechos, á la iglesia de San Marcos, que está allí cerca y es muy antigua parroquia en Roma.

CAPÍTULO VI

Cómo se fundó el colegio de Padua

Por el mismo tiempo, á instancia de la señoría de Venecia, fué el padre maestro Laínez enviado por el sumo Pontífice á aquella ciudad, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, para que enderezase y llevase adelante ciertas obras de caridad que allí se comenzaban, del cual, como hiciese escogidamente su oficio, tuvo noticia Andrés Lippomano, prior de la iglesia de la Santísima Trinidad, persona ilustre en sangre, y de gran fama de virtud y cristiandad, y por su importunidad se fué el padre Laínez á posar á su casa. Estando Laínez en ella, fué tanto lo que de su trato y de su vida el Prior se edificó, y tanto lo que se pagó de su ingenio y de todo el instituto de la Compañía cuando lo entendió, que luego trató con el padre Laínez de hacer un colegio de ella en Padua, porque también tenía en aquella ciudad otro priorado, que llamaban de la Magdalena, que era de la orden y hospital de los caballeros de Santa María de los Teutónicos, instituída antiguamente de aquella nación cuando pasaban á la conquista de la Tierra Santa los alemanes. Este priorado determinó Lippomano de dar para la fundación del colegio, y mientras se impetraba de la Sede Apostólica la unión del priorado, quiso sustentar en aquella ciudad algunos de los nuestros, por gozar, no solamente de la esperanza del fruto venidero, mas también del provecho presente. Y así, el año de mil y quinientos y cuarenta y tres envió el padre Ignacio desde Roma algunos hermanos á Padua, para que se juntasen con Juan de Polanco, español, y Andrés Frusio, francés, que ya estu-

diaban en aquella universidad, y echasen los cimientos de aquel colegio; y el año de mil y quinientos y cuarenta y seis se alcanzó del papa Paulo III lo que se deseaba, y por sus letras apostólicas se unió aquel priorado á la Compañía; mas después, el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, pidiendo los nuestros á la señoría de Venecia que los pusiese en la posesión dél, un caballero, hermano del prior Lippomano, que pretendía el priorado para un hijo suyo, lo procuró estorbar con todas sus fuerzas, y como senador que era en aquella república, y tan principal, daba bien en qué entender á los padres Laínez y Salmerón, que de parte de la Compañía trataban el negocio; á los cuales, como á hombres advenedizos y pobres, les acaeció una vez que entrando en el Senado para dar razón de su demanda, como tenía tanta parte en él este caballero, tanta burla hicieron de ellos, que no faltaba sino silbarlos y patearlos; mas después que se sosegaron, habló el padre Laínez de tal manera, que acabado su razonamiento, se levantaron en pie todos los senadores y los saludaron con muestra de mucha cortesía, maravillados no menos de la prudencia y eficacia en el decir, que de la modestia y humildad del orador. Hallaban todavía grandes dificultades, porque los contrarios eran muy poderosos y el negocio en sí era arduo y odioso en aquella república; y así, teniéndolo ya casi por desahuciado, y no viendo ninguna buena salida en él, escribió Laínez al padre Ignacio en qué términos estaba, pidiéndole que para que nuestro Señor le diese buen suceso, dijese una misa por aquel negocio, porque él no hallaba otro remedio. Dijo Ignacio la misa, como se le pedía, el mismo día de la Natividad de nuestra Señora, y acabada, escribió á Laínez: «Ya hice lo que me pedisteis; tened buen ánimo, y no os dé pena este negocio, que bien le podéis tener por acabado como deseáis.» Y así fué, porque ocho días después que se dijo la misa, que fué la octava del Nacimiento de nuestra Señora, se juntó sobre este negocio el Consejo, que en Venecia llaman Pregay, y conformándose los votos de casi todos los senadores, se mandó dar la posesión á los nuestros. Espantáronse mucho los hombres prácticos de aquella república, y tuvieron por cosa maravillosa y nunca vista que contra un ciudadano, caballero y tan principal, en junta de casi doscientos y cincuenta senadores, y entre ellos de tantos parientes y amigos suyos, hubiesen tenido tanta parte unos hombres po-

bres, forasteros y extraños; porque sólo tres votos tuvo él en su favor. Y para que este suceso no se pudiese atribuir á los hombres, sino á Dios, el día que esto se determinó en el Senado no vinieron á él los senadores que más favorecían nuestra causa; y también para que nosotros aprendiésemos á no estribar ni poner nuestras esperanzas en las criaturas, sino en Dios nuestro Criador, el cual aun convirtió en bien y favor de sus siervos lo que los contrarios tomaron por medio para nuestro mal; porque, como se hubiesen dicho muchas cosas de los que en el colegio de Padua entonces vivíamos, y los adversarios hubiesen por todas las vías procurado hacernos sospechosos y odiosos á aquella república, por decreto del Senado se vino á hacer con mucho examen inquisición de nuestra vida, doctrina y costumbres, y quiso nuestro Señor, por su bondad (sin saberlo nosotros), que los que fueron á tomar la información la hallaron de manera, que escribieron al Senado lo que bastó, no solamente para librarnos de toda sospecha, pero para tener entero crédito de la virtud y verdad que trata la Compañía, y esto fué gran parte para que se tomase la resolución que se tomó y se nos mandase dar la posesión; y para tornar al año de mil y quinientos y cuarenta y dos, de que comenzamos á tratar, este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y dos entraron los nuestros en Flandes, no tanto por su voluntad, cuanto por una necesidad que se ofreció; porque, como repentinamente se hubiese encendido la guerra entre el emperador Carlos V y el rey de Francia, Francisco, fueron echados de Francia todos los españoles y flamencos que en ella estaban. Hallámonos á la sazón en París quince ó dieciséis de la Compañía, parte españoles, parte italianos, de los cuales, para cumplir con los edictos reales, quedándose en París los italianos, los españoles hubimos de salir á Flandes (por ser provincia del Emperador la más vecina y segura), llevando por nuestro superior al padre Jerónimo Domenech, para proseguir en la universidad de Lovaina nuestros estudios. Fué tanto lo que con el ejemplo de los nuestros y con los sermones en latín del padre Francisco de Estrada se movió aquella universidad, que muchos estudiantes escogidos, mozos y hombres ya en doctrina y autoridad señalados, se llegaron á nuestro instituto y entraron en la Compañía, los cuales se confirmaron más y establecieron en ella con los consejos del padre maestro Fabro, que habiendo

vuelto de España por Alemania la alta, era venido á Alemania la baja; y este fué el primer principio por donde se vino á fundar y extender la Compañía en los estados de Flandes.

CAPÍTULO VII

Cómo el Papa de nuevo confirmó la Compañía, y le dió facultad para recibir en ella todos los que quisiesen entrar

Viendo pues Ignacio que no sólo se inclinaban á ser de la Compañía mozos hábiles y de mucha espectación, sino también hombres eruditos y graves, y que se ofrecían fundaciones de colegios, y que los suyos por do quiera que andaban hacían gran fruto, y que no podían, por la prohibición del sumo Pontífice hacer profesos en la Compañía á todos los que Dios nuestro Señor á ella llamaba, procuró con todo cuidado y suplicó á su Santidad que tuviese por bien de confirmar de nuevo la Compañía y de extender aquel breve número que en su primera aprobación había tasado y abrir la puerta á todos los que viniesen á ella llamados de Dios; lo cual, como arriba se dijo, el Pontífice hizo con gran voluntad, el año de mil y quinientos y cuarenta y tres, á catorce días del mes de Marzo, movido del fruto que nuestros padres con su vida y doctrina hacían tan copioso en la Iglesia de Dios, y esperando que había de ser mayor para adelante. Desde este tiempo comenzó nuestra religión á ir creciendo con notable aumento, cada día más. En esta sazón había ya en la ciudad de Parma comenzado á crecer el grano que los padres Fabro y Laínez habían sembrado, y muchos sacerdotes de la misma tierra, que en la imitación les eran discípulos y en el deseo compañeros, hacían el oficio de regar y labrar lo que aquellos padres habían plantado, por donde la devoción y piedad de aquella ciudad iba acrecentándose cada día de bien en mejor. Mas el enemigo, que nunca duerme, para hacernos mal, trabajó cuanto pudo de sembrar sobre esta buena semilla su zizaña por medio de un predicador hereje, el cual, después de haberse arrojado á decir desde el púlpito muchas blasfemias y herejías para salir con su dañada intención, viendo

que la vida y doctrina de aquellos sacerdotes que he dicho le era grande estorbo, les levantó un falso testimonio y pretendió desacreditarlos por este camino; y así, se levantó una grande persecución contra ellos, aunque sin ninguna culpa suya.

Llamaban á estos clérigos los contemplativos, porque trataban de oración y meditación, y aunque ellos no eran de la Compañía, sino amigos de ella é imitadores de su doctrina y virtud, todavía nos echaban á nosotros su culpa, como á maestros de ellos, ó á lo menos como á participantes en el delito. Procuró Ignacio que el sumo Pontífice supiese de raíz todo lo que pasaba en Parma, y su Santidad, indignado gravemente (como era justo) del caso, considerando los daños que en algunas ciudades de Italia se podrían recibir si el veneno de las herejías (como se temía) fuese cundiendo; por consejo y parecer de Ignacio, instituyó una congregación y tribunal de seis cardenales escogidos entre todo el Sacro Colegio, los cuales con suma potestad fuesen inquisidores contra los herejes, y se desvelasen en descubrir y extirpar los enemigos de nuestra santa fe católica. Fué esta traza del cielo, porque este nuevo tribunal, no sólo ha sido provechoso á Roma, mas aun ha dado vida y salud á toda Italia. También procuró con todas sus fuerzas Ignacio que lo que se decía contra aquellos clérigos de Parma, se examinase y se viese en contradictorio juicio, y se sacase á luz, porque de pasarse en silencio no resultase alguna nota de infamia en su buena vida de ellos ó en el buen nombre de la Compañía. Y aunque hubo muchos que le contradecían y resistían, al fin salió Ignacio con su intento. Y así, por pública sentencia de Ludovico Milanesio, protonotario y vicelegado apostólico, fueron dados por inocentes y libres de toda sospecha é infamia.

CAPÍTULO VIII

Del colegio de Alcalá

Uno de los que arriba, en el capítulo quinto de este libro, dijimos que había enviado el padre Ignacio desde Roma á la

fundación del colegio de Coímbra, el año de mil quinientos cuarenta y uno, fué Francisco de Villanueva, el cual, como por los trabajos del largo camino hubiese caído enfermo, y tuviese poca salud en Portugal, por consejo de los médicos y obediencia de sus superiores, vino á Alcalá, para ver si los aires más naturales le serían más provechosos. Á donde hallándose mejor de salud, por orden de Ignacio quedó de asiento; y siendo ya hombre en días, comenzó á estudiar la gramática y aprender con toda diligencia las declinaciones y conjugaciones, y los demás principios tan desabridos de los niños, por pura obediencia. En este trabajo gastó dos años con suma pobreza y sufrimiento y menosprecio de todas las cosas del mundo, mas no con menor fruto y admiración de los que le conocían y trataban; porque siendo hombre sin letras, de baja suerte y aun de nombre no conocido, sin favor humano, de tal manera supo ganar la voluntad de los más graves varones y más doctos de aquella universidad, que maravillados del espíritu y prudencia que en él veían, acudían á él con sus dudas, y le tenían por maestro de su vida y por guía de sus intentos. Y mayor autoridad le daba acerca de los buenos la opinión que de su virtud se tenía, que no le quitaba la falta conocida de la doctrina. Juntáronsele después otros tres compañeros, con cuyo ejemplo se movieron algunos estudiantes á pedir la Compañía; los cuales recibidos en ella, pasaron grandes molestias y trabajos en sus principios, porque muchos se alteraron con la novedad, y más con un falso testimonio que les levantaron. De la cual sospecha, entendida luego la verdad, fueron los nuestros dados por libres con testimonio y sentencia pública del maestro Vela, rector que entonces era de aquella universidad. Y el colegio de Alcalá, ayudándole Dios con su gracia, y muchas personas con su favor y liberalidad, y principalmente el doctor Vergara, canónigo de la magistral de Cuenca, insigne teólogo y perfecto varón, ha ido en tanto aumento, que lo tenemos hoy día por uno de los mejores colegios de la Compañía, así por el número de los estudiantes, como por el fruto que en él se ve. Sería cosa larga y fuera de mi propósito querer ahora contar cuántos mancebos de excelentes ingenios y de grande espectación en letras y virtud, y cuántas personas señaladas en sabiduría y prudencia cristiana, hayan entrado por la puerta de aquel colegio en nuestra Compañía; tanto, que me

parece á mí haber sido el colegio de Alcalá el más principal seminario que la Compañía ha tenido, y como la fuente y principio de fundarla y extenderla en las provincias de España.

CAPITULO IX

De las obras pías que Ignacio hizo fundar en Roma

No solamente tenía cuidado Ignacio de las cosas domésticas y de las que tocaban al buen ser y gobierno de la Compañía, mas también daba la parte de este cuidado que podía al provecho de la gente de fuera. Y con esta solicitud, procuró que se desarraigasen muchos vicios de la ciudad de Roma, que por la mala costumbre ya no se tenían por tales, y que se instituyesen muchas obras de gran servicio de Dios nuestro Señor y beneficio espiritual de las almas. Y lo primero fué, que se pusiese en uso y se renovase y tuviese su fuerza aquella tan saludable y necesaria decretal de Inocencio III, en el título *De poenitentiis et remissionibus*, que comienza: *Cum infirmitas corporalis*, etc. En la cual se manda que los médicos no hagan su oficio de curar el cuerpo del enfermo antes que el ánima esté curada con el santo sacramento de la penitencia y confesión. Aunque para que mejor se recibiese, procuró Ignacio que se mitigase el rigor de este decreto con una suave moderación, y es, que pueda el médico visitar á los enfermos una y dos veces, mas no la tercera si no estuviesen confesados. El cual decreto, con esta misma moderación, dejó perpetuamente establecido, so graves penas, la santidad de Pío V, en un *proprio motu* que sobre esto hizo. También, habiendo en Roma tanta muchedumbre de judíos, no había lugar ninguno donde recibir á los que, quitado el velo de la infidelidad, por la misericordia de Dios se convirtiesen al Evangelio de Jesucristo. No había tampoco maestros señalados que enseñasen é instituyesen en la fe á los que al gremio de la santa Iglesia se quisiesen acoger. No había renta ninguna, ni cosa cierta, para sustentar la pobreza de

estos y socorrer á sus necesidades. Pues porque no se perdiese tanto fruto, no dudó Ignacio, con toda la estrechura y pobreza de nuestra casa, de recoger en ella algunos años los que se querían convertir, y sustentarlos, doctrinarlos y ponerlos después á oficio, donde viviesen entre cristianos, como cristianos, y pasar su vida con menos trabajo. Y así, muchos judíos, movidos con la caridad de los nuestros y con el buen ejemplo de algunos de los suyos que ya habían recibido el bautismo, se convirtieron á nuestra fe; entre los cuales fueron algunos principales, que importaban mucho para la conversión de los demás; porque éstos con grande eficacia y claridad convencían á los otros judíos, mostrándoles por las Escrituras que el prometido y verdadero Mesías es Jesucristo nuestro Señor. Mas porque este bien tan señalado no fuese de poco tiempo, y se acabase con sus días, con todo cuidado é industria procuró Ignacio que en Roma se hiciese una casa de catecúmenos, en que se recibiesen y sustentasen los que pedían el santo bautismo y venían al conocimiento de la verdad, la cual, aunque á costa de grandes trabajos suyos, al fin salió con ello, y la puso en perfección. Y para que no tuviesen estos hombres tropiezo ninguno, sino que fuese más fácil y llano el camino de convertirse á nuestra santa religión, alcanzó Ignacio del papa Paulo III que los judíos que de allí adelante se convirtiesen, no perdiesen nada de sus haciendas, como antes se usaba, ni saliesen con pérdida temporal por la ganancia espiritual é inestimable que hacían en conocer y adorar á Jesucristo nuestro Redentor, de quien habían de esperar los bienes eternos. Y aun les alcanzó que los hijos de los judíos que venían á la fe contra la voluntad de sus padres, los heredasen enteramente, como antes que se convirtiesen, y que los bienes que hubiesen ganado por usuras, de que no se supiesen los dueños (pues la Iglesia puede y suele emplear los tales bienes en píos usos y en beneficio de los pobres), se aplicasen á los mismos que se convertían en favor del santo bautismo. Á lo cual, con grande aviso, después añadieron los sumos pontífices Julio III y Paulo IV, y mandaron que todas las sinagogas de judíos que hay en Italia paguen cierta suma de dineros cada año para el sustento de esta casa de los catecúmenos de Roma. Y otras muchas cosas se hicieron por industria de Ignacio, así para convidar á estos infieles y traerlos á nuestra santa fe, como para conservarlos en ella.

Con lo cual se ha abierto una gran puerta á esta gente para su salvación, y muchos de los que quedan, y del desecho de Israel (que dice el Apóstol), se han allegado al conocimiento de Jesucristo nuestro Redentor. Había también en Roma gran muchedumbre de mujercillas públicas perdidas, y ardíase la ciudad en este fuego infernal; porque en aquel tiempo no estaba tan refrenada la libertad de vida en Roma; la cual después, con la severidad de sus mandatos, han reprimido mucho los sumos pontífices, y está muy reformada y trocada aquella santa ciudad. No faltaban algunas de aquellas pobres mujeres que, inspiradas de Dios, deseaban salir de aquella torpe y miserable vida, y recogerse á puerto saludable de penitencia. Para recibir á las que de esta manera se vuelven á nuestro Señor, hay en Roma un monasterio, con título de Santa María Magdalena, que comunmente se dice de las Arrepentidas; pero no se admiten en él sino las que quieren encerrarse para siempre, y dedicándose á la religión, gastar todos los días de su vida en obras dignas de penitencia. Lo cual, aunque sea muy bueno, no puede ser tan universal, ni extenderse á tantas de estas pobres mujeres como sería menester; porque primeramente muchas de ellas, por ser casadas, no pueden entrar en religión, y así son excluídas de esta guarida, y habríaseles de dar donde se recojan hasta que se tratase de las reconcilias con sus maridos, porque no caigan en peligro de la vida por buscar la castidad y limpieza. También hay otras que aunque desean salir de aquel mal estado, no por eso sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfección; porque no todos los que acaban consigo de apartarse de lo malo, se hallan luego con caudal para seguir lo mejor. Á éstas también se les niega la entrada, por sus estatutos, en el monasterio de las Arrepentidas. Y así, Ignacio, mirando estas dificultades, y deseando aprovechar á todo este género de personas, de manera que no hubiese ninguna de ellas que por achaque de no tener que comer dejase de apartarse de vida tan abominable y mala, procuró que se instituyese una nueva casa en que todas pudiesen ser recibidas. Comunicando pues este su designio y obra tan caritativa y provechosa con muchos señores y señoras principales, para que con su autoridad y limosna pudiese tener efecto, todos se ofrecieron de ayudar, cada uno con lo que pudiese, si se hallase quien como autor

y dueño se quisiese encargar de ella. Porque cada uno temía de tomar sobre sí todo el peso del negocio, y quería más entrar á la parte como compañero á ayudar esta obra, que como principal encargarse de toda ella. Mas como por esta causa viese Ignacio que ninguno comenzaba, y que se pasaban los días y los meses sin ponerse en efecto lo que él tanto deseaba, y tanto cumplía al servicio de Dios nuestro Señor, por quitar al demonio la ocasión de más dilatarla, se determinó de comenzarla, usando de la industria que diré. De una plaza nuestra que está en Roma, delante de nuestra iglesia, sacaba en aquella sazón Pedro Codacio, procurador de nuestra casa, unas piedras grandes de las ruinas y edificios de la antigua ciudad de Roma. Dícele pues Ignacio al procurador: «Vendedme estas piedras que habéis sacado, y hacedme de ellas hasta cien ducados.» Hízolo así el dicho procurador, en tiempo que pasábamos harta necesidad, y dió los cien ducados á Ignacio, el cual los ofreció luego para aquella santa obra, diciendo: «Si no hay quien quiera ser el primero, sígame á mí, que yo lo seré.» Siguiéronle otros muchos, y así se comenzó y se acabó aquella grande obra en el templo de Santa Marta, donde se instituyó una cofradía y hermandad, que se llama Nuestra Señora de Gracia, que tiene cuidado de llevar adelante esta obra, y de recoger, amparar y proveer á semejantes mujeres. Y era tanta la caridad y celo de Ignacio para salvar las almas de estas pobrecitas, que ni sus canas, ni el oficio que tenía de prepósito general, eran parte para que él mismo en persona dejase de llevarlas, y de acompañarlas por medio de la ciudad de Roma cuando se apartaban de su mala vida, colocándolas en el monasterio de Santa Marta ó en casa de alguna señora honesta y honrada, donde fuesen instituídas en toda virtud.

En esta obra de tanta caridad muy particularmente se señaló y resplandeció la bondad y santo celo de doña Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, que era entonces embajador del emperador don Carlos en Roma. Solían algunos decir á Ignacio que por qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio de estas mujeres, que como tenían hechos callos en los vicios fácilmente se tornaban á ellos; á los cuales respondía él: «No tengo yo por perdido este trabajo; antes os digo que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de estas quisiese pasar sola una no-

che sin pecar, yo los tendría todos por bien empleados á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la Majestad infinita de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se había de volver á su torpe y miserable costumbre. No menos trabajó en que se socorriese á la necesidad y soledad de los huérfanos; y así, por su consejo é industria, se hicieron dos casas en Roma, la una para los niños, y la otra para las niñas que se hallan sin padre y madre, y quedan desamparados y sin humano remedio, para que allí tuviesen asegurada su castidad y el mantenimiento necesario para los cuerpos, y la doctrina é instrucción conveniente para las almas, aprendiendo juntamente los oficios en que después de crecidos sirviesen á la república.

También buscó manera para socorrer á muchas doncellas y evitar el peligro en que suele estar puesta su limpieza, ó por descuido ó poca virtud de las madres, ó por necesidad y pobreza que tienen. Y para este efecto se fundó en Roma aquel loable y señalado monasterio de Santa Catalina, que comunmente llaman de Funariis. En el cual se recogen como á sagrado las doncellas que se ven estar en peligro de perderse. Estas son pues, y otras cosas de este jaez, las que Ignacio hizo en Roma, ordenadas todas para el bien de los prójimos y para la salud de las almas. Y en hacerlas tenía esta orden: comunicaba su determinación con hombres graves y cuerdos y amigos de todo lo bueno, y particularmente inclinados á obras de caridad, entre los cuales los que más se señalaron eran Diego Crescencio, caballero romano; Francisco Vanucio, limosnero mayor del papa Paulo III, y Lorenzo del Castillo, de los cuales Ignacio se valía mucho, no sólo para oir su consejo, mas para ayudarse de su favor é industria. Ventiladas entre ellos y allanadas las dificultades de la obra que querían hacer, se iban á representarla á algunos hombres principales, ricos y devotos, para que con su autoridad y limosna se le diese principio y se sustentase. Y lo primero era escoger algún cardenal de la santa Iglesia, el que parecía más á propósito para ser protector de la tal obra; después hacían su hermandad, escribían sus estatutos, ponían sus leyes, daban la orden con que ella se había de gobernar y tener en pie. Hecho todo esto, viendo Ignacio que ya podía andar por sus pies y que sin él se podía conservar, se salía afuera, dando su lugar á otro, y poco á poco se aplicaba luego á comen-

zar otras semejantes obras; porque era tanta su caridad, que no podía acabar consigo estar ocioso, sino que siempre andaba tratando cosas de nuevo, que acarreasen provecho é hiciesen bien á los hombres para su salvación.

CAPÍTULO X

Cómo se fundaron en diversas partes nuevos colegios

Grande era el celo y la solicitud con que Ignacio se empleaba en estas cosas en Roma, siempre intento y puestos los ojos en procurar la mayor gloria divina; mas mucho mayor era el amor con que Dios nuestro Señor galardonaba éste su cuidado que el mismo Dios le había dado de su servicio, acrecentando la Compañía y moviendo los corazones de las gentes para que de muchas partes llamasen á los nuestros y procurasen tenerlos consigo, y les diesen casas y todo lo necesario. Y aunque, siendo tan pocos como entonces eran, no se podía satisfacer á todos lo que lo pedían, mas procuraba Ignacio de repartir los hijos que tenía y distribuirlos por aquellos lugares en los cuales, consideradas las circunstancias, se esperaba que resultaría mayor fruto en el divino servicio. Por esta causa, habiendo el padre Jerónimo Domenech (que mucho antes se había dedicado á la Compañía) ofrecido toda su hacienda para que de ella se fundase un colegio en Valencia, de donde él era natural; Ignacio, considerada la amplitud y nobleza de aquella ciudad, la frecuencia de la universidad y la abundancia de pueblos que tiene en su comarca para hacer salidas y aprovechar á las almas, envió á Valencia al padre Diego Mirón (que de París había venido á Coímbra, el año de mil quinientos cuarenta y uno, y había tenido algún tiempo cargo de aquel colegio), y después envió algunos otros, el año de mil quinientos cuarenta y cuatro, para que diesen principio al colegio de Valencia, lo cual ellos hicieron con toda diligencia y fidelidad, y el año de mil quinientos cuarenta y cinco se le aplicó, por bulas apostólicas, alguna renta eclesiástica, con la cual más se estableció, y después acá ha

florecido cada día más aquel colegio, así con la copiosa cosecha de muchos estudiantes que allí han entrado en la Compañía, como con el grande fruto que en los naturales de aquella ciudad, por la misericordia de Dios nuestro Señor, siempre se hace. En este mismo tiempo, los padres Pedro Fabro y Antonio de Araoz vinieron de Portugal á Castilla, enviados del rey de Portugal don Juan el Tercero, con la princesa doña María, su hija, que venía á casarse con el príncipe de España don Felipe. Llegados á Valladolid, donde á la sazón estaba la corte, fueron las primeras piedras que Dios nuestro Señor puso para el edificio del colegio de aquella villa, el cual, aunque fué pequeño y muy estrecho al principio, después creció tanto, que así por la frecuencia y grandeza del pueblo, como por el mucho fruto que en él se hace, ha sido necesario añadir al colegio otra casa de profesos. También se dió entonces principio al colegio de Gandía, el cual levantó desde sus cimientos don Francisco de Borja, duque de la misma ciudad de Gandía, en muy buen sitio, y con singular devoción y liberalidad le acabó y dotó de buena renta; al cual envió Ignacio desde Roma cinco de los nuestros, el año de mil quinientos cuarenta y cinco, los cuales se juntaron en España con otros y fueron los primeros moradores del colegio de Gandía.

CAPITULO XI

De la muerte del padre Pedro Fabro

El principal instrumento que Dios tomó con el duque de Gandía para la fundación del colegio de aquella ciudad, fué el padre maestro Pedro Fabro, el cual pasó de esta vida á la inmortal, en Roma, el primer día de Agosto del año de mil quinientos cuarenta y seis. Nació este admirable varón en una aldea del ducado de Saboya, llamada Villareto, en la diócesis de Géneva, el año de mil quinientos seis; sus padres eran labradores y de baja suerte, mas hombres muy cristianos y devotos. Crióse en su casa de ellos de tal manera, que desde su niñez daba muestras de la elección con que Dios le

había escogido por una de las principales columnas sobre que quería fundar esta santa religión, porque desde la edad de siete años comenzó á sentir en sí grandes estímulos y deseos vivos de toda virtud, y á los doce fué su corazón tan encendido y abrasado del amor de la castidad y limpieza, que hizo voto de ella. Tuvo tan grande inclinación al estudio de las letras, que por sus importunos ruegos fué su pobre padre forzado á sacarle del oficio de pastor y de andar tras el ganado, y ponerle á la escuela, en la cual dió muestras de rara habilidad. Habiendo aprovechado en las primeras letras medianamente, á los diez y nueve años de su edad fué enviado á París, adonde acabó el curso de la filosofía, alcanzando honoríficamente el grado de maestro en artes. Era en este tiempo muy acosado de escrúpulos, y tan afligido, que trataba de irse á vivir á un desierto y sustentarse de las yerbas y raíces del campo, ó hacer otra vida más áspera, para desechar de sí aquella congoja y afligimiento de espíritu que padecía. Mas andando en estas trazas, sin hallar descanso, trató (como dijimos) con Ignacio, con cuya santa conversación y saludables consejos quedó del todo libre y sosegado, y fué el primero de los compañeros que se determinó de seguirle é imitarle en toda pobreza y perfección. Acabados los estudios de teología, vino con los otros compañeros á Italia, como hermano mayor y guía de todos ellos. De Roma le envió el sumo Pontífice á Parma, y de allí á Alemania, y después á España con el doctor Ortiz, de donde dió la vuelta otra vez á Alemania, en la cual hizo muy señalado fruto, porque con la vida ejemplar y con la autoridad de su excelente doctrina, y con la gravedad y prudencia que tenía en el conversar, ganó las voluntades de los príncipes católicos de aquella nación, y reprimió el furor de los herejes, y con el buen olor que de nuestra Compañía derramó por todas partes, le abrió la puerta para que ella entrase en aquellas provincias, las cuales en otro tiempo fueron tan religiosas como al presente son miserablemente inficionadas y necesitadas de socorro. Sembró el padre Fabro en aquel campo con lágrimas el fruto que ahora los nuestros cogen con alegría. Movía tanto la vida y ejemplo de este buen padre, que por su respeto, los monjes cartujos que se habían juntado á capítulo en la ciudad de Colonia, quisieron tener una santa hermandad y alianza con nuestra Compañía, por la cual nos hicieron particioneros de todas sus bue-

nas obras y merecimientos. Después fué el padre Fabro á Portugal y á Castilla y por toda España, en los cuales reinos fué singularmente amado y reverenciado de todos cuantos con él trataban. Finalmente, viniendo de España, por mandato del sumo Pontífice, para hallarse en el sacro concilio de Trento, y entrando en Roma en lo recio del estío, cayó malo de una enfermedad, que en pocos días le acabó la vida. Suplieron bien la falta que Fabro hizo en el concilio los padres Laínez y Salmerón, que ya entonces estaban en él como teólogos de la Sede Apostólica. Fué Fabro varón de grande virtud y doctrina. Tuvo admirable dón de conocer y discernir espíritus y gracia de sanar enfermos. Fué hombre muy ejercitado en la continua oración y contemplación, y de tanta abstinencia, que llegó alguna vez á no comer bocado ni beber gota en seis días enteros. Era obedientísimo y gran despreciador de sí mismo. Celaba siempre la Iglesia de Dios y la salud de los prójimos. En el razonar de las cosas de Dios parecía que tenía en su lengua la llave de los corazones, tanto los movía y aficionaba, y no era menor la reverencia que todos le tenían por la suave gravedad y sólida virtud que resplandecía en sus palabras, que el amor con que los tenía ganados. Comunicábasele Dios nuestro Señor y regalaba su alma con maravillosas ilustraciones y revelaciones divinas, como se ve, parte en un libro que él escribió como memorial de lo que pasaba por ella, lleno de espíritu y devoción, parte en una carta que escribió desde Alemania al padre Laínez, el año de mil quinientos cuarenta y dos.

Escribía Fabro á Laínez y trataba con él con tanta llaneza y hermandad como con su propia alma, porque era grandísima la semejanza que en estos dos padres había de espíritu y celo, y muy entrañable entre ellos la unión de amor y caridad. Y para que esto mejor se vea, quiero poner aquí á la letra un capítulo sacado de aquella carta que á Laínez envió, en la cual Fabro le da cuenta de sí, diciendo, aunque era saboyano, estas formales palabras en romance:

«Pluguiese á la Madre de Dios nuestro Señor que yo pudie»se daros noticia de cuánto bien ha entrado en mi alma y »quedado desde que yo os dejé en Plasencia hasta este día »presente, así en conocimiento, como en sentir sobre las co»sas de Dios nuestro Señor, de su Madre, de sus santos ánge»les y santos, almas del cielo y del purgatorio, y de las cosas

»que son para mí mismo, sobre mis altos y bajos, mis entra»res en mí mismo y salires, mundar el cuerpo y el alma y el »espíritu, purificar el corazón y desembarazarlo para recibir »los divinos licores, y retenerlos y mantenerlos, pidiendo »para todo gracias diversas, buscándolas y pulsando por ellas. »Asimismo cuanto toca al prójimo, dando nuestro Señor mo»dos y vías y verdades y vidas para conocerle y sentir sus »bienes y sus males en Cristo, para amarle, para soportarle »y padecerle y compadecerle, para hacer gracias por él y pe»dirlas, para buscar perdones por él y excusaciones, hablan»do bien por él delante su divina Majestad y sus santos. En »suma, digo, hermano mío maestro Laínez, que yo no sabré »jamás reconocer, no digo por obras, mas ni aun por pensa»miento y símplice aprehensión, las mercedes que nuestro »Señor me ha hecho y hace y está prontísimo para hacerme, »aligando todas mis contriciones, sanando todas mis enfer»medades y mostrándose tan propicio á todas mis iniquida»des, *ipsi gloriæ*, amén. Él sea bendito por todo y de todas »las criaturas por ello, amén. Él sea siempre honrado en sí y »en su Madre y en sus ángeles y en sus santos y santas, amén. »Él sea magnificado y sobre todo ensalzado por vía de todas »sus criaturas, amén. Yo digo amén de mi parte, y os ruego »que le alabéis sobre este vuestro hermano; que yo así lo »hago sobre toda la Compañía.»

Hasta aquí son palabras de Fabro; y como algunos de nuestros hermanos mostrasen mucho sentimiento por la muerte de un padre tan principal, que con su vida había hecho tanto bien á la Compañía, y parecía que podía hacer adelante mucho más, les dijo Ignacio: «No hay de qué tomar pena por la muerte de Fabro, porque Dios nuestro Señor nos recompensará esta pérdida, y dará en su lugar otro Fabro á la Compañía, que la acrecentará y ennoblecerá mucho más que el que ahora nos quitó.» Lo cual se cumplió así como él lo dijo, porque don Francisco de Borja, duque de Gandía, no contento de habernos edificado y dotado el colegio de Gandía, determinó de ofrecerse á sí mismo como piedra viva de este edificio espiritual que Cristo iba levantando de la Compañía, y así se lo escribió á Ignacio, diciéndole «que determinaba despedirse del mundo y seguir desnudo al desnudo Jesús en su Compañía»; y fué el primero que hizo profesión en ella después de la muerte de Fabro, para que se verificase

lo que había dicho Ignacio, y se entendiese que Dios le había traído en su lugar. Hizo su profesión el Duque el año de mil y quinientos y cuarenta y siete, reservándose, con licencia del Papa, la administración de su estado algunos pocos años, para pagar en ellos sus deudas y dar orden á su casa y familia, y juntamente gozar el fruto de su devoción y hacer desde luego sacrificio de sí mismo. El acrecentamiento que á la Compañía ha dado la divina bondad, tomando por instrumento de sus obras la virtud é ilustre sangre de este su siervo, el mundo todo lo sabe y la misma Compañía lo reconoce, pues vemos por su mano fundados muchos y muy principales colegios en España, y que movidos con su ejemplo, muchos mozos de excelentes ingenios, muchos de edad madura y prudencia, muchos varones por sangre y por letras señalados é ilustres, han venido á la Compañía y que han servido y sirven en ella al Señor de todos, y todo esto vimos hecho por él aun antes que fuese prepósito general.

CAPÍTULO XII

De las persecuciones que se levantaron contra Ignacio en Roma por las buenas obras que en ella hizo

Parecía que con vientos tan prósperos iba segura esta nao de la Compañía y que no había que temer; mas al mejor tiempo se le levantó una terrible y cruel tormenta, procurada del demonio por sus ministros; pero, como tenía á Dios nuestro Señor por su piloto y capitán, aunque pasó trabajo, salió bien de él; y fué así: que en Roma un hombre había tomado una mujer casada á su marido, la cual, reconociendo su culpa, deseó apartarse del adulterio y entrar en el monasterio de Santa Marta, que poco antes, como dijimos, se había fundado. Súpolo Ignacio, dióle la mano y púsola en el monasterio, de lo cual el amigo que la tenía recibió tan grande saña y enojo, que siendo como era colérico y atrevido, furioso con la pasión del amor ciego, comenzó, como quien sale de seso, á apedrear de noche el mismo monasterio de Santa Marta y

á deshonrar é infamar nuestra Compañía, publicando muchas cosas contra ella, que no sólo eran falsas, sino tan malas, que por su fealdad no se pueden honestamente decir. Llegó á tanto su atrevimiento, que vino á poner mácula en Ignacio y á perseguirle y á decir mucho mal de él; y cuando topaba él ó los suyos algunos de los nuestros, les decía en la cara tales palabras y tan afrentosas y con tanta desvergüenza, que sin asco y horror no se podían oir; y no contento con esto, confiado en la privanza y favor grande que tenía, hizo libelos disfamatorios y divulgólos, en los cuales nos acusaba de tantas maldades y tan abominables sacrilegios, que apenas los nuestros osaban salir de casa ni tratar con los hombres de su salvación, porque cuantos perdidos y desalmados encontraban, ó les decían denuestos é injurias, ó les echaban maldiciones. Y no solamente corría esta infamia entre la gente baja y vulgar, mas aun había llegado á oídos de los príncipes y de los cardenales de la corte romana y del mismo papa Paulo III. Para resistir á esta infamia, y para que (como con la disimulación y paciencia había crecido) no se fuese arraigando y cobrando fuerzas, con daño del servicio de Dios nuestro Señor y del bien de las ánimas, suplicó Ignacio á su Santidad que cometiese este negocio á los mejores jueces y de más entereza que hubiese, y que fuese su beatitud servido de mandarles que particularmente tomasen información é inquiriesen de los delitos de que aquel hombre nos había infamado. Cometió el Papa la causa al gobernador de Roma, Francisco N., y á Filipo Archinto, su vicario general; los cuales hicieron con gran cuidado y diligencia escrutinio é inquisición de todo lo que se había dicho y publicado; y finalmente, el año de mil y quinientos y cuarenta y seis, á once de Agosto, pronunciaron la sentencia, por la cual, habiendo declarado que los nuestros eran inocentes y libres de toda infamia, y honrándolos con muchas alabanzas, ponen silencio perpetuo al acusador y tramador de aquellas calumnias, amonestándole, so graves penas, que mirase de allí adelante por sí y se guardase de semejantes insultos; y el mismo Ignacio intercedió y rogó por él para que no se tocase en su persona ni se le diese otro más riguroso castigo; y ganóse con esta blandura, que en fin se vino á reconocer y arrepentir después que la ciega afición de aquel encendido amor se le resfrió, y sanó de aquella miserable dolencia y frenesí. Y trocóse de tal manera, que

comenzó á amar y á reverenciar al médico que tanto había aborrecido, y hacer tantas y tan buenas obras á los que antes había maltratado y perseguido, que recompensó bien la culpa pasada con la benevolencia del presente, y el odio con el amor. Sosegada esta borrasca, se levantó otra no menos peligrosa, por ocasión de la casa, nuevamente fundada en Roma, de los catecúmenos. La primera nació del amor deshonesto, y esta segunda de una vehemente ambición; que no suele ser esta pasión, cuando reina y se apodera de un hombre, menos ciega y desatinada que el amor. Tenía cargo de la casa de los catecúmenos un sacerdote seglar, el cual se dió á entender que Ignacio en el gobierno de ella le era contrario, y que se hacía más caso de lo que parecía á Ignacio que á él. Entró poco á poco en aquella pobre alma la envidia y pesar de esto, de tal manera, que embriagado y ciego del odio y rencor, se determinó de perseguir á Ignacio é infamar la Compañía. Aquí decía que éramos herejes, allí que revelábamos las confesiones, y otras cosas escandalosas y mal sonantes; y el remate de sus pláticas era que habían de quemar á Ignacio en vivas llamas. Mas como Ignacio ardía en otro fuego del divino amor, no hizo caso de este miserable hombre ni de lo que decía y hacía, antes tuvo por mejor vencerle con el silencio y rogando por él á Dios, que suele responder por sus siervos cuando ellos callan por su amor; y así lo hizo en este caso, que no dejó sin castigo aquella maldad y calumnia. Viniéronse á descubrir, sin que Ignacio lo supiese, tales cosas de la vida de este pobre clérigo (las cuales él con arte había disimulado y encubierto muchos días), que por sentencia pública fué condenado en juicio, y quedó perpetuamente suspenso del oficio sacerdotal y privado de todos los beneficios y oficios que tenía, y encerrado en una cárcel por todos los días de su vida.

CAPÍTULO XIII

Cómo Ignacio libró la Compañía de tener cargo de mujeres debajo de su obediencia

Casi en el mismo tiempo libró Dios la Compañía de otra suerte de peligro, porque ciertas señoras, teniendo por una

parte gran deseo de servir á nuestro Señor en perfección religiosa, y por otra de ser guiadas y regidas por la Compañía (á la cual tenían muy particular devoción), suplicaron al Papa que les diese licencia para vivir en religión y hacer su profesión debajo de la obediencia de nuestra Compañía, y así la alcanzaron y comenzaron á usar de ella. Fué una de estas una matrona honestísima y virtuosísima, natural de Barcelona, llamada Isabel Rosel, de quien Ignacio había recibido muy buenas obras en París y en Barcelona, de donde ella vino á Roma con deseo de verle y con determinación de dejar todas las cosas del mundo, y entregarse toda á su obediencia para ser regida por él. Deseaba grandemente Ignacio (que era muy agradecido) dar á esta señora satisfacción y consolarla por lo mucho que le debía, mas en esto no pudo dejar de hacerle gran resistencia; porque aunque su deseo de ella era pío y santo, juzgaba Ignacio que no convenía á la Compañía tener cargo de mujeres, por ser cosa embarazosa y muy ajena de nuestro instituto.

Y mostró bien la experiencia que no se movía á sentir esto sin mucha razón, porque es cosa de espanto cuánta fué la ocupación y molestia que en aquellos pocos días que duró le dió el gobierno de solas tres mujeres que esta licencia de su Santidad alcanzaron; y así, dió luego cuenta al sumo Pontífice del grande estorbo que sería este cargo, si durase, para la Compañía, y suplicaba á su Santidad que á él exonere de esta carga presente, y libre á la Compañía de la perpetua congoja y peligro qne con ella tendrá, y no permita que los nuestros, que han de estar siempre ocupados en cosas tan provechosas, grandes y necesarias, con este cuidado (á que otros pueden atender) de gobernar mujeres sean embarazados. Aprobó el sumo Pontífice las razones de Ignacio, y concedió á la Compañía lo que le suplicaba, y mandó expedir sus letras apostólicas, por las cuales para siempre son eximidos los nuestros de esta carga de regir mujeres que quieran vivir en comunidad, ó de otra cualquier manera, debajo de la obediencia de la Compañía. Fueron expedidas estas letras apostólicas á los veinte de Mayo de mil y quinientos y cuarenta y siete; y no contento con esto Ignacio, para asegurar más este punto tan esencial, y cerrar la puerta á los sucesos de adelante y atapar todos los agujeros á las importunidades que con la devoción y buen celo se suelen ofrecer, alcanzó del papa Paulo III, el

año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, que la Compañía no sea obligada á recibir cargo de monjas ó de cualesquier otras mujeres religiosas, aunque las tales impetren bulas apostólicas, si en las tales bulas, de nuestro indulto y de nuestra orden no se hiciese expresa mención, que estas son las mismas palabras de nuestro privilegio. Y así en las *Constituciones* que dejó Ignacio inscritas á la Compañía, con grande aviso le quita todo cuidado de gobernar mujeres, que aunque puede ser santo y loable, no se compadece bien con nuestras muchas ocupaciones, ni está tan desamparado, que no haya en la Iglesia de Dios quien loablemente se ocupe en él. Y para que mejor nuestros sucesores entiendan lo que nuestro padre Ignacio en esto sentía, y esto se declare con sus palabras, y no con las mías, quiero poner aquí una carta que escribió sobre este negocio á la misma Isabel Rosel, cuando más le importunaba que la tuviese debajo de su obediencia, que dice así:

«Veneranda señora Isabel Rosel, *madre y hermana en »Cristo nuestro Señor:* Es verdad que yo deseo, á mayor glo»ria divina, satisfacer á vuestros buenos deseos y teneros en »obediencia, como hasta ahora habéis estado en algún tiem»po, poniendo la diligencia conveniente para la mayor salud »y perfección de vuestra alma, *tamen* para ello, no hallando »en mí disposición ni fuerzas cuales deseo, por las mis asiduas »indisposiciones y ocupaciones en cosas por las cuales tengo »principal obligación á Dios nuestro Señor, y á la santidad de »nuestro Señor en su nombre; asimismo viendo, conforme á »mi conciencia, que á esta mínima Compañía no conviene te»ner cargo especial de dueñas con votos de obediencia (según »que habrá medio año que á su Santidad expliqué largo), me »ha parecido á mayor gloria divina retirarme y apartarme de »este cuidado de teneros por hija espiritual en obediencia, »mas por buena y piadosa madre, como en muchos tiempos »me habéis sido, á mayor gloria de Dios nuestro Señor. Y así, »por mayor servicio, alabanza y gloria de la su eterna bon»dad, cuanto yo puedo, salva siempre toda autoridad supe»rior, os remito al prudentísimo juicio, ordenación y volun»tad de la santidad de nuestro Señor, para que vuestra ánima »en todo sea quieta y sonsolada á mayor gloria divina. En »Roma, primero de Octubre de mil y quinientos y cuarenta y »seis.»

Hasta aquí son sus palabras, y conforme á ellas fueron sus obras, así por lo que habemos contado en este capítulo, como por otras cosas que para este mismo fin hizo; entre las cuales es una que, comenzándose á fundar el colegio de Ferrara, y pidiendo el Duque de aquella ciudad (que es tan poderoso príncipe, y de quien dependía toda la fundación) á nuestro padre que diese licencia á los nuestros para que algunos días tuviesen cargo de un monasterio de monjas muy religioso que en aquella ciudad había fundado la madre del mismo Duque, y haciendo mucha instancia sobre ello, nunca lo pudo acabar con él. Y en Valladolid, habiendo los nuestros (por pura importunidad y lágrimas de ciertas monjas y ruegos de personas principales, y por obediencia de los superiores de la Compañía de España, que vencidos de ellos se lo mandaron) tomado cargo de ciertas monjas, luego que lo supo Ignacio se lo mandó dejar, y así se hizo; porque de ninguna cosa tenía mayor cuidado que de conservar el instituto de la Compañía entero y en su vigor, y en que los de ella sirviesen á nuestro Señor en lo que Él quiere ser servido de ellos, y no en otras cosas ajenas de su vocación, en las cuales no suele Dios así acudir con su gracia, como en las otras para las cuales Él los llama y para que de ellos se quiere servir.

CAPÍTULO XIV

Cómo Ignacio procuró con todas sus fuerzas que no fuese obispo Claudio Yayo, ni se diesen dignidades eclesiásticas á los de la Compañía

Sosegadas ya las tempestades que habemos dicho, se levantó luego otra gravísima contra la Compañía, tanto más peligrosa, cuanto era más encubierta y á los ojos del mundo menos temerosa. Andaba buscando el rey de romanos y de Hungría, don Fernando de Austria, personas de vida ejemplar y de excelente doctrina, para darles las iglesias de sus reinos, inficionados en gran parte de la pestilencia luterana, la cual cada día se iba entrando más y cundiendo por sus estados, para que estos prelados santos y celosos hiciesen rostro á los he-

rejes, y como buenos pastores velasen sobre sus ovejas y las defendiesen de los lobos carniceros; y como estaba saneado de la entereza de vida y sana doctrina del padre Claudio Yayo, le nombró para el obispado de Trieste, en la provincia que llaman Istria. Rehusólo el padre Claudio fuertemente, y de pura pena pensó morir, tanto, que hubo de ir el negocio al sumo Pontífice, al cual escribió el rey de romanos lo que pasaba, y por su embajador le hizo saber la extrema necesidad de aquella iglesia y provincia, y la elección que él había hecho de la persona de Claudio Yayo, por las partes que de bondad, celo santo y letras en él concurrían; mas que hallaba en él tan grande resistencia, que si no era mandándoselo su Santidad en virtud de obediencia (como le suplicaba que lo hiciese), no tenía esperanza ninguna de poder acabar con él que aceptase aquella dignidad. Aprobó el Papa el celo y la elección del Rey, y con mucha voluntad suya y de los cardenales, determinóse de hacer á Claudio obispo de Trieste. Vino el negocio á oídos de Ignacio antes que se efectuase, el cual puso todas sus fuerzas para estorbarlo, y tomó todos los medios que pudo para ello por terceras personas; y como no le sucediesen, vase él mismo á hablar al Papa, y con una humilde libertad le propone muchas y muy eficaces razones, por las cuales no convenía que su Santidad condescendiese con el Rey y llevase adelante su determinación. Suplícale humildemente que pues es pastor de todos, que mire por todos y no quiera sanar las llagas de los heridos hiriendo más á los sanos. «Temo, dice, beatísimo Padre, que por este camino perdamos el fruto de todos los trabajos con que nuestra Compañía hasta hoy (por la misericordia de Dios) ha servido á su Iglesia, porque secándosenos la pobreza y humildad, que son las raíces, ¿cómo no se secarán los frutos que en ellas se sustentan? En grande peligro veo que nos ponen esta nueva planta; no querría que la codicia y ambición nos arranque todo lo que con la caridad y con el menosprecio del mundo hasta ahora ha crecido. Quiero decir, Padre santo, que algunos de los que sueltos de las cadenas del mundo se han acogido al puerto de esta nuestra religión (que es hechura de vuestra Santidad), y que desean subir al cielo por los escalones de la pobreza y desprecio del mundo, por ventura volverán atrás, viendo que se les cierran los caminos para lo que buscaban, y se les abren otros para lo que vienen huyendo del mundo; y

al revés, podría ser que hubiese otros, y no pocos, que picasen en este sabroso y dulce cebo, y deslumbrados y ciegos con el engañoso y aparente resplandor de las mitras y dignidades, viniesen á la Compañía, no por huir la vanidad del mundo, sino por buscar en ella al mismo mundo; y tengo recelo que este obispado, no solamente nos haga perder á un Claudio Yayo, mas que abra la puerta para que perdamos otros muchos en la Compañía y que ella se venga á salir de sus quicios y á desgobernarse y se eche á perder; porque ¿quién duda que otros pretenderán luego seguir á Claudio y hacer con su ejemplo lo que sin él no hicieran? Yo no quiero, por esto, ni trato de condenar las dignidades y prelacías, ni tampoco repruebo los religiosos que santamente y con grande fruto de la santa Iglesia usan de estos honrosos cargos y los administran; mas quiero decir, santísimo Padre, que hay muy grande diferencia de las otras religiones á la nuestra, porque las demás con su antigüedad y largo tiempo han cobrado fuerzas para llevar cualquier carga; la nuestra es tierna y reciennacida, y tan flaca, que cualquier gran peso la derribara. Las otras religiones las considero yo, en este lucido ejército de la Iglesia militante, como unos escuadrones de hombres de armas, que tienen su cierto lugar y asiento, y con su fuerza pueden hacer rostro á sus enemigos y guardar siempre su manera de proceder; mas los nuestros son como caballos ligeros, que han de estar siempre á punto para acudir á los rebates de los enemigos, para acometer y retirarse, y andar siempre escaramuzando de una parte á otra; y para esto es necesario que seamos libres y desocupados de cargos y oficios que nos obliguen á estar siempre quedos; pues si miramos, no digo al bien de nuestra religión (aunque éste es bien de toda la Iglesia, á quien ella sirve), sino al bien de los prójimos, ¿quién duda que será mucho mayor el fruto y más abundante que la Iglesia de Jesucristo podrá recibir de los nuestros si no son obispos, que siéndolo? Porque el obispo, aunque tiene mayor autoridad y potestad, todavía tiénela limitada en cierto distrito y para ciertas ovejas que en él hay, las cuales debe apacentar; y puede acontecer, como muchas veces vemos que acontece, que ni él sea grato á sus ovejas, ni acepto, ni pueda buscar otras á quien lo sea, y así, que no pueda ejercitar su talento. Mas el hombre que es libre y suelto y que no tiene obligación de residir en un lugar, si en una

ciudad no le reciben, acudirá á otra, y como vecino y morador del mundo universo, ayudará y servirá á todos los obispos y á todos los pueblos. Muéveme también la estima y crédito de la Compañía acerca del pueblo, que en esto corre mucho riesgo, porque para mover á otros y persuadirles el camino de la virtud, importa mucho que sientan bien del predicador y entiendan que no busca sus haciendas, sino sus almas, y que no codicia riquezas, ni títulos, ni honras, sino solamente la gloria de Cristo y la salvación de los que Él con su sangre redimió, lo cual con mucha dificultad se podrán persuadir los hombres de nosotros si nos ven en los mismos principios y fervor de nuestra Compañía entrar en obispados y grandezas, porque no lo atribuirán á caridad y obediencia (aunque por ventura nazca de ellas), sino á ambición y codicia, y así se perderá la buena opinión que tienen de nosotros, la cual, como he dicho, es necesaria á los ministros del Evangelio de Cristo, si quieren hacer fruto en las almas de sus prójimos; y la pérdida de este buen crédito es tan grande, á mi pobre juicio, Padre santo, que no se puede bien recompensar con el fruto que de un obispado, ni de muchos, se puede sacar.»

Con estas y otras muchas razones procuró Ignacio mover al sumo Pontífice para que tuviese por bien dejar al padre Claudio vivir sin cargo, en la llaneza y pobreza de su religión; mas no pudo por entonces sacar otra cosa del Papa sino que se encomendase más á Dios este negocio y que él quería mirar más en ello. Vuelto pues á casa Ignacio, luego hizo que todos los padres ofreciesen á este fin todas las misas que se decían cada día, y ordenó que los hermanos hiciesen continua oración, y él también de su parte suplicaba á nuestro Señor, con muchas lágrimas y oraciones, que tuviese por bien de librar la Compañía de aquel tan grande y tan evidente peligro; y no paraba de día ni de noche, yendo de casa en casa á todos los cardenales, dándoles á entender la importancia de este negocio y el daño que de él podría resultar al bien común de la Iglesia. Valieron tanto delante de Dios sus oraciones y lágrimas, y para con los hombres pudo tanto su prudente solicitud é industria, que se dilató el negocio, que ya se tenía por hecho y concluído, y así hubo tiempo para escribir al Rey de romanos; lo cual hizo Ignacio con tanta fuerza y tomó tantos medios para disuadirle, como suelen los

ambiciosos para alcanzar las honras que pretenden. El Rey, vistas las razones de Ignacio, entendiendo que lo que él deseaba no se podría efectuar sin notable perjuicio de la Compañía (como era cristianísimo y religiosísimo príncipe y devotísimo de nuestro instituto), no quiso que á tanta costa nuestra hiciésemos bien á otros, ni con daño nuestro aprovechar á aquella particular iglesia de Trieste; y así, mandó luego á su embajador que desistiese de este negocio y no diese más puntada en él. De esta manera salimos entonces de este peligro, y de ello hubo muy particular regocijo en toda la universal Compañía, y después fué más fácil resistir (como muchas veces resistió Ignacio), tratándose de dar mitras y capelos á algunos padres de la Compañía, y lo mismo han hecho todos los otros generales sucesores de Ignacio en las ocasiones que se les han ofrecido, defendiendo este portillo como cosa importantísima para la conservación de nuestra religión; y aun alcanzó Ignacio de la Sede Apostólica, y dejólo establecido en nuestras *Constituciones*, que ninguno de la Compañía pueda admitir dignidad fuera de ella sin licencia del Prepósito general, la cual él nunca dará si el Papa por obediencia no se lo mandare; y de esto hacen particular voto los profesos de la Compañía. No quiero pasar en silencio lo que acerca de este punto se me ofrece, por ser cosa en que pueden adelante reparar algunos, pareciéndoles que podría la Compañía hacer mayor servicio á nuestro Señor aceptando obispados y dignidades, que no andando, como anda, en su baja humildad y pobre llaneza. El cardenal de Santa Cruz, Marcelo Cervino (que por sus merecimientos de excelente virtud y prudencia vino á ser papa y fué llamado Marcelo Segundo de este nombre, y por nuestros pecados en breves días le perdimos), fué muy amigo de nuestro padre Ignacio y muy devoto de la Compañía; el cual, poco antes que fuese levantado á la silla del sumo pontificado, tuvo una gran disputa sobre esto con el doctor Olave (de quien en este libro habemos hecho mención, y adelante se hará más), varón señalado é insigne teólogo de nuestra Compañía. Decía el Cardenal que la Compañía haría mayor servicio á la Iglesia de Dios si la proveyese de buenos obispos que dándole buenos predicadores y confesores, y que sería tanto mayor el fruto, cuanto puede más hacer un buen obispo que un pobre clérigo, y traía muchas razones á este propósito; á las cuales iba respondiendo el doctor Olave,

dándole á entender que el mayor servicio que la Compañía podía hacer á la santa Iglesia era conservarse en su puridad y bajeza, para servirla en ella más tiempo y con más seguridad; y como, en fin, el Cardenal, pareciéndole mejor sus razones, se quedase en su opinión, dijo el doctor Olave: «Si no bastan razones para convencer á vuestra señoría ilustrísima y hacerle mudar parecer, á nosotros nos basta la autoridad de nuestro padre Ignacio, que siente esto, para que creamos ser mejor.» Entonces dijo el Cardenal: «Ahora me rindo, señor doctor, y digo que tenéis razón; porque, puesto caso que me parece que la razón está de mi parte, todavía más peso tiene en este negocio la autoridad del padre Ignacio que todas las razones del mundo. Y esto lo dice la misma razón, porque pues Dios nuestro Señor le eligió para plantar en su Iglesia una religión como la vuestra, y para extenderla por todo el mundo con tanto provecho de las ánimas, y para gobernarla y regirla con tanto espíritu y prudencia como vemos que lo ha hecho y hace, también es de creer, y no parece que puede ser otra cosa, sino que el mismo Dios le haya revelado y descubierto la manera con que quiere que esta religión le sirva y para adelante se conserve.» Y esto que digo tuvo de muy atrás siempre asentado Ignacio, porque cuando vino la primera vez á Roma con Fabro y Laínez, visitando al Marqués de Aguilar (que entonces era embajador del emperador don Carlos en Roma), y hablando de diversas cosas, de plática en plática vino el Marqués á darle á entender que no faltaba quien sospechase que él, so cubierta de pobreza y humildad, andaba pescando algún capelo ó dignidad; á lo cual Ignacio no respondió con palabras, sino con obras, porque quitándose el bonete y hecha la señal de la cruz, con grande devoción y mesura hizo voto, allí delante del Marqués, de no aceptar dignidad ninguna que fuera de la Compañía se le ofreciese, si no fuese obligándole á pecado el Vicario de Cristo nuestro Señor, y con esta respuesta quitó entonces la falsa sospecha; y aun otra vez renovó el mismo voto delante de un cardenal, por entender que había la misma necesidad y por cerrar de su parte la puerta á los vanos juicios de los hombres, que comunmente miden por sí á los demás.

CAPITULO XV

De la fundacion de diversos colegios

Libre ya la Compañía y desembarazada de estos trabajos y peligros que habemos contado, mediante las oraciones y buena diligencia de Ignacio, iba cada día adelante con más feliz suceso, creciendo así en el número de los que entraban en ella, como en el fruto que ellos hacían y en los colegios que de ella se fundaban. Al de Barcelona dieron principio algunos hombres devotos, aficionándose á la doctrina y conversación del padre doctor Araoz, que en aquella ciudad residió un poco de tiempo. El de Boloña se comenzó el año de mil quinientos cuarenta y seis, y el de mil quinientos cuarenta y siete entraron en la ciudad de Zaragoza los padres de la Compañía, llamados por algunos principales hombres de aquella ciudad, entre los cuales fué uno Juan González, amigo y devoto nuestro, que entonces era conservador del reino de Aragón. Allí ejercitaron los nuestros los oficios y obras de caridad y devoción en que la Compañía, según su instituto, se suele ocupar, con las cuales procuraron de mover á todo género de virtud aquella ciudad, que en riqueza, nobleza y autoridad es tan señalada en España, y como en su lugar se dirá, no les faltó materia de ejercitar también la paciencia. Viendo pues Ignacio que su familia iba creciendo y que así multiplicaba Dios esta su obra, para mejor gobernarla é irla reduciendo poco á poco á más orden, determinó de repartir con otros la solicitud y cuidado que él solo tenía, y de hacer distintas provincias y señalar á cada una sus colegios, y nombrar provinciales; y así, nombró al padre maestro Simón Rodríguez provincial de Portugal, y del resto de España al padre doctor Araoz, en cuya provincia se comenzó en este mismo tiempo el colegio de Salamanca, el cual, casi como todos los demás, tuvo pequeños principios, mas grande y feliz suceso, porque don Francisco de Mendoza, que entonces era obispo de Coria y cardenal de la santa

iglesia de Roma, movido con lo que en Roma veía por sus ojos de la vida de Ignacio, y con el provecho que en todas partes los nuestros hacían, se determinó de edificarnos un colegio en aquella insigne universidad, para lo cual envió Ignacio al padre doctor Miguel de Torres, con otros dos compañeros, á Salamanca, el año de mil quinientos cuarenta y ocho; los cuales, entrando en aquella ciudad, tomaron una casilla alquilada y comenzaron á despertar grandemente, con obras y con palabras, así á los ciudadanos como á los estudiantes, á la devoción y obras de virtud; pero luego se levantó contra ellos una gran murmuración, la cual fomentaba alguna gente principal, y entre ella algunos religiosos y famosos letrados, los cuales no solamente en la conversación y pláticas familiares, mas aun en los púlpitos y cátedras trataban de nosotros de manera, que ya no faltaba sino escupir nuestro nombre y huir de nosotros como de gente infame y sospechosa. Mas de los que en aquel tiempo mayor contradicción nos hicieron, el principal y como caudillo y muñidor de todos los demás, fué un hombre que por el hábito de su religión y por el nombre que tenía de gran letrado, y por haber después dejado un obispado, fué muy conocido, respetado y tenido en grande veneración; el cual, para mostrarse en la guarda de este rebaño del Señor (que es la Iglesia) ser uno de los canes de ella más cuidadosos y vigilantes, comenzó á ladrar reciamente contra los que tuvo por lobos y perseguir pesadamente nuestro instituto; y como era varón de tanta autoridad, muchos, cerrados los ojos, le seguían; mas plugo á la eterna bondad de descubrir con el tiempo lo que la Compañía profesa, y que aquella infamia y murmuración, fundada en dichos de hombres y falsedad, presto se cayese. Las obras de aquellos padres nuestros y los sermones del padre maestro Estrada, que allí fué á predicar, pusieron silencio á todos nuestros adversarios, y sacó Dios nuestro Señor (como suele) gran fruto de aquella persecución, porque nuestros padres respondían orando y callando y á ratos alabando ó excusando á sus perseguidores en lo que buenamente podían, y rogando á nuestro Señor por ellos, y no dejando las buenas obras que tenían entre manos, sino llevando su empresa adelante con alegría y constante perseverancia; y así, aunque eran pocos y pobres, y estaban arrinconados en una casilla, y por ventura, si los dejaran en paz, no fueran conocidos en mucho

tiempo ni se supiera quiénes eran, como los predicaron desde los púlpitos y desde las cátedras, muchos abrieron los ojos y con curiosidad los venían á buscar y á conocer, para ver si descubrían en ellos algo de lo que habían oído murmurar; y con el trato y ejemplo de ellos les quedaban extrañamente aficionados, y perdida la mala opinión y sospecha que al principio de ellos se tuvo, vinieron á ser muy amados y seguidos. Así que, allende de un grandísimo número de estudiantes que por consejo de los nuestros han entrado en otras santas religiones, en la Compañía se ha recibido de aquella nobilísima universidad tanta y tan principal gente, que á este colegio de Salamanca, y al que tenemos en Alcalá, se debe la multiplicación y aumento de nuestra Compañía en España y de muchas partes fuera de ella.

CAPITULO XVI

Del público testimonio que dió de la Compañía el maestro general de la orden de los Predicadores

No me parece que será razón pasar en silencio el testimonio que por ocasión del colegio de Salamanca dió de nuestra Compañía el general de la orden de los Predicadores. Supo fray Francisco Romeo, maestro general de la religión de Santo Domingo, varón gravísimo y doctísimo, que algunos religiosos de su orden, que en la Iglesia de Dios es tan esclarecida en santidad y doctrina, por no saber la verdad de nuestro instituto, aconsejaban públicamente á las gentes en Salamanca que se guardasen de los nuestros y huyesen de novedades; y por sacarles de este error y por avisar á todos sus súbditos que fuesen más cautos de ahí adelante en este particular, dió al padre Ignacio sus letras patentes, para que usase de ellas donde juzgase ser necesario; por las cuales declara lo que siente de la Compañía, y les manda que le tengan amor, y á los padres de ella por sus compañeros y hermanos. Y para que mejor se vea lo mucho que debemos á aquel siervo del Señor y á su santísima religión, y para que procu-

remos pagarlo (como es razón) con agradecimiento perpetuo, he querido poner aquí á la letra, trasladada de latín en romance, la misma patente, que dice así:

«A todos nuestros venerables en Cristo padres y hermanos »de la orden de los Predicadores; donde quiera que se halla»ren. Fray Francisco Romeo de Castellón, profesor en sacra »teología y humilde maestro general y siervo de toda la dicha »orden, salud y consolación del Espíritu Santo. Sabed cómo »en estos miserables tiempos en que la religión cristiana es »combatida de las armas de los herejes y maltratada de las »perversas costumbres de los malos cristianos, nos ha envia»do la misericordia de Dios, como gente de socorro, una nue»va religión de clérigos regulares llamada la Compañía de »Jesús, la cual ha aprobado y confirmado nuestro santísimo »en Cristo padre y señor el papa Paulo III, movido de los »grandes frutos que en la Iglesia esta religión hace con sus »sermones y las lecciones públicas, con exhortar los fieles á »la virtud, con oir las confesiones y con los otros sacros ejer»cicios y con el ejemplo de santa vida; de lo cual os he que»rido avisar, porque ninguno de vosotros, movido de la no»vedad de este instituto, se vuelva, por error, contra los sol»dados que Dios le ha enviado de socorro, ni murmure de »aquellos de cuyo acrecentamiento se debía alegrar, é imitar »sus pías obras. Bien creemos que vosotros, como amigos y »amados del celestial Esposo, no vituperaréis ni sentiréis mal »de la variedad de los vestidos de su esposa, antes los estima»réis y honraréis con aquella caridad que se goza con la ver»dad; mas por no faltar á lo que debemos á nuestro oficio y »por prevenir á cualesquier inconvenientes, por estas nues»tras letras os ordenamos, y por la autoridad de nuestro ofi»cio y en virtud del Espíritu Santo y de la santa obediencia, »y so las penas que quedarán á nuestro arbitrio, os manda»mos que ninguno de vosotros los dichos nuestros religiosos »se atreva á murmurar ni decir mal de esta dicha orden, apro»bada y confirmada por la santa Sede Apostólica, ni de sus »institutos, así en las lecciones públicas y sermones y ayun»tamientos, como en las pláticas y conversaciones familiares; »antes trabajéis de ayudar á esta religión y á los padres de »ella como á soldados de nuestra misma capitanía, y los de»fendáis y amparéis contra sus adversarios. En fe de lo cual »mandamos sellar estas nuestras letras con el sello de nues-

»tro oficio. Dada en Roma, á diez de Octubre del año de mil »quinientos cuarenta y ocho.—F. Francisco Romeo. *maestro »de la orden de los Predicadores, en el tercero año de nuestra »asunción.*»

La misma voluntad y benevolencia con la Compañía imitó con gran caridad, diez y siete años después, toda la religión de los menores de San Francisco de la Observancia, que es otra lumbrera del cielo y ornamento de la santa Iglesia, cuando en su capítulo general, que se congregó en Valladolid, el año de mil quinientos sesenta y cinco, hizo este decreto, entre los otros que de aquel capítulo salieron:

«Siendo nuestra religión de frailes menores fundada prin»cipalmente en la humildad y caridad, sepan todos los frailes, »en cualquier parte del mundo donde estuvieren, que deben tratar con toda humildad y humanidad á los religiosos de »cualquier religión, y principalmente á los de la Compañía »de Jesús, á los cuales han de amar y honrar, y convidarlos »y recibirlos con caridad á los actos y ejercicios literarios y á »las fiestas en que celebramos nuestros santos, y á todos los »otros actos públicos á que suelen congregarse los religiosos, »y ninguno de nuestros frailes se atreva á murmurar de ellos, »ni en público, ni en secreto, etc.»

CAPÍTULO XVII

Cómo los padres de la Compañía entraron por diversas partes de África

En este año de mil quinientos cuarenta y ocho entraron padres de la Compañía en las partes de la África interior y exterior, porque los padres Juan Núñez, que después murió en Goa siendo patriarca de Etiopía, y el padre Luís González de Cámara, fueron enviados desde Portugal al reino de Tremecén á rescatar los cautivos cristianos; los cuales hicieron gran bien á aquellos cuitados y pobres y de tantas maneras necesitados; porque no sólo rescataron con dinero los cuerpos de un gran número de hombres y mujeres y niños,

librándolos del miserable cautiverio de los moros en que estaban, pero dieron también espiritual socorro á las almas, consolando á los enfermos y afligidos cristianos, y esforzando en la fe y animando á muchos que estaban en peligro de renegarla, y reduciendo al gremio de la Iglesia á otros que ya habían apostatado; y habiéndose ejercitado en este oficio algún tiempo con mucha caridad y diligencia, se volvieron á Portugal. Navegaron también otros cuatro de la Compañía al reino de Manicongo, que está puesto en la Etiopía occidental. La ocasión de esta jornada fué, que viendo el rey don Juan de Portugal que ya la memoria del Evangelio y de la religión cristiana se había perdido en aquellas costas de África y reino de Manicongo, donde se había predicado y recibido en tiempo del rey don Manuel, su padre y predecesor (el cual, con santo celo de dilatar la Iglesia de Dios y ensalzar el nombre de Jesucristo, había enviado gentes de sus reinos á dar noticia de la verdad del Evangelio por aquellas partes), y teniéndose por sucesor, no menos de la piedad y celo de las almas, que de los reinos que había heredado del rey Manuel, su padre, envió estos cuatro predicadores de la Compañía á aquel reino, el año de mil quinientos cuarenta y ocho, para que con su doctrina avivasen las centellas de la fe, si por ventura hubiesen quedado algunas, ó rastro de ellas, y tornasen á labrar aquellos bárbaros, que por falta de ella habían quedado tan desiertos é incultos. Hiciéronlo así los nuestros, y sucedióles al principio como deseaban, porque el mismo rey de Manicongo recibió el santo bautismo, y otros muchos de su reino por su ejemplo; mas después, como los nuestros los apretasen para que conformasen la vida y costumbres con la fe y Evangelio que profesaban, y ellos, por el contrario, quisiesen torcer el Evangelio á sus apetitos y antojos, vino á romper el rey bárbaro y á desvergonzarse de tal manera, que no solamente él no vivía como convenía á cristiano, sino que también llevaba tras sí á todos los demás, parte con su mal ejemplo, parte apremiándolos y haciéndoles fuerza. No les pareció á los nuestros arrojar las preciosas margaritas á tales puercos, de los cuales no se podía ya esperar sino que volviéndose á ellos, los quisiesen despedazar y destrozar; y así, porque no les fuese mayor condenación á aquellos miserables el volver atrás del bien conocido y muchas veces predicado, se pasaron á otras tierras de la gentilidad á predicar el

Evangelio. Verificóse aquí lo que el Apóstol (1) dice, que muchos vienen á perder la fe por no hacer caso de la buena conciencia. Y si esta conversión no tuvo tan buen suceso, podré decir que no fué mejor el de los otros que este mismo año fueron al reino de Angola. Enviólos el mismo rey don Juan de Portugal, á ruegos y suplicación del mismo rey de Angola, que mostró gran deseo de hacerse cristiano; y porque fuesen mejor recibidos de aquel rey bárbaro, le envió con ellos su embajador y un rico presente. Recibiólos, como llegaron, con mucha humanidad y cortesía el rey; mas después, acabados los presentes y gastado el dinero que le habían dado de parte del rey de Portugal, echó en la cárcel al Embajador y á los predicadores de la verdad, donde muchos años estuvieron presos; de suerte que ya no sacaron nuestros padres la conversión de los otros en esta jornada; á lo menos sacaron para sus ánimas el fruto de la paciencia y fortaleza cristiana, y el merecimiento que con el padecer y con el deseo de morir por él habrán alcanzado del Señor.

CAPÍTULO XVIII

Cómo los padres de la Compañía entraron en Sicilia

En este mismo tiempo entró nuestra Compañía en la isla de Sicilia, y el primero de los nuestros que en ella entró fué el padre Jacobo Lostio, flamenco, varón de singular doctrina y modestia. Envióle el padre Ignacio á Girgento, á petición del cardenal Rodolfo Pío de Carpi, que era obispo de aquella ciudad y protector de nuestra Compañía; después fué enviado al padre Jerónimo Domenech, al cual llevó consigo desde Roma Juan de Vega cuando le hicieron virrey del reino de Sicilia, el año de mil quinientos cuarenta y siete. Pidióle á Ignacio, y llevóle consigo para ayudarse de su industria y consejo en las cosas que deseaba ordenar, en aquel reino, del

(1) Tim., I.

divino servicio. Parecíale á aquel cristiano y valeroso caballero que hacía poco en fortificar con muros y gente de guarnición las ciudades, y en limpiar el reino de innumerables salteadores de caminos, y en asegurarle y defenderle de los corsarios y enemigos de nuestra santa fe, y en gobernar con suma paz y justicia los súbditos, como él lo hacía, si no plantaba juntamente en sus ánimos la piedad y devoción cristiana con el conocimiento y reverencia de la divina Majestad. Para que todas las otras cosas, estribando en este tan sólido fundamento, fuesen más firmes y eficaces y de más lustre y resplandor, y porque en Roma, siendo embajador del Emperador don Carlos, quinto de este nombre, había tenido gran conocimiento y familiaridad con Ignacio, y había visto por sus ojos el modo de proceder de los nuestros y su instituto, echó mano de ellos, pareciéndole que eran á propósito para aquel su intento, y que de ellos se podría aprovechar más. Y para que el fruto fuese más durable y perpetuo, movió con su autoridad á la ciudad de Mesina que procurase gente de la Compañía y los llevase á ella, y fundándoles un colegio, los tuviesen por vecinos y moradores. Creyó al consejo de un tan sabio príncipe aquella noble y rica ciudad, que siempre se ha preciado de honrar todas las sagradas religiones, y fiada de tal juicio, comenzó á amar y desear los que por sólo el nombre y fama conocía. El año pues de mil quinientos cuarenta y ocho escribieron el Virrey y la ciudad al sumo Pontífice y á Ignacio, pidiendo gente para fundar un colegio de la Compañía, y para darle principio, envió Ignacio á los padres Jerónimo Nadal, español, y á Andrea Frusio, francés, Pedro Canisio, alemán, y Benedicto Palmio, italiano, y algunos otros, también de diversas naciones, los cuales iban con suma unión y concordia; y dándoles la ciudad casa en escogido lugar, y la iglesia de San Nicolás, que llaman de los Caballeros, con todo el aderezo necesario, comenzaron á leer públicamente las ciencias que la Compañía suele enseñar, que son las que para un teólogo son necesarias.

Creció luego el colegio, y después se instituyó en la misma ciudad de Mesina la primera casa de probación que ha tenido la Compañía para criar novicios. No quiso ser vencida de Mesina, en una obra tan pía y provechosa, la ciudad de Palermo, venciendo ella á todas las otras de aquel reino en la grandeza del sitio, fertilidad de la tierra, lustre de los ciuda-

danos y número de gente principal, ni pudo sufrir que en el deseo de la religión y virtud ninguna otra le hiciese ventaja. Y así, movida con la autoridad del mismo Virrey y con el ejemplo vivo que veía del colegio de Mesina, suplicó al papa Paulo III, y pidió á Ignacio con instancia, que se les enviasen algunos de los nuestros, los cuales enseñasen, juntamente con las buenas letras, las buenas costumbres á aquella su juventud, y aficionasen los ánimos de los ciudadanos y de toda aquella república, que tanto lo deseaba, á las cosas del cielo y de su salvación. Envióles pues Ignacio doce de la Compañía, el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, entre los cuales iba Nicolás de Lanoy, flamenco, y Paulo Achiles, italiano, y otros escogidos varones de otras naciones, dándoles orden que se juntasen en Sicilia con el padre maestro Diego Laínez y el padre Jerónimo Domenech, y fuesen todos á dar principio al colegio de Palermo. Era el padre Laínez á la sazón, en lugar de Ignacio, superior de todos los de la Compañía en Sicilia, adonde había ido á instancia del cardenal Alejandro Farnesio, arzobispo de Monreal, para pacificar y componer ciertas discordias muy antiguas y muy reñidas que había entre los eclesiásticos de aquella iglesia y ciudad; y así, todos juntos, como Ignacio les ordenaba, pusieron las primeras piedras y dieron principio al colegio de Palermo, á los veinticuatro de Noviembre de mil y quinientos y cuarenta y nueve, con tan gran concurso y tales muestras de amor de los ciudadanos, que bien mostraban el deseo y voluntad con que los habían llamado y esperado. De esta manera se comenzaron aquellos dos colegios de Mesina y Palermo, los cuales con el tiempo han crecido mucho y han sido dotados con renta suficiente, ayudando á ello la liberalidad de los católicos emperador don Carlos V y del rey don Felipe, su hijo, y la devoción de las mismas ciudades que los pidieron. De estos dos colegios han salido todos los demás que la Compañía tiene en aquella provincia de Sicilia. Y puédese bien decir que han sido de gran provecho para todo aquel reino, porque además del fruto que se hizo con los sermones, lecciones y otros ministerios en que se emplea la Compañía, por consejo y ministerio de los padres que moraban en ellos, ordenó el Virrey, Juan de Vega, por todas las ciudades de él, muchas cosas muy saludables é importantes para la conservación y acrecentamiento de nuestra santa y

católica religión y para el culto divino y bien de las almas; las cuales se han conservado y llevado adelante por la buena diligencia de los virreyes que después han sucedido. Este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y nueve fueron los nuestros llamados á Venecia, donde les dió casa propia é iglesia el prior Andrés Lippomano, fundador del colegio de Padua. Comenzóse también entonces el colegio de Tíbuli, por ocasión de ciertos padres de la Compañía que habían ido á apaciguar aquella ciudad, que estaba en mucha discordia y rompimiento con otra; y en Alemania ya se veía notable progreso y fruto de la comunicación con los nuestros, porque Guillermo, duque de Baviera, príncipe no menos católico que poderoso (al cual y á sus sucesores dió Dios á su Iglesia para defensa y ornamento de la católica y antigua religión en Alemania), llevó á los nuestros para que en su universidad de Inglostadio leyesen las letras sagradas; y fueron los que Ignacio para esto envió los padres Alonso Salmerón y Pedro Canisio y Claudio Yayo, el cual antes había leído en aquella ciudad algunos años, con grande aceptación y loor. Recibió el duque Guillermo estos padres con extraño amor, y mandó á Leonardo Ekio, presidente de su Consejo y amicísimo de la Compañía, que tuviese mucha cuenta con ellos y que los regalase. Comenzó el padre Salmerón á declarar las epístolas de san Pablo, el padre Claudio los salmos de David, y Canisio el *Maestro de las sentencias*, y hacíanlo todos con tan gran doctrina y prudencia, que fué maravilloso el fruto que de sus lecciones se siguió; por las cuales comenzó aquella universidad, que estaba muy caída, á levantar cabeza, y los estudios de teología, que con las herejías se tenían en poco, á ser estimados y frecuentados. Animáronse los obispos de aquellos estados, los católicos cobraron fuerzas, desmayaron los herejes, y enfrenados de los nuestros, que con la doctrina sólida les resistían, detuvieron el ímpetu furioso con que hacían guerra á la verdad, é hiciéronse muchas cosas en alabanza y gloria de Dios; por las cuales movido el buen duque Guillermo, determinó de fundar un muy buen colegio de la Compañía, mas atajóle la muerte y no pudo acabar lo que deseaba; pero dejólo encomendado al duque Alberto, su hijo, que en la religión, prudencia y magnanimidad ha sido bien semejante á su padre; el cual, siguiendo las pisadas de tal padre, ha sido siempre el que con las armas en las manos, y

con su celo y gran poder, ha hecho rostro á los herejes y mostrádose perpetuo y constante defensor de nuestra santa fe católica; y aunque á los principios de su gobierno, por las muchas y graves ocupaciones, hubo de dilatar la fundación del colegio (por lo cual el padre Salmerón volvió á Italia y Claudio fué á Viena, quedando Canisio y Nicolás Gaudano por algún tiempo en Inglostadio), pero después que el Duque se desembarazó, de tal manera abrazó la Compañía y la favoreció, que no se contentó de fundar un solo colegio en Inglostadio, sino que hizo también otro en la ciudad de Munich, que es donde residen los duques de Baviera y cabeza de sus estados.

CAPÍTULO XIX

Cómo los padres de la Compañía pasaron al Brasil, y Antonio Criminal fué martirizado por Cristo

Estas eran las ocupaciones de nuestros padres cuando, por voluntad del rey de Portugal, don Juan, pasaron los de la Compañía al Brasil. Es el Brasil una provincia muy extendida, fértil y alegre, por tener el cielo, como le tiene, muy saludable y los aires templados; mas terrible y espantosa, por ser habitada de gente tan fiera é inhumana, que hacen de los hombres pública carnicería y los tienen por su ordinario manjar. Navegaron allá los padres, el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, y hasta ahora perseveran entre aquellas gentes bárbaras, con grandísima caridad y sufrimiento de excesivos trabajos y con no menor fruto de las almas de los naturales. Grande es el número de los que han dejado las desvariadas supersticiones y monstruosas falsedades de la idolatría, y se han llegado al conocimiento y luz del verdadero y solo Dios, y los que con la infidelidad que dejaron, juntamente se desnudaron de aquella fiera crueldad que tenían de comer carne humana, aprendiendo con la verdadera religión la humanidad y mansedumbre cristiana. Y donde antes, no solamente pervertían la ley natural con tomar muchas mu-

jeres, mas aun, como brutos animales, las tenían comunes, sin saber cuál mujer fuese de cuál varón; ahora, por la gracia de Jesucristo, viven con las leyes de su santo Evangelio. Este mismo año de mil y quinientos y cuarenta y nueve mataron los enemigos de nuestra santa fe en la India al padre Antonio Criminal, el cual era italiano, nacido de buenos padres, en un lugar cerca de Parma, en Lombardía, que se llama Sisi, y en la flor de su juventud se consagró á Dios y entró en la Compañía, y el año de mil y quinientos y cuarenta y dos fué por Ignacio enviado de Roma á Portugal, y siempre fué un ejemplo de singular bondad y rara modestia á todos los que le trataban. Fué después enviado entre los primeros padres á la India para procurar la salud de aquella gentilidad. Conocida por el padre Francisco Javier su virtud y prudencia, le puso en aquella parte de la India que llaman Pesquería, cuyo promontorio se dice el cabo de Comorín, y le hizo superior de todos los nuestros que allí residían. Aquí, por las continuas guerras de los reyes comarcanos, y por el odio capital que le tenian los sacerdotes de los ídolos, y por la necesidad y pobreza en el comer y vestir, pasó muchas y muy grandes molestias, y por ensalzar y aumentar la gloria de Jesucristo, sufrió trabajos inmensos. Estando pues en la provincia del Rey de Manancor, procurando de criar con la leche de la doctrina cristiana y de conservar en ella á los que por virtud de Jesucristo había engendrado en la fe, vino de improviso un ejército de soldados del Rey de Visnaga, gentil, que venía á asolar aquella provincia y á destruir con ella la fe de Cristo. Llegó repentinamente esta nueva al padre Antonio, y luego se recogió á una iglesia, donde aquel mismo día había dicho misa, para encomendar á Dios aquellas ovejuelas. Hecha su oración, salióse á la orilla del mar, é hizo entrar en los navíos de portugueses que allí estaban todas las mujeres cristianas y niños, para que en ellos se salvasen; y aunque los portugueses le importunaron mucho que dejando los naturales de la tierra á sus aventuras, él mirase por sí y se metiese en alguna nave, nunca lo quiso hacer. De esta manera, olvidándose de sí mismo por salvar la vida de aquellos inocentes cristianos, le atajaron los pasos los badegas (que así se llaman aquellas gentes armadas), y no tuvo lugar de volver á las naos; y como vió que los enemigos arremetían para él, sin ninguna turbación les salió al camino, é hincadas las rodillas

y levantadas las manos y enclavados en el cielo sus ojos, se ofreció á la muerte. Pasaron junto á él el primero y segundo escuadrón de los enemigos sin tocarle, mas el tercero le pasó de parte á parte con sus azagayas y lanzas, y desnudándole de sus pobres vestidos y cortándole la cabeza, la colgaron de una almena. Fué este padre y siervo del Señor, muy gran despreciador de sí mismo, celador de la honra de Dios, grande amigo de la obediencia y muy señalado en la virtud de la oración; de cuya vida, como muy escogida y aprobada, daba testimonio el mismo padre Francisco Javier, diciendo que tales deseaba él que fuesen todos los nuestros que pasasen á la India á la conversión de aquella gentilidad. Yo, que conocí bien al padre Antonio y fuí su compañero desde Roma hasta Aviñón de Francia cuando el año de mil y quinientos y cuarenta y dos salimos juntos, él para Portugal y yo para París, soy buen testigo de las grandes prendas de singular virtud que en él conocí, y puedo decir con verdad que hartas veces yo conmigo mismo me admiré de su ferviente caridad. De manera que no es maravilla si á tales principios dió nuestro Señor fin tan deseado y glorioso, como es perder la vida predicando su fe y ganando las almas para aquel que las compró con su preciosa sangre.

CAPÍTULO XX

Cómo el papa Julio III confirmó de nuevo la Compañía

Murió en esta sazón el papa Paulo III, que fué el primero de los pontífices que confirmó con autoridad apostólica la Compañía y le concedió muchas gracias y privilegios. Sucedióle en el pontificado Julio, también tercero de este nombre, el año de mil y quinientos y cincuenta. Al cual suplicó luego Ignacio que tuviese por bien de ratificar lo que su antecesor había hecho, y aprobar nuestro instituto, y declarar en él algunas cosas que podían parecer dudosas ú oscuras. Otorgólo de buena gana el sumo Pontífice, viendo el provecho grande que de ello se podría seguir, y mandó expedir una copiosa

bula de esta su aprobación y confirmación. Esta bula me ha parecido poner aquí á la letra, traducida en nuestra lengua castellana, porque contiene con brevedad el instituto y modo de vivir de la Compañía, y su confirmación. Y creo que los que esto leyeren holgarán de saberlo, como en ella se contiene. Dice pues así:

JULIO, *obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria*

«Requiere el cargo del oficio pastoral, al cual nos ha llamado sin nuestro merecimiento la divina Majestad, que favorezcamos con afecto paternal á todos los fieles, y principalmente á los religiosos que caminan por la senda de los divinos mandamientos, procurando la gloria de Dios y la salud espiritual de los prójimos. Porque los mismos fieles, ayudándolos la mano del Señor, procuren con más fervor el premio de la eterna salud y se confirmen en sus buenos propósitos. Habiendo pues nosotros sabido que la felice memoria del papa Paulo III, nuestro antecesor, entendiendo que nuestros amados hijos en Cristo, Ignacio de Loyola, y Pedro Fabro, y Claudio Yayo, y Diego Laínez, y Pascasio Broet, y Francisco Javier, y Alonso de Salmerón, Simón Rodríguez, Juan Coduri, Nicolás de Bovadilla, sacerdotes de las ciudades y diócesis respectivamente de Pamplona, Génova, Sigüenza, Toledo, Viseo, Ebredum y Palencia, graduados en las artes liberales, todos maestros por la universidad de París, y ejercitados en los estudios de la teología por muchos años, inspirados del Espíritu Santo, de diversas partes del mundo se habían congregado y hecho compañeros de vida ejemplar y religiosa, renunciando todos los deleites del siglo, dedicando sus vidas al servicio perpetuo de nuestro Señor Jesucristo y suyo, y de sus sucesores los romanos pontífices. Y que ya se habían muchos años ejercitado en predicar la palabra de Dios, y en exhortar los fieles en particular á santas meditaciones y vida honesta y loable, en servir á los pobres en los hospitales, y en enseñar á los niños é ignorantes la doctrina cristiana, con las cosas necesarias para la eterna salud. Y finalmente, que en todos los oficios de caridad que sirven para la edificación de las almas se habían loablemente ejercitado según su instituto, en todas las

»partes donde habían ido, cada uno según el talento y gracia »que el Espíritu Santo le había dado. El dicho Paulo III, »nuestro antecesor, para que se conservase en estos compa- »ñeros, y otros que quisiesen seguir su instituto, el vínculo »de la caridad, y la unión y paz, les aprobó, confirmó y ben- »dijo su instituto, contenido en cierta forma y manera de »vida que ellos hicieron, conforme á la verdad evangélica y á »las determinaciones de los Santos Padres, y recibió debajo »de su protección y amparo de la Sede Apostólica los mismos »compañeros, cuyo número no quiso por entonces que pasase »de sesenta, y les concedió por sus letras apostólicas licencia »de hacer constituciones y cualesquier estatutos para la con- »servación y buen progreso de la Compañía confirmada. Y »como después, andando el tiempo, favoreciéndolos el Espí- »ritu Santo, entendiese el dicho nuestro predecesor que el »fruto espiritual de las almas iba creciendo, y que ya muchos »que deseaban seguir este instituto estudiaban en París y en »otras universidades y estudios generales. Y considerando »atentamente la religiosa vida y doctrina de Ignacio y de los »otros sus compañeros, concedió facultad á la misma Compa- »ñía para que libremente pudiese admitir todos los que fue- »sen aptos á su instituto y probados conforme á sus constitu- »ciones. Y que fuera de esto, pudiesen admitir coadjutores, »así sacerdotes que ayudasen en las cosas espirituales, como »legos que ayuden en los oficios temporales y domésticos. »Los cuales coadjutores, acabadas sus probaciones, como lo »ordenan las constituciones de la Compañía, puedan, para su »mayor devoción y mérito, hacer sus tres votos de pobreza, »castidad y obediencia. Los cuales votos no sean solemnes, »sino que los obliguen todo el tiempo que el prepósito general »de la dicha Compañía juzgare que conviene tenerlos en los »ministerios espirituales ó temporales. Y que estos tales coad- »jutores participen de todas las buenas obras que en la Com- »pañía se hicieren, y de todos los méritos, ni más ni menos »que los que hubiesen en la misma Compañía hecho solemne »profesión. Y concedió con la benignidad apostólica á la mis- »ma Compañía otras gracias y privilegios con que fuese favo- »recida y ayudada en las cosas pertenecientes á la honra de »Dios y salud de sus almas. Y para que se confirme más todo »lo que nuestro antecesor concedió, y se comprenda en unas »mismas letras juntamente todo lo que pertenece al instituto

»de la dicha Compañía. Y para que se expliquen y declaren »mejor por nosotros algunas cosas algo oscuras, y que podrán »causar escrúpulos y dudas, nos fué humildemente suplicado »que tuviésemos por bien de confirmar un sumario y breve »fórmula, en la cual el instituto de la Compañía (por el uso y »experiencia que después se ha habido) se declara más entera »y distintamente que en la primera, aunque es hecha con el »mismo espíritu que en la primera. Su tenor es éste que se »sigue:

»Cualquiera que en esta Compañía (que deseamos que se »llame *la Compañía de Jesús*) pretende asentar debajo del »estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo, y servir á »sola su divina Majestad, y á su esposa la Santa Iglesia, so el »romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra, persuádase »que después de los tres votos solemnes de perpetua castidad, »pobreza y obediencia, es ya hecho miembro de esta Compa»ñía. La cual es fundada principalmente para emplearse toda »en la defensión y dilatación de la santa fe católica, en ayu»dar á las almas en la vida y doctrina cristiana, predicando, »leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de pu»blicar la palabra de Dios, dando los ejercicios espirituales, »enseñando á los niños y á los ignorantes la doctrina cristia»na, oyendo las confesiones de los fieles, y administrándoles »los demás sacramentos para espiritual consolación de las »almas. Y también es instituída para pacificar los desavenidos, »para socorrer y servir con obras de caridad á los presos de »las cárceles y á los enfermos de los hospitales, según que »juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el »bien universal. Y todo esto ha de hacer graciosamente, sin »esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo. Pro»cure este tal traer delante de sus ojos, todos los días de su »vida, á Dios primeramente, y luego esta su vocación é insti»tuto, que es camino para ir á Dios, y procure alcanzar este »alto fin adonde Dios le llama, cada uno según la gracia con »que le ayudara el Espíritu Santo, y según el propio grado de »su vocación; y para que ninguno se guíe por su celo propio, »sin ciencia ó discreción, será en mano del Prepósito general »ó del prelado que en cualquier tiempo eligiéremos, ó de los »que el prelado pondrá á regir en su lugar, el dar y señalar á »cada uno el grado y el oficio que ha de tener y ejercitar en »la Compañía. Porque de esta manera se conserva la buena

»orden y concierto que en toda comunidad bien regida es ne-
»cesario. Y este superior, con consejo de sus compañeros,
»tendrá autoridad de hacer las constituciones convenientes á
»este fin, tocando á la mayor parte de los votos siempre la
»determinación; y podrá declarar las cosas que pudiesen cau-
»sar duda en nuestro instituto, contenido en este sumario. Y
»se entienda que el consejo que se ha de congregar para ha-
»cer constituciones ó mudar las hechas, y para las otras cosas
»más importantes, como sería enajenar ó deshacer casas ó
»colegios una vez fundados, ha de ser la mayor parte de toda
»la Compañía profesa que sin grave detrimento se podrá lla-
»mar del Prepósito general, conforme á la declaración de
»nuestras constituciones. En las otras cosas que no son de
»tanta importancia, podrá libremente ordenar lo que juzgare
»que conviene para la gloria de Dios y para el bien común,
»ayudándose del consejo de sus hermanos, como le parecerá,
»como en las mismas constituciones se ha de declarar. Y to-
»dos los que hicieren profesión en esta Compañía se acorda-
»rán, no sólo al tiempo que la hacen, mas todos los días de
»su vida, que esta Compañía y todos los que en ella profesan
»son soldados de Dios, que militan debajo de la fiel obedien-
»cia de nuestro padre y señor, el papa Paulo III, y de los
»otros romanos pontífices, sus sucesores. Y aunque el Evan-
»gelio nos enseña, y por la fe católica conocemos y firmemen-
»te creemos, que todos los fieles de Cristo son sujetos al ro-
»mano Pontífice como á su cabeza y como á vicario de Jesu-
»cristo, pero por nuestra mayor devoción á la obediencia de
»la Sede Apostólica, y para mayor abnegación de nuestras
»propias voluntades, y para ser más seguramente encamina-
»dos del Espíritu Santo, hemos juzgado que en grande mane-
»ra aprovechará que cualquiera de nosotros, y los que de hoy
»en adelante hicieren la misma profesión, demás de los tres
»votos comunes, nos obliguemos con este voto particular,
»que obedeceremos á todo lo que nuestro Santo Padre que
»hoy es, y los que por tiempo fueron pontífices romanos, nos
»mandaren para el provecho de las almas y acrecentamiento
»de la fe. É iremos sin tardanza (cuanto será de nuestra parte)
»á cualesquier provincia donde nos enviaren, sin repugnancia
»ni excusarnos, agora nos envíen á los turcos, agora á cuales-
»quier otros infieles, aunque sea en las partes que llaman In-
»dias, ahora á los herejes y cismáticos, ó á cualesquier católi-

»cos cristianos. Por lo cual, los que han de venir á nuestra »Compañía, antes de echar sobre sus espaldas esta carga del »Señor, consideren mucho y por largo tiempo si se hallan »con tanto caudal de bienes espirituales que puedan dar fin á »la fábrica de esta torre, conforme al consejo del Señor. Con»viene á saber, si el Espíritu Santo, que los mueve, les pro»mete tanta gracia, que esperen, con su favor y ayuda, llevar »el peso de esta vocación. Y después que con la divina inspi»ración hubieren asentado debajo de esta bandera de Jesu»cristo, deben estar de día y de noche aparejados para cum»plir con su obligación. Y porque no pueda entrar entre nos»otros la pretensión ó la excusa de estas misiones ó cargos, »entiendan todos que no han de negociar cosa alguna de »ellas, ni por sí, ni por otros, con el romano Pontífice, sino »dejar este cuidado á Dios, y al Papa como á su vicario, y al »Superior de la Compañía, el cual tampoco negociará para »su persona con el Pontífice sobre el ir ó no ir á alguna mi»sión, si no fuese por consejo de la Compañía. Hagan tam»bién todos voto que en todas las cosas que pertenecieren á »la guarda de esta nuestra regla serán obedientes al Prepósito »de la Compañía, el cual cargo se elegirá por la mayor parte »de los votos (como se declara en las *Constituciones)* el que »tuviere para ello más partes, y él tendrá toda aquella auto»ridad y potestad sobre la Compañía que convendrá para la »buena administración y gobierno de ella, y mande lo que vie»re ser á propósito para conseguir el fin que Dios y la Com»pañía le ponen delante, y en su prelacía se acuerde siempre »de la benignidad y mansedumbre y caridad de Cristo, y del »dechado que nos dejaron san Pedro y san Pablo, y así él »como los que tendrá para su consejo pongan siempre los »ojos en este dechado. Y todos los súbditos, así por los gran»des frutos de la buena orden, como por el muy loable ejer»cicio de la continua humildad, sean obligados, en todas las »cosas que pertenecen al instituto de la Compañía, no sólo á »obedecer siempre al Prepósito, mas á reconocer en él como »presente á Cristo y á reverenciarle cuanto conviene.

»Y porque hemos experimentado que aquella vida es más »suave y más pura y más aparejada para edificar al prójimo, »que más se aparta de la avaricia y se allega á la pobreza »evangélica, y porque sabemos que Jesucristo nuestro Señor »proveerá de las cosas necesarias para el comer y vestir á sus

»siervos, que buscan solamente el reino del cielo, queremos »que de tal manera hagan todos el voto de la pobreza, que no »puedan los profesos, ni sus casas ó iglesias, ni en común ó »en particular, adquirir derecho civil alguno para poseer nin»gunos provechos, rentas ó posesiones, ni otros ningunos »bienes raíces, fuera de lo que para su propia habitación y »morada fuera conveniente, sino que se contenten con lo que »les fuere dado en caridad para el uso necesario de la vida. »Mas porque las casas que Dios nos diere se han de endere»zar para trabajar en su viña, ayudando á los prójimos, y no »para ejercitar los estudios, y porque, por otra parte, parece »muy conveniente que algunos de los mancebos en quien se »ve devoción y buen ingenio para las letras se aparejen para »ser obreros de la misma viña del Señor, y sean como semi»nario de la Compañía profesa, para la comodidad de los es»tudios, tener colegios de estudiantes, donde quiera que al»gunos se movieren por su devoción á edificarlos y dotarlos, »y suplicamos que por el mismo caso que fueren edificados y »dotados, se tengan por fundados con la autoridad apostólica, »y estos colegios puedan tener rentas y censos y posesiones, »para que de ellas vivan y se sustenten los estudiantes, que»dando al Prepósito ó á la Compañía todo el gobierno y su»perintendencia de los dichos colegios y estudiantes, cuanto »á la elección de los rectores y gobernadores y estudiantes, y »cuanto al admitirlos y despedirlos, ponerlos y quitarlos, y »cuanto á hacerles y ordenarles constituciones y reglas, y «cuanto al instituir y enseñar y edificar y castigar á los estu»diantes, y cuanto al modo de proveerlos del comer y vestir, »y cualquiera otro gobierno, dirección y cuidado, de tal ma»nera, que ni los estudiantes puedan usar mal de los dichos »bienes, ni la Compañía profesa los pueda aplicar para su uso »propio, sino sólo para socorrer á la necesidad de los estu»diantes. Y estos estudiantes deben dar tales muestras de »virtud é ingenio, que con razón se espere que acabados los »estudios serán aptos para los ministerios de la Compañía; y »así conocido su aprovechamiento en espíritu y en letras, y »hechas sus probaciones bastantes, puedan ser admitidos en »nuestra Compañía. Y todos los profesos, pues han de ser »sacerdotes, sean obligados á decir el oficio divino según el »uso común de la Iglesia, mas no en común ni en el coro, »sino particularmente; y en el comer y vestir, y las demás co-

»sas exteriores, seguirán el uso común y aprobado de los ho»nestos sacerdotes, para que lo que de esto se quitare cada »uno, ó por necesidad ó por deseo de su espiritual aprove»chamiento, lo ofrezcan á Dios como servicio razonable de »sus cuerpos, no de obligación, sino de devoción. Estas son »las cosas que poniéndolas debajo del beneplácito de nuestro »santo padre Paulo III y de la Sede Apostólica, hemos »podido declarar, como en un breve retrato de aquesta »nuestra profesión, el cual retrato hemos aquí puesto para »informar compendiosamente, así á los que nos pregun»tan de nuestro instituto y modo de vida, como también á »nuestros sucesores, si Dios fuere servido de enviar algunos »que quieran echar por este nuestro camino; el cual, porque »hemos experimentado que tiene muchas y grandes dificulta»des, nos ha parecido también ordenar que ninguno sea ad»mitido á la profesión en esta Compañía si su vida y doctrina »no fuere primero conocida con diligentísimas probaciones »de largo tiempo, como en las *Constituciones* se declara; por»que á la verdad, este instituto pide hombres del todo humil»des y prudentes en Cristo y señalados en la pureza de la »vida cristiana y en las letras; y aun los que se hubieren de »admitir para coadjutores, así espirituales como temporales, »y para estudiantes, no se recibirán sino muy bien examina»dos y hallándose idóneos para este mismo fin de la Compa»ñía. Y todos estos coadjutores y estudiantes, después de las »suficientes probaciones y del tiempo que se señalará en las »*Constituciones*, sean obligados, para su devoción y mayor »mérito, á hacer sus votos, pero no solemnes (si no fuere al»gunos que por su devoción y por la calidad de sus personas, »con licencia del Prepósito general, podrán hacer estos tres »votos solemnes), mas harán los votos de tal manera, que los »obliguen todo el tiempo que el Prepósito general juzgare que »conviene tenerlos, como se declara más copiosamente en »las *Constituciones* de esta Compañía de Jesús, al cual supli»camos tenga por bien de favorecer á estos nuestros flacos »principios, á gloria de Dios Padre, al cual se dé siempre ho»nor en todos los siglos, amén.

»Por lo cual, nosotros, considerando que en la dicha Com»pañía y sus loables institutos, y en la ejemplar vida y cos»tumbres de Ignacio y los otros sus compañeros no se con»tiene cosa que no sea pía y santa, y que todo va encaminado

»á la salud de las almas de los suyos y de los más fieles de »Cristo, y al ensalzamiento de la fe, absolviendo á los dichos »compañeros y á los coadjutores y á los estudiantes de la »Compañía, para el efecto de estas letras solamente, de toda »excomunión, suspensión y entredicho, y de cualesquier otras »eclesiásticas sentencias, censuras y penas que por derecho »ó por sentencia de juez, por cualquier vía ó manera hubie»sen incurrido, y recibiéndolos debajo de nuestro amparo y »de la Sede Apostólica, de nuestra propia voluntad y por »nuestra propia ciencia, con la autoridad apostólica, por el »tenor de esta presente bula aprobamos y confirmamos, y con »mayores fuerzas revalidamos perpetuamente la fundación é »institución de la Compañía y la dilatación del número de »los profesos, y el recibir y admitir coadjutores, y todos los »privilegios, libertades y exenciones, y la facultad de hacer y »alterar los estatutos y ordenaciones, y todos los otros indul»tos y gracias que nuestro antecesor y la Sede Apostólica les »ha concedido y confirmado, en cualquier tenor y forma; y »confirmamos las letras apostólicas, así plomadas como en »forma de breve, y todo lo en ellas contenido y por ellas he»cho, y suplimos todos los defectos que hubiesen en ellos in»tervenido, así del derecho como del hecho, y declaramos »que todas estas cosas deben tener perpetua firmeza y guar»darse inviolablemente, y que por tales sean declaradas é in»terpretadas y sentenciadas de cualesquier jueces y comisa»rios, de cualquier autoridad que sean, y les quitamos la »facultad y autoridad de juzgarlas ó interpretarlas de otra »manera; y si acaso alguno, de cualquier autoridad que fuese, »á sabiendas ó por ignorancia, tentase algo sobre estas cosas »diferentemente que nosotros decimos, lo declaramos por »inválido y sin ninguna fuerza.

»Por lo cual, por estas letras apostólicas mandamos á todos »los venerables hermanos, patriarcas, arzobispos, obispos, y »á los amados hijos, abades y priores, y á las otras personas »constituídas en dignidad eclesiástica, que ellos y cada uno »de ellos, por sí ó por otros, defiendan á los dichos Prepósito »y Compañía en todo lo sobredicho, y hagan, con nuestra »autoridad, que estas nuestras letras y las de nuestro antece»sor consigan su efecto y sean inviolablemente guardadas, y »no permitan que ninguno sea molestado indebidamente de »manera alguna contra su tenor, y pongan silencio á cuales-

»quier contrarios y rebeldes con censuras eclesiásticas y con »otros oportunos remedios del derecho, sin que les valga ape- »lación y agravien las dichas censuras, guardando los térmi- »nos debidos, é invoquen también para este efecto, si fuere »necesario, el auxilio del brazo seglar, no obstante las cons- »tituciones y ordenaciones apostólicas, y todas las cosas que »nuestro predecesor quiso en sus letras que no obstasen, y »todas las otras cosas contrarias, cualesquiera que sean, ni »obstando tampoco que algunos, en común ó en particular, »tuviesen privilegio de la Sede Apostólica que no puedan ser »entredichos, suspensos ó descomulgados, si en las letras »apostólicas no se hiciere entera y expresa mención, palabra »por palabra, de este indulto. Ninguno pues sea osado á que- »brantar ó contravenir con temerario atrevimiento á esta es- »critura de nuestra absolución, amparo, aprobación, confir- »mación, añadidura, suplemento, decreto, declaración y man- »damiento; y si alguno presumiere tratar de quebrantarla, »sepa que le alcanzará la ira de Dios omnipotente y de los »bienaventurados san Pedro y san Pablo, sus apóstoles. Dada »en Roma, en San Pedro, el año de la encarnación del Señor »de mil y quinientos y cincuenta años, á los veinte y uno del »mes de Julio, y de nuestro pontificado el año primero.— »F. DE MENDOZA, *Fed. cardinalis cesius.*»

CAPITULO XXI

Del instituto y manera de gobierno que dejó Ignacio á la Compañía de Jesús

De la bula del papa Julio III, que en el capítulo precedente se ha visto, se puede fácilmente entender cuál sea el fin é instituto de esta Compañía; mas porque esto se toca en ella con brevedad, y no se explica tanto como algunos querrían, paréceme que debo darles contento y declarar algo más por extenso lo que en la bula en suma se contiene. Y no será esto fuera de mi propósito, pues pertenece también á la vida que escribimos de nuestro padre, que se entienda el dibujo y traza que él hizo de la Compañía, y las reglas y leyes que le dejó para su gobierno.

La Compañía de Jesús, llamada así en su primera institución y confirmación por el papa Paulo, tercero de este nombre, y por todos los otros sumos pontífices, es religión, no de monjes ni de frailes, sino de clérigos seglares, como lo dice el santo concilio de Trento, en la sesión veinte y cinco, á los diez y seis capítulos. Su vida, ni es solamente activa, como las militares, ni puramente contemplativa como las monacales, sino mixta, que abraza juntamente la acción de las obras espirituales, en que se ejercita, y la contemplación, de donde sale la buena y fructuosa acción. El blanco á que tira, y el fin que tiene delante y á que endereza todo lo que hace, es la salvación y perfección propia y de sus prójimos. La salvación consiste en la guarda de los mandamientos, y la perfección en seguir los consejos de Cristo nuestro Señor, y la una y la otra consiste principalmente en la caridad; y así, ella es la regla con que esta Compañía mide y el nivel con que nivela todo lo demás. Los medios que toma para alcanzar este fin son todos los que la pueden ayudar para alcanzar la caridad, y muy proporcionados al fin que pretende, como son: predicar continuamente la palabra de Dios, enseñar á los niños y rudos la doctrina cristiana, amonestar la gente que huya los vicios y abrace las virtudes, y darles la forma que han de tener para ello y para orar con provecho; exhortar al frecuente y devoto uso de los sacramentos, visitar los enfermos, ayudar á bien morir, socorrer espiritualmente á los presos de la cárcel y á los pobres de los hospitales, consolar y dar alivio en lo que puede á todas las personas necesitadas y miserables, procurar de poner paz entre los enemigos, y finalmente, emplearse en las obras de misericordia, y trabajar que se funden, aumenten y conserven en la república todas las obras de piedad.

Todas estas obras tocan en su modo tanto á los colegios como á las casas de la Compañía, pero otras hay que son propias de los colegios en los cuales los nuestros enseñan (porque otros colegios hay que son como seminarios de la misma Compañía, en los cuales los nuestros no enseñan, sino aprenden, como adelante se dirá), que son el ejercicio de las letras, las cuales se profesan y leen públicamente, desde los principios de la gramática hasta lo postrero de la teología, más ó menos, según la posibilidad que cada colegio tiene, de manera que se junte la doctrina con la virtud, y en la juven-

tud, que es blanda y tierna, se imprima el amor de la religión cristiana y de toda bondad. Y todo esto hace la Compañía, no solamente en las provincias y pueblos de los católicos, pero aun mucho más entre los herejes y bárbaros, por ser más desamparados y necesitados de doctrina, y porque, como se dice en la bula, Dios nuestro Señor la ha enviado á su Iglesia principalmente para la defensa y propagación de nuestra santa fe.

Este es el fin de esta Compañía y sus ministerios, y de él y de ellos se puede sacar en lo que se ha de estimar su instituto y el de las otras religiones que tienen este mismo fin y se ocupan en estas ó en semejantes obras de caridad; pues tanto es más perfecta y excelente una religión *que otra* (como dice santo Tomás) (1), cuanto es más perfecto y más universal el fin y blanco que *una más que otra tiene*, y cuantos más y mejores y más acertados son los medios que toma para alcanzar este su más perfecto fin.

De tal manera se emplea la Compañía en estos medios y ministerios, que no puede tomar por ellos limosna ninguna, pues da de balde lo que de balde recibió; y así, no recibe dinero ni otra cosa alguna por las misas que dice, ni por las confesiones que oye, ni por los sermones que predica, ni por las lecciones que lee, ni por cualquiera otra obra de su instituto, aunque se lo quieran dar voluntariamente por caridad y limosna. Y esto no porque no sabe que el obrero (como dice el Señor) es merecedor del galardón de su trabajo, y que, como dice el Apóstol, es muy justo que quien sirve al altar, viva del altar, y que, conforme á esto, debe el pueblo sustentar con sus limosnas á los religiosos y siervos de Dios, que le sustentan á él en lo que más le importa. Mas porque ve que en estos tiempos tan trabajosos anda muy abatido de los malos el oficio y nombre de sacerdocio, y que los herejes, tomando ocasión de la codicia ó poco recato de algunos, dicen mal del uso santísimo de los sacramentos, como si fuese invención de hombres, y no institución de Dios para nuestro remedio y salvación; pues por quitar la ocasión á los que buscan ocasión de decir mal, ha querido la Compañía imitar en esto al bienaventurado apóstol san Pablo, el cual, alaban-

(1) 2.ª 2.æ quæst. 188, art. 6.

do lo que los otros apóstoles hacían en tomar lo que les daban para su sustento, dice de sí que predicaba el Evangelio sin recibir nada de nadie, y que quería antes morir que perder esta gloria que tenía; y por esto la Compañía da de gracia lo que tan graciosamente recibió de la mano del Señor.

Por esta misma causa sigue la Compañía en el comer y vestir una manera de vida común y moderada, como de pobres, mas bastante para sustentar la flaqueza humana y la miseria de nuestros cuerpos; y así, no tiene hábito particular, sino que el suyo es el común de los clérigos honestos de la tierra donde ella vive, en el cual procura siempre que se eche de ver la honestidad, modestia y pobreza que á religiosos conviene; y así, el no haber tomado capilla ni hábito propio y particular, ha sido porque la Compañía, como habemos dicho, no es religión de frailes, sino de clérigos, y porque habiendo necesariamente de tratar con los herejes y con otra gente desalmada y perdida (pues para ganar éstos principalmente la envió Dios), que por sus maldades y por la corrupción y miseria de este nuestro siglo, desprecia y aborrece el hábito de la religión, le ha parecido que podrá tener mejor entrada para desengañarlos y ayudarlos no teniendo ella ningún hábito señalado y distinto del común. Y tampoco tiene asperezas y penitencias corporales ordinarias, que obligan á todos por razón del instituto, por acomodarse á la complexión, salud, edad y fuerzas de cada uno de los que á ella vienen, y ponerles delante una manera de vida que todos sin excepción puedan seguir, y porque tiene otras asperezas y cargas muy pesadas interiores, las cuales son más y mayores que por defuera parecen. Y no por eso deja de estimar y alabar la fuerza que tienen y la necesidad que hay de estas penitencias y asperezas corporales, las cuales reverencia y predica en las otras sagradas religiones, y ella las toma para sí cuando lo pide la necesidad ó utilidad. Y es esto de manera, que ó los superiores las dén, ó los súbditos las tomen por su voluntad, con parecer y aprobación de los superiores, lo cual se hace con tanto hervor, que por gracia de Dios nuestro Señor tienen necesidad de quien les vaya á la mano.

Y estando la Compañía tan ocupada en tantas obras y tan diversas, y de tanta importancia para salvación de las ánimas, que son propias de su instituto, no tiene coro ordinariamente, en el cual se canten las horas canónicas, como se acos-

tumbra en otras religiones; porque no es de esencia de la religión el tener coro, de manera que no pueda ser religión la que no tiene coro. Pues (como enseña muy bien santo Tomás) (1), puédense instituir y fundar religiones para varios fines y para diversas obras de misericordia y piedad, en las cuales los que se ejercitaren, aunque no tengan coro, serán tan propiamente religiosos, y no nada menos que los otros que le tienen y cada día cantando en él alaban al Señor; y así, la orden de los predicadores, del glorioso patriarca santo Domingo, parece que no tuvo en sus principios coro (2), pues se escribe que impetrada la confirmación de su orden, envió este santo patriarca todos sus compañeros á predicar por diversas partes del mundo, y entonces no podía haber coro, siendo tan pocos y estando, como estaban, sus santos religiosos desparcidos y ocupados en predicar; y no por eso diremos que en aquel tiempo no era religión, pues fué tiempo muy esclarecido para ella; y el bienaventurado san Gregorio papa en un concilio romano (3) prohibió so graves penas que los diáconos que se habían de ocupar en predicar la palabra de Dios y en repartir las limosnas á los pobres, no se ocupen en el coro ni hagan oficio de cantores. Porque (como lo declaran los santos padres) (4) es cosa más excelente despertar los corazones de los hombres y levantarlos á la consideración de las cosas divinas con la predicación y doctrina que no con el canto y con la música; y así, los que tienen por oficio enseñar al pueblo y apacentarle con el pan de la doctrina evangélica, no deben, como dice santo Tomás (5), ocuparse en cantar, porque ocupados con el canto no dejen lo que tanto importa; y aunque aquel canon de san Gregorio ahora no se guarde, no por eso deja de tener su fuerza y vigor la razón por que él se hizo, que es, el que está ocupado en las cosas mayores y más necesarias y provechosas, ha de estar, para atender á ellas, desembarazado del coro y de los otros ejercicios que le pueden estorbar. Y así vemos que en el princi-

(1) 2.ª 2.æ quæst. 188, art. 2.

(2) Apud Sur., t. IV, lib. II, c. II, vitæ sancti Dominici. Ant. 3, p. hist., título XXIII, §. 3.

(3) 92. dis. c. in sanct.

(4) Thom., 2.ª 2.æ quæst. 91, art. 2, ad 3.

(5) Ibidem.

pio de la primitiva Iglesia, los sagrados apóstoles dejaron el cuidado de repartir las limosnas, aunque era obra de gran caridad, y la encomendaron á los siete diáconos (1), por no divertirse ellos de la predicación, que importaba más; diciendo: « No es justo que nosotros dejemos de predicar la palabra del Señor por dar de comer á los pobres. » Y conforme á esto, en todas las religiones, aun en aquellas que por su instituto están obligadas al coro, los predicadores y estudiantes, y todos los que están ocupados en los oficios graves ó en otros domésticos, no tienen obligación tan estrecha de acudir al coro, para que, desobligados de esta deuda, puedan acudir mejor á sus oficios; y en nuestra Compañía con más razón (pues no le tiene por su instituto y vocación) están todos desobligados del coro, porque todos los de ella son profesores públicos, ó predicadores, ó confesores, ó estudiantes, ó hermanos legos que sirven, ó en fin personas que por su instituto están ocupados en ministerios espirituales graves ó necesarios y domésticos; y fuera de estos, no hay ninguno que esté desocupado, y se pueda ocupar solamente en cantar. Por tanto, como haya en la Iglesia universal de Dios tantas iglesias particulares y religiones que por su instituto y obligación se ocupan santísimamente en alabarle y glorificarle en el coro, de los cuales puede gozar y aprovecharse el que tuviere devoción, y quisiere despertar su ánima con el canto para las cosas divinas, y la Compañía no pueda abrazar lo uno y lo otro, hale parecido tomar aquella parte que aunque en sí no es menos necesaria ni menos fructuosa, tiene menos que la traten y se ejerciten en ella. Y para emplearse mejor, y poner todo el caudal de sus fuerzas en cosa que tanto va, y no distraerse ni embarazarse en otras que no son tan necesarias, por más santas y loables que sean, deja á las demás lo que es suyo (alabando al Señor, que les dió tal instituto), y ocúpase en lo que es propio de su vocación. Imitando también en esto al apóstol san Pablo (2), el cual dice de sí que no le había enviado el Señor á bautizar, sino á predicar. No porque no fuese cosa santa y necesaria para la salvación de las ánimas el bautizar, pues lo es el bautismo, y puerta de todos los sacra-

(1) Act. 6.
(2) I, Cor., 1.

mentos, sino porque había otros muchos que bautizasen, y no tantos que pudiesen predicar. Especialmente que no sirven menos en la guerra las espías que los soldados que pelean, ni los ingenieros que minan las fuerzas de los enemigos menos que los que, derribadas ya las murallas, arremeten al asalto. Ni tiene menor parte en los despojos el soldado que queda á guardar el bagaje que el que pelea y vence (1). Ni recibieron menos espíritu del Señor Eldad y Medad, dos de los setenta viejos que eligió Moisés por voluntad de Dios, aunque se quedaron en los reales, que los otros sesenta y ocho que estaban delante del tabernáculo (2). Para que el que come no condene al que no come, ni el que no come juzgue al que come, como dice el Apóstol (3), sino que los unos y los otros alaben al Señor de todos porque reparte sus dones como es servido.

Y parécele á la Compañía que con ocuparse en tantas cosas tan provechosas para el pueblo, y con las oraciones que continuamente hace y las misas que dice por sus bienhechores, cumple con la obligación que les tiene, por la caridad y limosna que de ellos recibe.

Y porque para ejercitar como se debe los ministerios que habemos dicho, es necesario lo primero mucha virtud, y también un buen natural y más que medianas letras, y una buena gracia para tratar y conversar con los hombres y ser entre ellos de buena opinión y fama, no recibe esta Compañía ningún hombre facineroso ni que sea infame según el derecho canónico y civil, ni gente que se piensa que ha de ser inconstante en su vocación. Y finalmente, ninguno que haya traído hábito de cualquiera otra religión, porque desea que cada uno siga el llamamiento é inspiración del Señor, y persevere en la vocación á que ha sido llamado (4), y que todas las demás religiones sagradas crezcan cada día más, y florezcan en la santa Iglesia en número y fruto y verdadera gloria en el Señor. Y así, solamente recibe los que con mucho examen entiende que son llamados y traídos de Dios á su instituto, y que por esto pueden ser para él provechosos.

---

(1) I, Reg., 30.
(2) Núm., 11.
(3) Rom., 14.
(4) I, Cor., 7.

Estos tales son en una de cuatro maneras. La primera es de hombres ya hechos, los cuales, después de haber acabado sus estudios, tocados de la mano de Dios, desean dedicarse totalmente á su servicio y emplear en esta Compañía, para beneficio y provecho de las ánimas, todo lo que aprendieron en el siglo. La segunda es de los que han alcanzado una mediana doctrina, y, ó por falta de ingenio, ó por sobra de edad, no pueden pasar adelante en sus estudios. La tercera es de mozos hábiles de buenos ingenios y esperanzas, los cuales se reciben, no porque hayan estudiado, sino para que estudien y aprendan las letras que son menester para aprovechar á los otros. La cuarta es de algunos hermanos legos, los cuales, contentándose con la dichosa suerte de Marta, sirven á nuestro Señor ayudando en los oficios comunes de casa, y descargan á los demás de este trabajo, y por esto se llaman coadjutores temporales.

Todos los de estas cuatro suertes que habemos dicho tienen dos años de noviciado, en los cuales no tienen obligación de hacer voto ninguno, sino de probarse y probar la religión. Y este espacio que se toma para la probación, más largo de lo que en las otras religiones se usa, allende de ser muy provechoso para los que entran, porque tienen más tiempo de mirar bien primero lo que hacen, también lo es para la misma religión (1). La cual los prueba á ellos y los ejercita en la oración vocal y mental, y en la mortificación y humillación de sí mismos, dándoles muchas vueltas, y haciendo, como dicen, anatomía de ellos, para conocerlos mejor y para labrarlos y perfeccionarlos más. Y es muy conforme á razón y á la doctrina de los santos, y á la variedad que antiguamente hubo en la Iglesia de Dios acerca de esto, que cuanto más perfecto y dificultoso fuere el instituto que se ha de emprender, se mire más y con más atenta consideración el admitir-

(1) Spatium probationis non solum in favorem conventus, sed etiam monasterii indultum est. Extra *De regul. et trans. ad Rel.*, c. *ad Apostolicam*. Pachomius regulam accepit ab Angelo, in quatriennii probatio præcipitur, de quo Nicephor., lib. IX, c. XIV et Palladius in vita ipsius. Hoc idem triennii spatium in militibus iubet, Gregor. lib. VII, reg. Epistola XI, et Iustinianus Authe, col. I, tit. V, sacras sequens regulas idem statuit. Greg. tamen, lib. VIII. reg. Epistola XXIII biennio probari vult eos, qui ad conversionem accipiuntur in Religionibus deformatis. Benedictus annum tantum probationis instituit et S. Gregor. confirmavit, ut scribit Alex. 2, 17 q. 2. c. Gonsaldus magna itaque fuit olim varietas in Ecclesia.

los. Y por esto da la Sede Apostólica á la Compañía dos años de probación. En los cuales los maestros de novicios y superiores tienen gran cuidado de examinar muy atentamente la vocación de cada uno de sus novicios, y de que ellos la entiendan y se confirmen en ella. Tienen también intento de entender las inclinaciones, habilidades y talentos de los novicios, para poner cada uno en el oficio que más le conviene; de manera que con alivio y consuelo sirvan y acudan á la gracia del Señor, que los llamó. Y puesto que les enseñan muchas cosas para enderezarlos y encaminarlos al conocimiento de su regla y á la perfección de su instituto, principalmente son cuatro los avisos y documentos que se les dan, que son como cuatro fuentes de todos los demás, y sacados del espíritu y doctrina de nuestro padre Ignacio.

El primero es, que busquen y procuren de hallar á Dios nuestro Señor en todas las cosas. El segundo, que todo lo que hicieren lo enderecen á la mayor gloria de Dios. El tercero, que empleen todas sus fuerzas en alcanzar la perfecta obediencia, sujetando sus voluntades y juicios á sus superiores. Y el cuarto, finalmente, que no busquen en este mundo sino lo que buscó Cristo nuestro Redentor; de manera que así como Él vino al mundo por salvar las ánimas y padecer y morir en la cruz por ellas, así ellos procuren cuanto pudieren de ganarlas para Cristo y ofrecerse á cualquier trabajo y muerte por ellas con alegría, recibiendo cualquier afrenta é injuria que les hicieren por amor del Señor, con contento y regocijo de corazón, y deseando que se les hagan muchas, con tal que ellos de su parte no dén causa ninguna ni ocasión para ello en que Dios sea ofendido; y si por ventura algún novicio no obedece á los consejos y amonestaciones de sus superiores, ó no abraza como debe el instituto de la Compañía, después de corregido muchas veces y amonestado, despídenle de ella, porque de ninguna cosa se tiene más cuidado, para conservar sano y entero este cuerpo, que de no tener en ella persona que no convenga á su instituto.

Pasados los dos años del noviciado, los hombres ya letrados y que tienen bastante doctrina para ejercitar los ministerios de la Compañía, si dan buena cuenta de sí y entera satisfacción de su virtud y vida, pueden hacer su profesión y votos solemnes. Si no se tiene tanta experiencia y aprobación de ella, dilátase la profesión, y entre tanto que viene el tiem-

po de hacerla, hacen tres votos, de pobreza, castidad y obediencia perpetua de la Compañía, y lo mismo hacen, acabado su noviciado, todos los demás que dijimos.

Estos votos no son solemnes, sino simples, con los cuales de tal manera se obligan los que los hacen de perseverar en la Compañía, que no por eso queda ella obligada á tenerlos para siempre, sino que tiene libertad para despedir los que no dieren buena cuenta de sí antes de la profesión, quedando ellos, cuando los despiden, libres de su obligación. Así que el que hace estos votos hace una policitación libre, voluntaria y simple promesa, entregándose con perpetuidad, cuanto es de su parte, á la religión; el cual, después de haber examinado el instituto de la Compañía y probádose á sí y á ella por espacio de dos años (como habemos dicho), se quiere obligar á vivir y morir en ella con esta condición; y está en su voluntad hacerlo, como pudiera, sin recibir agravio (pues es señor de sí y de su voluntad), antes de haber entrado en la Compañía ni de saber tan por menudo su regla, y la carga que echaba sobre sí. Mas aunque la Compañía no tenga obligación precisa que nazca de los votos que el que entra hace, no por eso deja de haber otra grandísima y firmísima que le pone su instituto y sus reglas y *Constituciones*, las cuales mandan que no se despida ninguno sino con mucha consideración, ni por enfermedad en que haya caído sirviendo á la Compañía, ni por causas ligeras que se puedan por otro camino remediar, sino por cosas tan graves y que hagan tanta fuerza, que no se puedan llevar sin daño notable de la Compañía ó del mismo que se despide, y el retenerle fuese en grave perjuicio de la caridad; y aun cuando la necesidad obligare á ello, quieren que se haga con tanto miramiento y recato, y con tales muestras de amor y dolor como se puede desear, así para bien y estimación del que se despide, como de la edificación y provecho de los que quedan; y para que esto se haga con mayor acierto y consideración, sólo el Prepósito general tiene facultad de despedir de la Compañía á los que después de los dos años han hecho sus votos en ella. De manera que no está en mano de los superiores despedir por su voluntad y antojo al que quieren de la Compañía, sino que se vive con orden y ley en ella, y ellos procuran en todas las cosas de usar de la debida moderación, pero en ésta más que en ninguna, porque importa más, no solamente porque

la caridad cristiana lo pide, pero también porque es interés de la misma Compañía, la cual recibiría mucho daño y se haría gravísimo perjuicio á sí misma, si arrebatadamente y con poca consideración despidiese á los hombres ya hechos y puestos en perfección, á cabo de tantos años de cuidados y trabajos y gastos suyos, habiéndolos recibido con tanto examen y miramiento cuando eran mozos, y sin tantas partes de virtud y doctrina; porque esto sería trabajar mucho en el tiempo del sembrar, y ser remiso y desperdiciado al tiempo del coger. Mas como el fin de la Compañía sea excelentísimo y lleno de muchas y gravísimas dificultades, es menester que los que viven en ella sean hombres de muy conocida y probada virtud, y muy ejercitados en las cosas espirituales, si le quieren alcanzar. Y por esta causa ha juzgado que no conviene admitir á profesión á ninguno cuya virtud y doctrina no sea muy conocida y experimentada, porque sus hijos no tomen sobre sí más carga de la que pueden llevar, cayendo con ella, quebrándose los ojos, dando escándalo y haciendo daño á los que tienen obligación de dar edificación y aprovechar; y así, entre tanto que se prueban y ejercitan más, se atan con esta obligación de los votos que habemos dicho, y poco á poco se van ensayando y subiendo, como por gradas y escalones, hasta lo más alto.

Y aunque esta manera que habemos dicho de hacer los votos parece nueva, es muy conveniente para este instituto, que en esta parte es nuevo; es provechosa á los mismos que hacen los votos, y necesaria para la Compañía, y para la Iglesia de Dios de grandísima utilidad; porque los que hacen los votos gozan desde luego del merecimiento y fruto de ellos, y atados con su obligación, quedan más fuertes y firmes en la vocación á que Dios los llamó, y la Compañía, con estas prendas, queda más segura y con menos temor y sospecha de perder sus trabajos, y las gentes sus limosnas, como se perderían si los que están en la Compañía, por no tener obligación ni voto, tuviesen libertad para dejarla y volverse al siglo á su voluntad, después de haber estado muchos años en ella, habiendo alcanzado doctrina y crédito á costa de sus sudores y trabajos y de las haciendas de sus bienhechores, lo cual sería contra toda razón, como lo sería si algún clérigo, después de haberse aprovechado mucho tiempo de las rentas eclesiásticas y enriquecídose con la hacienda de los

pobres y con el patrimonio de Cristo nuestro Señor, volviese atrás y dejase el estado eclesiástico. Que para que esto no se pueda hacer, mandan los sagrados cánones (1) que el clérigo que tiene iglesia parroquial se ordene de misa (si no lo está) dentro de un año desde que alcanzó el beneficio, y que si por estar dispensado del Obispo á efecto que pueda estudiar, no lo hiciere, se ordene á lo menos de subdiácono, dando por causa de este mandato, para que habiendo gozado de las rentas del beneficio, no pueda mudar estado y volver atrás, tomando la santa Iglesia el voto que el tal hace como por fianzas y prendas para su seguridad (2). También la Iglesia de Dios con esto viene á ser libre de gran número de apóstatas que saldrían de la Compañía, quedándose siempre atados con sus votos y sin poder tomar otro estado, como quedan los apóstatas de las otras religiones, y esto nos enseña la misma experiencia.

Y no reciben agravio los que así se despiden, pues entraron con esta condición, y quedan libres, como habemos dicho, y comunmente van más aprovechados en todo que cuando entraron, y no se despiden sino por su bien ó por el de toda la Compañía (3), el cual, por ser común y pertenecer á muchos, se ha de preferir al bien particular de cada uno; y pues en todas las religiones, por causas graves y urgentes, se pueden y suelen echar los religiosos de ellas, aunque sean profesos, quedando ellos siempre obligados á guardar sus votos y profesión, no hace agravio la Compañía á los que despide no siendo aún profesos, pues cuando los despide quedan sin ninguna obligación y señores de sí; ni es contra razón que se haya de fiar más de toda la Compañía el particular cuando entra en ella, creyendo que no le despedirá sin causa, que no la Compañía del particular, esperando que ha de perseverar sin tener voto ni obligación para ello, pues no son iguales las partes; aunque, si bien se mira, no es menor la seguridad que tiene el particular, fundada y afianzada en el instituto y reglas

---

(1) In 6 *De electione et elect. potest.*, ti tul VI, c. *cum ex eo.*

(2) Ne sicut à multis de Christi patrimonio sublimatis olim factum esse dignoscitur à statu retrocedere valeat clericali. *(Ibidem.)*

(3) Nam sicut majus bonum minori bono præponitur, ita communis utilitas speciali utilitati præfertur, ait Innocent, III, *De reg. et trans. ad Relig., c. licet.*

de toda la Compañía, que la que ella tiene con el voto y promesa del particular, como acabamos de decir.

De estos provechos, y de otros muchos que sería largo contarlos, se puede sacar cuán acertada es esta manera y obligación de votos para este nuestro instituto; la cual, si quisiéramos bien mirar, hallaremos que es muy conforme á lo que se usaba antiguamente en la Iglesia de Dios, en los seminarios que se tenían de clérigos, como se ve en algunos concilios toledanos (1), y en otros que no hay para qué traerlos aquí, ni otras razones ni autoridades, pues la santa Sede Apostólica, con la autoridad de tantos sumos pontífices, y el sacrosanto y universal concilio de Trento, en sus decretos, lo han todo instituído y aprobado.

Volviendo pues á los cuatro géneros de personas que se reciben en la Compañía, de los cuales ya habemos hablado, los que son señalados en letras hacen lo que habemos dicho. Los medianos, que llamamos coadjutores espirituales, son como soldados de socorro, que ayudan á los profesos á llevar sus cargas, y están á todas horas á punto cuando se toca al arma y se ofrece cosa del servicio del Señor. Los coadjutores temporales ejercítanse en sus oficios, ayudando á los demás, para que, descuidados de este particular ejercicio, puedan mejor emplearse en lo que les toca. Los estudiantes aprenden letras y estudian, y el buen espíritu que bebieron en el noviciado procuran de acompañarle con doctrina, y en todo el tiempo de sus estudios de tal manera se ocupan en ellos, que no se olvidan de sí y de su mortificación; antes se ejercitan á sus tiempos en algunos de los ministerios que después, cuando sean profesos, han de hacer, y se van habilitando para todo aquello en que después se han de emplear.

Esto se hace en los colegios, porque la Compañía tiene casas y colegios entre los cuales hay esta diferencia. Las casas, ó son casas de probación, en las cuales se prueban y ejercitan los novicios en la forma que habemos dicho, ó son casas de profesos, en las cuales solamente residen los obreros ya hechos, y se ocupan en confesar y predicar y en los otros ministerios espirituales en beneficio de los prójimos. Los colegios son de estudiantes, en los cuales, aunque se tratan algunas

(1) Toletano, 2, c. I. Tol., 4, c. XXIII. Cabilón, c. III. Aquisgran, 135.

de las obras de los profesos, pero su ocupación principal es enseñar ó aprender las letras necesarias para estos ministerios.

Las casas de los profesos no tienen ni pueden tener renta ninguna, aunque sea para la fábrica de la iglesia ó para ornamentos ó aderezos de ella, ni tienen heredades fructuosas, en común ni en particular, ni pueden adquirir derecho para pedir por justicia las limosnas perpetuas que se les dejan, sino viven de las que cada día se les hacen.

Las casas de probación y los colegios pueden tener renta en común, para que los novicios no sean cargosos á los pueblos antes que sean de provecho y los comiencen á servir, y los estudiantes, teniendo cierto su mantenimiento y vestido, no tengan cuidado de buscarle, sino que todos se empleen en aprender las ciencias que para ayudar á los otros son menester.

Estas casas de novicios y colegios suélenlas fundar y dotar con rentas, ó las ciudades donde se fundan de sus propios, ó algunas personas principales y ricas de sus haciendas, á quienes Dios hace merced de servirse de ellos para este efecto y para aparejar obreros que después trabajen en su viña, como en el capítulo siguiente se dirá. Las rentas de los colegios están á cargo de los profesos, los cuales en ninguna manera se pueden de ellas aprovechar para sí, sino que enteramente se han de gastar en proveer y sustentar á los estudiantes. Y así, los que tienen el provecho no tienen el mando, ni pueden desperdiciar, sino gozar de los bienes que tienen, y los que tienen el mando y administración ó superintendencia de los tales bienes, no sacan fruto temporal de su trabajo para sí, sino para aquellos cuyos ellos son y á quienes han de servir.

Los estudiantes, acabados sus estudios, vuelven otra vez á la fragua y pasan por el crisol con nuevas probaciones para apurarse y afinarse más y hacerse hábiles para ser admitidos en el número de los profesos, los cuales tienen toda la autoridad para regir y gobernar la Compañía. De los profesos salen los asistentes, los provinciales, los comisarios, los visitadores y el mismo Prepósito general; para lo cual es muy importante y necesario que los profesos sean varones de muy rara virtud, doctrina y experiencia, y que vivan llanamente con los demás, para que con su humildad y modestia se ha-

gan iguales las otras cosas que pueden parecer desiguales. Los dichos profesos hacen sus tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia perpetua, como se usa en las demás religiones, porque en estos tres votos consiste la esencia y fuerza de la religión. Añaden otro cuarto voto solemne, que es propio y particular de esta Compañía, de obedecer al romano Pontífice, no solamente en las cosas que todos los religiosos y cristianos somos obligados á obedecerle, sino también en otras que no hay ley expresa que á ellas obligue. Y ha sido invención de Dios el hacerse este voto en la Compañía en tiempos tan miserables y de tanta calamidad, en los cuales vemos que los herejes, con todas sus fuerzas y máquinas, procuran combatir la autoridad de la santa Silla Apostólica. Que dejando aparte los provechos que de este voto se siguen, los cuales se tocan en el sumario de nuestro instituto y en la bula de la confirmación de la Compañía, que en el capítulo pasado se puso, es grandísimo bien fortificar y establecer con este voto de la obediencia á su Santidad lo que los herejes pretenden destruir y derribar.

Y para que no solamente el gobierno de la Compañía sea al presente el que debe ser, sino que de nuestra parte se cierre la puerta á lo que para adelante nos puede dañar, y se corten las raíces de la ambición y de la codicia, que son la polilla y carcoma de todas las religiones. También hacen otros votos simples los profesos, y prometen de no alterar ni mudar lo que está ordenado en las *Constituciones* acerca de la pobreza, si no fuese para estrecharla y apretarla más, y de no pretender, directe ni indirecte, ningún cargo en la Compañía, y de descubrir y manifestar al que supieren que lo pretende, y de no aceptar ninguna dignidad fuera de la Compañía, si no fueren forzados por obediencia de quien les puede mandar y obligar á pecado.

La forma del gobierno es ésta. Hay un prepósito general, que es superior y padre de toda la Compañía, el cual se elige por votos de los provinciales y de dos profesos de cada provincia, que han sido nombrados en las congregaciones ó capítulos provinciales de cada una de ellas, para ir con sus provinciales al capítulo general. El Prepósito general es perpetuo por su vida, y tiene entre todos la suma autoridad y potestad. Él, con grande información que tiene de sus sujetos, elige y constituye los rectores de los colegios, los prepó-

sitos de las casas profesas, los provinciales, visitadores y comisarios de toda la Compañía. Con esto se quita la ocasión de pasiones, desasosiegos, y otros inconvenientes que suelen suceder cuando los prelados y superiores se eligen por voto y voluntad de muchos. También el mismo Prepósito general tiene la superintendencia de los colegios. Reparte y concede las gracias y privilegios que tenemos de la Sede Apostólica, más ó menos, como le parece. Está en su mano el recibir en la Compañía y despedir de ella, y hacer profesos, y llamar á congregación general y presidir en ella. Finalmente, casi todas las cosas están puestas en su arbitrio y voluntad; y para que no use mal de esta tan grande potestad el Prepósito general, demás del cuidado y diligencia que se pone en escoger el mejor de todos y el que se juzga que es más idóneo y más á propósito para el tal cargo (que es toda la que humanamente se puede usar), después de la elección del General, por los mismos que le eligieron se nombran otras cuatro personas de las más graves y señaladas de toda la Compañía, que se llaman asistentes, para que asistan y sean consultores del General. Cuyo oficio es, primeramente, moderar los trabajos del General, medir su comer y vestir, avisarle con humildad de lo que les parece que conviene para el buen gobierno y estado de la Compañía. Y nómbrase también por la misma Compañía uno que se llama admonitor, que tiene este oficio de amonestar más en particular al General de todo lo que se ofrece; y porque puede ser que el General, como hombre, caiga en algún error grave, como sería si fuese demasiadamente arrebatado y furioso, ó que gastase mal y desperdiciase las rentas de los colegios, ó que tuviese mala doctrina ó fuese en su vida escandaloso, pueden en estos casos los asistentes convocar la Compañía y llamar á congregación general (la cual, por representar toda la Compañía, es sobre el mismo General y tiene la suprema potestad), para inquirir y examinar las culpas del General, y conforme á lo que se hallare, darle la pena. Porque caso puede haber en que el Prepósito general sea absuelto, y privado de su oficio, y castigado con otras penas mayores. Por lo cual parece que el gobierno de esta Compañía, aunque tira mucho al de la monarquía, en la cual hay uno solo que es príncipe y cabeza de todos, pero también tiene mucho del gobierno que los griegos llaman aristocracia, que es de las repúblicas en que rigen los pocos

y los mejores; y así, dejando lo malo y peligroso que puede y suele haber en estos gobiernos, ha tomado la Compañía lo bueno que cada uno de ellos tiene en sí. Porque no hay duda sino que el gobierno donde hay un solo príncipe y una sola cabeza, de la cual dependen todas las demás, es mejor de todos y más durable y pacífico, pero esto es si el príncipe es justo, y el que es cabeza es sabio, prudente y moderado. Mas hay gran peligro que este tal no se ensoberbezca y desenfrene con el poder que tiene, y que siga su apetito y pasión, y no la ley y la razón, y que lo que le dieron para provecho y bien de muchos lo convierta en perjuicio y daño de ellos, y haga ponzoña de la medicina. Y aunque no caiga en este extremo, y sea muy cuerdo y muy prudente, no es posible que siendo uno sepa todas las cosas; y por tanto, dice el Espíritu Santo que la salud del pueblo se halla donde hay muchos consejos, en los cuales cada uno dice lo que sabe mejor que los demás y lo que ha experimentado para bien de todos. Pero, por otra parte, en la muchedumbre de los que gobiernan hay mucho peligro que no haya tantos pareceres como cabezas; en los cuales aquella unidad tan necesaria para la conservación de los hombres y de las repúblicas se venga á partir y á deshacer, y con ella la unión, que es el ánima y vida de todas las buenas juntas y comunidades. Pues para huir estos inconvenientes tan grandes que se hallan en el uno y otro género de gobierno, ha tomado la Compañía la unidad de la monarquía, haciendo una sola cabeza, y de la república el consejo, dando asistentes al Prepósito general; y ha sabido tan bien juntar lo uno con lo otro, que el Prepósito general presida á todos por una parte, y por otra sea sujeto en lo que toca á su persona, y que los asistentes sean consejeros suyos, y no jueces.

Esta es la traza y modelo que con pocas palabras he podido dibujar del gobierno é instituto que nos dejó Ignacio de esta Compañía. La cual, como se puede sacar de lo que habemos dicho, aunque tiene muchas cosas muy esenciales semejantes y comunes á las demás religiones, pero también tiene otras diferentes de ellas y propias suyas. Porque, así como, por ser religión, necesariamente ha de tener las cosas esenciales que tienen las demás religiones (que son los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, en las cuales consiste la naturaleza y sustancia de la religión, y sin las cuales no po-

dría ella serlo), así, por ser religión de clérigos (como dice el sagrado concilio de Trento) (1), también se ha de diferenciar de las otras religiones monacales y de frailes en lo que ellas se distinguen y son desemejantes de los clérigos. Y siendo también cierto que aunque todas las religiones tienen un mismo fin general, que es seguir los consejos de Cristo nuestro Señor y la perfección que en el sagrado Evangelio se nos enseña, pero cada una tiene su fin particular, al cual mira, y como á blanco endereza sus obras. Y siendo, como son, estos fines particulares diferentes unos de otros, necesariamente lo han de ser también los medios que para alcanzar los dichos fines se toman, pues los medios dependen del fin como de regla y medida con la cual se han de medir y reglar. Y no hay religión ninguna tan semejante á otra, que no tenga algunas cosas propias suyas y desemejantes á todas las demás, y cada una de las religiones tiene sus privilegios y dispensaciones del derecho común, que hace el Vicario de Cristo nuestro Señor, como autor, intérprete y dispensador de él, para bien y ornamento de su santa Iglesia. La cual está ricamente ataviada y compuesta con esta hermosísima y admirable variedad (2), y como los reales espantosos y bien ordenados (3), tiene muchos y muy lucidos escuadrones de gentes, que pelean todos á una, pero cada uno con sus propias armas, las cuales suelen ser tan diferentes como lo son los soldados que usan de ellas. Y finalmente Dios nuestro Señor, que con su altísima é infinita providencia gobierna todas sus criaturas, da los remedios conformes á las necesidades, y aplica las medicinas como las pide la naturaleza de la enfermedad, y en los tiempos en el consistorio de su divino consejo determinados envía las religiones é institutos que es servido, para que labren y cultiven esta su grande viña de la Iglesia católica.

Habiendo escrito esto, y queriéndolo imprimir, ha llegado á mis manos una bula nueva de nuestro muy santo padre Gregorio XIII, en la cual declara, aprueba y confirma de nuevo el instituto de la Compañía, y todos sus privilegios, constituciones y estatutos en general, y particularmente algunas

---

(1) Sess. 25, cap. XVI.
(2) Psalm. XLIV.
(3) Cantic. 6.

cosas de las más sustanciales que dejo tratadas en este capítulo, que por parecerme que se entenderán mejor con esta bula de su Santidad, la he querido poner aquí al pie de la letra como está.

GREGORIO, *obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria*

«Cuanto con mayor provecho la venerable Compañía de »Jesús se ejercita en cultivar la viña del Señor y procura te»ner más obreros dignos de eterna retribución, tanto nosotros »con mayor cuidado procuramos de favorecerla y ampararla, »y á todos los religiosos que ella cría, de los cuales toda la »república cristiana en todas partes es socorrida y aliviada, y »juntamente de apartar todos los estorbos que pueden tener »para pasar adelante, ó para que el fervor de la caridad, que »de ellos se derrama en las ánimas compradas con la preciosa »sangre de Jesucristo nuestro Señor, en alguna parte no se en»tibie ó perezca. Pues siendo así que conforme á las constitucio»nes de la dicha Compañía y de su loable instituto, confirmado »por el papa Paulo III y Julio también III, de feliz recorda»ción, y también por Paulo IV, romanos pontífices, nuestros »predecesores, diligentísimamente examinado y alabado del »concilio Tridentino, la dicha Compañía, no solamente tiene »en sí profesos y novicios, como todas las demás religiones, »pero hay en ella varios grados de personas religiosas, en los »cuales, conforme á la medida y talento que á cada uno re»parte el gran Padre de familias, procura servirle, con la di»rección de sus superiores. Porque, así como el fin de la »dicha Compañía es la propagación y defensión de la fe y el »aprovechamiento de las ánimas en la vida y doctrina cristia»na, también es propio de la gracia de su vocación ir á diver»sas partes, con la dirección del Pontífice romano y del Pre»pósito general de la misma Compañía, y de vivir en cual»quier parte del mundo donde se pueda esperar de sus traba»jos é industria fructuosa mayor cosecha para salvación de »las almas, á gloria de la eterna Majestad de Dios. Para el »cual fin, el Espíritu Santo, que movió á la buena memoria »de Ignacio de Loyola, fundador de la dicha Compañía, y á »sus compañeros, también por medio de esta santa Sede les »dió y confirmó los medios convenientes y excelentes para

»alcanzar este mismo fin, como son la predicación de la pala-
»bra de Dios, el uso de los ejercicios espirituales y de todas
»las obras de caridad, la administración y frecuencia de los
»santos sacramentos de la penitencia y cuerpo de Cristo nues-
»tro Señor. Para hacer bien las cuales obras, y para vencer
»las dificultades y pasar por los peligros que á los religiosos
»de la dicha Compañía se ofrecen en semejantes peregrina-
»ciones y ministerios, sin detrimento suyo (porque estas cosas
»piden grande caudal de virtud y devoción), se ha ordenado
»que los novicios en la dicha Compañía se prueben por espa-
»cio de dos años, y que los que después del noviciado hubie-
»ren estudiado, acabados sus estudios, gasten el tercer año
»de probación en ejercicios de humildad, para que si el amor
»de esta virtud, ó la piedad y el hervor de la devoción, con la
»ocupación de las letras por ventura se hubiere resfriado, con
»el ejercicio y uso cotidiano de las mismas virtudes, y con la
»invocación más fervorosa de la divina gracia se repare; por-
»que los que han de hacer profesión han de ser, para respon-
»der á esta vocación, varones señalados en la puridad de la
»vida y en letras, y muy probados con largas y muy diligen-
»tes experiencias; han de ser sacerdotes, y ejercitados en la
»predicación de la palabra de Dios y administración de los
»sacramentos, como en las constituciones de la dicha Com-
»pañía y por los sumos pontífices está determinado. Pero ni
»todos pueden ser aptos para hacer esta profesión, ni los que
»con el discurso del tiempo la hubieren de hacer, pueden
»tener las partes que para ello se requieren, ni ser conocidos
»y probados sino con largas probaciones y experiencias. Por
»lo cual, el mismo Ignacio, por divina inspiración, de tal ma-
»nera dispuso todo el cuerpo de la Compañía, y le distinguió
»en sus miembros, orden y grados, que acabados los dos años
»de noviciado, todos los que quisiesen perseverar en la Com-
»pañía hiciesen tres votos sustanciales, pero simples, de po-
»breza, castidad y obediencia, y dejasen de ser novicios. Los
»cuales votos hechos, son incorporados y unidos en el cuerpo
»de la dicha Compañía, y cuanto es de su parte quedan obli-
»gados perpetuamente, y si se parten sin licencia, son após-
»tatas, y caen en excomunión y en las otras penas á las cua-
»les están sujetos los mismos profesos, aunque puedan por
»causas justas ser despedidos del Prepósito general, quedando
»libres de sus votos, conforme á las mismas constituciones.

»Las cuales cosas todas se proponen luego al principio á los »que quieren entrar en la Compañía, para que por espacio de »algunos días estando apartados, antes que entren á la co»municación y común habitación de los otros novicios, les »consideren en los privilegios, constituciones y reglas de la »misma Compañía. Acabados pues los dos años de noviciado, »y hechos los votos simples, una es la común manera de vivir »y obedecer de todos, y deben todos vivir en comunidad y »obedecer en todas las cosas, así los profesos como los que »no lo son. Y en lo que toca á la pobreza, aunque los que no »son profesos puedan por algún tiempo y por justas causas, »con el parecer de los superiores, tener el derecho y dominio »de sus bienes, para poder de ellos mejor dispensar en obras »pías, conforme al consejo evangélico de Cristo nuestro Se»ñor, pero en el uso de ellos guardan la pobreza religiosa, de »manera que no usan de ninguna cosa como propia ni sin li»cencia del superior. Acabadas pues las dichas probaciones y »experiencias, estando la Compañía satisfecha en el Señor, »hacen la profesión y sus votos solemnes los que el mismo »Prepósito general juzga aptos para ella, ó si son sacerdotes, »admítense al grado de coadjutores espirituales, y si son legos, »de coadjutores temporales formados, haciendo los votos pú»blicamente, aunque no solemnes, conforme á las *Constitu»ciones;* por los cuales votos, en haciéndolos, no pueden por »ninguna manera tener cosa propia de allí adelante, ni en »casa ni fuera de casa, y por el mismo caso se hacen incapa»ces de cualquier herencia y sucesión, y no puede ninguna »casa ó iglesia ó colegio de la dicha Compañía suceder en los »bienes de los que hubieren hecho los semejantes votos pú»blicos, aunque mueran abintestato, como ni tampoco en los »bienes de los profesos. Y aunque los que, pasados los dos »años de noviciado, hacen los tres votos simples de la mane»ra que habemos dicho, aprobada por esta Santa Sede, y es»tán fuera del número de los novicios, é incorporados en la »misma Compañía, y gozan de los merecimientos y privile»gios de ella, por disposición de la dicha Santa Sede, de la »misma manera que los profesos, y cuanto es de su parte es»tán aparejados para hacer la profesión, si el Prepósito gene»ral juzgare ser conveniente al Instituto de la dicha Compa»ñía, y están dedicados perpetuamente al servicio de Dios y »contentos de su suerte y vocación, como lo pide el loable

»instituto de ellos, y finalmente, están sujetos á la excomu-»nión y á las otras penas en que incurren los apóstatas, está »claro que son verdadera y propiamente religiosos. Pero al-»gunos, aunque son obreros provechosos y celosos en la viña »del Señor, algunas veces se afligen y fatigan, pareciéndoles »que no son religiosos porque no son profesos. Y también no »faltan otros que, so color de religión, transfigurándose Sa-»tanás en ángel de luz, no solamente con esta ocasión andan »ellos desasosegados en sí, pero también desasosiegan á los »otros, turbando su paz y vocación y procurando de inquie-»tarlos; de lo cual podría esta religión tan provechosa y de-»seada de todos en todas partes recibir notables daños. Nos-»otros, considerando los tesoros de la divina Sabiduría y »Providencia, la cual, conforme á la necesidad de los tiem-»pos, ha enviado á su Iglesia varios y entre sí desemejantes, »pero todos saludables institutos de religiones, y que en »nuestros tiempos principalmente (como lo declaran los di-»chosos sucesos por todo el mundo se producen maravi-»llosos frutos en el campo del Señor con este particular ins-»tituto de la dicha Compañía, para apartar estos semejantes »peligros, y conservarla en la sinceridad de su vocación, »habemos juzgado deber interponer nuestra autoridad para »que cortadas las causas de la dicha turbación, esta Compa-»ñía y religión (la cual con el corazón, ánimo y todas sus »fuerzas, de día y de noche se ocupa en dilatar la religión »cristiana y en enmendar las costumbres) goce de su deseada »paz y tranquilidad; motu proprio y de nuestra cierta ciencia, »y con la plenitud de nuestra apostólica potestad, aprobamos »y confirmamos el sobredicho y loable instituto y los privi-»legios arriba dichos, y todos los demás de la dicha Compa-»ñía, y las facultades, exenciones, inmunidades, gracias é in-»dultos que les han sido concedidos de los sobredichos »predecesores nuestros y de otros cualesquiera, y también »de nosotros mismos, y las constituciones y estatutos, cua-»lesquiera que sean. Lo cual todo, como si palabra por pa-»labra fuese inserto en estas presentes letras teniéndolo por »expreso y declarado, con la autoridad apostólica y tenor de »estas nuestras letras lo aprobamos y confirmamos, supliendo »todos los defectos que por ventura han intervenido, de »hecho ó de derecho, en las dichas constituciones y esta-»tutos, declarando por inválido y sin ninguna fuerza lo que

»por cualquiera persona, de cualquier autoridad que sea, á »sabiendas ó por ignorancia, se tentase sobre estas cosas »diferentemente que nosotros decimos. Y demás de esto, »queriendo nosotros armar y defender la dicha Compañía »con la firme armadura de esta nuestra declaración, esta»tuimos y decretamos, no solamente aquellos que en la dicha »Compañía son admitidos á los grados y ministerios de los »coadjutores formados, ahora sean espirituales, ahora tempo»rales; pero todos los demás que recibidos en la Compañía, »acabados sus dos años de probación, hubieren hecho los »dichos tres votos, aunque simples, ó de aquí adelante los »hicieren, haber sido y ser verdadera y propiamente reli»giosos, y deber ser tenidos y llamados de todos, siempre »y en todas partes, por tales, ni más ni menos como si fuesen »profesos. Y mandamos y prohibimos que ninguno por nin»guna manera se atreva á mover escrúpulo á nadie de esto, »ni traerlo en disputa, duda ó sospecha, no obstantes las »cosas sobredichas, y las constituciones y ordenaciones »apostólicas, y los estatutos y costumbres de la dicha Com»pañía, aunque sean con juramento, confirmación apostó»lica ó con otra cualquier firmeza confirmados, y todas las »otras cosas contrarias, cualesquiera que sean. Y queremos »que al traslado de estas nuestras letras, aunque sea impreso, »siendo firmado de mano del secretario de la dicha Compañía »ó de algún notario público, y autenticado con el sello del »Prepósito general de la dicha Compañía, ó de otra cualquier »persona constituída en dignidad eclesiástica, se dé la misma »fe y crédito, en juicio y fuera de él, que se daría á estas »nuestras letras originales, si se presentasen. Ninguno »pues sea osado quebrantar ó contravenir con temerario »atrevimiento á esta escritura de nuestra aprobación, confir»mación, suplemento, decretos, estatuto, mandamiento, »entredicho y voluntad. Y si alguno presumiere tentar de »quebrantarla, sepa que le alcanzará la ira de Dios omnipo»tente y de los bienaventurados san Pedro y san Pablo, sus »apóstoles. Dada en Roma, en San Pedro, el año de la encar»nación del Señor de mil quinientos ochenta y dos, primero »de Febrero, en el año onceno de nuestro pontificado.— »M. DATARIUS.—CÆSAR GLORIERIUS.»

CAPITULO XXII

De los colegios que tiene la Compañía para enseñar

Mas porque entre los otros ministerios en que se ocupa esta religión de la Compañía de Jesús, en servicio de Dios nuestro Señor y de su santa Iglesia, por orden é institución de Ignacio, uno muy principal es el de los colegios que tiene para enseñanza de la juventud en virtud y letras, y á algunas personas graves les parece este ejercicio nuevo y ajeno, y aun indecente, de la gravedad religiosa, á lo menos en lo que toca á las escuelas menores, donde se enseñan á los niños las primeras letras de gramática; y preguntan las causas y motivos que tuvo Ignacio para instituir estos colegios y escuelas, y abrazar con tanto cuidado una ocupación que por un cabo es muy trabajosa y molesta, y por otro parece abatida y no propia de religiosos. Quiero en este capítulo responder á esta pregunta y dar satisfacción, con el favor de nuestro Señor, á los que en esto dudan, declarando la razón que hay para hacer lo que se hace.

Dos maneras de colegios tiene la Compañía, como tocamos en el capítulo pasado. La primera es de los colegios, que son como seminarios de la misma Compañía, en los cuales nuestros estudiantes, después que en las casas de probación fueron novicios y se ejercitaron en la devoción, mortificación y toda virtud, estudian y se hacen letrados, para que acompañando la doctrina necesaria con la buena vida, puedan mejor servir á la Iglesia de Dios en los ministerios que usa la Compañía, cada uno conforme á su habilidad y talento. La otra manera de colegios es, en que los nuestros no aprenden, sino enseñan todas las ciencias que son necesarias para un perfecto teólogo, comenzando desde los primeros principios de gramática hasta lo más subido de la sagrada teología.

Estos colegios en que la Compañía enseña no son todos iguales, ni en todos se enseñan todas las ciencias, sino en unos unas y en otros otras, en algunos todas y en todos al-

gunas, según la dotación y posibilidad de cada uno de los colegios y del número de los religiosos que en ellos viven. Pero en los más, ó casi en todos, se enseña, por lo menos, la gramática y latinidad á los niños; y en esto reparan algunas personas, por tenerlo por cosa que no dice bien con la quietud y gravedad religiosa, como he dicho.

Las causas pues que movieron á Ignacio á ordenar que la Compañía se ejercitase en este ejercicio son muchas, pero la primera y más principal de todas es ver que Dios nuestro Señor ha enviado esta religión para que sirva á su Iglesia en un tiempo tan miserable, que la mayor parte del mundo está ocupada de infieles ó inficionada de herejes, y la que nos resta de católicos está tan estragada de vicios y maldades, que se puede temer que la mala vida de los cristianos no abra camino, como suele, á los errores y herejías, y que con ellas se acabe de perder eso que nos queda en Europa, pues dice el bienaventurado apóstol san Pablo: *Multi repellentes bonam conscientiam naufragaverunt circa fidem* (1). Que muchos, por haber dejado el temor de Dios y héchose sordos á las voces que da la buena conciencia, han dado al través con la fe. Y en otro lugar dice: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt à fide* (2). Quiere decir que por la codicia y deseo insaciable del dinero perdieron algunos la fe. Porque el corazón que está preso y aborrece la virtud, busca doctrinas á su gusto y tiene por verdadero lo que es placentero y sabroso á su estragado paladar, y la voluntad, arrebatada de la pasión, ciega el entendimiento y acaba con él que deje la fe y aquella doctrina, que siempre le ladra y es contraria á la maldad. Y siendo esto (como es) verdad, juzgó Ignacio que para atajar este fuego y tener la casa que no se nos caiga encima, es necesario reformar las vidas y enmendar las costumbres, y que para esto no hay ningún medio ni más fácil ni más eficaz que criar los niños en el temor santo de Dios y enseñarlos á ser cristianos desde su tierna edad, para que mamando con la leche la virtud, crezcan con ella, y siendo ya hombres y grandes, ejerciten lo que siendo niños y pequeños aprendieron.

---

(1) I, Tim., I.
(2) I, Tim., VI.

Esto es lo que todos los que trataron y escribieron leyes para el buen gobierno de las repúblicas en todas las naciones y en todos los siglos enseñaron; porque para que prenda y eche raíces el árbol que se planta, ha de ser tierno, y un sabio, aunque gentil, dijo (1): «Tanto va en el acostumbrarse á una cosa desde niño.» Y otro: «Que el vaso sabe á la pega y toma siempre el sabor del primer licor que se echó en él (2).» Y Aristóteles dijo: «No va poco, sino mucho, en acostumbrarse de una manera ó de otra desde la mocedad (3).» Pero mucho mejor lo dijo el Espíritu Santo por Salomón, en aquellas palabras: *Proverbium est adolescens juxta viam suam ambulans, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (4). Que es proverbio ya y común dicho de todos, que el mozo acostumbrado á andar por un camino, aunque se haga viejo, no le dejará. Y antes de Salomón dijo Job: *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus* (5). «Sus huesos se henchirán de los vicios de su mocedad.» Por esto dijo Platón (6): «Que él no sabía ninguna cosa en que los hombres hubiesen de poner mayor estudio y cuidado, que en hacer buenos á sus hijos desde niños.» Y san Agustín dice (7): «Que más cuidado han de poner los padres en criar bien á los hijos que tienen, que no en desearlos ni en tenerlos.» Y el mismo Platón (8), en los libros que escribe de la *República* y en los de las leyes, ninguna cosa encarece más que la crianza y buena institución de los niños, y la toma por base y fundamento de todo lo que enseña; porque dice que de ella depende el bien de la república, y que más caso se ha de hacer en que haya buenos gobernadores en las ciudades, que no buenas leyes. Y da la razón, porque la ley buena, si no hay buen gobernador que la ejecute, es ley muerta; mas el buen gobernador, aunque no tenga ley escrita, él mismo se es ley

---

(1) Virgil., geórgica II. *Adeo à teneris assuescere multum est.*

(2) Horat. *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu.*

(3) Arist., II, *Ethic.*

(4) Prov. XXII.

(5) Job., XX.

(6) Platon.

(7) Augustinus, in psal. CXXVII: *Magis cogita quomodo nutrias quos nati sunt, quàm ut nascantur, non enim jam felicitas est habere filios, sed bonos habere.*

(8) Plato., I. XXI et *De leg.*, VII.

viva; y añade que no podrá haber buenos gobernadores si no hay buenos ciudadanos, de los cuales se han de tomar los que han de gobernar, y que para que los ciudadanos sean lo que deben ser, también es necesario que lo sean los niños y los mozos, que después de haber crecido han de venir á ser ciudadanos y á gobernar la república, y comunmente serán tales, cuales fueron en su mocedad; y así, concluye que si no se echa este cimiento, todo lo que sin él se edificare caerá. Plutarco, filósofo prudentísimo y maestro de Trajano, emperador (1), dice otro tanto, y escribió un libro entero de la manera con que se han de criar los hijos; en el cual es cosa de ver cuánto encarece este negocio, y dice que es la fuente y la raíz de todos los bienes, y que en él consiste el principio, medio y fin del buen gobierno, y que ninguna de las cosas humanas, como son riquezas, nobleza, honra, hermosura, salud y fuerzas, debían los hombres estimar en tanto como la buena crianza de sus hijos; y dice más: que no merecen el nombre de padres los que ponen más cuidado en ganar y allegar hacienda, que en hacer buenos á sus hijos, á los cuales la han de dejar; y que esto es tener mucho cuidado del calzado, y no tener ninguno del pie que le ha de calzar; y que es cosa de risa ver lo que se reprende el hijo cuando come con la mano izquierda, y la poca cuenta que se tiene que no sea siniestro y torcido en sus costumbres. Y añade que lo que más hace al caso y lo que es más principal en este negocio, es que se busquen para los hijos maestros cuya vida no esté amancillada con vicios, cuyas costumbres sean irreprensibles, y de cuya aprobada virtud se tenga mucha noticia y experiencia.

Casi lo mismo dice san Juan Crisóstomo por estas palabras (2): «Grande y rico depósito de Dios son vuestros hijos; guardadlo con gran cuidado para que no os lo roben los ladrones.» Mas ahora hácese al revés, porque tenemos gran cuidado que nuestras tierras y heredades sean muy buenas, y encomendámoslas á buenos labradores para que las cultiven y labren bien; procuramos de tener buen acemilero y buen procurador y buen despensero, y olvidámonos de buscar buen

(1) Plutarc., in libro *De liberorum educatione.*
(2) Chrisost., in I, Timot., II, Homil. IX.

maestro para los hijos que salieron de nuestras entrañas, y de encargar el tesoro más precioso que tenemos á persona que le sepa guardar; tenemos más cuenta de lo que es menos, y no hacemos caso de lo que es más. Jenofonte, filósofo grave é historiador excelente (1), escribe muy particularmente el cuidado que tenían los persas en criar é instituir los niños, y que señalaban doce varones de los mejores y más principales de la ciudad, que tuviesen cargo de ellos, y pinta las leyes que les hacían guardar y las cosas en que los ejercitaban; y después que comenzaban á ser mozos y salían de los diez y siete años, había otros que los gobernaban y ocupaban en otras cosas propias de aquella edad. Y alaba á los lacedemonios porque no se fiaban del cuidado de los padres en criar sus hijos, sino que formaban un oficio y magistrado, y ponían ellos hombre particular y propio, nombrado por la misma república, que tuviese cargo de criar todos los hijos de ella; y esto mismo alaba Aristóteles, encareciendo lo que importa este negocio (2). Filipo, rey de Macedonia, no tuvo en tanto que le hubiese nacido Alejandro, su hijo y sucesor, cuanto que hubiese nacido en tiempo de Aristóteles, para darle por maestro un filósofo tan excelente; entendiendo lo que importaba, para que su hijo fuese lo que había de ser, que tuviese desde su niñez quien le impusiese en la virtud y en los oficios que para tan grande príncipe convenían (3), y así se lo escribió á Aristóteles, rogándole que quisiese ser maestro de su hijo. Un poeta griego (4) dijo que aquel es verdaderamente bienaventurado, que es bienaventurado en sus hijos; dando por esto á entender que de las tejas abajo no hay cosa que tanto se deba estimar como la buena institución de ellos. Cicerón claramente dice (5) que ningún beneficio se puede hacer á la república mayor ni mejor que el enseñar é instituir bien á la juventud, especialmente en tiempo que las costumbres están depravadas. Quintiliano (6), nuestro español, para formar y pintar un perfecto y consumado orador, comienza

(1) In Pædia Cyri *(Labiropechia)*.
(2) Arist., VI, *Polit.*, c. I.
(3) Aulo Gellio., l. IX, c. III, pone la carta.
(4) Eurípides, in Orest.
(5) Cicerón, in Verr., II.
(6 Quintil., lib. I, c. I et deinceps.

desde la cuna y quiere que se tenga gran cuenta con las costumbres y con las palabras del ama que le ha de criar y de los otros niños con quien ha de jugar. Á san Jerónimo, varón de tan grande santidad y autoridad (1), entre las otras gravísimas ocupaciones que tenía, no le pareció que era menoscabo suyo escribir muy de propósito cómo se había de criar una niña cristiana para que fuese sierva de Dios, y así escribe una epístola á Gaudencio, *De pacatulæ infantulæ educatione*, y otra maravilosa, *ad Lætam*, *De institutione filiæ*, en la cual, después de haber enseñado cuál ha de ser el ama que le ha de dar la leche y las compañeras con que se ha de criar, y otras particularidades y menudencias, que causan admiración por el cuidado y diligencia que pone este santo en cosas tan menudas, dice estas palabras: «Búsquese un maestro de buena edad, vida y doctrina para que la enseñe; y no creo yo que ningún varón docto se avergonzará de hacer con una doncella noble ó parienta suya lo que Aristóteles hizo con Alejandro, hijo del rey Filipo, que fué enseñarle las primeras letras. No se han de tener en poco las cosas pequeñas, sin las cuales no se pueden conservar las grandes. El mismo són del *A B C* y de los elementos, la enseñanza de los primeros preceptos, de otra manera salen de la boca de un hombre docto, y de otra de la de un rústico é ignorante.» Y añade: «Con dificultad se borra lo que se escribió en los ánimos de los niños; ¿quién podrá volver á su blancura la lana teñida en grana? La olla nueva conserva largo tiempo el sabor y olor del primer licor que en ella se infundió. Las historias griegas cuentan que Alejandro Magno, rey poderosísimo y vencedor del mundo, en las costumbres y en el andar imitó siempre los vicios de su ayo Leónidas, porque desde niño se le habían pegado.» Hasta aquí son palabras de este glorioso doctor. Suplicando una santa á nuestro Señor por su iglesia y pidiéndole con muchas oraciones y lágrimas que la restituyese á su antigua belleza y hermosura, le fué mostrada una manzana toda gastada y podrida, y le fué preguntado cómo de aquella manzana se podrían hacer otras manzanas que fuesen lindas y sabrosas; y al fin le fué enseñado que no había otro remedio sino sembrar las pepitas que estaban dentro, para que de ellas na-

(1) Hieron., t. I.

ciesen manzanos que diesen después fruta sana y sabrosa; y que lo mismo se había de hacer para la reformación de la Iglesia, porque estando todo el mundo tan estragado y corrompido, no tiene otro remedio para mejorarse y reformarse sino sembrar los chiquitos y plantar en ellos la virtud. No sin causa quiso Dios que la que había de ser su esposa y madre de su precioso Hijo fuese presentada en el templo de edad de tres años, y que san Juan Bautista, que había de ser su adelantado, desde niño se fuese al desierto, y que muchos santos, que habían de ser muy señalados en su Iglesia, comenzasen de su tierna edad á dar muestras de lo que habían de ser adelante y de lo que importaba la crianza y doctrina con que se crían los niños, como se lee de san Nicolás y de san Ildefonso, obispos, y de san Benito y santo Domingo, fundadores de religiones, y de santo Tomás de Aquino, luz de las escuelas, y de san Luís, rey de Francia, espejo y dechado de reyes, y de otros muchos. San Basilio (1) notó muy bien en el XV capítulo de las reglas y cuestiones que trató más difusamente acerca de las cosas de los monjes y de la religión, que queriendo el bienaventurado san Pablo alabar á su discípulo Timoteo (2), dice que había aprendido las sagradas letras desde su niñez. Porque, como dice santo Tomás (3), lo que se aprende en aquella edad siempre se nos queda con más perfección y firmeza. Y por esto mismo los santos apóstoles instituyeron y ordenaron, como dice san Dionisio Areopagita, en el postrero capítulo de su *Ecclesiástica Hierarquía* (4), que los niños se bautizasen y recibiesen la luz y gracia de nuestra redención, para que limpios y santos, y apartados de todo error y fealdad, se criasen en la obediencia de nuestro Señor y perseveraren después en ella, como en cosa que con ellos, renaciendo en el bautismo, habían casi nacido y criádose desde el vientre de sus madres.

La manera que algunos emperadores tiranos y perseguidores de la santa Iglesia tomaron para destruir y asolar de todo punto la fe de Jesucristo nuestro Señor, fué el pervertir á los

---

(1) Basil., in regul. lat. disp., c. XV.
(2) II, Tim., III.
(3) Thom., quotl. IV, art. 23.
(4) Dionis., *Eclesiasticæ Hierarchiæ*, cap. último.

niños y criarlos con el odio de Jesucristo; porque de Maximino emperador (que fué una fiera cruel y bestia espantosa, y uno de los más horribles y sangrientos tiranos que persiguieron la Iglesia de Dios) escribe Eusebio Cesariense, en su *Historia eclesiástica* (1), que viendo que con todos los tormentos y linajes de muertes que inventaba para afligir y deshacer á los cristianos, y desarraigar su nombre de la haz de la tierra, no aprovechaba nada, porque cuantos más mártires hacía, más parece que nacían, y la sangre de los cristianos que se derramaba era como semilla, que se multiplicaba y crecía cada día más, inventó una extraña y diabólica manera de persecución para acabar con ella lo que con los tormentos y muertes no había podido, y fué, que hizo componer un libro, que llamaron *Los actos de Pilato*, en el cual había mil mentiras y abominables blasfemias contra Jesucristo nuestro Redentor, y mandó que todos los maestros de escuela leyesen aquel libro, y los muchachos le aprendiesen y decorasen, para que inficionados con esta ponzoña del aborrecimiento y odio de Cristo, persiguiesen á los que le seguían y profesaban su doctrina. Lo mismo han hecho los luteranos en Alemania y los hugonotes en Francia, en nuestro tiempo, para dilatar sus errores y herejías, haciendo componer muchos versos y oraciones elegantes á poetas y oradores doctos, contra el Papa y contra los eclesiásticos y contra las verdades católicas, para que aprendiéndolas y decorándolas los niños, bebiesen dulcemente la ponzoña, y sin sentir se criasen con ella y con el aborrecimiento de la verdad, y teñidos en lana, no pudiesen perder la color. El almirante Coligny (que como á traidor, alborotador y hereje mataron en Francia), entre los otros medios que tuvo para sembrar en ella la herejía, y con ella la división y perdición de aquel reino, fué uno eficacísimo el poner de su mano por todas las ciudades que podía, maestros de escuela y maestras de labor tales, cuales era el que los ponía, para que enseñasen á los niños y niñas las mentiras y blasfemias de su abominable doctrina; y tenía tanta cuenta con esto, instigándole y atizando el fuego Satanás, como cosa en que le iba tanto, que cierto pone admiración y espanto. Y pues los ministros del demonio velan y trabajan tanto para

(1) Eus., l. IX, cap. V.

nuestra perdición, justo es que los ministros de Dios, encendidos de su celo y amor, velen y trabajen para bien de muchos.

Por esta causa vemos que en muchos concilios (1) se encomienda con todo cuidado el poner maestros de virtud y doctrina, que tengan escuelas para enseñanza de la juventud, y se les manda señalar estipendios y salarios honrosos, y se manda á los mismos maestros lo que han de enseñar y la cuenta que han de tener en hacer que sus discípulos aprendan los principios de nuestra santa fe y se críen en todo recogimiento y virtud. Para esto mismo se instituyó en las iglesias la dignidad de maestrescuela, para que no faltando honra y provecho (que es lo que buscan y siguen los hombres), no faltase quien atendiese á oficio tan importante. En algunos cánones que en algunas ediciones andan impresos de la sexta sínodo, que es el sexto concilio universal que se celebró en la Iglesia de Dios, y el tercero que se celebró en Constantinopla, se manda que los clérigos tengan escuelas, y que reciban y enseñen en ellas los hijos de los fieles con gran caridad, y que no les pidan ni tomen nada de ellos más de lo que los padres, de su voluntad y mera gracia, les dieren, acordándose que dice Daniel (2) que los que enseñaren á muchos en la justicia resplandecerán como estrellas para siempre.

Por esta misma causa se manda en el sagrado concilio de Trento (3) que en las iglesias catedrales se instituyan seminarios, para criar en ellos, desde su tierna edad, los que han de ser clérigos, curas y pastores, y se determinan muy particularmente las calidades que han de tener y lo que han de aprender, y cómo se han de regir y enseñar en temor de Dios y en buena doctrina los que en ellos se recibieren. Para este mismo fin tienen todas las religiones sus noviciados y casas de probación, porque el que no fuere buen novicio comunmente no será buen profeso, ni buen clérigo el que desde su mocedad no se ensayare para ello, ni buen ciudadano ni buen gobernador de la república el que desde niño no se criare en

---

(1) Concil. Later. sub Alejand. III, part I, c. XVIII, et sub Innoc. III, cap. XI. Concil. Later. sub Leone, sess. IX, c. VII. Concil. Valent. Tempore Lotarii, capítulo XVIII. Synod. París., l. I, c. XXX. et lib. III, cap. XII. Sexta synodo, c. V.

(2) Dan., c. XII.

(3) Concil. Trident., sess. XXIII, c. XVIII.

amor y reverencia de nuestro Señor; y para enseñarle y traerle con este cebo á la virtud, enseña letras la Compañía y abre escuelas y funda colegios.

Y no es cosa baja ésta, sino muy honrosa y que siempre fué muy estimada en la Iglesia de Dios; ni es cosa nueva, sino muy antigua, ni es cosa ajena de hombres religiosos, sino muy usada en las religiones, porque en los principios de la Iglesia se escogían los hombres más eminentes en santidad y letras por catequistas y maestros de la doctrina cristiana, los cuales enseñaban los principios y rudimentos de nuestra santa fe; y en Alejandría, como dice Eusebio (1), se instituyó escuela para esto, en la cual enseñaron Panteno, excelentísimo filósofo, y Clemente Alejandrino, sapientísimo varón y maestro de Orígenes, y el mismo Orígenes le sucedió, y tomó por compañero á Eracla, hombre muy docto. Protógenes, varón admirable y santísimo y obrador de grandes maravillas y milagros, tuvo escuela y enseñó á los niños á escribir, y con esta ocasión los convirtió á nuestra santa fe, y plantó en ellos la virtud y el conocimiento de nuestro Señor, como lo cuenta Teodoreto (2). Y siempre se ha tenido por oficio eclesiástico el enseñar, aunque sea gramática, á los niños. Y para que mejor esto se entienda, diré lo que san Basilio (que fué luz, padre y legislador de todas las órdenes monásticas en Oriente) (3) acerca de este punto enseña. Pregunta pues este santísimo varón si conviene que los monjes sean maestros de los muchachos seglares, y responde que sí, cuando los padres los traen para que se aprovechen en la virtud, y los maestros son tales que tienen esperanza de poderlos aprovechar; y confírmalo con aquellas palabras del Salvador: «Dejad venir los chiquitos á mí, porque de los tales es el reino de los cielos.» Y añade que si no hay este intento ni esperanza de aprovechar, no es agradable á nuestro Señor este ejercicio, ni decente ni provechoso para el monje; y así se usaba, y se tenían escuelas en las iglesias y en los monasterios, como claramente se ve en la sexta sínodo universal, que se celebró en Constantinopla, canon IV (4), donde se da licencia á los se-

(1) Euseb., *Hist. Eccl.*, l. V c. X, et XI, et l. VI, c. XII.
(2) Theod., l, IV, c. XVI.
(3) Basil., in reg. brevius disp., q. CCXCII.
(4) Septa synodo, c. IV.

glares para venir á las escuelas, que estaban en las iglesias y monasterios. Y el mismo san Basilio (1) enseña cómo se han de recibir en los monasterios los niños y criarlos aparte; lo cual parece que siguió el bienaventurado san Benito (que fué también patriarca de los monjes en Occidente), pues recibía y criaba los niños en sus monasterios, no para monjes, que aún no tenían edad, sino para instituirlos en la virtud, á la manera que la Compañía lo hace ahora en algunos convictorios, por la necesidad que hay de ello. Y así recibió san Benito á Mauro y á Plácido, siendo niños, para criarlos, aunque ellos después siguieron su regla y fueron santos (2); y parece que esto se guardó después muchos años, pues leemos en la Vida de san Gregorio, papa (3), que hacía buscar y comprar los muchachos ingleses hasta la edad de diez y siete ó diez y ocho años, y los mandaba criar en sus monasterios; y santo Tomás de Aquino, siendo niño, se crió en el monte Casino, que es monasterio de San Benito y cabeza de su orden (4), en la cual enseñaban los monjes en Alemania, Francia é Inglaterra, donde el venerable Beda fué escolástico y comenzó á enseñar, más há de ochocientos años, y después le sucedió Albino, maestro de Carlo-Magno, y á Albino Rabano, abad de Fulda y después arzobispo de Maguncia; y tenían los monjes colegios, como los hay ahora en la Compañía, en los cuales se enseñaba lo que nosotros ahora enseñamos, en unos más y en otros menos; como todo esto lo escribe Tritemio, abad y monje de la misma orden de San Benito (5). Y con esto tuvieron hombres muy doctos en su religión, y ella creció y floreció admirablemente por este camino, é hizo tanto fruto en la Iglesia, como se sabe, con su santidad y doctrina; y en Pavía se fundó y estuvo gran tiempo la universidad y estudio general en el monasterio de San Agustín, como lo dice un fraile de su orden, y hoy en día algunas religiones tienen escuela de gramática en Flandes. Pues siendo esto así, ¿cómo se puede tener con razón por cosa nueva la que está

(1) Basil., in reg. lat. disp., q. XV.
(2) In vita s. Benedicti.
(3) Joannes diacon., lib. II, num. 46.
(4) In vita s. Thom.
(5) Tritem., in *Chronic. Hirsaugiens. monasterii*, anno D. 854 et 890 et 952 et alibi.

fundada en tan grande antigüedad, ó por ajena de religión la que los fundadores de las religiones (que fueron luz de Oriente y de Poniente) establecieron y usaron? ¿ Fueron, por ventura, aquellos tiempos más calamitosos y miserables que los nuestros, ó hubo en ellos mayor necesidad de este ejercicio que ahora, que se abrasa el mundo? Cierto no; ni tampoco se puede decir que dice mejor con la soledad y contemplación que profesaban los monjes el tener escuelas y criar niños, que con el instituto de esta Compañía, la cual envió Dios á su iglesia para que la sirviese y se ejercitase en todos los ministerios de caridad, y entre ellos en el enseñar á los niños. Concluyamos pues que no es cosa ajena del religioso el enseñar, aunque sean cosas menudas, y menos lo es de la Compañía, pues Dios nuestro Señor la ha llamado en tiempo tan necesitado para este y otros ejercicios de servicio suyo y bien de su Iglesia; á la cual, aunque con los otros ministerios ha hecho mucho provecho, pero el que se ha seguido de las escuelas mayores y menores ha sido muy notable y muy entendido, pues dejando aparte el fruto y aprovechamiento de las letras, que cierto ha sido y es admirable, y hablando de lo que importa más, por este camino, en ocho provincias que tiene la Compañía en los reinos inficionados de herejía, que son las dos de Francia y una de Aquitania y las de Flandes, Rheno, Suevia, Austria y Polonia, los hijos de los que todavía perseveran en nuestra santa fe, por este medio se han criado con la leche de la doctrina católica, y por ello sus padres se han conservado y se han confirmado en ella, é innumerables hijos de los herejes, y sus padres con ellos y por ellos, se han desengañado, y despedidas las tinieblas de sus errores, han recibido la lumbre de la verdad. Y en las otras provincias que tenemos en Europa limpias de herejías, vemos la reformación que ha habido en las costumbres por estos colegios, el sosiego de los muchachos, que primero eran traviesos y rebeldes, la quietud con que viven en sus casas, la obediencia para con sus padres, la modestia para con sus iguales, el respeto y reverencia para con sus mayores, el conocimiento y temor que tienen de Dios. Ciudad ha habido que después que tomó muchos medios para sosegar y refrenar sus muchachos, que eran muy traviesos é inquietos, salidos todos ellos vanos, se determinó de fundar un colegio de la Compañía, pareciéndole que éste sería medio eficaz y po-

deroso, y así lo fué, por la gracia de Dios nuestro Señor. También se ha seguido otro fruto para la Iglesia, proveyéndola de muy buenos clérigos y de muy buenos ministros, y que desde su primera edad se inclinaron y aficionaron á las cosas de Dios. Y no menor ha sido el que han recibido muchas religiones, en las cuales ha entrado gran número de religiosos que han estudiado en los colegios de la Compañía, los cuales van instruídos y ejercitados en la oración y mortificación y conocimiento del estado que toman, y así, tienen que trabajar poco con ellos sus maestros de novicios, y dan muy buen ejemplo de sí; y aun no se puede ver por entero el fruto que para adelante se ha de seguir, hasta que sea tiempo que crezcan las nuevas plantas y den el fruto de santos prelados y buenos gobernadores de las república.

Preguntará por ventura alguno ¿qué es la causa que en los colegios de la Compañía se hace este fruto tan grande que habemos dicho, y más aventajado que en los otros colegios y escuelas de los seglares, pues hay también entre ellos muchos virtuosos, doctos, cuidadosos y diligentes en su oficio? Á esto respondo que la causa principal es la asistencia y favor de Dios, por quien la Compañía lo hace, y después los buenos medios que para ello se toman; porque para que crezcan los discípulos en la virtud se usa de los medios con que la misma virtud se engendra, acrecienta y conserva. Estos son procurar que se muestren los niños á hacer oración, por la mañana, para pedir á Dios gracia de no ofenderle, y por la noche, para examinar la propia conciencia y pedir perdón de las culpas en que hubiesen caído en aquel día; que oigan misa cada día con atención y devoción; que se confiesen á menudo y comulguen, si tienen edad y disposición para ello, más ó menos, según su devoción y el parecer de su confesor; el enseñarles la doctrina cristiana y hacerles pláticas sobre ella, declarándoles los misterios de nuestra santa fe, y moviéndolos y exhortándolos á todo lo bueno; el tener gran cuenta con saber los siniestros que tienen, y amonestarlos y castigar los vicios y travesuras que hacen, y más las que son propias y casi connaturales á aquella edad, poniendo para esto sus síndicos y decuriones, que tengan particular cuenta con los de su decuria; el honrar y adelantar más los que se esmeran más en la virtud, poniéndolos por ejemplo y dechado de los otros, haciendo para ello congregaciones y cofradías,

en las cuales no se reciben sino los más virtuosos, y esto con mucho examen, y en ellas se trate de todo recogimiento y se animen los unos á los otros, con el ejemplo, á todas las cosas de virtud; y con los oficios y cargos que se les dan, y con las leyes y reglas que se les ponen, se ensayan para lo que después han de hacer, y comienzan desde luego á ser como hombres de república; el no leer libro ninguno, por elegante y docto que sea, que trate de amores deshonestos ni de liviandades, ni que tenga cosa que pueda inficionar la puridad de los niños ni quitarles la flor y hermosura de sus limpias ánimas; que de leerse estos libros se engendran en los ánimos tiernos y blandos vanas y torpes aficiones, y heridos de ellas, vienen á desear y buscar lo que antes no sabían. Y por esto todos los santos aborrecen tanto la lección de semejantes libros, como dañosos y pestilentes y destruidores de toda virtud; y la Compañía, viendo que hay algunos de ellos buenos para aprender la lengua latina y malos para las costumbres, los ha limpiado, corregido y reformado, cortando lo malo de ellos, para que no dañen, y dejando lo que sin peligro y sospecha puede aprovechar. Con estos medios, y con el buen ejemplo que dan los maestros, que por ser religiosos están más obligados á ello, se sigue tanto fruto en las costumbres. Y no es menor el de las letras, y así, se ve que verdaderamente se aprende y aprovecha más en estos colegios en breve tiempo, que en otros en mucho, y esto por la manera y por el cuidado que se tiene de enseñar, porque en otras escuelas un mismo maestro tiene diferentes órdenes de discípulos, menores, medianos y mayores, y queriendo acudir á todos, no puede bien cumplir con lo que cada orden por sí há menester. Mas la Compañía tiene los discípulos distintos y apartados en sus clases, y para cada una de ellas su particular y señalado maestro; porque, aunque es verdad que en unos colegios hay más maestros que en otros, y que en unos se leen las ciencias mayores y en otras no, y en algunos todas y en otros algunas, conforme á la posibilidad de cada colegio (como queda dicho), pero comunmente hay tres maestros de gramática por lo menos, y otro sobresaliente que los relieve, y en otros se ponen cinco, y en otros más. Y porque lo que se hace, se hace por puro amor de Dios, y de él se espera el galardón, se buscan con toda diligencia varios modos de despertar y animar los estudiantes al estudio, y se usan nuevos

ejercicios de letras y nuevas maneras de conferencias y disputas y de premios, que se dan á sus tiempos á los que se aventajan y hacen raya entre los demás; los cuales, y el puntillo de la honra, y la competencia que se pone entre los iguales, y la preeminencia de los asientos y títulos que los dan cuando los merecen, son grande espuela y motivo para incitar é inflamar á los estudiantes y hacerles correr en la carrera de la virtud; porque, así como la pena y afrenta son freno para detener al hombre en el mal, así la honra y el premio dan grandes alientos para cualquier obra virtuosa, y no sin razón dijo el otro que la virtud alabada crece, y la gloria es espuela que hace aguijar, y Quintiliano enseña (1) de cuánto provecho sea esto, y más en los niños, que se mueven por el afecto natural, que en ellos es poderoso y los señorea, más que no por la razón, que aún está flaca y sin fuerzas; y aunque la ambición y el apetito desordenado de honra en sí es vicio, pero muchas veces (como dice el mismo autor) es medio para alcanzar la virtud. Con estos medios, y con la diligencia que ponen los maestros (los cuales, por estar desembarazados de los otros cuidados de mundo y de casa y familia, y puestos todos en éste le pueden poner mayor), y principalmente, como dijimos, por el favor que les da nuestro Señor, porque toman este trabajo puramente por su servicio, sin otra esperanza ni pretensión de interés temporal, se hace el fruto que habemos dicho. Y por ver á ojos vistas un fruto tan grande y tan admirable como se ve en este santo ejercicio, muchos de los padres más antiguos y más graves de la Compañía se han ejercitado en él; y hoy en día hay en ella personas de buenas habilidades, doctas y honradas, y que podrían pasar muy adelante con sus estudios y ocuparse en cosas muy graves, las cuales, comenzando á enseñar la gramática á los niños, y con este cebo las virtudes cristianas, no dejándose llevar de la apariencia y vana opinión del vulgo ignorante, sino considerando la existencia y sustancia que hay en las cosas, y pesándolas con el peso verdadero de la gloria de Dios y del bien de las almas que él redimió con su sangre, desearon, escogieron y pidieron á los superiores que en todos

---

(1) *Laudataque virtus crescit, et immensum gloria calcar habet.* Quintil., lib. I. c. II.

los días de su vida no los ocupasen en otro ejercicio ni ministerio sino en éste, pues de ninguno podían esperar más copioso ni más cierto fruto, ni cosecha más colmada ni segura, ni hacer cosa de mayor provecho para la república; porque verdaderamente que un fino y verdadero amor de Dios tiene gran fuerza y hace que el hombre que está abrasado de él huelle y ponga debajo de los pies todos los vanos juicios del mundo, y que sujete la autoridad y gravedad de la propia persona á cualquiera cosa, por pequeña que sea, de que se haya de seguir gloria al que es Rey de ella, y á quien él tanto desea servir y agradar, como se ve por lo que se escribe de san Gregorio Nacianceno, llamado por excelencia el Teólogo, y maestro del gran doctor de la Iglesia san Jerónimo, que viendo que el perverso Julián Apóstata mandaba por sus edictos que los cristianos no aprendiesen letras ni leyesen poetas y oradores profanos, pensando que la elocuencia y fuerza que tenían para resistir á los filósofos y autores gentiles les nacía de lo que leían en ellos, se puso este santísimo y elocuentísimo doctor á componer versos heroicos, yámbicos, elegiacos y de otras suertes, y comedias y tragedias de materias honestas y provechosas, con tanta elegancia y ornato, que los niños cristianos no tenían necesidad de leer poetas profanos para su enseñamiento y doctrina (1); y aun mucho más se ve esto de lo que escribe Juan, diácono, en la vida del bienaventurado san Gregorio, papa (2), donde dice que queriendo este santo reformar y perfeccionar el canto eclesiástico para despertar y levantar con él los corazones á Dios, edificó dos casas, una junto á San Pedro y otra á San Juan de Letrán, para que allí cantasen, y que el mismo sumo Pontífice se hallaba presente y cantaba con los muchachos, y los amenazaba con un azote cuando erraban, lo cual él hacía con mucha autoridad y gravedad; y añade que en su tiempo se mostraba en la misma casa la camilla en que el Santo estaba echado cuando cantaba, y el azote que tenía y el *Antifonario* que usaba. Pues ¿á quién no pone admiración este ejemplo? ¿Qué autoridad se puede igualar con la de un papa? ¿Qué ocupaciones puede haber mayores ni más graves? Pero todo

(1) In ejus vita à Gregor., præsbytero, et Niceph. Cal., lib. X, cap. XXV.
(2) Lib. II, núm. 6.

lo vencía el amor de Dios. Pues ¿importa menos el enseñar virtud y letras á los niños, con que sean templos vivos de Dios y buenos gobernadores de la república, que enseñarles á cantar? ¿No serán tan agradables á Dios nuestro Señor los buenos corazones como las buenas voces, y las alabanzas de santas costumbres como las de dulces músicas? Y no es menos de maravillar lo que san Jerónimo dice de sí (1) en aquella epístola que escribe á Leta, enseñándola cómo ha de criar á su hija, de la cual arriba se ha hablado; porque en el fin de esta epístola, exhortando á Leta que envíe á su hija desde Roma á Belén, para que su abuela, que era santa Paula, la criase para santa desde niña, añade estas admirables palabras: «Si la enviares, yo te prometo de serle maestro y ayo, yo la tomaré en mis brazos y la traeré sobre mis hombros, y viejo como soy, enseñaré á la niña á formar y pronunciar tartamudeando las palabras, y me preciaré de ello, y estaré más ufano y glorioso que el otro filósofo del mundo, pues no enseñaré, como él, al Rey de Macedonia, que había de perecer con ponzoña en Babilonia, sino á una sierva y esposa de mi Señor Jesucristo, que ha de ser presentada entre los coros de los ángeles y puesta en el tálamo de los palacios celestiales.» Pues si este glorioso doctor (siendo, como era, lumbrera y oráculo del mundo) se ofrece á ser ayo y maestro de una niña, estando tan ocupado como estaba en estudiar y trasladar y declarar la Sagrada Escritura, y en responder á las preguntas que le hacían los papas y doctores y obispos y santos de la Iglesia de tantas partes de la cristiandad, y no tiene por cosa baja el bajar de allá de los cielos, donde moraba su ánima y estaba arrebatada y suspensa por altísima contemplación (como se ve en algunas otras de sus epístolas), para enseñar á hablar á una niña, porque había de ser esposa de Jesucristo, y dice que se gloriará de ello, y tendrá su trabajo por mejor empleado que el de Aristóteles en enseñar al rey Alejandro, ¿á quién puede con razón parecer cosa apocada é indigna de hombre religioso el enseñar los niños de tierna edad, que han de ser predicadores, canónigos, obispos, regidores, justicias y gobernadores de la república? Ca cierto es que todos estos oficios han de ejecutar cuando sean grandes

(1) Hieron., t. I. *Epist. ad Lætam.*

los que ahora son niños, y que lo que aprendieron en la tierna edad, con eso se quedarán en la edad madura y robusta.

Esta es la causa principal que tiene la Compañía en abrir escuelas y fundar estos colegios, en los cuales no se toma estipendio ni salario de los discípulos, sino que se enseña de gracia, como también se hacen los demás ministerios que ejercita la Compañía, como en el capítulo precedente se dijo. Ni viven de limosna, como las casas profesas, sino de renta. Porque para emplearse en los estudios y enseñar bien á otros es menester mucho tiempo y cuidado, y tener cierta la sustentación necesaria, y de esta manera, estando descuidados los maestros de su mantenimiento y provisión corporal, podrán dar la espiritual á sus discípulos con mayor diligencia y solicitud. Esta renta (como arriba se apuntó) dan á los colegios sus fundadores y bienhechores, los cuales, entendiendo el servicio que en ello hacen á nuestro Señor, tienen por bien de gastar sus haciendas en criar hombres que se han de emplear en ayudar á los prójimos con todos aquellos oficios y ministerios que usa la Compañía, como se crían en los colegios que son seminarios de la misma Compañía, ó en mantener y sustentar los que son ya criados y están dedicados á trabajo tan provechoso como habemos dicho. Pareciéndoles que pues todas nuestras limosnas y buenas obras han de tener por blanco el mayor servicio de nuestro Señor, que este género de limosna, que es para ganar almas, es más aventajado, y más agradable á su divina Majestad, que la que se gasta en remediar los cuerpos, y que por ser bien universal, y que toca á toda la república el que con él se consigue, se ha de preferir al particular de algunos. Especialmente siendo el fruto más cierto y seguro, por atajarse con él las enfermedades antes que vengan, y evitarse y prevenirse los males, quitando las causas de ellos. Que esto es tomar y encañar el agua en su fuente, y curar la dolencia en su raíz. De lo cual hay aún más necesidad en estos tiempos que en otros, por haber en ellos mayores peligros y mayores males y calamidades de herejías y errores y depravadas costumbres. Y por entender esto muchos hombres prudentes, celosos y ricos, y entre ellos papas, emperadores, reyes, cardenales, príncipes y grandes prelados, han favorecido mucho esta buena obra, y con sus limosnas fundado colegios de la Compañía en sus tierras y señoríos. Los colegios de Nuestra Señora de Loreto

en Italia y el de Aviñón en Francia han fundado dos papas, y ahora funda el de Roma nuestro muy santo padre Gregorio XIII; el de Palermo en Sicilia, el emperador don Carlos; el de Viena en Austria, y el de Praga en Bohemia, y el de Inspruch en el condado de Tirol, el emperador don Fernando, su hermano; los de Coímbra, Goa, Lisboa y Evora y otros, los reyes de Portugal don Juan el Tercero, don Sebastián y don Enrique; el de Hala, que también es en el condado de Tirol, la infanta doña Magdalena, hija del emperador don Fernando; el de Graz, el archiduque Carlos, su hermano; los de Ingolstad y Munich, el duque de Baviera. Los duques de Saboya, de Florencia, de Ferrara, de Parma, de Guisa, de Nevers, han fundado colegios en sus estados, y otros duques y grandes señores seglares han hecho lo mismo. Y entre los eclesiásticos, el cardenal Farnesio, el de Monreal de Sicilia; el cardenal de Augusta, el de Dilinga en Alemania; el cardenal de Turnón, el de Turnón en Francia; el cardenal de Lorena, el de Pontemesón en el ducado de Lorena; el cardenal Osio, el de Bransberg en Polonia; el cardenal Borromeo, el de Milán; el de la ciudad de Perusa, el cardenal Fulvio de la Corna; y ahora últimamente el cardenal de Toledo don Gaspar de Quiroga, el de Toledo y el de Talavera; los de Maguncia y Tréveris han fundado los arzobispos de aquellas ciudades, que son electores del imperio. Y otros príncipes de él han fundado otros, que se dejan por evitar prolijidad. Y en nuestra España el arzobispo de Granada don Pedro Guerrero fundó el de Granada; y el doctor Blanco, arzobispo de Santiago, el de aquella ciudad y el de Málaga; don Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, fraile de Santo Domingo, el de Braga; los de Murcia y Plasencia y León fundaron sus obispos, y otros han fundado otros. Y lo mismo han hecho algunas ciudades de sus propios, como son los más que tenemos en Sicilia. Pero muchos tienen por fundadores á caballeros ó personas particulares, que dejo por brevedad. Y aunque por esta buena obra aguardan los fundadores el galardón de Dios nuestro Señor, por cuyo amor ellos principalmente lo hacen, no por eso deja la Compañía de dar muestras del reconocimiento que tiene, y ser agradecida por el beneficio y limosna que recibe, haciendo por ellos lo que se sigue. Primeramente procura darles gusto y contento en todo lo que puede al presente, y en con-

servar la memoria del beneficio que recibe para adelante. Además de esto, háceles partícipes de todos sus merecimientos y buenas obras. Dícense muchas misas cada semana y cada mes por sus almas, y particularmente en el colegio que ellos fundaron. En cada año, el día que se hizo la entrega del colegio á la Compañía, se dice en él una misa cantada y las demás por el fundador, al cual también se le da ese día una candela de cera con sus armas, en señal de reconocimiento y gratitud; y muerto él, se hace lo mismo para siempre jamás con sus sucesores. Y en aceptando la Compañía la fundación de cualquier colegio, se da aviso por toda ella, cuan extendida está por todas las provincias y partes del mundo, para que cada sacerdote de todos cuantos hay en ella diga tres misas por el fundador, y en sabiéndose que es muerto, torna á avisar el General á toda la Compañía, para que cada sacerdote diga otras tres misas. Y en el tiempo que los sacerdotes dicen las misas, los que no lo son rezan sus rosarios y hacen otras oraciones por el mismo fin. Y otras cosas semejantes se ordenan y mandan en las *Constituciones,* y se guardan con todo cuidado, con que la Compañía declaró el reconocimiento que tiene, y la gratitud debida á la caridad y buena obra que de los tales fundadores recibe. De manera que todos los religiosos de la Compañía son como capellanes de cualquier fundador, y por ser dedicados del todo á Dios nuestro Señor, y comunmente hombres ejemplares y de buena vida, las oraciones y sufragios de ellos le serán más aceptos y agradables, y á las ánimas de los fundadores más fructuosos y más eficaces para alcanzar lo que para ellas piden del Señor. Y como la Compañía no tenga otras obligaciones de capellanías ni de misas, por no tomar limosna por ellas, está más libre y tiene más que ofrecer por sus fundadores y bienhechores, como se hace.

Pero, aunque ella de su parte hace lo que habemos visto, bien tiene entendido que el principal motivo que tienen los fundadores para hacer esta limosna, es la necesidad grande que ven que hay en la Iglesia de Dios de este género de doctrina, y el fruto que de ella se sigue, y el servicio tan acepto que con ella se hace á nuestro Señor, de quien ellos guardan por entero el galardón.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo Ignacio quiso renunciar el generalato, y sus compañeros no lo consintieron

Viendo pues Ignacio confirmada otra vez la Compañía por el papa Julio III, y con el buen suceso que nuestro Señor le iba dando, cada día más firme y establecida, llamó á Roma, el año de mil quinientos cincuenta, á todos los principales padres de la Compañía que estaban en varias tierras y provincias y sin detrimento de ella podían venir. Venidos, los hizo juntar en un lugar, y teniéndolos juntos á todos, les envió una carta escrita de su mano, que es ésta que se sigue:

«*A los carísimos en el Señor nuestro, los hermanos de la* »*Compañía de Jesús.*— En diversos meses y años, siendo »por mí pensado y considerado, sin ninguna turbación intrín»seca ni extrínseca que en mí sintiese que fuese en causa, »diré delante de mi Criador y Señor, que me ha de juzgar »para siempre, cuanto puedo sentir y entender á mayor ala»banza y gloria de la su divina Majestad.

»Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sintiese, »por los mis muchos pecados, muchas imperfecciones y »muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores, »he venido muchas y diversas veces á juzgar realmente que »yo no tengo casi con infinitos grados las partes convenientes »para tener este cargo de la Compañía, que al presente tengo »por inducción é imposición de ella. Yo deseo en el Señor

»nuestro que mucho se mirase y se eligiese otro que mejor, ó »no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo de gobernar la »Compañía, y eligiendo la tal persona, deseo asimismo que »al tal se diese el tal cargo. Y no solamente me acompaña mi »deseo, mas juzgando con mucha razón para que se diese el »tal cargo, no sólo al que hiciere mejor, ó no tan mal, mas al »que hiciere igualmente. Esto todo considerado, en el nom»bre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo mi »Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio simplemente y »absolutamente el tal cargo que yo tengo, demandando, y en »el Señor nuestro con toda mi ánima rogando, así á los pro»fesos como á los que más querrán juntar para ello, quieran »aceptar esta mi obligación, así justificada en la su divina »Majestad.

»Y si entre los que han de admitir y juzgar, á mayor gloria »divina, se hallase alguna discrepancia, por amor y reveren»cia de Dios nuestro Señor demando lo quieran mucho enco»mendar á la su divina Majestad, para que en todo se haga »su santísima voluntad, á mayor gloria suya y á mayor bien »universal de las ánimas y de toda la Compañía, tomando el »todo en su divina y mayor alabanza y gloria para siempre.»

Leída esta carta, todos los padres á una voz comenzaron á alabar lo que Ignacio pretendía hacer y su deseo tan santo, maravillándose mucho de tan profunda humildad como en este hecho resplandecía, porque siendo tan escogido y tan aventajado en tantas maneras su gobierno, se tenía por tan insuficiente para gobernar. Mas con todo esto, dicen que no pueden ellos con buena conciencia hacer lo que pide, ni podrán acabar consigo de tener otro general mientras que él viviere; y esto le dieron por respuesta, enviando quien se la diese de su parte, y añaden más: que él era padre de la Compañía, que á él tenían por maestro y guía de todos, y que pues Dios le había escogido para que como sabio arquitecto pusiese el fundamento de este espiritual edificio, sobre el cual ellos y todos los demás hijos suyos se vayan como piedras vivas asentando sobre la suma piedra angular, que es Cristo Jesús, y crezcan para hacer este santo templo al Señor, que en ninguna manera querrán hacer cosa por la cual vengan á ser tenidos, ó por desconocidos de este tan grande beneficio, ó por desagradecidos é ingratos á Dios. En este mismo tiempo cayó Ignacio en una muy recia enfermedad, y como

pensase que le quería el Señor librar de la cárcel del cuerpo, era tanto el gozo que con esta esperanza sentía su alma, y tales los afectos y sentimientos de ella, que de pura alegría no era en su mano reprimir las lágrimas que con abundancia le venían á los ojos, y fué necesario que los padres le rogasen, y los médicos le amonestasen, que se divirtiese de aquellos santos y amorosos y encendidos deseos, y que no tratase tanto ni tan á menudo de levantar sus pensamientos al cielo, porque le causaban notable debilidad y flaqueza.

CAPÍTULO II

De las «Constituciones» que Ignacio escribió

Perdida la esperanza de descargarse del peso de su oficio, y libre ya de su nueva enfermedad, entendiendo ser aquella la voluntad de Dios, aplicóse Ignacio con nuevo ánimo al gobierno de la Compañía, y á procurar de dar su perfección á las cosas que había comenzado; y lo primero de todo, para ceñirla con leyes y atarla con reglas y constituciones, mostró á los padres las *Constituciones* que él mismo había escrito, importunado de toda la Compañía, para que las viesen y examinasen. Hoy día tenemos un cuaderno escrito de su misma mano, que se halló después de su muerte, en una arquilla, en el cual, así para ayudar su memoria, como para mejor acertar en lo que determinaba, escribía día por día las cosas que pasaban por su alma mientras hizo las *Constituciones*, así tocante á las visitaciones y resplandores celestiales con que Dios le regalaba, como á la manera que tenía en pensar y deliberar lo que escribía.

Por esta escritura claramente se ve la virtud de Ignacio y la grandeza de la divina liberalidad para con él, y la autoridad y peso que han de tener para con nosotros las *Constituciones*. No quiero decir de las otras materias, porque sería cosa larga; bastará tocar lo que sobre la pobreza que en la Compañía se ha de guardar, le pasó. Cuarenta días arreo dijo misa y se dió á la oración con más fervor que solía, para so-

lamente determinar si convenía ó no que las iglesias de nuestras casas profesas tuviesen alguna renta con que sustentar el edificio, servicio, y aderezo de ellas. Y como yo tengo para mí, Dios nuestro Señor inspiró y movió á Ignacio á escribir, distinta y compendiosamente, todo lo que por espacio de cuarenta días le aconteció en la oración de la mañana, en la preparación para la misa y en la misma misa, y en las gracias que se hacen después de haberla dicho. Digo que le inspiró Dios á escribir esto, para que nosotros supiésemos los regalos y dones divinos con que era visitada aquella alma, y para que cuanto él más los encubría con su humildad, tanto más se descubriesen y manifestasen para nuestro provecho y ejemplo. Allí se ve con cuánto cuidado examinaba y escudriñaba su conciencia, cuán encendida y fervorosa era su oración, cuántas y cuán continuas eran sus lágrimas, cuántas veces la grandeza de la consolación del espíritu brotaba fuera y redundaba también en el cuerpo, y quedando sin pulsos le venía á faltar la voz, y perdido el aliento, no podía hablar, palpitando sensiblemente todas las venas de su cuerpo. Allí también se ve cómo era su entendimiento alumbrado y enriquecido con casi continuas y admirables revelaciones de la Santísima Trinidad, de la divina esencia, de la procesión, propiedad y operación de las divinas personas, y cómo era enseñado en aquel sacratísimo misterio, así con inteligencias interiores y secretas, como con figuras externas y sensibles. Y no eran breves estas visitaciones, ni como de paso estos regalos divinos, sino muy largos algunas veces y de muchos días, y que en el aposento y en la mesa, dentro y fuera de casa le acompañaban, y con la fuerza de su grandeza le traían absorto y elevado y como á hombre que vivía con el cuerpo en el suelo y con el corazón en el cielo. No hay para qué contar por menudo cada cosa de estas. Esto he tocado para que entendamos con qué reverencia habemos de recibir las *Constituciones*, y con cuánto cuidado y solicitud las debemos guardar; aunque, por su grande modestia y humildad, con haber recibido tantas inteligencias sobrenaturales y tantos testimonios de la voluntad divina, y tener autoridad para ello, no quiso que las *Constituciones* tuviesen fuerza ó firmeza alguna para obligar hasta que la Compañía las aprobase y tuviese por buenas; lo cual se hizo en Roma después de él muerto, el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho,

en la primera congregación general de toda la Compañía que se celebró después de él muerto; en la cual las *Constituciones* todas, como él las escribió, fueron con suma veneración recibidas, y con un mismo consentimiento y voluntad por todos los padres confirmadas.

CAPÍTULO III

De la institución y principio del colegio romano

Uno de los que vinieron este año á Roma llamados por Ignacio, fué don Francisco de Borja, duque de Gandía, que como ya dijimos, era profeso, aunque ocultamente, de la Compañía; el cual, entendiendo cuánto provecho se podía hacer en aquella ciudad, que es cabeza del mundo y de donde toda la cristiandad se gobierna, y especialmente toda nuestra Compañía, por tener en ella su cabeza y prepósito general, y juzgando que no era razón que habiendo sido ella la primera de todas en acoger y abrazar la Compañía, careciese del fruto que otras muchas reciben de su enseñanza y doctrina, procuró que en Roma se fundase un colegio (siguiendo en esto el parecer y consejo de nuestro padre Ignacio), al cual se dió principio el año de mil y quinientos y cincuenta y uno, á los diez y ocho de Febrero, en unas casas muy estrechas que estaban debajo del Capitolio, con catorce estudiantes de la Compañía, que tenían por rector á Juan Peletario, francés; que para este número era bastante la limosna que entonces había dejado el duque de Gandía. Mas luego, el mes de Septiembre siguiente, doblándose el número de los nuestros, se pasaron á otra casa más anchurosa y capaz. Enseñaban en aquel tiempo nuestros preceptores á sus oyentes solamente las tres lenguas, hebrea, griega y latina, y arte de retórica, lo cual no se hacía sin grande ofensión y queja de los otros maestros de la ciudad, tanto, que algunas veces se iban, rodeados de sus discípulos, á las escuelas de los nuestros, y entraban de tropel, y les pateaban y deshonraban de palabra, haciéndoles mil befas con harto descomedimiento; hasta que

el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, á los veinte y ocho de Octubre, en la iglesia de San Eustaquio, los maestros de la Compañía tuvieron sus oraciones y disputas, en presencia de muchos cardenales y obispos y hombres de grande erudición y autoridad, con tanta gracia y doctrina, que se reprimió el atrevimiento de los maestros de fuera, que andaban tan alborotados como dije; pero mucho más se convencieron y allanaron el año de mil y quinientos y cincuenta y tres, con las conclusiones públicas que nuestros preceptores sustentaron, no sólo de retórica y de las tres lenguas, como hasta entonces habían hecho, sino de toda la filosofía y teología, las cuales facultades aquel año fué la primera vez que se comenzaron á leer en nuestro colegio en Roma, del cual era superior en aquel tiempo el doctor Martín de Olave teólogo de excelente doctrina y ejemplo de vida, el cual dió mucho lustre en sus principios al colegio romano. Creció aquel año el número de los hermanos del colegio á sesenta, y el siguiente á ciento, y como ya no pudiesen cómodamente caber en las casas donde estaban, por su estrechura, se pasaron, el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, á otras más anchas, en las cuales residieron por espacio de cuatro años, hasta que al año de mil y quinientos y sesenta, doña Victoria Tolfa, sobrina del papa Paulo IV, por autoridad y consejo del pontífice Pío IV, nos dió un sitio muy acomodado, ancho y saludable y de los mejores y más poblados de Roma. Había esta señora comprado muchas casas con el favor y brazo de Paulo IV, su tío, para hacer de ellas una obra pía, conforme al testamento de Camilo Ursino, marqués de la Guardia, su marido, y habíalas juntado con las casas en que ella moraba y con otras donde había habitado muchos años Paulo IV siendo cardenal, y hecha de todas una como isla, rodeada de calles por todas partes; y en el tiempo que menos se esperaba ni pensaba, las dió á la Compañía, con grande liberalidad, para la fundación y asiento de este colegio romano. En esta casa se vino á multiplicar en gran manera el número de los nuestros, que llegaron á ser doscientos y veinte, y de casi todas las provincias y naciones de la cristiandad; porque acontece hallarse en un mismo tiempo muchas veces en él hermanos de diez y seis y más naciones, así en las lenguas como en las costumbres diferentes, mas en un ánimo y voluntad con suma concordia y fraternal amor ayuntados; los cuales la divina bondad, en

tiempos de grande carestía y muy apretados, ha sustentado siempre, respondiendo su divina Majestad á la fe y esperanza con que Ignacio comenzó una obra tan alta con tan poco arrimo y favor de los hombres. De este colegio han nacido, como de su fuente y origen, casi todos los demás que en Italia, Alemania, Bohemia, Polonia, Francia y Flandes se fundaron; y ésta es la causa porque Ignacio (cuyos pensamientos y cuidados se empleaban todos siempre en buscar la salud de las almas) trabajó tanto por hacer llevar adelante este colegio, porque veía que no sólo se ordenaba para provecho y bien de una sola ciudad, como otros, mas que se había de extender su fruto por muchas nobilísimas provincias y naciones, tan depravadas con perniciosos errores y tan apartadas de la luz evangélica; lo cual habiendo visto por experiencia nuestro muy santo padre Gregorio XIII, movido del grandísimo fruto que de este colegio se sigue, y de la necesidad que el seminario del clero romano, y los de alemanes, ingleses y otros que su beatitud (para bien de estas naciones) ha fundado, tienen del colegio romano para su gobierno y doctrina, con ánimo de señor y padre y de pastor universal vigilantísimo y de príncipe liberalísimo, ha querido ser fundador de este colegio, labrándole de una obra suntuosa y dotándole con muy bastante renta, para que en él se pueda sustentar gran número de estudiantes y maestros de diferentes naciones de nuestra religión, para sustento y arrimo de todos los demás. Y para declarar que era ésta su intención en la fundación del colegio romano, mandó su Santidad hacer una rica medalla, la cual se puso debajo de la primera piedra el día que se comenzó el edificio, en la cual estaban estas palabras: « Gregorio, »papa XIII, edificó desde sus primeros cimientos y dotó el »colegio de la Compañía de Jesús, como seminario de todas »las naciones, por el amor que tiene á toda la religión cris»tiana, y particular á esta Compañía. En Roma, año del Se»ñor de mil y quinientos y ochenta y dos, y el deceno de su »pontificado.»

CAPÍTULO IV

De algunos colegios que se fundaron en España, y de la contradicción que allí izo á la Compañía el Arzobispo de Toledo

Dado este principio al colegio romano, volvió á España el duque don Francisco de Borja. Llegado á ella, renunció su estado á don Carlos de Borja, su hijo mayor, y dejado el hábito seglar, tomó el de la Compañía y se recogió á Vizcaya, como á provincia más apartada y quieta, para con menos embarazo darse á la vida religiosa. Allí se ordenó de misa, y comenzó á predicar y á pedir como pobre limosna de puerta en puerta, con grande admiración y edificación de las gentes. Movidos de la fama de esta obra y de tan raro ejemplo de menosprecio del mundo, vinieron á él algunas personas ilustres y de grande autoridad, y por su medio entraron en la Compañía. La primera habitación que tuvo fué en el colegio de Oñate, al cual Pedro Miguel de Araoz, natural de aquella tierra, había poco antes mandado su hacienda. En el mismo tiempo se comenzó el colegio de Burgos, porque el cardenal don Francisco de Mendoza, luego que le hicieron obispo de aquella ciudad, pidió al padre Ignacio algunos de la Compañía, para que anduviesen por su diócesis predicando y enseñando á sus ovejas la palabra de Dios. Dióselos Ignacio, y ellos hicieron tan bien su oficio, y con tanto provecho de las almas, que se dió ocasión á los de Burgos para que en su ciudad deseasen tener á la Compañía y les hiciesen casa, la cual después creció mucho y se aumentó con el fervor de los sermones del padre maestro Francisco de Estrada. Al colegio de Medina del Campo dió también principio Rodrigo de Dueñas, á quien Dios había dado gran devoción de ayudar con sus muchas riquezas todas las obras pías y de caridad; el cual, habiendo tratado y comunicado familiarmente á los padres Pedro Fabro y Antonio de Araoz, y movido por su conversación y ejemplo, pidió para su consuelo y para provecho de aquella villa (cuyo vecino y morador era), algunos de los

nuestros. Fueron y comenzaron á predicar por las plazas con nuevo y admirable fruto, el cual aficionó más la gente principal de aquel pueblo y dióles mayor deseo de tener allí la Compañía. El año de mil y quinientos y cincuenta y uno fueron los nuestros para fundar el colegio de Medina, el cual después edificaron y dotaron con buena renta Pedro Cuadrado y doña Francisca Manjón, su mujer, personas ricas y muy religiosas y devotas. Mas para que con los prósperos sucesos no se descuidase la Compañía, no le faltaron ocasiones de ejercitar la paciencia y humildad por una grande contradicción que se despertó en este tiempo contra los nuestros en España por parte de don Juan Siliceo, arzobispo de Toledo, el cual, siendo mal informado del instituto de la Compañía, mandó que todos los sacerdotes de Toledo que hubiesen hecho los ejercicios espirituales de la Compañía no pudiesen usar el oficio de confesores, y asimismo leer por los púlpitos de las iglesias edictos públicos, por los cuales mandaba que, so pena de excomunión mayor, ninguno de sus súbditos se confesase con los de la Compañía, ni recibiese otro sacramento de sus manos. No había entonces en todo su arzobispado otro colegio sino el de Alcalá. Tomáronse muchos medios de ruegos é intercesiones con el Arzobispo para que no usase de tanto rigor, y no se pudo acabar con él, hasta que el Consejo Real, habiendo visto y examinado nuestras bulas y privilegios, juzgando que el mandato del Arzobispo era contra la voluntad y autoridad del sumo Pontífice, nos restituyó nuestro derecho y libertad, declarando por sus provisiones reales que el Arzobispo nos hacía fuerza y que no podía legítimamente hacer tal prohibición; al cual también el papa Julio III, informado de Ignacio de lo que pasaba, escribió con severidad apostólica, diciéndole que se maravillaba mucho, y le pesaba, que siendo la Compañía, como era, aprobada por la santa Sede Apostólica, él no la tuviese por buena, y que siendo por todas las partes del mundo tan bien recibida (por el grande fruto que en todas ellas hacía), él solo la contradijese, y pusiese mácula y dolencia en lo que todos los demás tanto alababan, deseaban y pedían.

Con estas letras de su Santidad, y con la provisión real, revocó el Arzobispo sus primeros edictos y nos mandó restituir nuestra libertad para poder usar de nuestras facultades y privilegios. Y es cosa también de notar que cuando Ignacio fué

avisado de esta contradicción que hacía á la Compañía un príncipe tan grande como era el Arzobispo de Toledo, me dijo á mí, con un rostro muy sereno y alegre, que tenía por muy buena nueva para la Compañía aquella persecución, pues era sin culpa de ella, y que era señal evidente que se quería servir Dios nuestro Señor mucho de la Compañía en Toledo, porque en todas partes había sido así, que donde más perseguida había ella sido, allí había hecho más fruto, y que pues el Arzobispo era viejo y la Compañía moza, naturalmente más viviría ella que no él. Y vióse ser verdad lo que dijo Ignacio por lo que después ha sucedido y comenzóse á ver luego que murió el Arzobispo; porque siendo llamada la Compañía para morar en la ciudad de Toledo, las primeras casas que se dieron á los nuestros para su morada fueron las que el mismo arzobispo Siliceo había labrado para colegio de los clerizones de su Iglesia; no sin razón, consideraron muchos, y gustaron de ver que todo cuanto el Arzobispo (con buen celo) hizo contra la Compañía, vino á parar en que cuando más nos perseguía, nos labraba (sin entenderlo él) las primeras casas en que habíamos de morar en aquella ciudad.

CAPÍTULO V

Cómo Ignacio hizo provincial de Italia al padre Laínez, y Claudio Yayo murió en Viena

Mientras la Compañía se probaba de la manera que habemos dicho en España, nuestro Señor la multiplicaba con nuevos colegios en Italia. El de Florencia tuvo principio por la liberalidad de doña Leonor de Toledo, duquesa de aquella ciudad; la cual desde que la conoció, mostró siempre mucho amor á la Compañía. En Nápoles también y en Ferrara se comenzaron los colegios que ahora tenemos en estas ciudades. Para el de Nápoles importó mucho la residencia que allí hizo el padre Salmerón, enviado de Ignacio á aquel reino para este efecto. El de Ferrara comenzó Hércules de Este, segun-

do duque de Ferrara, el cual había antes tratado á los padres Bovadilla y Claudio Yayo, y favorecido la Compañía en sus principios, y fué á Ferrara para asentar el colegio el padre Pascasio Broeth. Dióse cargo de estos colegios, y de los demás que ya había en Italia, con oficio y nombre de provincial, al padre Diego Laínez, el cual al fin del año de mil y quinientos y cincuenta había vuelto á Roma, de Berbería, adonde había ido con el virrey Juan de Vega á la conquista de la ciudad de África, que tenía Draguth, corsario famoso, para espanto y destrucción de los reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña. En la cual guerra trabajó mucho en curar los enfermos y heridos, y en confesar los soldados, y en animar y esforzar á todos á pelear, y morir como cristianos por la honra de Dios y por el alzamiento de su santa fe. Y fué nuestro Señor servido de darles victoria casi milagrosa, y que se ganase á los enemigos aquella tan fuerte plaza. Á la cual yendo después el padre Jerónimo Nadal, para hacer los oficios que había hecho el padre maestro Laínez, y para animar con espíritu cristiano, y servir á los soldados que quedaban en guarnición, escapó milagrosamente de un naufragio espantoso, en el cual pereció el hermano Isidro Esbrando, compañero de su navegación, el año de mil y quinientos y cincuenta y uno. En Alemania no crecía menos la Compañía en este tiempo, porque el rey de romanos don Fernando, deseando reformar los estudios de la universidad de Viena, y reprimir el furor de los herejes, que iban cundiendo cada día más, é inficionando sus estados, envió por el padre Claudio Yayo, y pidió á Ignacio otros teólogos de la Compañía, para que leyesen teología en aquella universidad. Fueron á Viena los nuestros el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y mandólos aposentar el Rey en un cuarto del monasterio de Santo Domingo, apartado de los frailes. Después, por no tener á aquellos padres religiosos ocupada su casa, se pasaron los nuestros á otro monasterio que habían desamparado los frailes carmelitas, dándole á la Compañía de buena voluntad los superiores de aquella religión. En este colegio de Viena, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, día de la Transfiguración, pasó de esta vida á la inmortal el padre Claudio Yayo, uno de los primeros diez padres de la Compañía. Fué natural de Saboya; trabajó bien y fiel y diligentemente en la defensión y acrecentamiento de la fe católica, en Italia, Baviera, Suecia, Austria

y en toda Alemania. Y en la dieta de Augusta se señaló muy particularmente en servicio de la santa Iglesia romana, con notable fruto y reconocimiento de todos los católicos. Él fué el que declaró á los tudescos católicos el nombre, principios y progreso de la Compañía, con tanta gracia y prudencia, que les ganó las voluntades y los aficionó á favorecerla. Y á los herejes resistió de suerte, que admirados de su virtud y doctrina, le convidaron á ir á Sajonia y á disputar con los maestros y ministros de sus errores. Lo cual no hizo por estar ocupado en la fundación del colegio de Viena, donde murió. Fué hombre blando y manso de condición; tenía, con una alegría de rostro apacible, una gravedad religiosa y suave; era señalado en el amor de la pobreza, aventajado en la oración, muy avariento y escaso del tiempo, modesto en su conversación, y en todas las cosas verdadero humilde. Rehusó con tanta gravedad y firmeza el obispado de Trieste, que todo el tiempo que desconfiaba de poderse escapar de tal dignidad estuvo casi en un continuo llanto y desconsuelo, y cuando se vió libre, volvió á su acostumbrada alegría y dulce conversación.

CAPÍTULO VI

Del principio y causas de fundarse el colegio Germánico

No solamente procuraba Ignacio por medio de los padres de la Compañía hacer bien á las provincias de Alemania, dentro de la misma Alemania (como queda dicho), sino también en Italia buscaba su remedio, y de este cuidado tuvo principio el colegio Germánico, que en Roma, por medio de los nuestros, instituyó el papa Julio III, este año de mil y quinientos y cincuenta y dos. Y aunque este colegio no es propiamente de la Compañía, yo le cuento entre los nuestros, porque la Compañía tiene todo el peso y gobierno de él, y así podemos decir que de nuestra Compañía nacen los grandes frutos que de este colegio recibe la iglesia de Dios. Fué pues su origen de esta manera. Desvelábase Ignacio en

pensar de día y de noche cómo se podrían remediar los males de toda la cristiandad, y curarse las partes más flacas y más enfermas de ella, y sobre todas las otras, le acongojaba el cuidado de Alemania, porque la veía más llagada y afligida que las otras provincias; y tratando de esto un día con el cardenal Juan Morón, varón de singular prudencia, el Cardenal le propuso esta obra del colegio Germánico, como cosa que por haber sido legado apostólico en Alemania, y conocido los humores de aquellas gentes, pensaba que podría ser de grande provecho para reducir aquellas provincias tan estragadas á la obediencia y sujeción de nuestra santa fe católica. Persuadíase este prudentísimo varón, no sin gran fundamento, que todo el mal que ha venido á Alemania ha nacido principalmente de la ignorancia y mala vida de los eclesiásticos, y que así el remedio ha de venir de las causas contrarias, que son la doctrina maciza y católica de los curas y predicadores, y de su vida ejemplar. Y que convenía que los doctores y pastores de los alemanes fuesen también alemanes; porque siendo de una misma nación, costumbres y leyes, y hermanados con el vínculo estrecho de la naturaleza, serían más amados, y el amor les haría camino para persuadirlos su doctrina, y siendo de la misma lengua, serían mejor entendidos, y tendrían mayor fuerza para imprimir en sus corazones la verdad. Pues pensar que en Alemania se hallan tantos de estos tales maestros, cuantos para una provincia tan extendida y por todas partes tan necesitada son menester, es cosa excusada. Antes estos pocos que hay, se van cada día acabando, y por el contrario, los maestros herejes son muchos, y como malas yerbas, cada día crecen y se multiplican más. Por estas causas pareció cosa muy acertada hacer un seminario, en el cual, antes que se acabase de secar en Alemania la raíz de la católica y verdadera doctrina, se fuese sustentando y reviviendo, y los mozos tudescos de escogidos ingenios é inclinados á la virtud, desde aquella edad que es más blanda y más fácil para imprimirse en ella todo lo bueno, aprendiesen las letras y ceremonias y costumbres católicas.

Este seminario no se podía bien hacer en Alemania, porque aunque se tomara el más puro y más incorrupto lugar de toda ella, no podía haber seguridad que los estudiantes mozos y simples, rodeados por todas partes de herejes, no peligrasen entre tan astutos y pestíferos basiliscos, y se les pegase

el mal tan contagioso, y se inficionasen con la ponzoña de su perversa y diabólica doctrina. Pues para hacerse fuera de Alemania, ningún asiento de ciudad ni universidad podía ser más á propósito para este fin que la ciudad de Roma, por concurrir en ella, más que en otra ninguna, muchas cosas que pueden ayudar á conservar y acrecentar la verdadera y católica religión en los ánimos de aquella juventud, como son la seguridad de la doctrina que se enseña, la santidad de la misma ciudad, la muchedumbre de los católicos que por su devoción á ella vienen, la reverencia y respeto que trae consigo aquella religión, que demás de ser tan antigua, se sabe haber sido predicada en aquel sagrado lugar por los príncipes de los apóstoles y regada con su preciosa sangre. Y finalmente, la presencia de los sumos pontífices, que con su santo celo y liberalidad podían sustentar este seminario, y ganar las voluntades, con sus beneficios y buenas obras, á aquella gente.

Esta fué la principal causa y motivo que hubo de instituirse el colegio Germánico. Inventóle (como dijimos) el cardenal Morón, y comunicado con Ignacio y con otros varones gravísimos, finalmente vino á ser aprobado y favorecido del papa Julio III y de todo el sacro colegio de los cardenales, y para que se pudiese mejor establecer y perpetuar, señaló el sumo Pontífice de su parte cierta renta cada año, y los cardenales de la suya (cada uno según su posibilidad) contribuían alegremente para la sustentación de los estudiantes alemanes de aquel colegio. De manera que descuidados ellos de buscar lo necesario para su sustento, se empleasen todos enteramente en aprender las letras y costumbres convenientes al fin para que allí se crían. Dióse á Ignacio el cargo de buscar, escoger, y hacer venir á Roma, de todas las partes de Alemania, esta juventud, y de regirla, instruirla y enseñarla. El cual cuidado recibió él con gran voluntad, así por serle mandado por su Santidad, como por la importancia del negocio. Vinieron á Roma muchos mozos tudescos de grande espectación, señalóseles casa en que viviesen, dióles Ignacio personas escogidas de la Compañía que los gobernasen, hízoles las reglas y estatutos que debían guardar. Proveyó que en nuestro colegio romano tuviesen buenos maestros, que les leyesen las facultades y ciencias que habían de oir. De una sola cosa no quiso que se encargase la Compañía, que fué del dinero y cuentas y lo que tocaba á recibo y gasto, ni jamás se pudo acabar con

él que los nuestros se embarazasen en semejantes cosas, que suelen ser sujetas por una parte á mucha solicitud y trabajo temporal, y por otra á murmuración y sospecha; y así, esta parte se encomendó á personas fuera de la Compañía. Pero como Julio III murió, faltando con su muerte la limosna que él daba para esta obra tan excelente y necesaria, temiendo Ignacio que por la carestía que en Roma sucedió de mantenimientos, y por el bullicio y alborotos de la guerra que hubo en tiempo de Paulo IV, no se deshiciese lo que con tanto trabajo y fruto se había comenzado, repartió mucha parte de aquellos mozos tudescos (holgando ellos de ello) por diversos colegios de la Compañía, para que en ellos se sustentasen hasta que pasase aquella tempestad y ruido de las armas, y los demás sustentó en Roma, buscando para ello dineros con harto trabajo y solicitud de su persona, obligándose él á pagar lo que se le daba. Y sacóle Dios nuestro Señor muy á su salvo de estas deudas dándole liberalmente después con qué, hasta la postrera blanca, se pagasen todas, conforme á la gran confianza que el mismo Dios había dado á éste su siervo para esta obra. Porque en el mismo tiempo de tanta apretura y esterilidad, dijo Ignacio que no desmayase nadie, ni pensase que había de faltar el colegio Germánico por falta de mantenimiento, porque día vendría en que tuviese tan cumplidamente todo lo que hubiese menester, que antes le sobrase que faltase. Y en sus principios, estando Ottho Thruses, cardenal de la santa Iglesia de Roma y obispo de Augusta (que fué siempre muy valeroso defensor de la fe católica y singular protector del colegio Germánico), con algún recelo que esta obra no pasase adelante, por las muchas dificultades que cada día más en ella se le ofrecían, el padre Ignacio le envió á decir que tuviese su señoría ilustrísima buen ánimo, y se fiase de Dios, que él le ayudaría y favorecería en cosa que le era tan agradable y para tanto servicio suyo. Y aún dijo más: que si el Cardenal no quisiese ó no pudiese llevar adelante esta empresa, que él la tomaría sobre sí, confiado de la misericordia y liberalidad del Señor. Y el tiempo nos ha mostrado bien que no se engañó, porque el mismo Señor, que fué el que al principio movió los corazones del papa Julio III y de los cardenales para fundar el colegio Germánico, ese mismo después ha movido é inspirado á nuestro muy santo padre Gregorio XII á levantarle, que estaba caído, y

acrecentarle, y darle en Roma casa propia, y dotarle y establecerle con muy bastante renta perpetua, por el gran celo que tiene su Santidad de conservar lo que queda, y de cobrar lo que está perdido de la religión católica en Alemania. Y esto es cierto con mucha razón. Porque habiendo los otros Gregorios, pontífices santísimos, sus predecesores, plantado la fe de Jesucristo nuestro Redentor en aquella provincia, y dilatádola y extendídola por toda ella, con tan esclarecida gloria de Dios y suya, y habiendo puesto en ella la majestad y grandeza del imperio romano, dando la elección á los príncipes electores de Alemania, era cosa muy justa que nuestro último Gregorio siguiese las pisadas de los otros Gregorios, sus predecesores, é hiciese una obra tan señalada y tan ilustre, de la cual esperamos la restauración y aumento de nuestra santa fe en aquella nobilísima provincia.

CAPÍTULO VII

De la muerte del padre Francisco Javier

En este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y dos, el padre Francisco Javier, habiendo partido de la India á predicar el Evangelio á los chinos y á dar á aquellos pueblos ciegos los primeros resplandores de nuestra fe, en la misma entrada de aquella provincia falleció. Este padre fué de nación español; nació en el reino de Navarra, de noble familia; fué criado con mucho cuidado de sus padres, y pasados los años de la niñez, fué enviado á estudiar á París, donde aprovechó tanto en los estudios, que vino á leer públicamente la filosofía de Aristóteles, y tratando con Ignacio, que estudiaba la misma facultad, aprendió de él otra más alta y divina filosofía, y determinó de juntarse y hermanarse con él y vivir en su compañía, en una misma manera de vida. Vino después con los otros padres sus compañeros á Italia, y habiendo pasado muchos trabajos, peregrinando, mendigando, sirviendo en hospitales, predicando y ayudando en otras muchas maneras á los prójimos, fué de Ignacio enviado de

Roma á Portugal, para de allí pasar á la India, el año de mil y quinientos y cuarenta, de la manera que en el segundo libro contamos. En esta jornada, pasando muy cerca de su tierra, ni el amor de la patria, ni los ruegos de sus parientes y amigos, no pudieron acabar con él que por verlos torciese un poco el camino. Llegado á Portugal, fué muy bien recibido de aquellos pueblos, y muy amada y aprobada de todos su vida y doctrina. De allí se partió (como dijimos) el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, y se hizo á la vela, á los siete de Abril, en la capitana del virrey don Martín Alonso de Sosa, llevando consigo dos compañeros, que se decían el uno Pablo, que era italiano, y el otro Francisco Mansilla, portugués. En esta navegación larga y peligrosa se hubo de tal manera el padre Francisco, que á los enfermos con su industria y trabajo, y á los sanos servía con su enseñanza y doctrina, á los presentes daba edificación, y á los nuestros que después le habían de suceder dejó un modelo de cómo se han de haber en semejantes navegaciones, y á todos ejemplo y admiración de sí mismo. Invernaron en Mozambique (*sic*) aquel año antes de llegar á la India, y en seis meses que se detuvo el armada en aquellos ásperos y malsanos lugares, sirvió con singular caridad y diligencia á los enfermos de ella, así soldados como marineros. Dejó señales vivas de su virtud en Melinde, ciudad de moros y cabeza de aquel reino, y también en Cocotora, que es una isla de cristianos, pero muy estéril y fragosa. Y finalmente, á los seis de Mayo de mil y quinientos y cuarenta y dos, llegó á la ciudad de Goa. Allí se fué á vivir al hospital de los pobres, en el cual empleaba su tiempo en curar los cuerpos y las almas de los dolientes. Por la mañana confesaba á los que le venían á pedir confesión, á la tarde á los presos y encarcelados, y enseñaba á los niños la doctrina cristiana; los domingos y fiestas salía fuera de la ciudad, é iba á visitar con su caridad á los leprosos y otros enfermos de enfermedades contagiosas, y dejábalos consolados. Habiéndose ocupado en estas obras algún tiempo, y hecho como su probación y noviciado, y causado grande maravilla de sí en Goa, pasóse á aquella parte de la India que llaman la Pesquería, ó cabo de Comorín, donde convirtió grande número de infieles, sacándolos de las tinieblas de la infidelidad y trayéndolos á la luz del Evangelio, y enseñóles los principales misterios de la fe. Habiendo fundado en aque-

lla comarca más de cuarenta iglesias, y dejádoles maestros que los acabasen de enseñar é instruir, se pasó á Mazacar, donde trujo á la fe de Jesucristo dos reyes, y con ellos una gran multitud de sus pueblos. El mismo oficio hizo después en Malaca, y de allí se fué á las islas Molucas, no por codicia de las especerías que otros van á buscar, sino por las perlas y joyas de tantas almas que veía perecer. En el pueblo que se dice Maluco fueron sin número los niños que bautizó, y dejó tan arraigada y plantada en los corazones de la gente la doctrina cristiana, que hombres y mujeres, niños y viejos, cantaban por las calles los mandamientos de la ley de Dios, y el pescador en su barca, y el labrador en su labranza, hacían esto por su entretenimiento y recreación; y el buen padre, no contento con haberse fatigado todo el día con el peso de tantos trabajos y ocupaciones, tomaba cada noche una campanilla, é iba con ella por las calles despertando al pueblo y amonestando á todos en alta voz que rogasen á Dios por las ánimas del purgatorio. Después anduvo visitando siete lugares de cristianos en Amboino, que no tenían otra cosa de cristianos sino el nombre, y redújolos todos al conocimiento y amor de la doctrina y vida cristiana. Oyó allí decir que estaba cerca de Maluco una isla llamada del Moro, donde había gran número de personas cuyos antepasados habían sido bautizados; mas muriéndoseles los sacerdotes que los habían bautizado, se había ya casi perdido la memoria, sin quedar en ellos rastro de fe, porque ninguno osaba ir á ellos, ni tratarlos, por ser la gente tan bárbara y tan fiera y bestial, que no se podía tratar con ellos sin grandes trabajos y notable peligro de la vida. Determinó Francisco Javier de ir á esta isla, moviéndole, no sólo el celo de la salud de aquellas almas, pero también de la suya propia, porque juzgaba que la necesidad espiritual que tenía era extrema, á la cual él estaba obligado á socorrer, aunque fuese á costa de su propia vida; porque rumiaba con atención y pesaba aquellas palabras de nuestro Redentor: «Quien ama su vida, la perderá, y quien por mí la perdiere, la ganará.» El cual lugar del Evangelio, decía él que parecía claro á los que le leían y solamente miraban por defuera las palabras, mas que era muy oscuro á los que le quisiesen poner por la obra y experimentar. Es aquella isla del Moro muy áspera y fragosa, y tan desamparada de la naturaleza, que parece que de ninguna de

las cosas necesarias para la vida humana la ha proveído; óyense continuamente en ella horribles ruidos y espantosos, como bramidos; tiembla muchas veces la tierra con grandes y cuotidianos terremotos, que asombran y espantan. Los naturales no parece que tienen condición ni costumbres de hombres, sino de unos monstruos y crueles fieras, porque su mayor pasatiempo es matar y degollar hombres y hacer carnicería de ellos. Cuando no pueden hartar con la sangre y muerte de hombres extraños su insaciable crueldad, sin respeto ninguno de la naturaleza, se quitan la vida los hijos á los padres, y los padres á los hijos, y las mujeres á sus maridos, y cuando los hijos ven á los padres viejos y cargados de edad, los matan y se los comen, convidándose unos á otros con las carnes de los que los engendraron.

Querían muchos de sus amigos y devotos desviar al padre Francisco de esta jornada, tan llena de manifiestos peligros de la vida, y con lágrimas le decían que mirase que de su vida colgaban las vidas de muchos, y de su salud corporal la salud espiritual de tantos millares de almas, y que no aventurase por poco cosa que importaba tanto; mas como él hubiese puesto toda su confianza en las manos de Dios, y desease comprar con su vida temporal la eterna de aquellas almas, tan destituídas de otro cualquier remedio, no se dejó vencer, ni quiso tornar atrás de su propósito. Dábanle al tiempo de la partida sus amigos muchos remedios contra la ponzoña (porque también aquella gente bárbara suele con ella matar), pero él no quiso tomar ninguno, sino poner todas sus esperanzas en Dios; y así se embarcó para la isla, y la anduvo toda, visitando y halagando á los moradores, ó por mejor decir, á los salvajes y bestias fieras de aquella tierra, á los cuales enseñó con el resplandor y luz del Evangelio, y con esta enseñanza los amansó y domesticó, andando entre ellos con una admirable seguridad y tranquilidad de su alma, porque sabía bien el cuidado que Dios tenía de él, y que sin su voluntad no cae un cabello de la cabeza, porque él los tiene todos contados á sus escogidos. Eran tantas y tan grandes las consolaciones que de la mano del muy Alto continuamente recibía en aquella isla, que no sólo mitigaban los trabajos corporales que padecía, sino que los hacían dulces y sabrosos, por muchos y grandes que fuesen; por lo cual decía él que aquel lugar donde Dios regalaba tanto

á sus siervos, no se había de llamar la isla del Moro, sino la isla de la Esperanza, y parecíale que no podría vivir mucho en aquella isla sin venir á perder los ojos, de puras lágrimas y consuelo. Mientras él andaba en estas islas Molucas, vino un japonés, llamado Anger, á buscarle á Malaca. Este era un hombre honrado y prudente, el cual, aunque era gentil, andaba muy afligido y con gran remordimiento de su conciencia, acordándose de los pecados que había cometido en el tiempo de su mocedad, que por aquí le despertaba Dios para traerle á su conocimiento, y después de haber intentado muchos medios para echar de sí esta fatiga y congoja, y consultado á sus bonzos (que así se llaman entre ellos sus sacerdotes y sabios), como en ninguna cosa hallase quietud ni paz, comunicó con unos portugueses, amigos suyos (que navegaban por aquellas partes), este su desasosiego y afligimiento de espíritu. Ellos le aconsejaron que fuése á la India á buscar al padre Francisco Javier, diciéndole que era grande amigo de Dios y varón de tanta santidad y obrador de tantas y tales maravillas, que si en el mundo había de hallar remedio, sería en él, y que si en él no le hallase, tuviese su negocio por desahuciado; que en esta estima tenían al padre Francisco los que le conocían y trataban. El japonés Anger, con ser hombre apartado de la luz y verdadero conocimiento de Dios, creyó lo que los portugueses le dijeron, y fué tanto lo que deseó salir de aquel tormento que padecía, y alcanzar el sosiego y tranquilidad de su alma, que sin hacer caso de los trabajos de tan larga y tan peligrosa navegación, y de que venía á buscar un hombre cristiano que él no conocía, se embarcó, y vino á Malaca por topar con el padre Francisco; que cuando me paro á pensarlo con la ponderación que es razón, me corro y me confundo, viendo lo mucho que un puro gentil y hombre sin fe hizo por su salvación, y lo poco que muchos de nosotros por la nuestra, siendo cristianos, hacemos; y juntamente me admiro de los medios de la providencia y eterna predestinación de Dios, el cual tomó el de este hombre para alumbrar las tinieblas de aquella gentilidad; porque aportando á Malaca Anger, allí supo que el padre Francisco era ido á las Malucas, y así, desconsolado, se volvió al Japón; mas llegando ya cerca del Japón, una grande tempestad que á deshora se levantó le volvió á Malaca, donde halló al padre Francisco, que ya había vuelto de las Molucas.

Llevóle el padre á Goa, y allí luego le comunicó las verdades de nuestra santa fe, y se hizo cristiano en nuestro colegio. Pusiéronle por nombre Paulo, y recibiéronle en la Compañía como primicias de la conversión de la grande isla del Japón, descubierta pocos años antes por los portugueses. De este Pablo (que era hombre muy discreto y agudo, y entendido en las falsas sectas de los japoneses) supo Francisco Javier que las islas del Japón eran muchas, mas que entre ellas había una más principal y muy señalada en grandeza y población y en los ingenios de los naturales, y crianza y doctrina, y en la muchedumbre y diversidad de sectas y copia de sacerdotes. Supo también que los japoneses eran hombres tan dóciles y tan amigos de la razón, que fácilmente se persuaden á seguir la religión que ven que ni va apartada de la razón, ni discrepa de las costumbres y manera de vivir del que la enseña. Y como con esta información viniese bien lo que los portugueses y otros amigos suyos le decían, determinó de embarcarse para el Japón, y tomando consigo algunos padres y al mismo Pablo y á dos criados suyos (que también los había convertido y bautizado), se puso en camino, en el cual, después de haber pasado muchos y grandes peligos del mar y escapado de las manos de los gentiles, en cuya nave iba, que le querían matar, llegó al Japón y atravesó la isla, hasta llegar á la grande ciudad de Meaco (que es la más poblada y más principal del Japón), á pie y con mucha pobreza, frío y desnudez, andando corriendo tras los caballos de los japoneses, como mozo y lacayo, por tener en ellos guía y seguridad; y habiendo convertido á la fe de Jesucristo, en Cangaxima, Bungo y Amanguche, obra de mil y quinientas almas, dejó en Japón á sus compañeros, para que cultivasen aquellas nuevas plantas y tuviesen cargo de las iglesias que él ya dejaba fundadas, y se volvió á la India, para enviarles más padres y hermanos de la Compañía que los ayudasen á trabajar, y llevasen adelante la labor que se había comenzado en aquella gran viña del Japón. Y siendo informado que los japoneses en tiempos pasados habían tomado de la China (que es una provincia grandísima y muy extendida) todas sus ceremonias y leyes y costumbres de vivir, determinó de irse á la China, lo uno por llevar á los chinos la luz de la verdad y evangelio de Cristo; lo otro por parecerle que rendida aquella provincia, que era como la fortaleza, y vencidas las cabezas

y los maestros de los errores del Japón, con más facilidad se rendirían después los mismos japoneses, que eran sus discípulos, y se sujetarían al yugo de Jesucristo nuestro Señor. Con esta resolución se metió en una nave, no llevando consigo persona de la Compañía, sino solos dos mozos naturales de la China. Llegado á una isla llamada Cantián, cerca de la China, entendió que no había orden para entrar en la China, porque es ley inviolable que ningún extranjero éntre en ella, ni ningún chino le meta ni le acoja dentro, so pena de muerte, ó á bien librar, de perpetuo y miserable cautiverio. Mas el buen padre no se espantó del rigor de la ley, ni de la pena que de la transgresión de ella se le podía seguir; antes, confiado en Dios y en la fuerza de la verdad que iba á predicar, buscó á un chino, y prometió de darle como trescientos ducados de pimienta que le habían á él dado de limosna, si de noche, secretamente, le metía dentro de la ciudad de Cantón, que es la primera entrada de aquella provincia, y le pusiese y dejase en alguna plaza de aquella ciudad; mas tratando él de esta entrada, quiso nuestro Señor darle el galardón de sus trabajos y tomar en cuenta esta su voluntad y santo deseo de entrar, con tanto peligro suyo, á plantar el Evangelio en China, y guardar la ejecución y obra para otros padres de la Compañía, que después han abierto este camino; porque el postrer día del mes de Noviembre, estándose aún en la mar, cayó enfermo, y encerrándose en su aposentillo, estuvo todo el día sin desayunarse, sacando del corazón continuos gemidos y amorosos suspiros, y repitiendo muchas veces estas palabras: *Jesu, fili David, miserere mei;* que quieren decir: Jesús, hijo de David, habed misericordia de mí; las cuales decía con voz tan alta y clara, que le oían los marineros y pasajeros. Un día después, dándoles á entender que ya se llegaba el dichoso fin de su peregrinación, se hizo llevar á una peña muy áspera y alta roca, adonde, hablando familiar y dulcísimamente con su Criador y Señor, á la misma noche de aquel mismo día salió de la cárcel de este cuerpo mortal, comenzando el segundo día de Diciembre de mil quinientos cincuenta y dos años. Fué varón admirable, y no solamente á los cristianos, sino á los mismos gentiles también de muy grande veneración; conservóle Dios limpio en su virginidad y sin mancilla; fué deseosísimo de la virtud de la humildad, la cual, así como en todas las cosas la

procuraba, así maravillosamente la sabía encubrir, por no ser por ella estimado ni tenido en más, de suerte que el procurarla y el encubrirla, todo nacía del mismo afecto y deseo de la verdadera humildad. Su comer y vestir era vil y pobre; mendigaba de puerta en puerta su comida; si sus devotos y amigos le enviaban algo, todo lo daba á los pobres con el mayor secreto que podía; no comía más de una vez al día, y por maravilla gustaba cosa de carne ni bebía vino, si no era alguna vez siendo convidado de algún su amigo, porque entonces comía de lo que le ponían delante, sin hacer diferencia ninguna. Con los prójimos tuvo muy señalada y encendida caridad, y para socorrerlos y acudir á sus necesidades no rehusaba ningún trabajo ni fatiga. Dábale Dios singular gracia en sacar de pecados á los hombres mal acostumbrados y envejecidos en ellos. En sabiendo que alguno andaba enlazado y ciego en algún amor deshonesto, ó perdido de torpe afición, no le iba luego á la mano, mas con un santo artificio se le entraba por las puertas, hacíasele su amigo y familiar, y habiéndole ganado la voluntad, él mismo se convidaba y se quedaba á comer con él. Cuando ya veía aquel alma dispuesta para oir las amonestaciones y consejos saludables, embestía con ella y venía á quitarle las malas compañías y ocasiones de pecar, y si no podía de un golpe arrancar todos los pecados, iba con tal suavidad y destreza ablandando poco á poco el corazón, que uno á uno los quitaba todos; y de esta manera, con admirable prudencia y blandura, quitó á un hombre, una á una, ocho mujeres, con las cuales, no sin escándalo de muchos, vivía deshonestamente. En las adversidades y persecuciones era muy constante é invencible, colgado siempre de la divina Providencia, y de ella tan fiado (como sus pasos eran todos para la gloria de Dios y salud de las almas), que no dudaba muchas veces de entrar en la mar con tiempos contrarios, ni de acometer cosas en que había manifiestos peligros de muerte, de los cuales Dios nuestro Señor milagrosamente le libró. Por tres veces padeció naufragio. Aconteciéle, quebrada la nave, andar dos ó tres días nadando en las olas del mar sobre una tabla, y escapar por la misericordia divina, y después de haber así escapado, estuvo mucho tiempo escondido entre breñas y bosques, por huir de las manos de los gentiles y bárbaros, que le buscaban para darle la muerte. Otra vez también escapó de la muerte

que le tenían los gentiles ya urdida, metido dentro del tronco de un árbol en el campo, donde estuvo toda la noche escondido. En los mayores trabajos y persecuciones que tenía, era su ordinaria oración pedir á Dios que á los muy duros sucediesen otros tan duros, y que nunca le disminuyese los trabajos, sino que se los acrecentase, acrecentándole con ellos la paciencia y perseverancia.

Era tan amigo de la oración, que se le pasaban muchas veces las noches enteras orando, y siempre que podía, delante del Santísimo Sacramento, y sino, delante de la imagen de un Crucifijo, y esto sin dormir; y si le oprimía la flaqueza de la carne, poníase una piedra por cabecera, ó alguna otra cosa dura, y durmiendo así en tierra, el sueño era breve y ligero, y muy á menudo le interrumpía con gemidos y suspiros, hablando con Dios; y conforme á esta vida y á los trabajos de ella, eran muy copiosas y maravillosas las consolaciones divinas que el Señor le enviaba. Cuando él pensaba que estaba solo y que ninguno le podía ver ni oir, la mano en el pecho y los ojos levantados al cielo, por la grande abundancia y fuerza de las consolaciones divinas, daba muchas voces á Dios, diciendo: «¡Basta ya, Señor mío, basta ya!» Andando por el Japón á pie, le aconteció algunas veces lastimarse los pies é hincarse las espinas, y tropezando en las piedras, herirse hasta saltarle la sangre viva, é iba tan arrebatado y tan transportado en Dios, que no sentía ningún dolor ni lo echaba de ver, por la grandeza y fuerza del amor con que lo pasaba, y deseaba padecer más. Azotóle una vez gravemente el demonio estando en oración, mas no por eso la dejó. Su regalada virtud era la obediencia, y decía que esta virtud es potentísima, pues penetra la grandeza de le tierra y atraviesa el espantoso mar, y sobrepuja todas las dificultades y vence todos los peligros. Tenía grandísima reverencia á los obispos y á los otros prelados de la Iglesia, y predicaba y decía que se les debía todo servicio y sujeción. No dejaré de contar cómo vimos en Roma, el año de mil quinientos cincuenta y cuatro, al primer hombre que dentro del Japón recibió el santo bautismo. Llamábase Bernardo, natural de Cangoxima; era religioso, porque había hecho los votos de la Compañía. Envióle el padre Francisco Javier para que se viese en Roma, como nueva y milagrosa fruta de la santa Iglesia, un hombre japonés, cristiano y religioso, y también para que él mismo viese la

majestad de la Iglesia romana y la policía cristiana en el culto divino, y tornado á su tierra, lo contase, como testigo de vista, á sus naturales. Tuve yo en Roma estrecha familiaridad con este nuestro hermano Bernardo, y confeséle todo el tiempo que en ella estuvo, y por esta causa pude tratar con él más íntimamente y con más estrecha y particular comunicación. Poníame devoción el ejemplo de sus virtudes, porque sin duda me parecía un retrato vivo de los cristianos de la primitiva Iglesia. Dejando otras muchas cosas muy notables que de él podría contar, diré solamente lo que toca al padre Francisco, de quien en este capítulo escribo. Decíame, pues, Bernardo del padre Francisco tres cosas. La primera, que él mismo había dormido siete meses en un aposento con el padre Francisco, y que en aquel breve y muy ligero sueño que el padre dormía, le oía muchas veces dar gemidos y suspiros y repetir dulcemente el santísimo nombre de Jesús, y que preguntándole él algunas veces por qué suspiraba tanto y gemía, que le respondía que él no sabía nada de aquello, ni tal sentía. La segunda cosa que me contaba de él era, que se halló muchas veces presente cuando el padre Francisco disputaba de las cosas de la fe con gran muchedumbre de bonzos, y había echado de ver que preguntándole ellos cuestiones muy diversas, y proponiéndole argumentos muy diferentes contra diversos artículos, cada uno según el ingenio y las dudas que tenía, el padre Francisco respondía de tal manera á todos, que con sola una respuesta á todos ellos satisfacía y los dejaba sin duda y sin escrúpulo; y esto con tanta evidencia y claridad, como si á cada uno hubiera respondido por sí. La tercera, que él vió por sus ojos traer al padre Francisco muchos enfermos de varias enfermedades, y que en haciendo sobre ellos la señal de la cruz ó echándoles un poco de agua bendita, á la hora quedaban todos sanos; y así decía que los japoneses le tenían por más que hombre y como cosa enviada del cielo. Y no es mucho que los gentiles pensasen esto, porque es cosa averiguada que le honró Dios dándole la gracia y dón de hacer muchos y muy esclarecidos milagros en vida y en muerte, y los hace hasta el día de hoy su cuerpo. Sanó enfermedades de muchas maneras, alanzó muchos demonios de los cuerpos humanos, alumbró ciegos y resucitó muertos, fué en el dón de profecía muy excelente, porque descubrió muchas cosas secretas, y vió cosas en tiempos y en lugares muy

distantes, las cuales acontecieron en el mismo día y en la misma hora que él, estando muy apartado y muy lejos de donde se hacían, las estaba desde el púlpito predicando al pueblo. Luego que pasó de esta vida, los mercaderes portugueses que iban en la nave y se hallaron á su muerte, tomaron su cuerpo, y vestido de sus ornamentos sacerdotales, que él llevaba para decir misa, le enterraron, cubriéndole todo de cal, para que comida con su fuerza toda la carne, quedasen los huesos secos, y ellos los pudiesen llevar á la India, adonde él había rogado que le llevasen, acordándose del día de su resurrección, y deseando estar en lugar sagrado, para mejor gozar y ser ayudado de los piadosos sufragios de los fieles. Pasados tres meses después que le enterraron, quisieron volverse los mercaderes á la India, y pareciéndoles que ya estaría gastado el cuerpo, tornan á cavar la sepultura, y hallan las vestiduras tan sanas y enteras como se las vistieron, y el cuerpo tan incorrupto y sólido como cuando le pusieron, con su color natural como cuando era vivo, y la carne tan jugosa y fresca, sin ningún género de mal olor. Movidos con tan grande milagro los mercaderes, ponen el cuerpo así como estaba en el navío, y llegan á Malaca, escapando de gravísimos peligros, con increíble presteza y brevedad. Allí enterraron otra vez el cuerpo y le detuvieron otros doce meses, y se conservó con la misma entereza é incorrupción. De Malaca le llevaron á Goa, donde fué recibido con procesión y universal concurso de todas las religiones y de la ciudad, y fué depositado en la iglesia de nuestro colegio de Goa, donde de todo el pueblo es venerado y tenido en gran reverencia y opinión de santidad. Querer contar yo aquí todos los milagros que Dios ha hecho por este su siervo, en vida y en muerte, sería muy largo y fuera de mi propósito, porque no me puse yo á escribir en este libro las cosas que el padre Francisco Javier hizo en la India, que son muchas y muy averiguadas y admirables, y tales, que no se pueden decir en tan estrecha narración como ésta, sino que piden libro por sí. Impreso anda uno de su vida y de las cosas del Japón, pero corto y no tan extendido como se podría escribir, contando las cosas que se han sabido por la información, que yo he visto, de muchos y muy graves testigos, tomados con autoridad pública, por mandado del serenísimo rey de Portugal, don Juan el Tercero. Yo solamente he querido tocar algu-

nas pocas cosas con la brevedad que en las demás suelo guardar.

CAPÍTULO VIII

Cómo los padres de la Compañía fueron á la isla de Córcega

Por este mismo tiempo se comenzó en Módena un colegio, y otro en Perusa, cuyo rector fué el padre Everardo Mercuriano, varón grave y prudente, que siendo ya bien ejercitado en letras humanas, filosofía y teología, y tenido por hombre muy cuerdo en su trato y conversación, el año de mil quinientos cuarenta y ocho, en París, había entrado en la Compañía, y después vino á ser el cuarto prepósito general. La ocasión del colegio de Perusa fué, el haber predicado en ella poco antes el padre maestro Laínez, el cual de Perusa partió para Génova, pidiéndole aquella república; á la cual movió tanto con su doctrina y ejemplo, que fué gran parte que en ella se hiciesen muchas obras pías y de caridad. Y también que aquella república suplicase con grande instancia al sumo Pontífice que enviase algunos de los nuestros á la isla de Córcega, para que visitasen y enseñasen á aquellos pueblos, que estaban tan incultos y rudos, y olvidados de Dios y de sí, con los vicios que de la ignorancia suelen nacer. Fueron pues enviados dos de la Compañía con grandes poderes de la Sede Apostólica; de los cuales usaron cuanto fué necesario, con tal moderación y entereza de vida, que aunque con los sermones hicieron mucho fruto en aquella gente, fué mucho más lo que movieron con su ejemplo. Dieron una vuelta á toda la isla, con harta fatiga de espíritu y de cuerpo. Pusieron toda su industria y diligencia en pacificar y concordar los unos con los otros, y quitar muchas discordias y enemistades que había, y en desarraigar innumerables pecados que se les habían entrado en sus casamientos y desposorios, y en reparar y adornar los templos, en amonestar á los sacerdotes y animarlos para que viviesen como su oficio pedía. Y finalmente, en oir confesiones y predicar, y en hacer todas las

obras de piedad, para la buena edificación de aquellos pueblos. Mas trabajó mucho Satanás por estorbarles este tan próspero suceso. Porque el año siguiente de mil quinientos cincuenta y tres algunos religiosos y sacerdotes (á los cuales por ventura era amarga la verdad y desabrida la corrección) escribieron á Roma muchas cosas falsas y feas, y allá las sembraron, y pusieron en los oídos de los príncipes y cardenales grandes maldades é injustas acusaciones contra ellos. De las cuales deseando Ignacio apurar la verdad, envió á Sebastián Romero á Córcega; el cual tornó en breve tiempo á Roma, y trujo muchos y muy graves testimonios públicos del gobernador de la isla y de los otros magistrados y ciudades, que daban fe de la bondad, inocencia y religión con que siempre habían vivido entre ellos los padres de la Compañía, y escribieron todos los sobredichos, así al sumo Pontífice como á otras personas ilustres, tales alabanzas y encarecimientos de su ejemplo y virtud, que ellos, por su modestia, no los podían oir sin mucha vergüenza y confusión.

CAPITULO IX

Cómo se hizo inquisición contra los ejercicios espirituales, y se fundaron algunos colegios, y se repartieron en España las provincias

En España, el mismo año de cincuenta y tres, no faltaban á la Compañía sus probaciones, con las cuales cada día más se acrecentaba y florecía, como crece con las lluvias y vientos el árbol bien plantado. Era admirable el fruto que en todas suertes de gentes se hacía en España con el uso de los ejercicios espirituales, aunque no faltaron algunas personas bien intencionadas, pero mal avisadas, que, sin querer entender nuestras cosas, ni informarse de la verdad, se dejaron decir, y aun escribir, muchas censuras y pareceres contra el libro de los *Ejercicios*, calificando y notando sus proposiciones, hasta ponerlos en manos de la santa Inquisición. Mas en fin, la verdad con su luz vino á deshacer todas las tinieblas, y con su sinceridad y llaneza pudo más que las compuestas y

aparentes razones; y así con su fuerza, como con la autoridad de la Sede Apostólica, se defendió, y fácilmente quebrantó y derribó aquel ímpetu con que los hombres la querían oprimir; y con esta victoria se adelantó mucho en toda Castilla y Portugal la Compañía. Porque el infante don Enrique de Portugal, hijo del rey don Manuel y cardenal de la santa Iglesia romana, á imitación de su hermano, el esclarecido rey don Juan, quiso mostrar su ánimo santo y religioso en acrecentar la noble ciudad de Ebora (de donde era arzobispo, haciendo en ella un colegio y universidad de la Compañía. Edificó y dotó, como gran príncipe, este colegio de Ebora, donde ahora se leen con gran concurso y frecuencia de oyentes todas las ciencias y facultades, y son más de ciento veinte las personas que allí están de la Compañía ordinariamente.

Y al colegio de Coímbra se añadió también la casa de probación, donde se crían y enseñan los novicios conforme á las reglas de la Compañía. Y en Lisboa también se hizo de nuevo casa de profesos, y el colegio que allí estaba se acrecentó mucho en el número de la gente y de las lecciones. Y allende de estos, este mismo año de mil y quinientos y ciucuenta y tres tuvo principio el colegio de Ávila, y también el de Córdoba, que fué el primero en el Andalucía; el cual tuvo ocasión de la entrada en la Compañía del padre Antonio de Córdoba, hijo de don Lorenzo de Figueroa y de doña Catalina Hernández de Córdoba, condes de Feria y marqueses de Pliego. Porque este padre, luego que entró en la Compañía, procuró de dar noticia de ella á los que no la conocían, y llevarla á Córdoba con los brazos y poder de los de su casa, que en aquella ciudad son tan grandes señores y tan poderosos. Para tratar de esta ida con la ciudad, fué á Córdoba el padre Francisco de Villanueva con un compañero. Estaba en ella á la sazón don Juan de Córdoba, deán de aquella iglesia, hombre poderoso y rico, y de mucha autoridad y valor; el cual, sin haber visto hombres de la Compañía, tenía de ellos siniestra información. Como supo este caballero que dos de ella habían venido á Córdoba, mandólos buscar y convidar á comer, y esto (como él lo decía después) con intención de inquirir y saber nuestras cosas, por ver si eran conformes á su opinión. Venidos, les ruega y les hace fuerza que quieran posar en su casa, y ellos le obedecieron. Mirábalos curiosamente, y estando con ellos, sacábalos á plaza en muchas materias, y

cuando estaban solos acechábalos secretamente, de día y de noche, por ver qué hablaban y hacían, en qué se ocupaban y cómo vivían. Oyó y vió tales cosas en ellos, que donde pensó coger, quedó cogido, y entendió que Dios le había tomado en la red que tendía á los otros. Movióse con las pláticas y ejemplo de aquellos dos, padre y hermano, de suerte que todo el odio y aborrecimiento que le parecía antes tenerles, se le trocó Dios en verdadero amor y gran reverencia. Dentro de pocos días hizo donación á los nuestros de las casas de su morada, que eran muy grandes y suntuosas, y con ellas les dió ornamentos preciosos y piezas de oro y de plata, que él tenía en gran número, para el servicio de la iglesia, señalándoles la renta que pudo para la fundación del colegio. Y esto con tanta afición y voluntad, que decía que ni podía comer, ni dormir, ni velar, ni hacer otra cosa, sino pensar en el colegio; y así vino á hacer esto en tan breve tiempo, que fué grande espanto el que en todos causó la súbita mudanza, así de su vida como de su voluntad y opinión para con nosotros. Porque ni él había primero encubierto la poca voluntad que nos tenía, ni lo que después hizo podía ser secreto, por la grandeza y autoridad de su persona, que en España era tan conocida. Para todas estas cosas, y para el aumento de la Compañía en España, no hizo poco al caso la venida á ella del padre maestro Jerónimo Nadal, al cual este mismo año envió Ignacio por comisario general de estos reinos, para que promulgase y declarase á los nuestros las constituciones que él había escrito, y para que visitase los colegios, y mirase el orden y observancia religiosa que había en ellos, y los distribuyese en diversas provincias, para que mejor se pudiesen gobernar. Lo cual hizo así; y dejó hechos provinciales al padre doctor Araoz, de Castilla; al padre doctor Miguel de Torres, de Andalucía; al padre maestro Francisco de Estrada, de Aragón, y al padre Diego Mirón, de Portugal; que éste era el orden que le había dado Ignacio, y que dejase por superior de todos cuatro provinciales (como le dejó, con nombre de comisario general en España) al padre Francisco de Borja, cuya autoridad fué siempre acerca de todos muy grande.

CAPITULO X

Cómo se fundaron otros colegios de la Compañía

Repartidas las provincias, y ordenados los colegios, y publicadas las constituciones, como habemos dicho, se extendió maravillosamente la Compañía por todas partes. Primeramente, muchos principales ciudadanos de Sevilla, movidos del ejemplo de sus vecinos los de Córdoba, procuraron que se diese principio en su ciudad á un colegio de la Compañía. Y así fueron los nuestros á Sevilla, el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, y entre ellos el mismo padre Francisco de Borja, que con su presencia, conversación y sermones consoló mucho aquella ciudad. Fundóse también el de Granada, para el cual ayudó mucho el celo santo y devoción del arzobispo don Pedro Guerrero. El cual, habiendo tratado en el concilio de Trento, y conocido familiarmente á los padres maestro Laínez y maestro Salmerón, que allí estaban por teólogos del Papa, y habiéndose satisfecho en gran manera de su vida y doctrina, y del instituto de la Compañía, favoreció entonces y después siempre cuanto pudo aquel colegio. También volvió del concilio de Trento muy aficionado á la Compañía, por la comunicación de los mismos padres, don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia; el cual edificó en ella un colegio á la Compañía, y le dotó de renta perpetua. Al mismo tiempo se dió principio al colegio de Cuenca; la ocasión fué el haberse enviado á aquella ciudad, que es fresca y de sanos aires, algunos hermanos de la Compañía, que en el colegio de Alcalá, en los tiempos de vacaciones y calores, no se hallaban con buena disposición. Comenzó este colegio el canónigo Pedro del Pozo, mas después le acabó y le dotó Pedro de Marquina, canónigo también de la misma ciudad de Cuenca, que fué, estando en Roma, y mientras que vivió devotísimo del padre Ignacio, y después lo fué de toda la Compañía. Y por la mucha gente que entraba en ella en

España, para que se criasen los novicios conforme á nuestro instituto, se hizo en Simancas casa de probación, cuyo primer rector fué el padre Bartolomé de Bustamante. Esta fué la primera casa de novicios que se hizo en Castilla, por orden del padre Francisco de Borja; mas después se mudó á Medina del Campo, y se han hecho otras muchas en estas provincias de España. También en Italia iba adelante la Compañía, y se hacían nuevos colegios en ella. El de Génova asentó el padre Laínez, favoreciéndole con mucha devoción los naturales de aquella señoría. Mas entre todos se ha señalado la liberalidad y amor de Paulo Doria con la Compañía, y en particular con aquel colegio. Á la devotísima y sagrada casa de nuestra Señora de Loreto, donde por la memoria y reverencia de haberse vestido en ella de nuestra mortal carne (como piadosamente se cree) el eterno Hijo de Dios, vienen en romería de toda la cristiandad, con maravillosa devoción, infinita muchedumbre de gentes, envió en este tiempo algunos de los nuestros el padre Ignacio, á instancia del cardenal de Carpi, Rodolfo Pío, protector de aquella santísima casa, para que con sus trabajos y ejemplo se conservase y acrecentase la devoción de aquel santo lugar, y la de los peregrinos que á él venían. Y viendo después que sucedía el fruto que se había esperado, y que cada día iba de bien en mejor, acrecentó el Cardenal el número de los nuestros, y hase fundado en Loreto un principal colegio, que está confirmado con autoridad de la Sede Apostólica, en cuyo estado y protección está aquella santa casa de Loreto. También crecía la Compañía en este tiempo en el reino de Sicilia; porque en Zaragoza comenzó un colegio Suero de Vega, hijo del virrey Juan de Vega, que era gobernador de aquella ciudad. Y Monreal les compró casa, é hizo iglesia el cardenal Farnesio, arzobispo que entonces era de Monreal, y les dió con qué se pudiesen sustentar los que en aquel colegio morasen de la Compañía. Desde entonces quedó Sicilia provincia por sí, é hizo Ignacio provincial de ella al padre Jerónimo Domenech.

CAPÍTULO XI

Del decreto que en París hizo contra la Compañía el colegio de Sorbona

Mientras que pasaba esto que habemos contado en España y en Italia, el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, comenzaba la Compañía á tener casas conocidas en Francia. Porque aunque desde el principio siempre hubo algunos de los nuestros que estudiaban en la universidad de París, mas no estaban en casa aparte, como en casa de religión, ni en colegio propio, hasta que don Guillermo de Prado, obispo de Claramonte, que en Trento había tenido grande amistad con los padres Laínez, Salmerón y Claudio Yayo, y de ellos noticia y satisfacción de nuestro instituto, determinó de edificarnos dos colegios; el uno en su diócesis, en la ciudad de Billon, y el otro en París, y así lo hizo. Para regir estos colegios, y para mirar por las cosas de la Compañía, envió á Francia Ignacio por provincial al padre Pascasio Broet, francés de nación, y uno de sus primeros compañeros. Pidieron los nuestros para esto, al rey Enrique de Francia, que fuese su majestad servido y tuviese por bien de recibir en su reino la Compañía, y de darle privilegio para que los de ella gozasen de la naturaleza como si hubieran nacido en Francia. Remitió el Rey este negocio al Parlamento de París. El Parlamento, por ser cosa que tocaba á la religión, mandó á la facultad de teología de París que examinase nuestro instituto, y viese con diligencia las bulas y letras apostólicas que teníamos, y que de todo hiciese relación al Consejo, y diese su parecer. Había en este tiempo entre los doctores teólogos, uno que era el principal y el de más autoridad, el cual estaba sentido de los nuestros porque contra su voluntad habían recibido en la Compañía un su sobrino. Juntábanse con él algunos otros doctores de diversas religiones, que cada uno por sus respetos, no favorecían mucho nuestra causa, y no faltaban otros que no se les daba nada de todo ello, ni de cualquier suceso que esta causa tuviese. Muchos había tam-

bién que seguían la opinión del vulgo, y los rumores que andaban sembrados por el pueblo contra nosotros públicamente, sin examinar la verdad, y nos eran contrarios, y peleaban agriamente contra nuestra religión, pensando que en ello hacían servicio á nuestro Señor y que defendían la misma religión. Júntanse pues estos jueces á tratar de nuestra causa, y habido su acuerdo, hacen aquel decreto que después publicaron. En el cual declara la facultad de teología de París lo que siente de nuestro instituto y Compañía. El cual decreto fué, ni más ni menos, como el que la misma facultad hizo contra la religión de Santo Domingo cuando estaba en sus principios; y á la verdad, es tan riguroso, severo y ofensivo, que quien le leyere y cotejare bien lo que en él se dice con lo que en verdad pasa, verá claramente que se hizo sin tener noticia de la verdad y sin tener información de las cosas como ellas son. Con este decreto, los nuestros en París padecieron grande tormenta de turbaciones y tribulaciones que se les levantaron. Porque luego que se hizo, como la cosa era fresca y los tenían presentes, todos daban en ellos: los estudiantes en sus generales, los frailes en los púlpitos, el pueblo en sus corrillos, el Parlamento en su consejo, y finalmente el Obispo en su iglesia, que parecía que todo el mundo se había levantado contra ellos. Llegada pues á Roma la nueva del decreto, los padres más antiguos y mas señalados de la Compañía eran de parecer que se respondiese á él, porque los que no estaban bien informados de la verdad, movidos con la autoridad de tan insigne facultad, no concibiesen opiniones siniestras en grave perjuicio de ella y de la Compañía. Y decían que no había por qué pensar que á la facultad de París le pesase que nosotros defendiésemos nuestra justicia, haciéndolo con la modestia que se debía; antes que era de creer del buen celo de aquellos doctores, que siendo teólogos (cuya modestia ha de ser tan grande, y tan aventajado el amor que han de tener á la verdad), que en sabiendo la cosa como es, y teniéndola entendida, ellos mismos de suyo desharían su decreto y le anularían, pues le habían hecho (como es de creer), no por mala voluntad, sino por falta de información y de conocimiento de la misma verdad.

De este parecer eran aquellos nuestros padres; mas Ignacio, con un ánimo sosegado y con rostro (como solía) alegre y sereno, les dice: «Quiéroos acordar, hermanos, ahora yo

lo que el Señor á sus discípulos cuando de ellos se partía, diciendo: Mi paz os doy y mi paz os dejo yo á vosotros. No se ha de escribir nada, ni hacer de donde pueda nacer alguna amaritud y rencor. Y no os turbe la autoridad de la facultad de teología de París, porque aunque es grande, no podrá prevalecer contra la verdad, la cual bien puede ser que sea apretada y combatida, pero nunca jamás oprimida ni ahogada. Si fuere menester (que espero en Dios que no será), otro menos peligroso remedio pondremos á esta herida, con otra más suave medicina la curaremos.» Con esto, escribió Ignacio á todas las provincias y colegios de la Compañía, que estaban en diferentes partes del mundo repartidos, y ordénales que de todos los príncipes, prelados, magistrados, señorías, universidades y ciudades donde se hallaban, pidan público testimonio de su vida, doctrina y costumbres, y que le envíen los testimonios, cerrados y sellados con autoridad pública, á Roma. Y esto ordenó Ignacio para contraponer, si fuese menester, al decreto de París y al juicio y parecer de unos pocos hombres mal informados, el juicio y aprobación de todo lo restante del mundo. Hízose así como Ignacio lo ordenó. Y de todas casi las ciudades, provincias y reinos donde estaba entonces la Compañía, le vinieron letras y testimonios auténticos de los magistrados y superiores de ellos (los cuales yo he visto), en que todos dan firme, grave y esclarecido testimonio de la virtud y verdad de la Compañía. Mas, con todo esto, no quiso usar de los testimonios Ignacio, porque ya el decreto se iba cayendo de manera, que dentro de pocos días apenas había quien se acordase de él, ni le tomase en la boca. Que este suele ser el fin de la falsedad, la cual, sin que la derribe nadie, ella misma se cae y se deshace. Y en España los señores inquisidores tuvieron el decreto por tan contrario á la autoridad de la santa Sede Apostólica, que había confirmado y aprobado la Compañía, que le vedaron y prohibieron que no se leyese ni tuviese, como cosa sospechosa y mal sonante. Y lo que del decreto se siguió fué, que donde antes de él no tenía la Compañía ningún colegio en Francia, luego dentro de un año de cómo él se hizo, tuvo los dos que he dicho, y se sacó la licencia del Rey.

CAPÍTULO XII

Cómo el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa fueron martirizados en el Brasil

En el mismo tiempo que en Francia se hacían decretos contra la Compañía, derramaba ella por Cristo sangre en el Brasil. Porque el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa, portugueses de nación, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos ibirrajaros, fueron asaeteados de los caribes, gente bárbara y feroz, y degollados estando de rodillas en oración. Era Pedro Correa hombre noble y valiente, el cual, antes que entrase en la Compañía, con celo de la fe y en defensa de los cristianos, hizo grande estrago en aquellos infieles, y después fué el primero que en el Brasil entró en la Compañía, y para alcanzar perdón de sus pecados y recompensar cuanto pudiese con buenas obras el daño que había hecho en aquellos pueblos, se ocupaba días y noches trabajando en traerlos al conocimiento de Jesucristo y al camino de su salvación. Vivió cinco años en la Compañía en estos ejercicios, con grande humildad, obediencia y deseo de la perfección. Y el atraer á los gentiles á la fe, y el conservarlos en espíritu y devoción, no era con fervores indiscretos, sino con mucha cordura y madura y prudente consideración, moviéndolos á bien vivir con el ejemplo y ayudándose de la lengua del Brasil, que sabía muy bien, y del uso y experiencia que tenía de las costumbres y ritos de los naturales de aquella tierra. Con lo cual fué mucho el fruto que en este tiempo hizo, hasta que el año de 1554 murió, como dicho es. El otro, que es Juan de Sosa, también fué de los primeros que en el Brasil entraron en la Compañía, hombre sencillo y de muy sanas entrañas, que se esmeraba en las virtudes de la penitencia, humildad y caridad. Sacóle Dios de entre los tizones y cocina, donde servía á los hermanos, para tan glorioso fin y remate de vida como hizo. Y extendióse la Compañía tanto en aquella provincia del Brasil, que tenemos

casas en los lugares del Salvador, de San Vicente, de Paratininga, del Espíritu-Santo, de Illeos, de Puerto Seguro, de Pernambuco y en otros algunos. Para la fundación de los cuales, y para el gobierno de todos los nuestros que andan por aquellas partes, hizo Ignacio provincial al padre Manue de Nobrega.

CAPITULO XIII

Cómo el padre Juan Núñez, electo patriarca, fué á Etiopía

Al tiempo que se hacían estas cosas en el Brasil, el padre Juan Núñez fué electo patriarca de Etiopía. Y para mejor entender la razón que hubo de esta elección, es de saber que los pueblos de Etiopía son de los más antiguos cristianos que hay en la Iglesia. Porque, parte por el apóstol San Mateo, parte por aquel eunuco de Candaces, reina de Etiopía, al cual bautizó san Felipe diácono (como se cuenta en los *Actos de los apóstoles)*, los etíopes en aquel tiempo fueron bautizados y recibieron la fe. Mas, ó los de aquel tiempo se quedaron en la ley de Moisés, ó si ellos la dejaron, sus descendientes la tornaron á tomar, y quisieron mezclar la puridad del Evangelio con las ceremonias del judaísmo, y la ley de gracia con la observancia de la ley vieja. Porque el día de hoy se bautizan y se circuncidan juntamente, y de tal manera confunden con el judaísmo la religión cristiana, que queriendo ser cristianos y judíos, en la verdad no son bien lo uno ni lo otro. El patriarca alejandrino es la cabeza á quien acuden los etíopes y van á pedir la regla de su fe, la cual no puede dejar de ser llena de muchos errores, saliendo de mano de hombre que tiene tantos, y está tan depravado con los de los griegos modernos, apartados de su verdadera cabeza y de la obediencia de la Sede Apostólica. Con la cual, por la distancia de las tierras y mares que hay en medio, y por las bárbaras naciones enemigas de nuestra santa fe que están entre ellos y nosotros, había muchos años que los etíopes no tenían comercio ninguno ni comunicación, hasta que la navegación de los

portugueses por la India Oriental vino á descubrir aquella parte de Etiopía que es sujeta á aquel gran rey que comunmente llaman el Preste Juan. Á la cual aportaron los portugueses, y visitaron al Rey, y ganáronle la voluntad con su trato y presentes y servicios señalados que le hicieron en paz y en guerra, de manera que abrieron puerta para que los suyos pudiesen libremente entrar en Etiopía y tener en ella todo género de comercio y contratación. De aquí vino el Rey de Etiopía, que se decía David, á procurar la amistad del Rey de Portugal, y por su medio, y de los portugueses que le habían enseñado é instruído, vino á escribir á Clemente VII, sumo pontífice, que él reconocía y confesaba al Obispo de Roma por pastor universal de toda la Iglesia, y que como á tal, le pedía y suplicaba que pues era maestro de todos, le enviase á Etiopía padres y maestros que les enseñasen lo que de la santa fe y religión cristiana eran obligados á saber. También escribió y rogó al Rey de Portugal que para con el Pontífice en cosa tan justa y santa le favoreciese. Hizo el Rey su oficio con gran calor y diligencia; mas perturbáronse los tiempos de manera, que se impidió la ejecución de este negocio hasta el pontificado del papa Julio III. El cual, informado de todo lo que había pasado, y juzgando que era de grande importancia, á intercesión del rey don Juan el Tercero de Portugal, se determinó de hacer patriarca de Etiopía al padre Juan Núñez, portugués (el cual dijimos que anduvo en el reino de Marruecos rescatando los cristianos cautivos), y así lo hizo, dándole grandísima potestad; y juntamente hizo obispos, para que le acompañasen y le sucediesen en el patriarcado, á los padres Andrés de Oviedo, castellano, y Melchor Carnero, portugués. Aceptó la Compañía estas dignidades, cuyas rentas y honras habían de ser grandísimos trabajos y manifiestos peligros de la vida. De lo cual el sumo Pontífice se edificó y complació mucho, diciendo públicamente en consistorio, que en fin bien se veía lo que los de la Compañía pretendían en este mundo, pues por una parte desechaban los capelos y obispados de tanta honra y provecho, y por otra admitían aquellos que, fuera de grandes fatigas y continua cruz, no tenían cosa con que pudiesen llevar tras sí los ojos y corazones de los hombres. Dió Ignacio al Patriarca y á los obispos otros nueve compañeros de los nuestros, y de diversas naciones, porque había entre ellos italianos y flamencos,

portugueses y castellanos; á los cuales todos el rey de Portugal don Juan recibió con grandísima benignidad, y dióles al tiempo de su partida (allende de otros ricos y reales dones) los ornamentos y todas las demás cosas que para sus oficios y ministerios pontificales eran menester. Enviólos con una gruesa armada á la India, mandando á sus gobernadores que, llegados á ella, diesen al Patriarca y á sus compañeros otra flota, y el acompañamiento necesario hasta la Etiopía, donde llegaron y fueron recibidos del rey Claudio, que había sucedido en el reino al rey David, que en esta sazón ya era muerto.

CAPÍTULO XIV

Cómo en una revuelta que se levantó en Zaragoza contra los nuestros, ellos se salieron de la ciudad, y cómo los volvieron á ella

En este tiempo se levantó contra los nuestros una brava tempestad en Zaragoza, la cual quiero yo aquí contar más por extenso de lo que suelo, porque me parece que ha sido la más descubierta persecución que hasta hoy la Compañía ha padecido, y la de más alegre fin y buen suceso. Y tanto fué más notable, cuanto la ciudad de Zaragoza, en que sucedió, es más ilustre, por ser cabeza de los reinos de Aragón, y cuanto la Compañía ya era en el mundo más conocida, y los que la levantaron tenían más obligación de aplacarla, por ser personas eclesiásticas y religiosas. Tenían en la ciudad de Zaragoza los de la Compañía unas casas para su morada y para fundación de un colegio, que los devotos y amigos de ella les habían comprado, ayudando también la ciudad. Acudían muchos de ella á nuestra casa, y aprovechábanse de la comunicación y trato de los nuestros para el bien espiritual de sus almas. Comenzó esto á ser pesado á los padres de San Agustín (que eran entonces claustrales, y ahora son observantes), aunque su casa estaba apartada de la nuestra. Y el vicario de la Magdalena también se alteró y congojó mucho de nuestra vecindad. Era éste sobrino del vicario general del

Arzobispo, el cual era monje bernardo. Y el mismo Arzobispo, que también era religioso de la orden de San Bernardo, en linaje clarísimo y en autoridad y riquezas poderoso, era tenido en opinión de sernos poco favorable.

Pues como á aquellos padres agustinos les pesase tanto de nuestra entrada y asiento en Zaragoza, y el Vicario, por respeto de su sobrino, no estuviese bien con nosotros, juntaron entre sí y con ellos algunos religiosos de otras órdenes, y de común acuerdo se determinan de hacer contradicción á la Compañía. Buscábase alguna causa honesta que tomar por achaque de esta contradicción. Pareció que la mejor de todas sería la de una capilla que los nuestros querían instituir y comenzar á usar en una sala de su casa, hasta que Dios les diese iglesia. Porque decían que estaba dentro de las canas (que es cierta medida) concedidas á las órdenes mendicantes para que dentro de aquel espacio no se pueda hacer allí otra iglesia ó monasterio, porque los unos religiosos no estorben á los otros, y que así era contra los privilegios de los agustinos, dados de los sumos pontífices. Procuróse de averiguar esto bien, y hallóse que no impedían sus privilegios, porque los nuestros, que nos dió después la Sede Apostólica, derogan á los suyos, y porque en hecho de verdad no estaban en la distancia de las canas, sino que sin hacerles agravio podíamos abrir y tener nuestra capilla. Viendo pues que no podían por justicia estorbarnos, pretendieron hacerlo por fuerza. Y así, un día de fiesta por la mañana, habiendo primero dado parte de ello al Arzobispo, y mostrádole nuestras bulas y privilegios, estando bien aderezada la capilla para decir misa, y por ser la primera, habiéndose convidado á ella y venido el Virrey y la gente más principal y más granada de la ciudad, al tiempo que querían salir á decir misa, se hizo á los nuestros una inhibición de parte de un fraile claustral, que los frailes agustinos habían elegido por conservador, en la cual se mandaba que no se dijese misa en la capilla, por ser contra el privilegio de las canas de los agustinos. Y como después de haber tomado consejo y acuerdo con hombres temerosos de Dios, letrados y prudentes, no se hiciese caso de la tal inhibición, por ser ninguna y por otros respetos, el Vicario hizo fijar un mandato á nuestras puertas, en que mandaba á todos los rectores y vicarios de aquella ciudad que mandasen á sus feligreses, so pena de excomunión, que

no oyesen misa ni los divinos oficios en nuestra capilla. Quiero cortar razones y abreviar. Llegó la cosa á tanto, que descomulgaron públicamente á los nuestros, y les cantaron el salmo de la maldición, y les mataron las candelas, y les dijeron otras execraciones y maldiciones espantosas, que se suelen echar á los enemigos de Dios y de su Iglesia. De manera que la gente los tenía por hombres impíos, malditos y descomulgados, y como de tales, huían de encontrarlos, ni saludarlos, ni trabar plática con ellos, porque también descomulgaron á los que los visitasen ó conversasen ó hablasen, y aun echaron de las iglesias públicamente, con afrenta y por fuerza, á personas muy ilustres y de título, porque no habían obedecido al mandamiento del Vicario, como á descomulgados y apartados de la comunicación de los fieles. Y en las mismas iglesias los predicadores decían mil males de ellos, y el Arzobispo los condenó por su sentencia, y los conventos de las órdenes y los cabildos de los clérigos los publicaron por descomulgados, con todas las ceremonias que en estas censuras se suelen hacer más agravadas, y con toda la solemnidad que contra los rebeldes y pertinaces suele la Iglesia usar por último remedio. Púsose también entredicho en la ciudad, y mandóse que durase mientras los nuestros estuviesen en ella. Por donde asombrado el pueblo, huía de nosotros como de una pestilencia, y deseaba vernos fuera de su ciudad, porque ella no fuese inficionada de gente tan maldita y abominable. Mayormente andando por otra parte nuestros contrarios, como andaban, echando aceite al fuego y soplando las llamas del odio que ya ardían, haciendo creer á los ignorantes y simples que estaban ellos también descomulgados si nos hablaban, y poniéndoles grandes miedos con los castigos de Dios que verían sobre ellos. Y para que no faltase cosa de cuantas se podían hacer é imaginar para hacernos odiosos y aborrecibles al mundo, determinaron de encartarnos y de poner cedulones de las excomuniones por las calles y cantones y puertas de las iglesias. Y pintaron en ellas á los nuestros con sus sotanas y manteos y bonetes, tan al propio, que todos los conocían. Y para quitar toda la duda y ocasión de error, escriben allí sus nombres, el de cada uno sobre su figura. Junto á ellos pintan demonios de espantosas y horribles figuras, que los arrebataban y echaban en las llamas de fuego, y escríbenles nombres infames y afrentosos, y otras

muchas cosas que no se hacen sino con los que obstinadamente menosprecian la corrección y autoridad de la Iglesia. Y pasó aún más adelante la desvergüenza y ciega temeridad, que pintaron de esta misma manera á don Pedro Agustín, obispo de Huesca, varón ilustre y de grande autoridad en aquella ciudad, porque era conservador de los de la Compañía. Los nuestros estábanse en su casa, mas no por esto estaban seguros. Porque los muchachos venían en cuadrillas á nuestra casa, y apedreaban las puertas, los tejados y las ventanas, y hundían á gritos las calles; y si por alguna necesidad que á ello forzase salía alguno de casa, le silbaban los muchachos y le corrían por las calles, é iban gritando tras él como tras un aborrecible monstruo. Mas aunque el vulgo así los trataba, los hombres prudentes y que miran las cosas como son, tenían éstas por muy pesadas é indignas de hombres cristianos, porque no había dado la Compañía causa para ser así perseguida. Pero aunque les parecía mal lo que se hacía, con todo eso, no osaban ir contra la autoridad y potencia del Arzobispo, ni oponerse al desatino y furor del pueblo, ni amonestar á los religiosos de lo que debían á su profesión, ni reprehender á los sacerdotes del alboroto tan extraño que habían levantado en el pueblo. El cual era el que atizaba y soplaba con sus voces el fuego y le hacía crecer de manera, que no bastaba el agua que echaban los cuerdos, ni los otros remedios que se tomaban para poderle apagar. Estaban los caballeros de nuestra parte, los ciudadanos honrados lloraban lo que veían, favorecían la verdad y razón, mas no podían, como deseaban, defenderla. Aunque, como un día que estaban muchos caballeros jugando y viendo jugar á la pelota, se sonase que había venido á nuestra casa un golpe de gente perdida y armada para matar á los nuestros, en llegando esta voz á los que jugaban, luego al momento dejaron el juego, y medio desnudos como estaban, vinieron corriendo, con sus espadas en las manos, á nuestra casa por defenderla y ampararla, y resistir y refrenar con su presencia, y con las armas si fuese menester, el ímpetu y furor de la gente popular. Viendo pues los nuestros puesta en armas la ciudad contra sí, y que corría peligro de crecer cada día más el alboroto, y que el Arzobispo disimulaba con el fuego que metía el Vicario y aumentaban los religiosos, y con lo que el vulgo por su parte furiosamente atizaba, y que de tanta y tan

grande confusión y turbación de ánimos no podía suceder sino algún gran mal, quisieron excusarle. Especialmente considerando que no había bastado para amansar ni sosegar tan grande tempestad, ni la autoridad apostólica del legado del Papa, ni la real, que también interpuso la serenísima princesa doña Juana, hija del emperador Carlos V, gobernadora que entonces era de las Españas, ni otro buen medio que se hubiese tomado. Y así se determinaron de hacer lo que en semejante aprieto se lee haber hecho en Constantinopla san Gregorio Nacianceno, y salirse de aquella ciudad, que aunque sin culpa ninguna suya, por su causa veían alborotada. Vienen pues con este acuerdo al Ayuntamiento; habló allí uno de los nuestros en su nombre y de sus compañeros, y díceles cómo ellos habían venido á la ciudad de Zaragoza, á ruego de algunos de los principales de ella y por orden de sus superiores, y que todos los años que habían vivido en ella habían procurado con todas sus fuerzas de guardar, con la divina gracia, el instituto de su religión, y conforme á él, emplearse de día y de noche en servir y ayudar espiritualmente á todos cuantos se habían querido aprovechar de su pobre trabajo, sin dar jamás ocasión á nadie de poderse quejar justamente de ellos, ni escandalizarse. Que les pesaba de no haber trabajado con tanta diligencia y suficiencia como eran obligados. Aunque á lo menos, la fidelidad que á su ministerio debían, y la voluntad y deseo de servir á todos, nunca les había faltado. Mas que por no ser todos los hombres de un gusto, ni todos tener en las cosas un mismo parecer, no había sido este su deseo aprobado de muchos, que habían levantado aquella polvareda, y con ella cegado á tantos. Y que pues la cosa había llegado al estado que veían, que nunca Dios quisiese que por ellos se desasosegase y alborotase aquella ciudad, á la cual ellos habían venido á servir con todas sus fuerzas. Porque no es, dice, Dios, Dios de disensión y de discordia, sino de paz. Así que, si por nosotros, se ha levantado esta tormenta, veisnos aquí, señores; tomadnos y echadnos en la mar; que nosotros, cuanto es de nuestra parte, con todos queremos tener paz; la paz buscamos y tras la paz andamos, y esperamos en Dios que donde quiera del mundo que vamos la hallaremos, y que no nos faltará ocasión ni lugar para emplear en servicio de las almas este pequeño talento que su divina Majestad nos ha encomendado. He aquí

las llaves de nuestras casas. La razón por que nos despedimos de vuestra ciudad es, porque alguna raíz de amargura no brote de manera, que ahogue la caridad, y con ella se pierdan las almas que Cristo nuestro Señor compró con su sangre. Poco se pierde en perder un asiento y una ciudad, mas mucho en perder la caridad. Y por no aventurarla y poner en peligro cosa que tanto importa, contra toda nuestra voluntad, nos desterramos de esta tierra. Mas, si no vivimos engañados, no nos desterráis, señores, de vuestra memoria ni del amor tan entrañable y tan cristiano y tan liberal como siempre nos habéis mostrado, y como tal le conocemos y nos acordaremos de él. No tenemos con qué pagar este amor, ni los beneficios tan crecidos que nacieron de él; mas si tomáis en pago las oraciones y sacrificios de estos pecadores, os ofrecemos que ni seremos desconocidos ni malos pagadores. Porque do quiera que estuviéremos, siempre suplicaremos al Padre de los pobres que el bien que á nosotros, sus pobres, habéis hecho por su amor, él le galardone con vida perdurable y sin fin. Una cosa sola os suplicamos, como á personas públicas, y que representáis, no solamente esta nobilísima ciudad, mas todo el reino, del cual ella es cabeza, que nos perdonéis las muchas faltas que en vuestro servicio y de vuestras almas hemos hecho, y que tengáis por buena esta nuestra resolución, y penséis que aunque mudamos el lugar, no mudamos la voluntad; antes vamos aparejados para tornar de nuevo á trabajar y á serviros cuando hubieren pasado estos nublados, como esperamos que pasarán muy en breve, por la misericordia del Señor, que tras la tempestad siempre suele enviar bonanza. Á esto respondió la ciudad, con breves palabras, que el alboroto del pueblo les había dado tanto pesar, cuanto la voluntad de los nuestros les daba contento. Y que claro estaba de dónde nacía el tumulto, y quién daba al pueblo las piedras y escondía la mano. Que la Compañía hacía como quien era y conforme á su nombre, en dar tanto ejemplo de humildad y de concordia, para no ser de menos admiración á la ciudad con su salida, que le había sido de provecho con su estada. Que ellos tenían memoria de este nuevo beneficio, y darían dentro de pocos días á entender lo mucho que á los padres de la Compañía estimaban. Saliéndose, pues, de su ayuntamiento los nuestros, algunos de los jurados se vinieron con ellos á nuestra casa, entran en ella,

ven por vista de ojos nuestra pobreza, y prueban por la obra ser falso lo que en el pueblo se había publicado, que los nuestros vivían con mucha superfluidad y regalo, y no faltó quien, por haberlo creído ligeramente, les pidió perdón de su ligereza y engaño.

Hicierón inventario de las pocas alhajas que había en casa, y acompañan á los padres. A la despedida ofrécenles dineros para el camino; mas ellos se lo agradecieron y no los quisieron recibir. Salidos de Zaragoza, fuéronse á un pueblo llamado Pedrola, que es del duque de Villahermosa, para aprovechar allí á los moriscos y á la otra gente con su doctrina. Echado qué fué Jonás del navío en la mar, se sosegó la tempestad. Porque con verlos idos de la ciudad se aplacó mucho el furor de los contrarios, y fueron ablandando de su rigor, y por el contrario, los amigos de la Compañía cobraron mayor ánimo. Las cabezas y ministros de la persecución comenzaron á temblar, atormentándolos por una parte el miedo que tenían del castigo que les había de venir por tanto atrevimiento, y por otra el remordimiento de su propia conciencia, la cual los acusaba fuertemente (como cruel verdugo que suele ser), conociendo que habían pasado más adelante en este negocio de lo que la justicia y la verdad de la religión cristiana pedía. Y por abreviar (porque, como dice el refrán, siempre son más acertados los postreros consejos), el Arzobispo de Zaragoza, mirándolo mejor, revocó sus mandamientos, é hizo publicar por las iglesias otros edictos, declarando las gracias y facultades que la Compañía tiene de la Sede Apostólica. Envióse un mensajero á los nuestros para que luego se vengan á la ciudad, y aparéjanles un solemne recibimiento. Lo cual como supieron los nuestros, detuviéronse, y no quisieron pasar adelante, ni entrar en la ciudad, hasta enviar á suplicar humildemente á algunos señores que lo trataban, que no los reciban de aquella manera, ni les hagan tan grande pesar. Porque sin duda sería mayor el dolor y pena que recibirían de esta honra, que no había sido el gozo de la deshonra pasada, aunque éste había sido muy grande, por haber nacido del padecer por amor de Dios. Tres veces fueron y volvieron los recaudos de la una parte á la otra, y no bastaron ruegos, ni todos los medios que se tomaron, para que aquellos señores mudasen su parecer. Porque decían que las afrentas públicas hechas sin razón, con honras públicas

se habían de satisfacer. Y en fin, compelidos por la obediencia de quien les pudo mandar, vanse los nuestros hacia la ciudad, y sálenles á recibir á la puerta de ella que se llama el Portillo, todos los magistrados y oficiales reales y señores más ilustres, y la flor de la caballería que en ella había, y grandísima muchedumbre del pueblo, y el mismo vicario del Arzobispo. Y que quisieron que no, toman á cada uno de ellos en medio dos de los más principales caballeros, y en sus mulas los llevan por las calles más públicas á sus casas. Allí los estaban esperando el Virrey é Inquisidor. Y acabada la misa, que dijo don Pedro Agustín, obispo de Huesca (el cual, y micer Agustín del Castillo, varón muy grave, letrado y prudente, fueron singulares defensores de la Compañía en aquella persecución), les dieron la nueva posesión de sus casas, con increíble alegría de los buenos. Éste fué el fin que tuvo aquel trabajo y persecución de Zaragoza, y desde entonces ha ido aquel colegio tan adelante, y ha sido siempre tan amado y favorecido, que ha bien mostrado aquella ciudad que no era culpa suya el alboroto pasado, sino del vulgo ignorante. Y fué este suceso muy conforme á las esperanzas de Ignacio. El cual, cuando supo lo que pasaba en Zaragoza, se consoló extraordinariamente, y con particular alegría dió á entender que cuanto mayores fuesen las heladas y contradicciones, tanto mayores y más fuertes serían las raíces que echaría, y más copioso y sabroso el fruto que haría esta nueva planta de la Compañía en Zaragoza.

CAPITULO XV

Cómo la Compañía fué recibida en los estados de Flandes, y se acrecentó con varios colegios, que se hicieron en muchas partes

La vuelta de los nuestros á Zaragoza con tanta honra, quitó la mala sospecha que en España había causado su salida, y sacó Dios de aquella persecución lo que siempre ha sacado de las demás que por él se pasan, que es su mayor gloria, y el conocimiento y más cierta victoria de la verdad. Y así, no

solamente no recibió menoscabo ninguno el buen nombre de la Compañía por ella, antes quedó más confirmado y asentado en los corazones de todos los buenos. De aquí vino que en aquel mismo tiempo se fundaron algunos colegios. El primero fué en Murcia por el obispo de Cartagena don Esteban de Almeida. El segundo en Galicia, en Monterey, por el conde de aquel estado. Y otro en Ocaña, por el beneficiado Luís de Calatayud. Y en la Andalucía, por doña Catalina Hernández de Córdoba, marquesa de Pliego, se fundó otro en Montilla. Porque fué tanta la devoción y religión de esta señora, y el amor que tenía á la Compañía, que no perdía ocasión ninguna de favorecerla y acrecentarla, de manera que parecía que tenía tanto cuidado de las cosas de ella como de las suyas propias. En Flandes también y en Alemania crecía y se extendía la Compañía. Porque desde el año de mil quinientos cuarenta y dos, que salimos de París (como arriba se dijo), siempre residieron en Flandes algunos de la Compañía; los cuales en Lovaina tenían por rector al padre Adriano de Adriano, y en Colonia al padre Leonardo Kessel, y estudiaban allí, y se ejercitaban siempre en obras de caridad y en ganar gente para Dios y para la Compañía. Y en la ciudad de Tornay comenzó ella á ser conocida por medio de los padres Bernardo Oliverio y Quintino Charlat. Los cuales eran muy amados y venerados en aquella ciudad, en la cual deseaban mucho ver de asiento la Compañía, y otros muchos seguir su instituto, no sin gran dolor y sentimiento de los herejes, que ya entonces la ponzoña de su venenosa doctrina, derramada por muchas partes, iba cundiendo cada día más. Lo cual como Ignacio considerase y desease que el fruto fuese de dura y con el orden que convenía, determinó de enviar al padre Pedro de Rivadeneira, para que comunicase y declarase las constituciones de la Compañía á los nuestros en Flandes, y para que suplicase al Rey Católico de España, don Felipe II (que estaba en aquellos estados) que diese licencia para que la Compañía pudiese ser recibida y tener casas y colegios en ellos. Porque, según los privilegios y ordenanzas de ellos, ninguna nueva religión puede allí entrar, ni se pueden fundar nuevos monasterios y casas sin particular privilegio y licencia del Príncipe. Alcanzó Rivadeneira de su majestad (aunque con gran contradicción de muchos) la aprobación de la Compañía, y la facultad que pedía para edificar colegios en aque-

llos estados. Ayudó para esto, y para otras cosas del divino servicio y acrecentamiento de la Compañía, el singular favor que le dió don Gómez de Figueroa, entonces conde y después duque de Feria, el cual, con su valor, autoridad y prudencia, venció todas las dificultades y allanó el camino para que los nuestros entrasen y tuviesen asiento en aquella provincia. De la cual nombró Ignacio por provincial al padre Bernardo Oliverio, al cual fué nuestro Señor servido de llevarle para sí antes que pudiese servir en su oficio. Esto es lo que pasaba en la baja Alemania; mas no menos en la alta se iba también extendiendo la Compañía. Porque en este mismo tiempo, por orden del sumo Pontífice, el padre maestro Salmerón fué el primero de los nuestros que llevó á Polonia el nombre de la Compañía, y también se fué acrecentando el colegio de Ingolstad. Y el rey de romanos, don Fernando, visto el fruto que en Viena hacía el colegio de la Compañía, fundó otro insigne colegio en la ciudad de Praga, metrópoli y cabeza de su reino de Bohemia, para que fuese como un baluarte contra los husitas y wiclefistas y otras sectas de herejes que están muy arraigadas en aquel reino. Fué á dar principio á este colegio el padre Pedro Canisio, que fué nombrado de Ignacio por provincial de la alta Alemania. También se dió principio en Italia al colegio de Sena, por medio del cardenal don Francisco de Mendoza, gobernador que era de aquella ciudad y estado; á cuyo ruego envió Ignacio cuatro de los nuestros á Sena, para que la consolasen y recreasen, que estaba, con las ruinas de la guerra pasada, puesta en miserable trabajo. Y en Bivona de Sicilia, doña Isabel de Vega, hija del virrey Juan de Vega y duquesa de aquel estado, nos edificó un hermoso colegio y le dotó de ciertas raíces y posesiones. Y su hermano, Fernando de Vega, estando en el gobierno de Catania, llevó á los nuestros á aquella ciudad, y con la autoridad de su padre y la liberalidad del pueblo hizo fundar en ella otro colegio. Porque fué tanta la benevolencia de estos señores, y tanta su devoción para con nuestra religión, que parece que padre é hijos andaban á porfía sobre quién haría más por la Compañía.

CAPITULO XVI

Cómo Ignacio pasó de esta presente vida

Este era el estado de la Compañía cuando Ignacio, cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbación de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes suspiros comenzó á pedir al Señor que fuese servido sacarle de este destierro y llevarle á aquel lugar de descanso, donde con la libertad que deseaba pudiese alabarle, y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos. Porque, aunque con el esfuerzo del alma sustentaba la flaqueza del cuerpo, y llevaba con gran paciencia y constancia las molestias de esta peregrinación, conformándose en todo con la voluntad divina, pero tenía un deseo tan encendido de ver á Dios y gozar de él, que no podía (como arriba dijimos), de puro gozo, pensar sin lágrimas en su tránsito. Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que había entre Paulo IV y el rey Felipe, y no se oía otra cosa en la santa ciudad sino tambores y pífanos y ruido de arcabuces y artillería, y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto tan de cerca y por llorar más á sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos días á una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí, con los aires malsanos y con los calores recios del estío, comenzó á hallarse peor que solía, y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos (como algunos meses antes lo escribió á doña Leonor Mazcarenas, despidiéndose de ella y diciéndole que aquella sería la postrera carta que le escribiría, y que él desde el cielo la encomendaría más de veras á Dios), se volvió á la casa de Roma. Había en casa á la sazón muchos enfermos, á los cuales visitaban los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de Ignacio, por parecerles que era la ordinaria y sin peligro. Mas él, que mejor que los médicos sabía lo que nuestro Señor quería hacer de él, habiéndose comulgado dos días antes, á los treinta

de Julio, á las tres de la tarde, llamó al padre Juan de Polanco (del cual se había ayudado nueve años enteros en toda suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía), y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le quería, le dice con grandísimo sosiego: «Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida de este mundo; id á besar el pie á su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendición, y con ella, indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya más confiado y consolado en esta jornada; y decid á su Beatitud que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de rogar por mí.»

Envióle el sumo Pontífice la bendición con grandes muestras de dolor y de amor; mas no sabían los padres que á la sazón estaban en la casa de Roma, qué hacer en un caso tan dudoso. Porque por una parte la enfermedad no parecía grave, y los médicos, habiéndole visitado, mostraban no tener peligro, y el mismo padre Ignacio no hacía novedad en su manera de trato; antes aquella misma noche, con el mismo semblante y alegría que acostumbraba, trató con los nuestros un negocio que se ofrecía. Por otra parte les ponía en cuidado las palabras que el mismo padre había dicho al maestro Polanco, y el haber enviado á despedirse de su Santidad, pidiéndole su bendición; lo cual les parecía que no podía ser sin gran fundamento, y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte. En fin, después de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar á la mañana siguiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando; quieren darle un poco de sustancia, y díceles: «Ya no es tiempo de eso;» y levantadas las manos, y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón á Jesús, con un rostro sereno, dió su alma á Dios, postrero día de Julio de mil quinientos cincuenta y seis, una hora después de salido el sol. Hombre verdaderamente humilde, y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acertó á serlo. Pues que sabiendo, como supo, la hora de su muerte, ni quiso él, como pudiera, dejar nombrado vicario general, ni llamar á sí, ni juntar sus hijos los que presentes estaban, ni amonestarlos, ni exhortarlos, ni hacer otra demostración

de padre, echándoles su bendición, para enseñarles con este hecho que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y de Dios dependiesen, y pensasen que él ni se quería tener por nada, ni pensaba que había sido nada en la fundación de la Compañía. Cosa que aunque parece diferente de lo que algunos otros fundadores de religiones han hecho, no lo es del espíritu con que lo hicieron, y así no se debe tener por contraria. Porque el Señor, que á ellos les dió el espíritu de caridad para hacer las demostraciones de amor que con los suyos entonces hicieron, ese mismo quiso dar á su siervo Ignacio el de la profunda humildad que tuvo, para no hacer ninguna en aquella hora. Mas, con todo esto, sintieron bien sus hijos el favor que de su padre muerto, ó por mejor decir, verdaderamente vivo, les venía. Porque de su tránsito se siguió luego en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor, unas lágrimas de consuelo, un deseo lleno de santa esperanza, un vigor y fortaleza de espíritu, que se veía en todos. De manera que parecía que ardían con unos nuevos deseos de trabajar donde quiera, y padecer por Jesucristo. Varón por cierto valeroso, y soldado esforzado de Dios, el cual con particular providencia y merced envió su Majestad á su Iglesia, en estos tiempos tan peligrosos, para ir á la mano á la osadía de los herejes, que se rebelaban y hacían guerra á su madre. Vese ser esto así claramente, porque, si bien lo consideramos, hallaremos que Ignacio se convirtió de la vanidad del mundo á servir á Dios y á su Iglesia al mismo tiempo que el desventurado Martín Lutero públicamente se desvergonzó contra la religión católica. Y cuando Lutero quitaba la obediencia á la Iglesia romana, y hacía gente para combatirla con todas sus fuerzas, entonces levantaba Dios á este santo capitán para que allegase soldados por todo el mundo, los cuales con nuevo voto se obligasen de obedecer al sumo Pontífice, y resistiesen con obras y con palabras á la perversa y herética doctrina de sus secuaces; porque ellos deshacen la penitencia, quitan la oración é invocación de los santos, echan por el suelo los sacramentos, persiguen las imágenes, hacen burla de las reliquias, derriban los templos, mofan de las indulgencias, privan á las ánimas de purgatorio de los píos sufragios de los fieles, y como furias infernales turban el mundo; revolviendo cielo y tierra, y sepultando, cuanto es de su parte, la justicia y la paz y la religión cristia-

na. Todo lo contrario de lo cual enseñó Ignacio y predican sus hijos, exhortando á todos á la penitencia, á la oración y consideración de las cosas divinas, á confesarse á menudo y comulgarse con devoción, á reverenciar y acatar las imágenes y reliquias de los santos, y aprovecharse á sí y á los fieles difuntos con las indulgencias y perdones sacados del riquísimo tesoro de los merecimientos de la pasión de Jesucristo y de sus santos, que está depositado en su Iglesia, en manos de su vicario. Finalmente, todos los consejos, pensamientos y cuidados de Ignacio tiraban á este blanco, de conservar en la parte sana, ó restaurar en la caída, por sí y por los suyos, la sinceridad y limpieza de la fe católica, así como sus enemigos la procuran destruir. Depositóse su cuerpo en un bajo y humilde túmulo, el primer día de Agosto, á la mano derecha del altar mayor de nuestra iglesia de Roma. Murió á los sesenta y cinco años de su vida, y á los treinta y cinco de su conversión, el cual tiempo todo vivió en suma pobreza, en penitencias, peregrinaciones, estudios de letras, persecuciones, cárceles, cadenas, trabajos y fatigas grandes; lo cual todo sufrió con alegre y espantosa constancia, por amor de Jesucristo, el cual le dió victoria é hizo triunfar de todos los demonios y adversarios que le procuraban abatir. Vivió diez y seis años después de confirmada la Compañía por la Sede Apostólica, y en este espacio de tiempo la vió multiplicada y extendida casi por toda la redondez de la tierra. Dejó doce provincias asentadas, que son las de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de los reinos de Aragón, de Italia, que comprende la Lombardía y Toscana; la de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la alta, de Alemania la baja, de Francia, del Brasil, de la India Oriental, y en estas provincias había entonces hasta cien colegios ó casas de la Compañía.

CAPITULO XVII

De lo que muchas personas graves, de dentro y fuera de la Compañía, sintieron del padre Ignacio

El día que murió nuestro padre Ignacio estaba el padre maestro Laínez malo en la cama, y casi desahuciado de los

médicos, de una recia enfermedad. Entraron á visitarle luego que murió Ignacio algunos de los padres, y queriéndole encubrir su muerte por no darle pena, él la entendió, y preguntó: «¿Es muerto el Santo, es muerto?» Y como en fin le dijesen que sí, la primera cosa que hizo fué levantar las manos y los ojos al cielo y encomendarse á él, y suplicar á nuestro Señor que por las oraciones de aquella alma pura de su siervo Ignacio, que él había recogido aquel día para sí, favoreciese á la suya y la desatase de las ataduras de su frágil y miserable cuerpo, para que pudiese acompañar á su padre y gozar de la bienaventuranza que él gozaba, como de su misericordia se había de esperar. Aunque sucedió al revés, que nuestro Señor le dió la salud, para que en lugar de Ignacio después gobernase la Compañía, alcanzándosela (como se creyó) el mismo Ignacio por su intercesión; el cual mucho antes le había dicho que él le sucedería en el cargo de prepósito general. Y no es maravilla que el padre maestro Laínez, estando en aquel trance, se encomendase á Ignacio ya muerto de la manera que se le encomendó, pues aun cuando vivía tenía de él tan grande estima y concepto. Porque muchas veces, me acuerdo que hablando conmigo de lo mucho que Dios nuestro Señor había favorecido la Compañía, multiplicándola y extendiéndola por todo el mundo, y amparándola y defendiéndola con su poderosa mano de tantos encuentros y persecuciones, y dándole gracia para fructificar en su santa Iglesia, solía decir estas palabras: *Complacuit sibi Dominus in anima servi sui Ignatii;* que quieren decir: Complacido sea el Señor y agradado en el ánima de su siervo Ignacio; dándome á entender que por haberse agradado el Señor en tan gran manera de su alma, regalaba y favorecía tanto á sus hijos. Y el mismo padre, cuando fué la primera vez enviado del papa Paulo III por su teólogo al concilio de Trento, deseó y procuró mucho que nuestro padre Ignacio fuése á él, no para disputar con los herejes, ni para averiguar ni determinar las cuestiones de la fe, sino para ayudar á sustentar (como él me decía) el mismo concilio con sus oraciones para con Dios, y con su gran prudencia para con los hombres. Y el mismo padre Laínez, con tener al padre maestro Fabro en un punto muy subido, y en figura de un hombre muy espiritual y soberano maestro de regir, consolar y desmarañar almas (como verdaderamente lo era), me decía

que aunque mirado por sí le parecia tal el padre Fabro, pero que puesto y cotejado con Ignacio, le parecía un niño que no sabe hablar delante de un viejo sapientísimo. Y cierto no le hacía agravio, y el mismo Fabro lo conocía y como á tal le escribía, dándole cuenta de las cosas interiores de su alma, y preguntándole las dudas que tenía, y estando colgado de sus respuestas como un niño de los pechos de su madre, y poniendo por dechado y ejemplo de toda perfección á Ignacio en sus cartas, exhortando á los que le pedían consejo que le imitasen y siguiesen si querían en breve alcanzar la perfección. Y pues he entrado en decir lo que estos padres sentían de Ignacio, quiero añadir algunos otros de gravísimo testimonio. El padre Claudio Yayo, viviendo aún Ignacio, estando muy apretado de un gravísimo dolor de estómago, yendo camino, y hallándose sin ningún humano remedio, se volvió á nuestro Señor, suplicándole por los merecimientos de Ignacio que le librase de aquella congoja y fatiga, y luego fué libre. Otro tanto aconteció al padre Bovadilla, después de muerto Ignacio, en una calentura muy recia que le salteó, de la cual le libró Dios por las oraciones de Ignacio, á quien él se encomendó. El padre Simón Rodríguez, ya sabemos que por las oraciones de Ignacio alcanzó la vida de la manera que en el capítulo nono del libro segundo de esta historia habemos contado. Y así tuvo de él el concepto que de hombre por cuya mano recibió tanta misericordia de Dios se ha de tener. El padre Francisco de Borja, nuestro tercero general, y espejo de humildad y de toda religión, decía de Ignacio que *loquebatur tamquam potestatem habens*, y que sus palabras se pegaban al corazón, é imprimían en él lo que querían. Sería nunca acabar si quisiese andar por los demás y contar lo que cada uno de los más señalados y eminentes padres de la Compañía, vivos y muertos, que le trataron y conversaron más, sentían y predicaban de la virtud y santidad de Ignacio. Uno no puedo dejar, que es el padre Francisco Javier, varón verdaderamente apostólico, y enviado de Dios al mundo para alumbrar las tinieblas de tantos infieles ciegos, con la luz esclarecida del Evangelio, y tan conocido y estimado por las obras maravillosas y milagros que nuestro Señor obró por él. Decía, pues, aquel japonés llamado Bernardo, del cual hablamos en el capítulo séptimo del libro cuarto (como él mismo refería), que le solía decir el padre

Francisco, hablando de Ignacio: « Hermano Bernardo, el padre Ignacio es un gran santo,» y como á tal el mismo padre le reverenciaba. Y para mostrar la devoción y veneración que le tenía, muchas veces cuando le escribía cartas se las escribía de rodillas, pedíale instrucciones y avisos, desde allá de la India, de cómo se había de haber para convertir los infieles, y dícele que se los pide porque nuestro Señor no le castigue por no haberse sabido aprovechar de la luz y espíritu de su padre y maestro. Y contra todas las tempestades y peligros se armaba, como con escudo y arnés, de la memoria y nombre é intercesión de Ignacio, trayendo al cuello su firma y nombre, de mano del mismo padre, y los votos de su profesión. Y porque no sean todos los testigos domésticos y de dentro de casa (aunque éstos son los más ciertos), diré también algunos pocos de fuera, de autoridad singular.

El papa Marcelo fué devotísimo de nuestro padre, y estimaba tanto su parecer en todas las cosas, pero especialmente en las que tocaban á nuestra Compañía, que decía que montaba más en ellas sola la autoridad del padre Ignacio y lo que él sentía, que todas las razones que en contrario se podían alegar, como queda contado. El rey de Portugal, don Juan el Tercero, como fué siempre desde sus principios señaladísimo protector de la Compañía, así tuvo gran cuidado de saber sus cosas con particular devoción á nuestro padre; y así, yendo á Roma el padre Luís González de Cámara (que había sido confesor del príncipe don Juan su hijo), le mandó que estuviese muy atento á todas las cosas del padre Ignacio, y que se las escribiese muy en particular, y con ellas su parecer. Hízolo así el padre Luís González (como él me dijo), y después de haberlo bien notado y examinado todo, escribió al Rey que lo que él podía decir á su alteza acerca de lo que le había mandado, era, que el rato que atentamente estaba mirando al padre Ignacio era de grandísimo provecho para su alma, porque sólo su compostura y aspecto le encendía y abrasaba notablemente en el amor de Dios. Don Gaspar de Quiroga, que hoy día vive y es cardenal y arzobispo de Toledo é inquisidor general, tuvo muy estrecha amistad con nuestro padre Ignacio en Roma, y trató con él varios y arduos negocios, y nunca acaba de loar la religión y santidad y prudencia grande que dice que tenía, con una uniformidad y un mismo semblante en todas las cosas, prósperas y adversas, y

esto en grado tan subido, que en ningún hombre lo había visto tanto como en él. Entre otros muchos príncipes y señores, eclesiásticos y seglares, que después de la muerte de Ignacio escribieron á la Compañía, alabando al padre difunto, y consolando á los hijos vivos y animándolos, y ofreciéndoles su favor, fué uno Juan de Vega, que era entonces virrey de Sicilia, y después murió presidente de Consejo Real en Castilla, el cual había tenido mucha comunicación con Ignacio, siendo embajador del emperador Carlos V en Roma, y después de muerto escribió al padre maestro Laínez, que ya era vicario general, una carta, que por parecerme digna de tal varón, y á propósito de lo que tratamos, he querido poner aquí un capítulo de ella, que es el siguiente:

«Tres ó cuatro días antes que recibiese la carta que en »nombre de vuestra reverencia me escribió el padre Polanco, »avisándome del tránsito de este mundo para la gloria del »cielo, del bienaventurado padre y maestro Ignacio, había»mos tenido acá esta nueva, aunque confusa, y con gran de»seo y espectación estábamos de saber la particularidad de su »santo fin, y estado de esa religiosa y santa Compañía, aun»que no dudábamos punto de lo que ahora he visto por esta »carta, y por la que también se escribió al padre maestro Je»rónimo, que la mano y guía de Dios había de ser siempre »sobre ella. Mas verdaderamente se ha recibido gran conso»lación y edificación con haberlo visto así particularmente, »aunque esta satisfacción ha venido envuelta en alguna ter»nura y flaqueza humana, que no puede dejar de sentirse la »ausencia y pérdida de este mundo de los que amamos en »él. Á nuestro Señor sean dadas infinitas gracias por haber »recogido este su siervo para sí, al tiempo que juzgó ser más »oportuno, con haber dejado acá tantos trofeos de su santi»dad y bondad, que no los gastará el tiempo, ni el aire, ni el »agua, como otros que vemos ya deshechos, que fueron edi»ficados por vanagloria y ambición del mundo. Y considero »yo el triunfo con que debe haber sido recibido en el cielo y »honrado quien delante de sí lleva tantas victorias y batallas »vencidas contra gentes tan extrañas y bárbaras, y apartadas »de toda noticia de luz y religión, sino aquella que les fué »alumbrada y abierta por este bienaventurado y santo capitán »y por sus soldados. Y cuán justamente se puede poner en el »cielo su estandarte con el de Santo Domingo y San Francis-

»co, y otros santos á quien Dios dió gracia de que hubiesen »victoria de las tentaciones y miserias de este mundo y libra- »sen tantas almas del infierno; y cuán sin envidia será esta »gloria y triunfo de la de los otros santos varones, y cuán »diferentes de los triunfos y glorias de este mundo, llenas de »tanta miseria y envidia, y con tanto daño y corrupción de la »república; lo cual todo es de grande consolación y de gran- »de esfuerzo, para que la pena de la sensualidad, por mucha »que sea, se consuele de semejante pérdida, y se espere que »de allá del cielo aprovechará y podrá hacerlo mucho mejor »con su religión, y todos los demás que tuvieron y tienen co- »nocimiento y devoción con su santa persona.» Hasta aquí son palabras de Juan de Vega. El padre maestro Juan de Ávila, predicador apostólico en Andalucía, y bien conocido en ella y en toda España por su excelente virtud, letras y prudencia, cuando supo que Dios había enviado al mundo á Ignacio y á sus compañeros, y entendió su instituto é intento, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo había andado, sino que no sabía atinar á ello; y que le había acontecido á él lo que á un niño que está á la falda de un monte, y desea y procura con todo su poder subir á él alguna cosa muy pesada, y no puede por sus pocas fuerzas, y después viene un gigante y arrebata de la carga que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone do quiere; haciéndose con esta comparación, por su humildad pequeño, y á Ignacio gigante.

CAPITULO XVIII

De la estatura y disposición de su cuerpo

Fué de estatura mediana, ó por mejor decir, algo pequeña, y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos; tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba, las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El

semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba á los que le miraban, y con su gravedad los componía. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad, y de manera que con la moderación que él guardaba en el andar, no se echaba de ver. Tenía los pies llenos de callos y muy ásperos, de haberlos traído tanto tiempo descalzos y hecho tantos caminos. La una pierna le quedó siempre tan flaca de la herida que contamos al principio, y tan sensible, que por ligeramente que la tocasen, siempre sentía dolor, por lo cual es más de maravillar que haya podido andar tantas y tan largas jornadas á pie. Al principio fué de grandes fuerzas y de muy entera salud, mas gastóse con los ayunos y excesivas penitencias, de donde vino á padecer muchas enfermedades y gravísimos dolores de estómago, causados de la grande abstinencia que hizo á los principios, y de lo poco que después comió, porque era de poquísimo comer, y esto que comía era de cosas muy comunes y groseras; y sufría tanto la hambre, que á veces por tres días, y alguna vez por una semana entera, no gustó ni aun un bocado de pan ni una gota de agua. Habia perdido de tal manera el sentido del manjar, que casi ningún gusto le daba lo que comía. Y así, excelentes médicos que le conocieron, afirmaban que no era posible que hubiese vivido tanto tiempo sin virtud más que natural un cuerpo tan gastado y consumido. Su vestido fué siempre pobre y sin curiosidad, mas limpio y aseado, porque aunque amaba la pobreza, nunca le agradó la poca limpieza; lo cual también se cuenta de los santísimos varones san Nicolás y san Bernardo, en sus historias.

Y porque tratamos aquí de la disposición de Ignacio, quiero avisar que no tenemos ningún retrato suyo sacado tan al propio, que en todo le parezca, porque aunque se deseó mucho retratarle mientras que él vivió, para consuelo de todos sus hijos, pero nunca nadie se atrevió á hablar de ello delante de él, porque se enojara mucho. Los retratos que andan suyos son sacados después de él muerto.

FIN

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria. v

LIBRO PRIMERO

CAP. I.—*Del nacimiento y vida de Ignacio antes que Dios le llamase á su conocimiento*. 17

CAP. II.—*Cómo le llamó Dios, de la vanidad del siglo, al conocimiento de sí*. 20

CAP. III.—*Del camino que hizo de su tierra á Nuestra Señora de Montserrat*. 25

CAP. IV.—*De cómo mudó sus vestidos en Montserrat*. 28

CAP. V.—*De la vida que hizo en Manresa*. 30

CAP. VI.—*Cómo nuestro Señor le probó, y permitió que fuese afligido con escrúpulos*. 32

CAP. VII.—*Cómo, pasadas las tentaciones, le consoló Dios nuestro Señor*. 36

CAP. VIII.—*Del libro de los «Ejercicios espirituales,» que en este tiempo escribió*. 42

CAP. IX.—*Cómo cayó malo de una grave enfermedad*. 45

Págs.

CAP. X.—*De la peregrinación que hizo á Jerusalén.* 46
CAP. XI.—*Cómo visitó los santos lugares de Jerusalén.* 52
CAP. XII.—*Cómo volvió á España.* 54
CAP. XIII.—*Cómo comenzó á estudiar desde las primeras letras.* 58
CAP. XIV.—*Cómo le prendieron en Alcalá, y le dieron por libre.* 61
CAP. XV.—*Cómo también en Salamanca fué preso y dado por libre.* 66
CAP. XVI.—*Cómo fué á estudiar á la universidad de París.* 70

LIBRO SEGUNDO

CAP. I.—*Del trabajo que puso en los estudios, y fruto que sacó de ellos.* 75
CAP. II.—*Cómo por ejercitarse en obras de caridad fué perseguido..* 80
CAP. III.—*Cómo le quisieron azotar públicamente en el colegio de Santa Bárbara en París, y de la manera que nuestro Señor le libró.* 83
CAP. IV.—*De los compañeros que se le allegaron en París.* 86
CAP. V.—*Cómo se partió de París para España, y de España para Italia.* 89
CAP. VI.—*Cómo fué acusado en Venecia, y se declaró su inocencia..* 93
CAP. VII.—*Cómo los compañeros de Ignacio le vinieron á buscar de París á Italia.* 95
CAP. VIII.—*Cómo se repartieron por las tierras del dominio veneciano á trabajar y á ejercitar su ministerio.* 98
CAP. IX.—*De cómo Ignacio, estando enfermo, sanó con su visita al padre maestro Simón.* 100
CAP. X.—*Cómo se repartieron por las universidades de Italia.* 102

Págs.

CAP. XI.—*Cómo Cristo nuestro Señor apareció á Ignacio, y de dónde tomó este nombre la Compañía de Jesús*.. 104
CAP. XII.—*Cómo Ignacio entró en Roma, y estando en el monte Casino, vió subir al cielo el ánima de uno de sus compañeros*. 107
CAP. XIII.—*Cómo en Roma todos los padres juntos determinaron de fundar la Compañía*. 109
CAP. XIV.—*De una grave persecución que se levantó en Roma contra Ignacio y sus compañeros, y del fin que tuvo*. 112
CAP. XV.—*Cómo Ignacio y sus compañeros se ocupaban, en Roma y fuera de ella, en servicio de la Iglesia*. 117
CAP. XVI.—*Cómo los padres maestro Francisco Javier y maestro Simón partieron de Roma para la India Oriental*.. 118
CAP. XVII.—*Cómo el papa Paulo III confirmó la Compañía*. 122

LIBRO TERCERO

CAP. I.—*Cómo fué elegido por prepósito general*. . 127
CAP. II.—*Cómo Ignacio comenzó á gobernar la Compañía*. 132
CAP. III.—*Cómo Francisco Javier pasó á la India, y Simón Rodríguez quedó en Portugal*. 134
CAP. IV.—*Cómo los padres maestro Salmerón y maestro Pascasio fueron enviados por nuncios de su Santidad á Irlanda*. 135
CAP. V.—*Cómo se fundaron los colegios de Coímbra, Goa y la casa de Roma*. 136
CAP. VI.—*Cómo se fundó el colegio de Padua*. . . 140
CAP. VII.—*Cómo el Papa de nuevo confirmó la Compañía, y le dió facultad para recibir en ella todos los que quisiesen entrar*.. 143
CAP. VIII.—*Del colegio de Alcalá*.. 144

Págs.

CAP. IX.—*De las obras pías que Ignacio hizo fundar en Roma.* 146
CAP. X.—*Cómo se fundaron en diversas partes nuevos colegios.* 151
CAP. XI.—*De la muerte del padre Pedro Fabro.* . . . 152
CAP. XII.—*De las persecuciones que se levantaron contra Ignacio en Roma por las buenas obras que en ella hizo.* 156
CAP. XIII.—*Cómo Ignacio libró la Compañía de tener cargo de mujeres debajo de su obediencia.* . . . 158
CAP. XIV.—*Cómo Ignacio procuró con todas sus fuerzas que no fuese obispo Claudio Yayo, ni se diesen dignidades eclesiásticas á los de la Compañía.* . . . 161
CAP. XV.—*De la fundación de diversos colegios.* . . . 167
CAP. XVI.—*Del público testimonio que dió de la Compañía el maestro general de la orden de los Predicadores.* 169
CAP. XVII.—*Cómo los padres de la Compañía entraron por diversas partes de África.* 171
CAP. XVIII.—*Cómo los padres de la Compañía entraron en Sicilia.* 178
CAP. XIX.—*Cómo los padres de la Compañía pasaron al Brasil, y Antonio Criminal fué martirizado por Cristo.* 177
CAP. XX.—*Cómo el papa Julio III confirmó de nuevo la Compañía.* 179
CAP. XXI.—*Del instituto y manera de gobierno que dejó Ignacio á la Compañía de Jesús.* 188
CAP. XXII.—*De los colegios que tiene la Compañía para enseñar.* 211

LIBRO CUARTO

CAP. I.—*Cómo Ignacio quiso renunciar el generalato, y sus compañeros no lo consintieron.* 233
CAP. II.—*De las «Constituciones» que Ignacio escribió.* 235

Págs.

CAP. III.—*De la institución y principio del colegio romano.* 237
CAP. IV.—*De algunos colegios que se fundaron en España, y de la contradicción que allí hizo á la Compañía el Arzobispo de Toledo.* 240
CAP. V.—*Cómo Ignacio hizo provincial de Italia al padre Laínez, y Claudio Yayo murió en Viena.* 242
CAP. VI.—*Del principio y causas de fundarse el colegio Germánico.* 244
CAP. VII.—*De la muerte del padre Francisco Javier.* 248
CAP. VIII.—*Cómo los padres de la Compañía fueron á la isla de Córcega.* 259
CAP. IX.—*Cómo se hizo inquisición contra los ejercicios espirituales, y se fundaron algunos colegios, y se repartieron en España las provincias.* . . . 260
CAP. X.—*Cómo se fundaron otros colegios de la Compañía.* 263
CAP. XI.—*Del decreto que en París hizo contra la Compañía el colegio de Sorbona.* 265
CAP. XII.—*Cómo el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa fueron martirizados en el Brasil.* 268
CAP. XIII.—*Cómo el padre Juan Núñez, electo patriarca, fué á Etiopía.* 269
CAP. XIV.—*Cómo en una revuelta que se levantó en Zaragoza contra los nuestros, ellos se salieron de la ciudad, y cómo los volvieron á ella.* 271
CAP. XV.—*Cómo la Compañía fué recibida en los estados de Flandes, y se acrecentó con varios colegios, que se hicieron en muchas partes.* 278
CAP. XVI.—*Cómo Ignacio pasó de esta presente vida.* 281
CAP. XVII.—*De lo que muchas personas graves, de dentro y fuera de la Compañía, sintieron del padre Ignacio.* 284
CAP. XVIII.—*De la estatura y disposición de su cuerpo.* 289

Biblioteca Clásica Española

TOMOS PUBLICADOS

Quevedo: **El Gran Tacaño.**
Avellaneda: **El Quijote.**
P. Isla: **Cartas familiares.**
Fray Luís de León: **La perfecta casada.**
Moratín: **Comedias.**
Autores varios: **Extravagantes** (opúsculos amenos y curiosos).
Feijoo: **Obras escogidas.**
Huarte: **Examen de ingenios.**
Jovellanos: **Obras escogidas** (I, II y III tomo).
Novelistas del siglo XVII.
Rojas Zorrilla: **Comedias.**
Rivadeneira: **Tratado de la tribulación.**
Cadalso: **Obras escogidas.**
Liñán y Verdugo: **Guía y avisos de Forasteros.**
Melo: **Guerra de Cataluña.**
Romancero general.
Zabaleta: **El día de fiesta.**
Larra: **Artículos escogidos.**
Cervantes: **Novelas ejemplares** (I y II tomo).
Guevara: **Epístolas escogidas.**
Rojas: **La Celestina,** tragi-comedia.
Jorge de Montemayor y Gil Polo: **La Diana.**
Alarcón: **Comedias escogidas** (tomo I y II).
Le Sage: **El Bachiller de Salamanca.**
Juan C. de Olóriz: **Molestias del trato humano.**
Yepes: **Vida de Santa Teresa** (tomo I y II).
A. de Castillo Solorzano: **La Garduña de Sevilla.**
Diego de Saavedra Fajardo: **Corona Gótica.**
Francisco López de Gómara: **Conquista de Méjico** (2 tomos).
P. Pedro de Rivadeneira.—**Vida de San Ignacio de Loyola.**

EN PRENSA

Moreto: **Comedias escogidas.**

21

ESTANTE 14
Tabla 2.ª
N.º 14

Biblioteca
Clásica
Española
RIBADENEIRA
VIDA
DE
SAN IGNACIO
DE
LOYOLA
14.217